



RACHEL PATRILL

*Lady Thief*

*La gata Ladrona*



RACHEL PATRILL

*Lady Thief*

*La gata Ladrona*

LADY THIEF  
*-La Gata Ladrona-*

Rachel Patrill

## NOTA IMPORTANTE

La novela que estás a punto de leer es una **REEDICIÓN** de **LA GATA LADRONA**, anteriormente publicada bajo mi autoría, pero con el nombre de **«KELLY DREAMS»**.

El motivo de que dicha novela salga ahora con mi nombre, es distanciar esta obra, que fue una de las primeras que escribí a modo de prueba/experimento, de mi trayectoria actual.

Esta fue mi primera incursión en el Romance Histórico, no estoy «especializada» en este género, así que no empecéis a sacar la artillería pesada.

La novela está pensada para disfrutar de un buen rato de la lectura, no para sentar cátedra o hacer una crítica o retrato impecable de la época en la que transcurre la historia.

Os recuerdo que estáis ante una novela de ficción, así que, vedla como tal.

Dicho esto, que disfrutéis de la lectura.

# COPYRIGHT

Lady Thief  
(La Gata Ladrona)

©Rachel Patrill

1ª Edición 2012

2ª Edición 2018

Portada: ©www.Fotolia.com

Diseño y Maquetación: KD Editions

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

# ÍNDICE

[NOTA IMPORTANTE](#)

[COPYRIGHT](#)

[ÍNDICE](#)

[ARGUMENTO](#)

[DEDICATORIA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)



## ARGUMENTO

*Él... la más peligrosa de las prisiones.*

Rainer Solheimsen, capitán del Valhala no solía aceptar encargos de aquella naturaleza, prefería que la Corona y sus problemas los resolviesen ellos mismos, pero cuando la misión llamó a su puerta, entendió que él mismo podía sacar tajada. Él no era un santo y había estado demasiado tiempo detrás de aquellas tierras como para perder la oportunidad de que las escrituras de las mismas pasasen a su nombre.

El viaje prometía ser tedioso y aburrido... hasta que un polizón de ojos dorados apareció en sus bodegas.

*Ella... una gata de ojos dorados.*

Habiéndose librado por poco del incendio que asoló la prisión, Cat encontró su mejor oportunidad para abandonar la inmundicia de Londres a bordo de uno de los barcos mercantes del puerto. Se infiltraría como polizón y surcaría los mares a dónde quiera que fuese, cualquier cosa para huir de Londres y encontrar un nuevo hogar.

Con lo que no contaba, era que el barco perteneciera al único hombre que debía evitar a toda costa, aquel al que había robado y el cual podría enviarla de nuevo a la cárcel y robarle la libertad que tanto ansiaba para siempre.

Londres prometía ser el campo de batalla de una guerra que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.



## DEDICATORIA

*A ti, lector, por haber llegado hasta aquí y estar dispuesto a seguir a partir  
de este punto.  
Feliz lectura.*

# PRÓLOGO

*Año 1814*

*Palacio de St. James, Londres*

La luz del candil iluminaba el oscuro pasadizo por el que bajaban, el olor a humedad y hollín colgaba en el aire como un silencioso recordatorio de que el lugar había sido casi arrasado por un incendio unos años atrás. Mientras la reconstrucción había afectado a otras áreas, aquella había quedado fuera de los planos sirviendo como un oportuno pasadizo secreto por el que poder salir de palacio rápidamente y sin ser visto. Dos altas figuras ocultas bajo sendas capas y sombrero procuraban seguir al lacayo que abría la comitiva a través de las vigas caídas, los cascotes y el húmedo y deslizante suelo. Uno de ellos se apoyó en la pared para sortear los tablones caídos e hizo una mueca al ver el negro hollín que manchaba su impecable guante de piel. Los ojos azul cobalto volvieron hacia atrás con una clara pregunta en su rostro.

—El edificio fue destruido por un incendio en 1809, en las tareas de reconstrucción se aprovechó para, digamos, dejar una oportuna alternativa a la salida principal de palacio.

La voz profunda y grave de su acompañante emergió entre las sombras que proyectaba el candil resonando en un potente eco en el corredor.

—Muy oportuno, sin duda —aceptó, en su voz cierta nota de ironía—. Aunque hubiese preferido algo menos... húmedo.

Una suave risa llegó a sus espaldas.

—¿Cómo describiría si no su patria?

El hombre hizo una mueca y encogió sus enormes hombros.

—Lo primero que me viene a la memoria es un nido de víboras, pero eso sería una ofensa para las serpientes —el pronunciado acento de su voz y la inflexión en las palabras hacía evidente que el inglés no era su lengua natal, aunque lo hablaba con fluidez—. Por ahora me conformaré con volver antes de que las nieves cierren los caminos.

—Con suerte, estará en su destino antes de que eso suceda —aseguró su acompañante y se adelantó, entrecerrando los ojos intentando ver más allá del lacayo con el candil—. Debemos estar cerca.

—Sólo unos pocos pasos más, milord —fue la ligera respuesta del sirviente, su voz al igual que su respiración sonaban aceleradas, no dudaba que el pobre hombre estaría sudando como un cerdo—. Un coche les estará esperando al otro lado de la calle para llevarles a donde le indiquen, milord.

Noah, duque de Ellswood echó un rápido vistazo al sirviente de confianza del Príncipe Regente y asintió. No dudaba de aquel hombre, demasiadas veces había probado su lealtad a la corona como para desconfiar de él, con todo, nunca estaba de más ser precavido. Volviéndose hacia su compañero asintió con la cabeza.

—Llegaremos a Puerto antes del amanecer, pasará la noche a bordo y el Valhala zarpará a primera hora de la mañana como estaba previsto —expuso el plan que ya habían hablado antes en presencia de su soberano.

—Interesante nombre para un barco.

—Casi tanto como su capitán —aseguró él con una enigmática sonrisa.

—Debo suponer que no me mandará en un bote a remos lleno de ratas, ¿no es así, amigo mío?

Noah arqueó una fina ceja oscura.

—Créame que lo he considerado, pero no había ninguno lo

suficientemente sucio y maloliente —le aseguró con profunda ironía antes de añadir—. Brightmore le dejará en Le Havre de una pieza, Novoséltsev —respondió, pronunciando a propósito su nombre. Podía ser consejero y enviado del Zar, además de un buen amigo, pero empezaba a serle realmente fastidiosa su desconfianza. Quizás dos semanas a bordo del Valhala mejorarían su carácter.

—Es aquí, milord.

El anuncio del sirviente unos pasos por delante de ellos, los hizo dejar a un lado las bromas y volver a centrarse en lo delicado de la situación. Adelantándose a su posición, Noah comprobó por sí mismo aquella trampilla y asintió en dirección al sirviente—. Vuelva a dentro, yo mismo avisaré a su majestad cuando todo haya terminado.

—Sí, su *gracia* —aceptó el hombre con una profunda reverencia.

Encogiéndose bajo sus oscuras capas y calándose los sombreros, se deslizaron por la trampilla situada en uno de los recovecos exteriores del palacio, amparados por la oscuridad otearon la calle, localizando al otro lado el coche que les estaría esperando. Con una señal de advertencia para que se mantuviese en silencio, Noah emprendió una rápida carrera que los llevó a cruzar la calle, sus pasos sonaban sobre los adoquines en el silencio de la noche, pero no había nadie en las inmediaciones que pudiera reparar en ellos. La sociedad londinense estaría demasiado atareada en sus diversiones y excesos de la temporada para andar deambulando por callejones.

Abordaron el vehículo rápidamente y dieron el visto bueno al cochero para que se pusiera en marcha.

—Al muelle de Londres —comunicó Noah al enjuto hombre, quien se limitó a asentir bajo la sucia y gastada capa marrón que lo envolvía y escudaba del frío húmedo de Londres y chasqueó las riendas para poner a los dos jamelgos en movimiento. El coche empezó a traquetear por la calle con

su característico bamboleo, Noah se inclinó hacia la ventanilla, apartando la cortinilla con un par de dedos enguantados mientras echaba un rápido vistazo a la calle.

—¿Esperamos compañía? —su compañero se había arrellanado en el asiento de enfrente, pero por su postura era obvio que estaba nervioso.

Noah miró al hombre y dejó que la cortina volviese a su lugar antes de acomodarse él mismo frente al Consejero del Zar.

—No descarto ninguna opción.

Novoséltsev sonrió levemente, elevando su tupido bigote en una de las esquinas.

—Ese capitán suyo, ¿es de fiar?

Sus rostros apenas se apreciaban en la penumbra del coche, pero el consejero imperial no tuvo dudas acerca de lo que vislumbró en los ojos del hombre de confianza del Príncipe Regente.

—Le confiaría mi propia vida —en su voz no había ni un solo atisbo de duda.

El hombre se apoyó contra el respaldo, cruzándose de brazos.

—Eso es todo lo que quería oír.

El trayecto hasta el Puerto de Londres transcurrió sin incidentes, en poco tiempo el coche los dejó en el inicio del dique y ambos hombres se abrieron camino a pie, manteniéndose en todo momento en las sombras, ignorando aquellos rateros y marineros que revoloteaban por la zona. El Valhala era uno de los barcos más grandes atracados, un mercante del que sobresalían un par de cañones por cada lado. La sorpresa del hombre se tornó en ironía cuando comentó el hecho.

—No sabía que las especias y el algodón se habían convertido en una mercancía tan peligrosa —comentó contemplando la envergadura del barco.

—Todo depende del punto de vista con el que se mire.

La voz procedía de algún punto a su espalda. El consejero se volvió para contemplar a un par de rudos marineros que flanqueaban a un hombre de elevada estatura y aire peligroso. Vestido con ajustados calzones, botas altas, una camisa blanca abierta en el pecho bajo la chaqueta de corte napoleónico y las manos ancladas a ambos lados de las caderas, no era difícil imaginárselo como el mismísimo diablo. Los ojos de un azul tan claro que casi eran transparentes y el desaliñado pelo negro carente de peluca aumentaban esa sensación.

—En este viaje espero que permanezcan más como un adorno que como un elemento de verdadera utilidad —le aseguró el diablo frente a él con una voz rasgada y oscura que estaba seguro haría las delicias de las mujeres en cualquier salón, pero qué en plena noche y en el Puerto de Londres, no presagiaba más que desastres.

—Coincido con esa perspectiva —aseguró Novoséltsev, tras encontrar la voz para responder. No era alguien que se amilanaba fácilmente, pero aquel hombre había conseguido hacerlo vacilar.

El diablo alzó entonces su mirada azul claro hacia Noah, quien asintió quedamente antes de hacer las presentaciones.

—Novoséltsev, él es el Capitán Brightmore —respondió mirando al mismo tiempo a los dos marineros que flanqueaban al Capitán—. Y ellos son sus hombres de confianza.

—Capitán —asintió Novoséltsev con la cabeza.

El Capitán se limitó a mirarlo durante un instante antes de volverse hacia Noah.

—¿Y bien?

Noah esbozó una divertida sonrisa al ver el desplante del hombre hacia el consejero. No estaba seguro si se debía a desconfianza o a la obvia juventud del hombre. Fuese como fuese, Nikolái Novoséltsev era uno de los amigos y

Consejero del Zar Alejandro y el interés de la Corona Inglesa estaba en que el hombre llegase con bien a su destino.

—Todo marcha según lo previsto —aceptó mirando al hombre frente a él—. Sólo tendrás que depositarlo en Francia.

El Capitán arqueó una fina ceja oscura y volvió a mirar al joven ruso.

—Va a ser una larga travesía y temo que no tengo suites disponibles. Tendrá que conformarse con uno de los camarotes de mi tripulación, nuestras cargas suelen ir en la bodega, no son tan delicadas.

El Consejero no se amilanó.

—Me sentiré perfectamente a gusto en cubierta, capitán o bajo ella.

Asintiendo, le indicó la pasarela y a sus hombres.

—Mis hombres le escoltarán abordo —dijo a modo de clara despedida.

Nikolái miró a los dos marineros de confianza del Capitán y asintió, para finalmente volverse hacia Noah.

—Ha sido sin duda un viaje provechoso. Su Alteza Imperial estará satisfecho —respondió el joven tendiéndole la mano—. *Proshchai, moi drug*<sup>[1]</sup>.

Noah correspondió al saludo, no sin notar que el joven mantenía las formas inglesas y prescindía de los dos besos simbólicos.

—Hasta la vista.

Con una leve inclinación de cabeza hacia el capitán, el hombre acompañó a los marineros a través de la tambaleante pasarela hasta el barco bajo la atenta mirada de los dos hombres.

—Un poco joven para estar en el Consejo Imperial, ¿hum? —murmuró el Capitán por lo bajo, chasqueando la lengua.

—Sólo encárgate de que llegue a Le Havre de una pieza, Rain —fue la respuesta de Noah, quien echó mano al interior de su capa y extrajo un pequeño fajo de papeles atados con un cordel—. El Príncipe te agradece que

hayas puesto al Valhala para este servicio.

Los ojos claros del Capitán se posaron sobre el fajo de papeles que le tendía Noah.

—No ha sido fácil hacer que entregara esas tierras —aseguró el hombre balanceando los papeles antes de entregárselas al capitán—, pero finalmente aquí las tienes. Escrituradas a nombre del Conde de Kenway.

El capitán tomó el fajo de papeles y los desenvolvió comprobando las escrituras una por una, finalmente una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—La espera, ha merecido la pena —aseguró volviendo a cerrar los papeles para finalmente volverse hacia el barco—. El Valhala tiene el visto bueno para zarpar a primera hora de la mañana por el canal.

Noah negó con la cabeza.

—No estaré tranquilo hasta veros desaparecer en el horizonte —aseguró echando un rápido vistazo a su alrededor.

El capitán posó una mano sobre el hombro de su amigo y lo apretó de modo fraternal.

—Te preocupas tanto como una gallina clueca, no es sorprendente que Ryss haya huido al campo —aseguró el hombre con jovialidad, entonces señaló hacia el barco—. ¿Es necesario que lo entretenga hasta que lleguemos a Francia?

Noah miró el enorme barco entre las sombras y sus labios se estiraron en una irónica sonrisa.

—Ponlo a fregar cubiertas, le vendrá bien un poco de ejercicio —aseguró él.

Con una sonora carcajada, el Capitán estrechó la mano de su camarada y con un firme asentimiento volvió al barco.

—A primera hora, recuérdalo Lambrick.



Asintiendo, Noah contempló como el hombre volvía a subir al barco durante unos instantes, para finalmente volverse y atravesar nuevamente el Puerto en busca de un coche, no le haría ningún bien que alguien lo reconociese, nadie debía saber que el Duque de Ellwood había estado allí esta noche.

# CAPÍTULO 1

*Año 1814*

*Torre de Londres, Prisión.*

Había oído un sin fin de historias sobre prisión, algunas de ellas hacían que se le helara la sangre en las venas y durante todo aquel tiempo, siempre las había escuchado sintiéndose segura de estar al otro lado de aquellos barrotes. Ahora, el frío y la humedad de aquella celda en la que había sido empujada como si fuese un simple desecho humano la sofocaba, el olor a inmundicia y el insistente repiqueo de las goteras se unía a los lamentos y los gritos de otros presos incrementando su ansiedad. Ella no debía estar ahí, era demasiado inteligente como para permitir que el seboso y gordo Lord hubiese tenido siquiera oportunidad de cogerla, podría haberle robado el reloj y alejarse con una tímida sonrisa fingiendo haberse tropezado, pero la codicia de aquel viejo despreciable de Erl Watson lo había estropeado todo. Qué estúpida había sido al pensar que si cumplía con aquel último cometido habría saldado su deuda y le permitiría abandonar Londres.

Oh, sí, el lugar en el que había terminado no podía ser más agradable. Era una lástima que no fuese el viejo Erl quien estuviese compartiendo con ella la vieja y apestosa celda, ese era el lugar al que pertenecía aquella sucia comadreja.

Cat echó un vistazo a través del pequeño ventanuco en la puerta tratando

de ver u oír algo por encima de los lamentos y los gritos de los presos que ocupaban el ala. No hacían distinción entre hombres y mujeres, si había una celda libre allí eran encerrados y sus voces ya empezaban a resultar conocidas. Si no erraba en sus cálculos e interpretaba bien la escasa luz que se filtraba por el pequeño recuadro con barrotes a varios metros por encima de su cabeza, aquel sería su segundo día en la apestosa celda. Demasiado tiempo para alguien que valoraba tanto su libertad.

—No la valorabas lo suficiente si accediste a esta estupidez, Catherine — se recordó a sí misma con una mueca—. Oh, todo es culpa de esa maldita y sucia comadreja, jamás en la vida mantendría una promesa, aunque su vil pellejo dependiese de ello.

Y la promesa de devolverle su libertad había sido demasiado tentadora como para renunciar a ella, una libertad de la que se había visto privada el mismo día en el que había dejado el orfanato dónde había vivido los primeros trece años de su vida, sólo para caer después en las manos del viejo Erl quien le había echado el ojo para sustituir a su último «alumno» el cual había muerto apaleado en plena calle por haber robado la bolsa de monedas de un conocido Lord. Ella debía haber acudido a la casa de una de las familias más importantes de Londres, para empezar a trabajar de sirvienta, en su lugar y sin saber muy bien a día de hoy el cómo, había estado a punto de ser golpeada en plena calle por una arrogante dama que la había acusado de robarle una pulsera, la misma pulsera que el viejo Erl había entregado a la dama con mucha ceremonia y palabrería, evitando que la mujer llamase a la policía e hiciese que Cat visitara la cárcel muchísimo antes. Cat se libró de la cárcel ese día, pero encontró un destino mucho peor.

—Ojalá tropieces con tus propios pies y caigas en el Támesis, maldita comadreja —clamó en voz alta por tercera vez en pocas horas—. Que los cuervos se coman tus entrañas y se abra el infierno bajo tus pies.

Cat resopló y giró en redondo observando nuevamente el reducido cubículo con un pequeño catre de madera, un orinal y un cubo de agua tan apestosa que sólo aumentaba el ácido olor nauseabundo del lugar.

—¿Cómo voy a salir de aquí? —gimió para sí misma antes de atravesar el mugroso suelo en un par de zancadas y dejarse caer sobre el catre de madera con disgusto—. Con mi suerte, en poco tiempo estaré de camino a las Colonias... Aunque, pensándolo bien, esa sería la única manera de no volver a verle la cara a ese pedazo de estiércol.

Resoplando se dejó caer hacia atrás, sus grandes y atractivos ojos dorados se alzaron hasta el pequeño hueco en la pared, la oscuridad empezaba a penetrar por él, en cualquier momento llegaría el carcelero repartiendo su bazofia. Un poco de caldo aguado y un mendrugo de pan que no lo mordisquearían ni las ratas.

—Un manjar —murmuró haciendo una mueca.

Como conjurado por sus palabras, empezó a oírse la voz del celador que traía la comida, los grotescos insultos, los golpes de platos y carcajadas siguieron a su llegada, una rutina que se había repetido cada vez que el hombre se aventuraba ahí abajo y como en las ocasiones anteriores, la famélica rata de alcantarilla con la que compartía celda salió de su escondrijo sacudiendo los bigotes. Aquel roedor parecía tener un sexto sentido cuando se trataba de la hora de la comida.

—Ah, ya estás aquí, Gertrudis —clamó la muchacha viendo al sucio animal correteando por el suelo. La rata alzó su pequeño hocico y movió los bigotes como si la entendiera, sus patitas delanteras se alzaron durante un segundo antes de que el animal volviese a dar media vuelta y corriera de nuevo hacia la madriguera.

Cat frunció el ceño ante el inusual comportamiento del animal, le había puesto el nombre de Gertrudis cuando el roedor se había aparecido la mañana

de su llegada por que le recordaba en cierta forma a la mujer que gobernaba el orfanato. El animalillo la había sorprendido al acercarse sin temor a ella como si estuviese acostumbrada a tener compañía humana, si bien no se trataba de su animal favorito, tampoco le causaba el temor y la repulsión que cabría de esperar, quizás debido en gran parte a las lamentables condiciones en las que había estado viviendo el último año; Frente a borrachos, piojos e inmundicia, ¿qué era una simple rata?

La muchacha se remangó la sucia falda marrón y esperó a que su carcelero deslizase el plato con un mendrugo y una cucharada de algún caldo indescifrable por la trampilla de la puerta. Sus manos estaban rojas por las picaduras de las pulgas, sus uñas en cambio, permanecían todo lo limpias que podía permitirse en aquel lugar. Realmente, detestaba la suciedad y el sentirse pegajosa y húmeda no ayudaba en nada a su estado de ánimo.

Un fuerte golpe de algo batiendo contra el suelo y los posteriores gritos de los presos de las celdas situadas al otro lado del pasillo la hizo sobresaltarse e inmediatamente se precipitó hacia la puerta. Había algo extraño en el tono de aquel coro de voces, no se oían improperios e insultos, eran vítores, gente que jaleaba y gritaba exaltada acompasado por los golpes de los platos contra la madera de las puertas y los barrotes de las ventanas, aquella algarabía era poco usual, en el tiempo que llevaba encerrada en aquella celda sólo había escuchado insultos hacia los carceleros.

Acercándose a la puerta, trató de encaramarse al ventanuco, si bien no era baja con su metro sesenta y nueve, la ventana parecía haber sido hecha para gigantes. Aferrándose a los barrotes trató de izarse de puntillas en un intento de ver lo que había fuera, pero como siempre, lo único que captó fue un tenue brillo procedente de alguna de las antorchas que había clavadas en la pared. Ni siquiera en la cárcel parecían poseer la comodidad de una simple lámpara de aceite. El griterío procedía de su izquierda, en la otra ala del corredor, la

misma en la que siempre oía los gritos e insultos. Si bien cuando la habían metido aquí abajo no se había fijado en las celdas adyacentes, había llegado a comprender que en aquella parte del corredor ella era el único huésped.

—¿Hola? ¿Qué está ocurriendo? —alzó la voz en un intento de obtener respuesta, pero todo lo que oyó fueron más gritos.

El sonido de las voces fue haciéndose más fuerte y pronto estuvieron acompañadas por el sonido de pasos, pies que se apresuraban por los corredores y por el estallido de la pólvora disparada desde un arma de fuego.

Cat dio un salto hacia atrás, mirando con los ojos abiertos de par en par la pesada puerta de madera, entonces se oyó otro estallido y más gritos.

—¿Qué está pasando? —murmuró empezando a temblar de nerviosismo. No tenía idea de lo que estaba ocurriendo del otro lado.

Tragando saliva se acercó nuevamente hasta la puerta y trató de estirar la mano por fuera del ventanuco.

—¿Hola? ¿Qué ocurre ahí fuera? —clamó de nuevo, debiendo alzar la voz por encima del ensordecedor ruido que empezaba a llegar desde las alas superiores—. ¡Hola! ¿Qué ocurre? ¡Qué alguien me hable!

Apenas había dejado escapar la última palabra cuando oyó el sonido de las campanas procedente de la planta superior y el significado penetró en su mente. Cat se alejó unos pasos de la puerta mirando el pedazo de madera como si fuese un dragón o el mismo diablo salido del infierno. Más allá las voces se convertían en gritos angustiados y de urgencia.

—Fuego... —musitó para sí misma recordando haber oído aquel mismo sonido cuando era niña y las cocinas del orfanato se habían incendiado, ardiendo hasta casi los cimientos—. Hay... fuego en... la prisión.

Con un grito desesperado se lanzó nuevamente contra la puerta, aporreando y gritando a pleno pulmón, no podían dejarla allí, no podía quemarse viva, no quería morir de esa forma, diablos, no quería morir de

ninguna forma.

—¡Sacadme de aquí! —gritó con desesperación, aporreando la puerta, tirando de la aldaba que estaba cerrada con llave—. ¡Socorro! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Estoy aquí abajo!

El griterío exterior empezó a mezclarse nuevamente con el sonido de los disparos y las campanas de advertencia, las voces que anteriormente habían sonado animadas ahora se alzaban en gritos de horror, resonando en aquel horrible edificio como el lamento de los condenados.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡La prisión se está quemando!

Cat se quedó paralizada durante un instante al oír aquella llamada desesperada, se alejó de la puerta y empezó a mirar frenética a su alrededor, pero no había salida, estaba atrapada. Sacudiendo la cabeza en una negación desesperada se lanzó nuevamente contra ella gritando sin descanso, forzando su garganta y pulmones, alzada sobre la punta de sus pies se estiraba por el ventanuco de la puerta, en un llamamiento desesperado.

—¡Sáquenme de aquí! ¡Virgen santa, que alguien me saque de aquí! ¡No quiero morir! ¡Socorro!

Las lágrimas bajaban por su rostro dejando un surco en sus sucias mejillas, su voz era cada vez más rasgada por el esfuerzo de gritar pero no se daba por vencida, el olor del humo empezaba a hacerse presente en aquella parte de la prisión y pronto los corredores empezaron a resultar sofocantes y las celdas fueron las siguientes en sucumbir a aquella profunda humareda negra que arrebatava el poco aire que quedaba.

Cat empezó a toser, ahogándose con el intoxicante humo que entraba en su garganta, las lágrimas de desesperación se unieron con las provocadas por el humo y cayó al suelo entre espasmos y toses sin dejar de aporrear la puerta, suplicando, rogando por una salvación que no estaba segura de que llegase nunca.

—Por favor... —susurró entre lágrimas—. Qué alguien me ayude... sacadme de aquí... Por favor, virgencita, te prometo que si me sacas con vida de ésta, nunca volveré a robar, te lo juro.

El respirar empezaba a hacerse cada vez más difícil, su menudo cuerpo no hacía más que estremecerse a causa de la tos y los espasmos. Cat tomó el fondo de su falda marrón y se la llevó a la boca y nariz en un intento de paliar el humo, el respirar a través de la fétida tela no era mucho mejor, pero mantenía a raya aquel invasor grisáceo.

—¡Fuera, fuera! ¡La prisión se está quemando!

Aquella voz en algún lugar del pasillo llegó hasta ella como una tabla de salvación, la desesperación se unió al pequeño atisbo de esperanza y empujándose contra la puerta, empezó a golpearla de nuevo, tratando de gritar a través de su ya ronca y débil voz. Sentía la garganta en carne viva, pero ella continuó gritando.

—¡Aquí! ¡Por favor, aquí! —gritó como pudo—. ¡No me dejen morir! ¡Por amor de dios, sáquenme de aquí!

—¿Has oído eso? —se oyó nuevamente, esta parecía una voz distinta.

—¡Aquí! —insistió ella, rompiendo a toser.

—Ocúpate de aquella celda, yo miraré por aquí. ¡De prisa! —clamó una voz de hombre.

—¡No vamos a poder sacarlos a todos! —gritó la otra voz—. Tenemos que largarnos ya.

—¡Adelántate! Ya han matado a los dos carceleros, el fuego distraerá al resto, ¡vamos! —clamó nuevamente.

Cat escuchó ahora más claramente aquella desconocida voz e hizo un último intento.

—Por... favor... —gimió entre toses al borde del desfallecimiento.

Un sonido metálico seguido por las viejas bisagras de la puerta de la celda



dieron paso a un enorme hombre de ropa raída y grilletes en las manos, las cadenas que los habían unido estaban rotas, pero no había duda que se trataba de uno de los reos de la prisión. Cat alzó su mirada dorada hacia el hombre, encontrándose con un rostro manchado y sucio cuya nariz y boca estaban cubiertas por un trozo de tela, su pelo estaba sucio y greñado, pero más allá de ello, sus ojos azul claro eran gentiles.

—Por... fav... or —susurró Cat alzando una mano en muda súplica—. A... ayude... me

Con un rápido movimiento, el hombre tiró de ella y la alzó en sus brazos con una facilidad pasmosa, sus ojos parecieron ahora más amplios y sorprendidos que antes, su color azul más intenso.

—¿Qué hace una hembra como tú aquí abajo?

Antes de que Cat pudiese dar una respuesta sintió que no podía seguir manteniendo los ojos abiertos y los cerró, sumiéndose en el olvido.

—Salgamos de aquí, ojos dorados —musitó él apretando su carga antes de dar media vuelta y salir de nuevo al pasillo, dispuesto a salir de aquel maldito infierno de una vez y por todas. El humo había inundado todos los corredores, las llamas se adherían a todo lo que pudieran quemar, lamiendo incluso las piedras, tenían que salir de allí.

—¡Vamos! —oyó la voz de su compañero y amigo, quien vestía el atuendo de uno de los guardias de la cárcel. Su mirada fue entonces al bulto que cargaba el preso—. ¿Quién es ella?

El hombre no respondió, se limitó a seguir moviéndose, lo único que quería era recuperar su libertad, lo demás, ya habría tiempo para planearlo.

—No podemos llevarla con nosotros —le advirtió su compañero.

El preso le miró y asintió.

—Tampoco podemos dejarla aquí —aseguró corriendo tras su compañero—. ¿Los otros presos?

—Liberados —aseguró sacándose la chaqueta mientras doblaba a la derecha y ascendía por unos escalones—. Eso los mantendrá ocupados mientras te saco de aquí, así que, muévete.

Sin poner objeciones, el preso siguió a su amigo a través de la incendiada cárcel, moviéndose rápidamente y con sigilo entre la conmoción que se había originado hasta llevarlos a ambos a la libertad. Con una última mirada a la ardiente cárcel, desaparecieron entre las sombras.

El graznido de las gaviotas así como los gritos de los vendedores penetró en la nublada mente de Cat, sentía el pecho como si alguien muy obeso se le hubiese sentado encima y la garganta en carne viva, se lamió ligeramente los labios deseando poder tener un poco de agua con la que calmar el ardor pero todo lo que ganó fue un gemido de dolor cuando la saliva bajó por su lastimada garganta. El olor a humo impregnaba su ropa y su piel, pero en medio de aquel había otro olor... ¿Pescado?

Abriendo los ojos lentamente se encontró observando un cielo grisáceo, sobre el que volaban algunas gaviotas, sus gritos se mezclaban con el trasiego propio del puerto, lentamente empezó a incorporarse mirando a su alrededor. Efectivamente se encontraba en el Puerto de Londres, encima de unos viejos sacos al amparo de unos grandes cajones y redes de pesca. ¿Cómo había llegado allí?

Los recuerdos de la noche anterior empezaron a naufragar por su mente, los gritos, el humo... ¡La cárcel se había incendiado! Cat volvió la mirada hacia todos lados, la ansiedad haciendo mella en ella mientras se peleaba con sus sucias faldas y trastabillaba entre las redes en un intento de ponerse en pie y caminar, recordaba perfectamente el sonido de disparos que había oído y el posterior revuelo, entonces aquel preso con grilletes había abierto la puerta y...

Y lo siguiente es que se había despertado allí mismo.

Manteniéndose al amparo de las sombras, vagando entre cajones y desechos empezó a deambular por el puerto, en los tiempos que corrían aquel no era un buen lugar para una mujer, por otra parte, cualquier mujer que anduviese correteando por el Puerto de Londres solo podía ser o una ramera o una muerta de hambre, y los marineros no dudaban en tirar al río a una muerta de hambre.

—¿Oíste lo del incendio de La Torre?

Aquel comentario suscitó la atención de la muchacha.

—Parece que fue provocado desde el interior —el hombre, un marinero, escupió al suelo—, los guardias llevan toda la noche peinando las calles y deambulando por el muelle, he oído que ya han vuelto a capturar a algunos de los presos, otros se rumorea que cayeron pasto de las llamas.

—Sí, parece ser que fue en una de las alas donde alojaban a los rateros, las putas y cualquier muerto de hambre lo suficientemente tonto como para caer en manos de los guardias —respondió el compañero con jocosa diversión—. Es una lástima que no haya ardidado hasta los cimientos.

—¡Eh, haraganes, empezad a cargar los sacos! —se oyó otra voz.

Cat observó cómo los dos marineros contestaban con coloridos insultos mientras se echan al hombro los pesados sacos y los llevaban hacia el barco. La conversación que ambos habían mantenido giraba sin parar en su cabeza, si los guardias de la prisión estaban rastreando las calles y el puerto en busca de los fugitivos tendría que huir, no estaba dispuesta a terminar de nuevo en aquella mugrosa celda.

Echando un rápido vistazo a su alrededor se deslizó entre las cajas, intentando mantenerse en todo momento a cubierto, su aspecto no era mucho mejor que el de algunas prostitutas que pululaban por el puerto, con todo, ellas no olían a chimenea ni tenían la garganta en carne viva. Suspirando se

movió entre aparejos, poleas y cajas hasta encontrar un charco de agua que no estuviese estancada para limpiarse los brazos y el rostro. No podía desaprovechar aquel golpe de suerte, no había escapado de la muerte sólo para volver a esa cochambrosa prisión.

Rainer Brightmore, Capitán del Valhala no podía apartar los ojos de aquel pequeño animalito que correteaba por entre los aparejos del puerto, el vislumbre de una falda había revelado que aquel ratoncillo era una mujer. Apoyado contra uno de los cajones de madera que deberían subirse al barco, había estado discutiendo los pormenores de aquel inesperado y peculiar viaje con su amigo y socio, el Duque de Ellwood. Noah seguía preocupado por la tarea que llevaría a Rain a embarcarse en un inesperado viaje hasta Le Havre, donde dejaría la valiosa mercancía que la noche anterior había subido a su barco. Su mirada azul claro siguió los movimientos de la chica que aparecía y desaparecía entre las mercancías.

—Una vez en puerto, se presentará... Rain, ¿me estás escuchando? —se detuvo Noah al ver que su amigo permanecía con la mirada y atención puesta en otras cosas.

—Llevas repitiendo lo mismo desde primera hora de la mañana, Lambrick —le aseguró dedicándole una fugaz mirada—. Relájate. Todo saldrá según lo previsto.

—Eso si la Tideway<sup>[2]</sup> os deja zarpar —respondió el hombre con un gruñido.

Rain se volvió ahora por completo hacia su amigo y chasqueó la lengua antes de indicar el barco que tenía a sus espaldas.

—El barco está a punto, me arriesgaría a decir que nunca ha estado en tan buenas condiciones como ahora —aseguró con un ademán—. Los hombres ya han terminado con las provisiones y el agua y a falta de subir los baúles

con la mercancía para comerciar, está todo en orden. Zarparemos tan pronto la marea suba, recorreremos el canal y saldremos a mar abierto poniendo rumbo a Francia, si la mar está tranquila y no hay contratiempos arribaremos en Le Havre en dos semanas.

—¿Estás seguro de esas dos semanas?

Rainladeó el rostro y esbozó una irónica sonrisa.

—¿Estás tú seguro de que el polizón que has metido en mi barco no se mareará?

Noah puso los ojos en blanco.

—Que se maree es la menor de mis preocupaciones —aseguró el hombre con un profundo suspiro, entonces indicó con un gesto de la barbilla hacia los dos marineros que recontaban la mercancía a pocos metros de ellos—. ¿Están al tanto?

Rain siguió la dirección de su mirada y asintió.

—No podría meter una aguja en el Valhala sin que ellos se enterasen —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Y son conscientes de a quién llevan?

—¿Un pomposo polizón que no sabe ni atarse los zapatos y que se le da bien darle a la lengua? —respondió con absoluta ironía—. Sí, creo que lo saben.

Noah esbozó una sonrisa y se frotó la patilla derecha con el índice, un gesto que solía hacer a menudo.

—Procura que no lo tiren por la borda antes de arribar a puerto.

Rain correspondió a su sonrisa.

—Ah, pides demasiado, querido amigo.

Noah sacudió la cabeza y echó una rápida mirada alrededor del puerto, aquella era una mañana tranquila a pesar de los guardias que patrullaban el lugar en busca de los fugitivos que habían escapado en la noche de ayer de la

prisión.

—Parece que ayer hubo un motín en La Torre —comentó Noah indicando a Rain los dos hombres uniformados y armados que patrullaban y hacían preguntas—. Se produjo un incendio y algunos presos, en su mayoría rateros y rameras aprovecharon el caos para huir.

—¿Huir de La Torre? —Rain lo miró como si hubiese perdido la cabeza—. De ese lugar no escapa nadie si no es dentro de una caja de madera y con los pies por delante.

—No creas todo lo que oigas, capitán —respondió con un profundo suspiro—. A los ingleses se les da bien exagerar las cosas.

Rain dejó escapar un resoplido mitad risa y se volvió hacia Noah.

—Nadie lo diría de usted, su gracia —se burló él utilizando el título nobiliario de Noah.

Desechando la respuesta, se volvió hacia Rain.

—¿Cómo está Elisabeth?

Rain respondió a la pregunta con un ligero encogimiento de hombros.

—Estaba bien la última vez que la visité.

Noah arqueó una ceja ante la ambigua respuesta.

—¿La última vez que la visitaste? ¿Desde cuándo descuidas tan negligentemente a tu querida?

Rain esbozó una irónica sonrisa.

—Créeme, no permite que la descuide, si llega a ocurrírseme tan feliz idea, no tardará en recordármelo.

Noah rió entre dientes.

—Me sorprende que no te haya cambiado ya por un caballo —le respondió Noah con diversión.

Rain sonrió y miró a su amigo.

—Si los caballos le pagaran la casa en la que se aloja y todos sus

caprichos, sin duda lo haría —aseguró él con ironía.

Noah sacudió la cabeza.

—Es una buena mujer, deberías pensar en sentar la cabeza y formar tu propia familia —comentó Noah al descuido—. Tu madre estaría encantada de tener más nietos y el viejo dejaría de presionarte.

Rain puso los ojos en blanco.

—A mi madre le basta con la hija de mi hermana Helia y con los gemelos de Asgard, esos dos niños han salido sin duda a su madre, en vez de a mi hermano —aseguró Rain con un resoplido—. El viejo tendrá que conformarse con esos bisnietos, no está en mi agenda el casarme de momento.

—¿Vendrán tus padres estas navidades a Inglaterra?

Rain asintió.

—Mi madre no dejaría en paz a mi padre si no lo hicieran —aseguró Rain con una amplia sonrisa—. Así que, se ha resignado a cumplir los deseos de mi madre, siempre que sean razonables.

—Y estoy seguro de que Lady Christine encuentra siempre un motivo más que razonable —se rió Noah—. Sabes, me alegro de no ser tú.

—Sí, yo también me alegraría de no serlo —aseguró Rain recorriendo nuevamente el puerto con la mirada, como si buscara algo.

Habiéndose criado entre Noruega e Inglaterra, Rainer estaba más que acostumbrado a los largos viajes de sus padres. Su madre había sido la única hija del viejo Conde de Kenway y aunque su abuelo tenía estima a su padre, un comerciante noruego de alto rango, nunca le había perdonado del todo que se hubiese llevado a su única hija a su tierra, así que, al nacer su primer hijo y resultar varón, decidió que debería ser criado en las costumbres inglesas ya que sería quien heredara el título y sus propiedades. Rainer había pasado su infancia y adolescencia entre dos mundos y amaba a ambos por igual, sin

embargo se sentía mucho más a gusto en la soledad del océano que en concurrido mundo de la sociedad londinense. Habiendo heredado recientemente el título de Conde de Kenway, aún en vida del viejo conde, todas sus obligaciones habían empezado a hacerse más pesadas y la insistencia de su madre porque encontrase una buena muchacha y se casara le había proporcionado más de un quebradero de cabeza.

Elisabeth conocía también esos planes, Rain no tenía duda de que había sido su propia madre quien se los habría contado a la mujer, con obvia intención de regular la situación de la muchacha de modo que dejase de ser su querida para convertirse en su esposa, en una respetable dama. Y no era una idea del todo descabellada, como había pensado él también. Después de todo, la muchacha era una respetable y joven viuda, habían llevado su idilio con la mayor corrección y siempre con discreción y a su familia le agradaba.

—Conozco esa mirada, Rainer —lo sorprendió su amigo sacándolo de sus pensamientos—. Entonces, ¿has tomado ya una decisión?

Rain se frotó la parte de atrás del cuello y ladeó la cabeza tratando de ahogar la presión.

—Nada definitivo, me temo —respondió echando un nuevo vistazo al barco.

—Elisabeth sería una buena candidata —comentó Noah como al descuido—. Es una dama, viuda, está en una buena posición económica y vuestra relación... bien, estoy seguro que no se generaría ningún escándalo en caso de anunciar una boda.

Rain miró a su amigo con resignación.

—Quizás —fue toda la respuesta que dio antes de dejar caer la mirada donde estaban trabajando sus hombres. Sólo entonces frunció el ceño con sorpresa.

—Pero qué infiernos... —murmuró entrecerrando los ojos encima de la



menuda figura que estaba agazapada tras uno de los sacos de los víveres del Valhala.

Rain asistió con estupefacción a como aquella pequeña ratera trataba de retener las tres manzanas que había envuelto en el dobladillo de su falda, una de ellas se había resbalado rodando por el suelo, lo que le había dado una perfecta visión de la criatura desaliñada que había gateado tras ella. La muchacha estaba robando... ¡Le estaba robando a él!

—Será posible —murmuró observando con asombro como uno de sus hombres descubría a la muchacha y se apresuraba a detenerla, sujetándola, haciendo que dejase caer el botín que había reunido.

Noah siguió la mirada de su amigo y reparó en lo mismo que había visto Rain.

—¿Qué demonios? ¿Un ladrón?

Rainer masculló en voz baja antes de lanzarse a zancadas hacia el lugar de la reyerta.

—Nos está robando delante de nuestras propias narices —masculló con una mezcla de admiración y disgusto.

Cat se maldijo una y mil veces, y maldijo también a las apetitosas y jugosas manzanas que tan malvadamente se habían mostrado en el borde de aquel raído saco. Ellas habían sido las culpables de que acabase entre dos enormes moles de carne humana, con las pruebas del delito envueltas en la falda. No había querido coger nada más que un par, lo justo para calmar el hambre que le roía el estómago, entonces había visto la hogaza de pan y el queso y su buena voluntad empezó a morir bajo el rugido de sus tripas. No había escapatoria posible, aunque dejara caer la comida sabía que era imposible librarse de la presa que el hombre de pelo oscuro y cicatriz en el rostro había echado en su antebrazo. Su mano era como la de un gigante

contra su delgado brazo, dando la sensación de que si se movía se lo rompería como una ramita. El otro hombre la observaba con los brazos cruzados sobre el inmenso pecho, tenía la piel oscura, la cabeza totalmente rasurada y una de sus orejas había sido mutilada para dar cabida a una infinidad de aros de metal a modo de pendientes... De entre todos los barcos que había en el puerto, había tenido que ir a robar justamente la mercancía de uno custodiado por aquellos dos perros salidos del infierno.

—Tal parece que nos hemos encontrado con una ladronzuela —murmuró el hombre de la cicatriz, su voz profunda y grave atrajo la atención de Cat, sus ojos dorados se abrieron desmesuradamente al ver de cerca la dentadura del hombre, la cual tenía algunos huecos.

El hombre al otro lado de ella chasqueó en voz alta.

—La seguridad en los muelles ya no es lo que era, camarada.

La mirada de Cat voló entonces hacia el otro hombre, su voz era incluso más grave que la de su compañero y envió un inmediato escalofrío por su espalda. Antes de que se diese cuenta de lo que estaba haciendo, soltó el atado de su falda, dejando caer la hogaza de pan, el queso y las dos manzanas al suelo, rodando ante los pies de los presentes.

—Vaya un botín —se echó a reír el hombre de color—. La muchacha se las ha arreglado bien para desplumarnos, ¿eh, Clay?

El hombre que la sujetaba la movió sacudiéndola ligeramente, al tiempo que fruncía el ceño al ver el contenido hurtado.

—Maldición si lo ha hecho —aceptó de mala gana el hombre—. ¿Acaso no sabes cuál es la pena por robo, muchacha?

Cat aspiró con fuerza y empezó a forcejear, tironeando de su brazo intentando soltarse, sus movimientos venían acompañados de coloridos insultos.

—¡Suélteme, pedazo bruto! —mascullaba entre dientes, mientras

intentaba soltar la presa sobre su delgado brazo—. ¡Bastardo! ¡Hijo de perra!

Los hombres parecieron realmente sorprendidos ante la retahíla de insultos que salía de la boca de la muchacha.

—Menuda boquita —se rió el hombre que la sujetaba, mirándola sorprendido—. Tiene el mismo vocabulario que un borracho en una casa de putas.

—Toda una dama, sin duda —se burló su compañero, al tiempo que alzaba la mirada un poco más allá de la chica para ver a su capitán caminando hacia ellos—. Capitán, no va a creerse lo que ha pescado Clay.

—Yo digo que habría que enseñarle que es lo que hacemos a quién se atreve a robarnos, ¿no te parece Gibbs?

Cat se congeló durante una milésima de segundo. El hombre que la estaba aferrando sacó de la parte de atrás de la cintura del pantalón un arma de fuego, mientras su compañero desenfundaba el cuchillo que tenía metido en la bota. El miedo se abrió paso a través del estupor, obligándola a ponerse nuevamente en movimiento. Con un grito de terror, empezó a debatirse con más fuerza.

—¡No! ¡Soltadme, desgraciados! —pataleó ella, retorciéndose cual culebra antes de asirse de nuevo al brazo de su opresor y bajar la boca a la dura carne, hincándole los dientes con fuerza hasta probar la sangre.

Un audible aullido y un empujón la lanzaron al suelo mientras el hombre vociferaba sujetándose el brazo entre maldiciones y fulminantes amenazas.

—¡Me ha mordido! ¡Esa maldita zorra me ha mordido! —se quejaba el hombre de la cicatriz en el rostro, su mirada iba de la herida en su brazo a la mujer que empezaba a revolverse en el suelo—. ¡Te mataré! ¡Maldita alimaña!

—Quieto, déjame ver —lo interceptó desde atrás su compañero, aspirando con fuerza al ver el mordisco en su brazo antes de echarse a reír—. Menuda

perra, casi te arranca la carne.

—¡No dejes que se escape! —gritó abalanzándose al ver que la chica intentaba huir.

Recogiéndose la falda, se puso rápidamente en pie, tropezando y volviendo a caer mientras se arrastraba intentando alejarse de ellos.

—Quieta, ladronzuela.

Cat chilló cuando sintió que alguien la sujetaba desde atrás alzándola del suelo sin esfuerzos. Ciega por el miedo y la desesperación empezó a luchar y a propinar patadas arrancando ahogados jadeos del hombre.

—Estate quieta, moza.

Rainer la volvió apretándole los brazos tras la espalda, mientras la rodeaba por la cintura y la mantenía inmóvil contra él. Una mezcla de olores llegó hasta su nariz en el mismo instante que la sujetó, una mezcla de alcantarilla, humo e inmundicia que le revolvía el estómago. Pese a todo, la aterrada mirada de aquellos ojos dorados y el temblor en sus labios inferior fueron lo que llamaron su atención. Jamás había visto unos ojos como aquellos.

Cat se quedó inmóvil contra el duro cuerpo masculino, su mano formaba una perfecta presa en sus muñecas, manteniéndole los brazos a la espalda y el brazo que había envuelto alrededor de su cintura la dejaba prácticamente sin respiración. El hombre era como una montaña, sacándole algo más de una cabeza, de tez bronceada y unos profundos ojos del azul más claro que jamás había visto la escrutaban con obvia curiosidad, llevaba el pelo largo y negro recogido en una cinta de cuero en la nuca, aunque algunos mechones ligeramente rizados se habían escapado de su atado, volando libres sobre un rostro de facciones duras y cinceladas. ¿Quién era él?

—Tenga cuidado con ella, capitán. Muerde.

La voz de uno de los dos hombres devolvió a Cat a la realidad y empezó a luchar de nuevo, chillando y gimiendo por soltarse, sus delgadas piernas

enredadas en la falda y entre las enormes piernas del hombre apenas le daban libertad para asestarle una patada.

—¡Suélteme! ¡Desgraciado! ¡Maldito cerdo bastardo! —se revolvía haciendo gala de su extenso repertorio.

Rain se sorprendió ante el vehemente tono femenino y su colorido vocabulario.

—Menudo lenguaje para una dama —le aseguró con una divertida sonrisa, antes de volverse hacia uno de sus marineros, que todavía se sostenía el ensangrentado brazo con la mano. Si bien no había arrancado piel, la muchacha le había clavado los dientes a fondo—. ¿Está bien, Señor Gibbs?

—¡Esa maldita ramera casi me arranca el brazo!

—¡No soy ninguna ramera! —clamó ella estirándose ahora hacia el hombre, en un obvio intento por volver a morderlo.

—Quieta, moza —la retuvo Rain con una carcajada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Noah, haciendo una mueca de disgusto al ver a la muchacha que sostenía Rain—. Por dios santo, ¿quién es?

—Una ladronzuela —respondió Clay acercándose a su patrón y a la muchacha, al tiempo que respondía a Noah—. La pillamos robándonos las provisiones.

—¡Es una perra salvaje! —clamó Gibbs, su mirada marrón clavada con odio sobre la muchacha.

Noah se llevó una mano enguantada a la boca y nariz y dedicó un gesto de absoluto disgusto hacia la muchacha.

—Por amor de dios, suéltala ya, Rain —le pidió mirando a la chica—. Quién sabe qué clase de inmundicias tendrá encima. No es más que una sucia rata callejera y apesta, puede que incluso tenga piojos.

—¡Y usted es un cabrón! —clamó ella volviéndose en los brazos de Rain para escupir a los pies del lord—. ¡Y no tengo piojos!

Rain se echó a reír nuevamente, realmente divertido con la situación.

—Lambrick, no insultes a la dama.

—¡Habría que arrojarla al mar! —aseguró el hombre al que había mordido, al tiempo que se quitaba el pañuelo que rodeaba su cuello para envolverse la herida.

—Entrégala a los guardias, ellos se harán cargo —le sugirió Noah echando un rápido vistazo a su alrededor.

Ante la mención de los guardias, Cat se puso tensa, no quería volver a pasar ni un solo minuto en la cárcel, no podía volver allí. Aterrada, volvió a forcejear, luchando y tironeando en un nuevo intento para liberarse de las manos de aquel extraño, pero él la agarró con más fuerza, volviéndola, sujetándola de las muñecas. Ella tiró nuevamente, tratando de golpearle con las piernas, pero la volvió a inmovilizar fácilmente, cortándole toda clase de movimiento.

—Te he dicho que te mantengas quieta, moza —la retuvo nuevamente, impidiéndole escapar.

Cat maldijo, pero no estaba dispuesta a darse por vencida. Había una única cosa que podía hacer para liberarse y de forma rápida. Le clavó los dientes. El siseo del hombre al soltarla y la mirada de sorpresa en sus ojos fue todo lo que vio antes de soltarse de su presa. Cogiendo la tela de su falda en un puñado, dejó sus pantorrillas desnudas al aire y echó a correr como alma que llevaba el diablo por entre los muelles, había perdido su frugal botín, pero no perdería su libertad.

—¡Maldita mujerzuela! —masculló Rain mirando la marca rojiza en su brazo, si bien no le había clavado los dientes como a su amigo, sí le había dejado una bonita marca. Una irónica sonrisa curvó sus labios a pesar de todo —. Descarada gata salvaje.

—¿Quiere que la sigamos, Capitán? —sugirió Gibbs acercándose ya a él.

Noah se había acercado a Rain y examinaba ya el mordisco.

—No es nada —le dijo a su amigo, entonces se volvió a sus hombres—. No, Señor Gibbs, no merece la pena. Zarparemos en cuanto la marea lo permita, así que les sugiero que se pongan manos a la obra. Señor Clay, vaya a limpiarse eso y terminen de subir las provisiones y la mercancía. El tiempo apremia.

—Sí, capitán —respondieron los hombres uno detrás del otro.

Noah miró a los hombres del Valhala y paseó la vista en la dirección por la que había escapado la muchacha.

—Menuda rata callejera —murmuró Noah negando con la cabeza—. Una pequeña ladronzuela.

Rain le palmeó el brazo y lo instó a volver hasta el muelle de atraque.

—Una ladronzuela con los ojos más hermosos que he contemplado jamás —aseguró en voz baja, más para sí que para su amigo—. Una ladrona de ojos dorados.

## CAPÍTULO 2

Rainer echó un rápido vistazo a las provisiones que estaban subiendo al barco, la marea había empezado a subir tal como había previsto y estaba deseoso de marcharse del puerto. Durante gran parte de la mañana, el puerto se había llenado de guardias que deambulaban de un lado a otro, internándose en los caladeros haciendo preguntas levantando ya de por sí ampollas en los recelosos asistentes al puerto, tal parecía que el incendio que la noche anterior había asolado la cárcel había puesto en movimiento algo importante, ninguno se tomaría tantas molestias por recuperar a unos pocos rateros y prostitutas cuyo único delito habría sido seguramente robar un mendrugo de pan.

—Llevan patrullando varias horas, y están haciendo demasiadas preguntas —comentó Clay mirando a su capitán.

Rainer se volvió hacia su primero de abordaje, un hombre fornido y de color que había navegado con él desde su más temprana edad. Habiendo sido esclavo y liberado por su propio padre, el marinero había contraído una deuda con el escandinavo y no había dudado en acompañar al joven cachorro de su amo y amigo en sus incursiones comerciales.

—Demasiado interés para tratarse simplemente de unos cuantos fugitivos —continuó el hombre siguiendo con la mirada a los guardias—. Han estado peinando el puerto durante toda la noche e incluso ahora de madrugada continúan sus pesquisas.

—Es obvio que han perdido algo de importante valor —aseguró Rain frotándose la mandíbula. Entonces palmeó el antebrazo de su compañero y



protector y se dirigió a la escalerilla de embarque—. Que terminen de cargar la mercancía, Señor Clay, quiero el Valhala en movimiento antes del mediodía de ser posible, la marea nos ha retrasado más de lo debido.

—Sí, Capitán.

Rainer contempló como los dos guardias hablaban con uno de los marineros que cargaban los sacos antes de que este señalara hacia su barco, los hombres asintieron y se volvieron atravesando el muelle en dirección al Valhala. El capitán los interceptó a los pies de la escalerilla.

—Caballeros.

—Capitán —lo saludaron ellos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Rain echando un vistazo por el puerto antes de volver a clavar sus ojos claros sobre ellos—. He notado cierto movimiento inusual por el puerto.

—Una sección de la cárcel ardió anoche —respondió uno de los guardias—, y los reclusos aprovecharon la confusión para escapar. Se ha capturado a la mayoría, pero queremos estar seguros de que nadie se haya escondido en el puerto con la intención de ingresar en algún barco como polizón.

El otro guardia miraba con atención el barco y el ajetreo que se estaba dando sobre la cubierta del barco.

—¿Preparándose para zarpar?

Rainer miró al hombre de arriba abajo y respondió con ironía.

—Si no fuese por la caprichosa marea, ya habríamos zarpado —aseguró mirando hacia su espalda—. Mis hombres están terminando de subir la mercancía.

—¿No ha recogido o empleado a nadie nuevo en las últimas horas?

Rain lo miró con fijeza.

—No tengo por costumbre emplear a cualquier en mi barco —aseguró con sequedad—. La bodega suele estar ocupada con mercancía de calidad y no

estoy dispuesto a arriesgarla.

Uno de los guardias fulminó a su imprudente compañero con la mirada.

Rainer se cruzó de brazos y observó a ambos hombres con despreocupación.

—Pero he estado aquí buena parte de la madrugada y no he visto nada extraño —continuó con total despreocupación—. Si alguien hubiese intentado abordar el Valhala, ahora mismo estaría colgando del mástil más alto, o lanzado directamente por la quilla, todo depende del que lo hubiese encontrado.

El primero de los guardias asintió e inclinó la cabeza en una respetuosa reverencia.

—No le quitaremos más tiempo, Capitán —respondió llamando la atención de su camarada—. Que tenga un buen viaje.

Rainer se limitó a asentir con la cabeza mientras los guardias se retiraban y continuaban hacia el siguiente embarcadero.

—Le tienen miedo o han oído hablar de su reputación, Capitán.

Rainer echó un vistazo hacia la cubierta, en donde sus marineros se reían sin disimulo.

—¿No tienen nada mejor que hacer que mirar el paisaje, Señoras? —respondió Rain con cierto tono de diversión—. A trabajar, quiero zarpar de aquí lo antes posible.

Cat se mantuvo agazapada tras unos enormes contenedores de madera hasta que la policía se retiró hacia el siguiente barco, había visto con cierta sorpresa como los agentes intercambiaban rápidamente unas palabras con aquel hombre antes de dirigirse al siguiente embarcadero. ¿Sería alguien importante?

—No tiene aspecto de serlo —murmuró para sí, mirando hacia el enorme

barco que estaba siendo cargado.

El barco debía estar preparándose para zarpar, sin duda aquello era precisamente lo que necesitaba, una embarcación que zarpase lo antes posible y que ya hubiese sido frecuentada por los guardias, lo único que hacía aquel barco una opción no disponible era su capitán. Mientras aquel hombre rondase cerca, ella correría en dirección contraria.

Haciendo una mueca se arrastró contra el enorme cajón, moviéndose sigilosamente hasta que los guardias se perdieron de vista al continuar con la patrulla. Sabía que no eran los únicos que vería en las próximas horas, el tiempo se le estaba agotando, la luz del sol había salido ya y el ajeteo del puerto empezaría a hacerse cada vez mayor, dificultándole el ocultarse. Necesitaba colarse en alguno de aquellos barcos y rezar por que la llevase lo suficientemente lejos de Londres. Cat divisó un barreño de agua de lluvia semiculto entre los enormes cajones y sus ojos se iluminaron. Una rápida inspección la llevó a fruncir la nariz, necesitaría al menos dos barras de jabón para poder quitarse la mugre y eso si tenía suerte, algo que últimamente le era esquiva. Recogiéndose las pesadas y húmedas faldas, corrió hacia el barreño y hundió las manos en el helado líquido, apresurándose en asearse rápidamente.

—¿Estos dos son nuestros?

—No, sólo los que están marcados con una equis, los otros son del Valhala.

Cat dio un brinco al escuchar las toscas y profundas voces masculinas muy cerca de ella, su mirada se fijó en un punto más allá de los sacos antes de volverse y ver que tenía la retirada cortada por varias cajas apiladas. Maldiciendo en voz baja, giró sobre sí misma para finalmente arrastrarse hacia una de las cajas que permanecían medio abiertas y meterse dentro, ocultándose muy quieta bajo la lona.

—Asegúrate de que están bien cerradas, si vuelve a caerse la mercancía de alguna, el capitán nos cortará el cuello.

Las voces estaban cada vez más cerca, Cat se recogió las faldas pegándolas al cuerpo y contuvo la respiración mientras rezaba una rápida plegaria. A fuera, podía oír como los hombres movían sacos y cajas, hasta que una fuerte sacudida la hizo ahogar un grito, la tapa que cerraba la caja se abrió ligeramente, su corazón amenazaba con salirse del lugar.

—Tshh, se ha abierto uno de los cajones —clamó una de las voces masculinas que había oído—. Dame un par de clavos, la aseguraré.

—Comprueba que quede bien cerrada —le respondió el compañero.

Cat se llevó la mano a la boca, tapándosela cuando sintió que volvían a mover la caja asegurando la tapa en el lugar. ¡La estaban encerrando!

—Espera —oyó nuevamente—, esa no es nuestra. Es la del otro barco.

—¿Qué hacemos? —preguntó el otro.

—Ponle un par de clavos —convino—, avisaré a los hombres de Clay para que vengan a por ella.

Dicho aquello, no tardó mucho en oír los martillazos que aseguraban la caja, Cat pudo ver los gruesos clavos adentrándose a través de la luz que se filtraba entre las tablas y apretó con más fuerza sus manos contra su boca, la habían encerrado en una caja e iban a subirla a un barco. Bien, parecía que al final iba a dejar Londres, la pregunta era... ¿Saldría de la caja antes de que llegaran a dónde quiera que fuese el barco?

Rainer terminó de asegurar uno de los cabos cuando se fijó en los dos marineros que estaban hablando con Clay, ya los había visto alguna que otra vez por el puerto, eran de un barco mercante, El Valentine.

—¿Problemas, Señor Clay?

El hombre se volvió hacia arriba y poniendo una mano a modo de

sombrilla gritó.

—Ninguno, capitán —respondió con firmeza—. Los muchachos del Valentine han encontrado una de nuestras cajas entre sus provisiones, estamos a punto de subirla a bordo.

—Hágalo de prisa, Señor Clay, quiero dejar este infestado nido de víboras lo antes posible —le anunció Rainer al tiempo que bajaba por la escalerilla—. Y entérese de quién demonios ha dejado esa caja atrás.

—Me temo que ha sido cosa de uno de los grumetes.

—Póngalo a fregar la cubierta en cuanto zarpeamos —le respondió él echando un rápido vistazo a su alrededor. Su mirada se detuvo entonces en una calesa la cual se había detenido al inicio del puerto y en la mujer que bajó de esta—. Por todos los demonios del infierno, ¿qué hace ella aquí?

Clay se acercó a su capitán, siguiendo su dirección con la mirada.

—Se me ocurren un par de cosas, pero no creo que ninguna le guste demasiado, Capitán.

Rainer fulminó a Clay con la mirada antes de volver a posarla en la dama que había abierto una sombrilla y caminaba lentamente, acompañada por una doncella.

—Nunca entenderé a las mujeres —aseguró Clay rascándose la cabeza al tiempo que lanzaba un silbido a los marineros que ya se estaban interesando en la dama, dejándoles claro quién era la mujer. Solo entonces acompañó a su capitán, quien ya había salido al encuentro de la dama.

Ataviada con un vestido de paseo en azul real y líneas crema, con un coqueto sombrerito sobre la cabeza y una sombrilla a juego, la mujer echaba furtivas miradas de despectivo desprecio a su alrededor hasta que sus ojos azul pálido cayeron sobre Rain y sus labios rojizos se extendieron en una dulce sonrisa.

—¿Qué diablos haces aquí, Elisabeth?

La mujer no perdió la sonrisa, he incluso se atrevió a hacer un mohín.

—Noah me dijo que ibas a marcharte de nuevo —respondió como si aquello fuera explicación suficiente—. ¿Pensabas hacerlo sin decirme siquiera adiós?

Rainer ahogó una frustrada maldición y se inclinó tomando la mano femenina que ella le tendía para depositar un rápido beso en sus nudillos.

—Por supuesto que no, querida mía —respondió con afectación—. Pero no había motivo para una despedida, cuando no estaré más que unas pocas semanas en altamar.

—Un viaje un tanto... precipitado, milord —respondió ella tomando el brazo del hombre y sonriéndole coquetamente—. Esperaba que vinieses a verme ayer tarde.

—Tuve que ocuparme de ciertos negocios —respondió él, flagelándose interiormente y maldiciendo a la maldita marea por no haber podido zarpar antes y evitarse este encuentro—. Tú, en cambio, no deberías de pasearte por aquí, comprometes tu buen nombre.

Ella sonrió alzando su mirada azul por debajo de la redecilla que ocultaba su identidad.

—Creía que eso ya lo había comprometido hace mucho tiempo contigo, Lord Kenway —sonriendo le dio un golpecito con el abanico en el brazo y se volvió, sus dedos enguantados tocando su brazo—. Sólo vine a desearte un buen viaje y a pedirte que tengas cuidado.

—Siempre lo tengo —respondió con extrema confianza.

Ella sonrió e inclinó la sombrilla de modo que los ocultara de sus dos acompañantes, antes de acercarse a su rostro y rozarle los labios con los suyos.

—Estaré esperando para darte la bienvenida cuando regreses —le aseguró con un meloso susurro.

Rainer esbozó una irónica sonrisa.

—Estoy seguro que sí —aseguró apartándose de ella para conducirla de nuevo de vuelta a su coche—. Te traeré alguna chuchería.

Ella sonrió con absoluta confianza y volvió a entrelazar su brazo en el de él.

Rainer se despidió y esperó hasta que la mujer y su doncella hubiesen subido al coche y se hubiesen puesto en marcha para dejar escapar un profundo suspiro.

—Si me permite, capitán, diría que la señorita Elisabeth está interesada en algo más que una simple chuchería.

Rainer esbozó una mueca y se volvió hacia su amigo y compañero.

—Lo que quiere la señorita Elisabeth, es lo que arruina a cualquier hombre decente —le aseguró antes de dar media vuelta—. Volvamos al Valhala, que suban esas dos cajas que faltan y soltemos amarras, quiero largarme lo antes posible de aquí.

—Los muchachos ya están en ello —aseguró Clay acompañando de vuelta a su capitán—. Sólo falta que de la orden.

—Zarpemos, Señor Clay.

Asintiendo, el marinero se adelantó, llamando a dos de los hombres de la tripulación y se encaminaron a recoger los enormes cajones que los dos grumetes intentaban mover.

Riendo, pasaron a su lado y levantaron sin esfuerzo uno de los cajones.

—Daos prisa, el capitán quiere zarpar lo antes posible.

—Está ansioso por volver a la mar, ¿huh?

—Más bien está ansioso por escapar de cierta sirenita —se echó a reír el otro hombre quien había visto a su capitán con la mujer.

Clay lo avisó con un dedo.

—Si aprecias en algo tu pellejo, será mejor que guardes esos comentarios

para ti.

—Soy una tumba —aseguró riendo mientras balanceaban precariamente la caja que llevaban a hombros.

Clay frunció el ceño.

—Tened cuidado con la mercancía, no servirá de nada si llega hecha pedazos —aseguró pasando delante de ellos hacia la pasarela.

Cuan acertada respuesta, pensó Cat espatarrada dentro de una de las cajas, la sangre le golpeaba en los oídos mientras el cajón en el que iba era sacudido y movido sin orden ni concierto. El bamboleo estaba amenazando con hacerla vomitar, era una buena cosa que apenas hubiese podido llevarse al estómago un viejo mendrugo de pan. Con cada nuevo movimiento, tenía que aferrarse con fuerza a las paredes para evitar que el zarandeo la estrellase contra los lados dejando escapar un quejido que pudiese descubrirla.

Permaneció silenciosa como una tumba, la voz del hombre que había hablado era totalmente nueva aunque había algo en su tono que se le hacía conocido. Por lo que había oído, la caja en la que estaba oculta iba a ser subida a uno de los barcos, cuyo capitán estaba más que deseoso de hacerse a la mar. Aliviada ante la oportunidad de dejar Londres, se obligó a permanecer en silencio, sujetándose tan bien como podía dentro de aquel pequeño cubículo para evitar ser lanzada de un lado a otro, apretando con fuerza los labios para ahogar cualquier sonido que pudiese hacer. No había tenido tiempo de examinar el contenido de la caja, pero a juzgar por las capas de tela sobre la que estaba sentada y las que se habían revuelto con el bamboleo, debía de ser un barco mercante, pues aquellas parecían ser telas de calidad.

Los bruscos movimientos continuaron al tiempo que el sonido del agua llegaba con más claridad a sus oídos, Cat no era capaz de ver nada a través de las rendijas de la caja, estas apenas dejaban pasar un poco de luz procedente del exterior pero nada más. Las voces masculinas empezaron a hacerse más



graves a medida que la caja y ella eran transportadas a aquel barco, el bullicio propio de los marineros preparándose para zarpar inundaba el aire con sus gritos, risas y movimientos.

—¿La llevamos a la bodega de abajo o con los de la despensa?

Cat se mantuvo alerta, esperando oír la contestación, el vaivén se había detenido por unos segundos, pero no estaba demasiado segura que no fuese a reanudarse de nuevo.

—Dejadla en la despensa, ya habrá tiempo para echarle después un vistazo.

La respiración se quedó atorada en la garganta de la chica cuando oyó aquella voz, había algo en ella que la hizo estremecerse, ese acento... no podía ser... ¡No podía haber subido a su barco!

Cat contuvo un grito cuando la caja se movió nuevamente y ella salió despedida contra uno de los lados.

—¡Cuidado! —gritó uno de los dos hombres—. Con el zarandeo que le estás pegando, sea lo que sea acabará hecho pedazos.

—Deja de gruñir y bajémosla a la bodega.

Cubriéndose la boca con las manos, ahogó un profundo quejido cuando un ramalazo de dolor se extendió desde el codo hasta su hombro, las lágrimas se reunieron en sus ojos y debió morderse con fuerza el labio inferior para evitar soltar un gemido. Era un milagro que no se hubiese partido un diente de la manera en que habían dejado caer la caja contra el suelo.

—Con cuidado —repitió nuevamente el hombre, ahora la escasa luz que se había estado filtrando por entre las rendijas de la caja se había convertido en una profunda oscuridad, incluso la voz de aquellos dos sonaba con más eco—. Dejémosla ahí antes de que consigas hacerla pedazos.

El cajón resbaló contra el suelo con un fuerte golpe y Cat le siguió dentro del mismo, a estas horas, sus faldas estaban casi encima de su cabeza y sus

piernas y brazos parecían los de una muñeca rota. Aguantando la respiración, con la sangre latiendo aceleradamente en sus oídos se mantuvo en completo silencio, sus ojos dilatados en la completa oscuridad parecían absorber la negrura creando estrellitas en sus pupilas. El tiempo parecía pasar demasiado despacio mientras esperaba, pero no volvió a oír nada, estuviese donde estuviese, la habían dejado en completo silencio.

Cuando creyó haber dejado pasar el tiempo suficiente, empezó a moverse muy lentamente, su brazo izquierdo apretado contra el estómago con una mueca de dolor, se había llevado un buen golpe, no creía que estuviese roto, pero dolía como el infierno.

—De acuerdo, Cat, tranquila, estás bien, sólo ha sido un golpe —se dijo a sí misma en un murmullo, necesitando oír su propia voz en aquella completa oscuridad.

Moviéndose con cautela, trató de desenredar la falda de sus piernas, el movimiento la llevó a golpearse contra uno de los lados, que, para su sorpresa cedió. Cat jadeó y se volvió inmediatamente hacia aquel lado tanteando con sus manos y encontró una rendija a través de la que cabían sus dedos.

—Debe haberse abierto con el golpe —musitó para sí y por un instante, el aire que parecía haberle estado faltando volvió a sus pulmones. Si podía forzar lo suficiente aquella madera para salir, podría estirarse y encontrar un lugar mejor para esconderse—. Y algo que llevarse a la tripa sería estupendo.

Suspirando volvió a sentarse con una mueca, le dolía el brazo, y apostaría su comida a que la humedad que había notado en él era sangre. Con mucho cuidado, acunó el brazo contra su pecho, se recostó contra una de las paredes y esperó, no podía arriesgarse a ser descubierta antes de que dejaran el puerto, esperaría unas horas y después, saldría de aquel maldito cajón y las cosas irían mejor.

Agotada por todos los sucesos de las últimas horas, se dejó resbalar contra

una esquina y cerró los ojos, quedándose dormida.

Londres empezaba a quedar atrás a medida que se alejaban por el canal, el olor de inmundicia y pestilencia que azotaba la ciudad empezaba a cambiar por el suave y salado aroma de mar, la niebla seguía envolviendo la ciudad, una niebla ocasionada por la polución de las fábricas. Rainer echó un vistazo general, aquella ciudad, su aristocracia, por mucho que la despreciase era parte de él, si bien prefería con mucho su casa de campo al sur de Yorkshire, era inevitable acudir a las decadentes fiestas de la sociedad londinense de la que muy a su pesar formaba parte.

Un ahogado juramento, seguido por un golpe hizo que el capitán se girara, encontrándose con su invitado. El hombre se movía como un pez fuera del agua y a juzgar por la tez de su rostro, era obvio que el mar no era su hábitat.

—Quizás debiera permanecer en el camarote hasta que hayamos salido del canal.

El hombre hizo un gesto con la mano, mientras trataba de estabilizarse.

—No me quedaré mucho tiempo, sólo lo justo para respirar un poco de aire fresco —aceptó con firmeza.

Rainer arqueó una delgada ceja.

—¿Mareado?

El hombre aspiró profundamente e inspiró un par de veces.

—El primer día a bordo de un barco siempre acabo colgando de la barandilla, no es algo de lo que me enorgullezca, pero no soy tan tonto como para negarlo —aseguró Nikolai con un fuerte acento extranjero—. No se inquiete por mí, en cuanto haya recuperado el aliento, volveré a mi camarote y no le molestaré.

—No tenía intención de hacerlo. Tan pronto le deje en Le Havre me habré olvidado de su presencia —aseguró con jocosa diversión—. Hasta entonces,

tenemos casi una semana de travesía, le sugiero que se ponga cómodo y procure no estorbar.

El hombre esbozó una irónica sonrisa en respuesta.

—No ve la hora de perderme de vista, bueno, al menos es usted sincero — aceptó de buen humor.

Rainer se volvió hacia el hombre e intercambió una rápida mirada con él.

—El Valhala no es un barco comisionado para su majestad —respondió con un ligero encogimiento de hombros, pero en realidad estaba muy atento a cada una de las situaciones y a lo que hacía—. Debería dar gracias a Lord Lambrick, es por él que está ahora rumbo a casa, o tan cerca de su hogar como podamos llevaros.

El hombre sonrió.

—No se preocupe, Brightmore, podrá deshacerse de mí tan pronto arribemos a puerto —le aseguró fijando la vista en el horizonte—. Después de eso, sólo seré una visita fantasma a un rey. Nadie me ha visto, ni ha sabido de mi llegada a Londres...

—Empiezo a preguntarme si daría lo mismo que le tirásemos en alta mar.

El hombre se rió.

—Sin duda, para mí, si lo sería —aseguró con buen humor. Entonces se volvió más serio—. Escuche capitán, mi presencia aquí es simplemente una oferta de amistad hacia su país, estoy seguro que ambos nos beneficiaremos de esta reunión.

—Así lo espero —respondió Rain con confianza.

El hombre asintió y echó un vistazo al barco.

—¿Creé que podría encontrar alguna tarea para mí durante lo que dure la travesía? —le preguntó mirándolo de soslayo.

Rainer lo miró con curiosidad

—¿No hemos zarpado y ya le entra la ociosidad? —se burló.

El hombre esbozó una sonrisa irónica en respuesta.

—Es mejor estar preparado ante las eventualidades.

—¿Y si le pusiera a fregar cubiertas?

El hombre miró la extensión del barco y se encogió de hombros.

—No le diría que pudiera hacerlo tan bien como una sirvienta, pero podría ser un buen ejercicio físico.

—Me sorprende, Novoséltsev.

El hombre sacudió la cabeza.

—No pretendo causarle problemas ni a usted ni a sus hombres, pero pensé que sería una buena forma de ganarme la comida y desterrar mi ociosidad.

Rainer se lo quedó mirando durante un instante.

—A excepción de mi segundo de abordaje, para el resto de mi tripulación usted no es más que un estudioso de las ciencias —respondió el capitán con una ligera advertencia en su voz—. Confórmese con hacer honor a ese papel, caballero, la travesía no será demasiado larga, sobrevivirá.

—Estudioso de las ciencias —sonrió con buen humor—. Déjeme adivinar, idea de Lord Lambrick.

Rainer ni lo confirmó ni lo desmintió, su mirada volvió a posarse en la ciudad que poco a poco iba quedando atrás.

—Dejaremos atrás el canal en una hora más o menos, le sugiero que permanezca bajo cubierta hasta entonces.

Y con aquello dio por concluida la conversación con el embajador Ruso.

## CAPÍTULO 3

Cat había perdido la cuenta del tiempo que llevaba escondida en la bodega, había intentado orientarse por la luz que entraba a través de las escasas rendijas del piso superior, pero el mareo y el continuo malestar al que se había visto sometido su estómago la tenían entrando y saliendo de la conciencia. El olor agrio y húmedo de la bodega empeoraba con mucho con sus efluvios, había aprovechado la poca agua sucia y apozada que había encontrado en un cubo viejo para mantener cierta higiene, pero no podía hacer mucho más. Toda ella apestaba a rata de cloaca, se moría por tener un poco de aire y si dios fuese generoso, un poco de agua con la limpiarse y calmar su sed. Su estómago rugió de nuevo recordándole de nuevo el hambre que le roía las entrañas, ¿cuánto tiempo llevaba sin comer? Si sus cálculos eran correctos, había estado en la bodega tres días... tres largos días con sus noches en las que apenas había podido dar unos sorbitos a un agrio vino que había encontrado en una botella abandonada.

Lamiéndose los labios resecos y agrietados, echó un nuevo vistazo hacia la trampa que permanecía cerrada en lo alto de las escaleras. No se había atrevido a aventurarse, a comprobar si estaba abierta, tenía demasiado miedo a ser descubierta y devuelta a la mugrosa cárcel en la que casi había muerto calcinada. Sus ojos hacía tiempo que se habían acostumbrado a la oscuridad, cuando había logrado salir de la caja había explorado la bodega pero todo lo que había encontrado habían sido muebles, algunos cofres cerrados con especias y telas o platos, nada que pudiera calmar en algo su hambre. Sus

tripas rugieron de nuevo, su estómago se encogió en un nuevo calambre y ella suspiró, quizás ya estuviesen lo bastante lejos como para que no aventuraran a dar la vuelta si la encontraban, aunque también corría el riesgo de que la lanzaran por la borda. Cat se estremeció, aunque sabía nadar, no lo hacía tan bien como para mantenerse a flote y estaba malditamente segura que ni con un milagro conseguiría sobrevivir sola en medio del mar.

Recogiéndose la mugrosa falda en un puño, se movió sobre las tambaleantes piernas hacia la escalerilla. Movida por el insistente rugido de su estómago y su necesidad de aire fresco, se acercó hasta la escalera, pronto descubrió que estaba demasiado débil para subir incluso un par de peldaños. Debía haber anochecido ya pues no había luz que se filtrara a través de las rendijas del techo, temblando por el frío que ya se había instalado en sus huesos, se arropó mejor en el saco que había cogido a podo de chal y dio un paso más, quedándose congelada cuando oyó unos crujidos muy cerca ella, sobre su cabeza, seguida por unas voces.

—...debería haber lanzado al estudioso ese por la borda al primer día de haber embarcado, va a volvernors locos —aseguró una voz tosca y masculina.

—Eso nos hubiese privado del placer de verlo colgar boca abajo del cabo con el que se enrolló —aseguró otra voz masculina con un tono de sorna—. Aunque hay que concederle al hombre que salvó la situación de manera admirable.

—Sí, de tanto estudiar a los primates, debe creer que es un mono.

Cat oyó la risa jactanciosa del hombre acompañado del sonido de una cerradura. Jadeando de horror, se dio la vuelta rápidamente, sólo para tropezar con sus faldas y caer cuando la trampilla superior se abría.

—Pero qué demonios...

Aquello fue todo lo que llegó a escuchar Cat antes de golpearse la cabeza con fuerza contra el suelo y su mundo se tiñera de negro.

El sol empezaba a asomarse por la línea del horizonte tiñendo el mar de plata, el viento se había levantado hacía algunas horas y soplaba contento contra las velas desplegadas impulsando al Valhala. Rainer contempló pensativo el horizonte, se había levantado muy temprano incapaz de conciliar el sueño y había relevado a uno de los marineros al timón. Siempre lo relajaba estar en el castillo de popa con la potente rueda de madera bajo sus manos, sintiendo la madera bajo sus callosas manos. Si el viento continuaba soplando en aquella dirección y con la misma intensidad, alcanzarían costas francesas antes de lo previsto. Su mirada vagó sobre la cubierta al mástil central en cuyos cabos se había enredado el ruso. El espectáculo que había proporcionado a su tripulación había compensado el dolor de cabeza que suponía su presencia, pero tenía que concedérselo, él solo había salvado la situación, subiendo a pulso por la cuerda para desenlarse el pie y deslizarse después por el mástil hasta el suelo. Sus hombres lo habían llamado desde ese momento «*El Mono*» algo a lo que el extranjero había reaccionado con un encogimiento de hombros y una amplia sonrisa en sus labios.

—¡Capitán! —oyó la voz de uno de sus hombres desde abajo. Rainer aseguró el timón antes de volverse y ver a Ricard, uno de los miembros más antiguos de su tripulación caminando a zancadas en su dirección—. Debería venir a ver esto, señor.

Rain frunció el ceño. ¿Acaso el ruso se había metido en algún otro problema?

—¿Qué desgracia ha traído esta vez ese hombre sobre el Valhala?

El marinero se rascó la cabeza por encima del pañuelo que cubría su largo pelo desgreñado.

—El Señor Nikolai sigue en su camarote, Capitán —aseguró como si aquello fuese la mejor noticia del mundo—. Debería quedarse allí hasta que



alcancemos puerto, si me permite expresar mi opinión.

—Eso es lo que deseamos la mayoría, Ricard —aceptó Rainer sin abandonar todavía su puesto—. ¿Y bien? ¿De qué se trata entonces?

—Digamos que hemos pescado algo interesante bajo cubierta, Capitán —aseguró con una jocosa sonrisa.

Rainer entrecerró los ojos, su cerro fruncido.

—¿Polizones?

El hombre sonrió ampliamente.

—Ah, capitán. Mejor será que lo vea usted mismo —aseguró con diversión—. James la está custodiando ahora, aunque dudo que vaya a ningún lado, se ha llevado un buen porrazo.

¿La? ¿Una mujer a bordo del Valhala? Eso era absurdo. Dejando al marinero a cargo del timón, bajó por la escalerilla y atravesó el barco a grandes zancadas hasta encontrarse a Ricard de pie ante un bulto sucio y maloliente tirado en el suelo. El olor a orina y otros indescifrables atacó su nariz haciéndolo retroceder durante un instante.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó cubriéndose la boca a medida que se acercaba hasta comprobar que lo que había en el suelo y que parecía un fardo, se trataba de una persona. Una mujer a juzgar por las faldas y el cabello negro.

James, un hombre bajito y de piel curtida por el sol, con una blanquecina cicatriz corriendo por una de sus mejillas se volvió hacia su capitán y extendió una mano hacia el suelo. El hombre mostró su dentadura amarillenta y falta de algún diente cuando sonrió.

—Tenemos ratas en la bodega, Capitán.

Rainer arrugó la nariz cuando se agachó para examinar a la polizón. El olor era insoportable, a juzgar por su aspecto, no estaba muy seguro que no tuviese piojos, su pelo negro era una salvaje maraña. Con un dedo le apartó

las greñas para verle el rostro y su respiración quedó atascada al reconocerla. ¡Era la misma fierecilla que le había mordido en el puerto! ¿Qué hacía allí?

—¿Capitán?

La voz de su segundo, el Señor Clay sonó a su espalda haciendo que se incorporara y pidiera sin siquiera volverse.

—Traed un cubo de agua.

—Ahora mismo, Capitán —respondió James, corriendo a cumplir la orden de su superior.

—¿Qué demonios? —masculló Clay al ver el bulto en el suelo. Entonces escupió a un lado—. ¡Qué me aspen! ¿Polizones?

Rainer no contestó, era incapaz de dejar de mirar aquel bulto tendido en el suelo.

—Un momento... ella... —la sorpresa de Clay alcanzó las mismas proporciones que la de su capitán. Su mirada pasó de la mujer en el suelo a Rainer—. ¿Es ella?

—Eso parece —comentó Rainer haciendo una mueca.

—Gibbs va a matarla en cuanto la vea —aseguró el hombre rascándose su rasurada cabeza.

—¿Quiere hacer los honores? —preguntó James, quien se había reunido con ellos con una amplia sonrisa y el cubo en las manos.

Rainer hizo un gesto al marinero y este lanzó el cubo de agua helada con fuerza sobre la muchacha.

Cat despertó escupiendo agua, la sensación del líquido frío sobre su rostro, empapando su ropa la sacó del estado de inconsciencia con efectiva celeridad, apenas pudo incorporarse entre toses y jadeos mientras sus ojos se abrían para volver a cerrarse heridos por la intensa luz. Si bien a aquellas horas no había demasiada claridad, era un fuerte contraste con la casi completa

oscuridad en donde había estado metida hasta ahora. Pestañeando y limpiándose el rostro con una mano al tiempo que se lamía los labios, aprovechando cada gota del agua que había caído sobre ellos, aunque fuese sucia, apartó débilmente el pelo que se le había pegado al rostro para ver ante sí tres pares de poderosas y fornidas piernas las cuales ascendían por sendos cuerpos hasta los rostros de tres hombres, dos de los cuales, descubrió con estupefacción, le eran conocidos.

Aquellos ojos azules se clavaron en ella con una fiereza que desmentía su amplia y divertida sonrisa.

—Parece que volvemos a encontrarnos, moza —le aseguró con una profunda y divertida voz.

Cat palideció varios grados, si es que aquello era posible, al reconocer al hombre al que había mordido en el puerto. No podía ser verdad, no podía haber subido al barco de aquel hombre. Su mirada vagó entonces a su alrededor, al tiempo que intentaba levantarse infructuosamente, sus brazos y piernas parecían de gelatina y no estaban dispuestas a cooperar. Gimiendo empezó a arrastrarse hacia atrás, sólo para ver su retirada cortada por la jocosa risa del hombre que hasta ese momento había estado sujetando el cubo de agua, el mismo que la había bañado con su contenido.

—No tan rápido —le pisó la falda para evitar que continuara alejándose, entonces alzó la mirada hacia su capitán—. ¿Qué quiere que hagamos con el polizón, Capitán? ¿Lo lanzamos por la borda? Dios sabe que huele tan mal que ni todo el agua del mar podrá quitarle ese olor.

Ella le lanzó una mirada furiosa, a lo que Rainer sonrió.

—Tenga cuidado, James, está ofendiendo a la dama.

El marinero se rió y mantuvo el pie en el lugar.

—¿Qué piensas hacer con ella? —la pregunta salió de Clay de forma suave y baja.

Rainer la miró, los ojos felinos de ella eran enormes y se veía claramente asustada.

—Sugiero meterla tal cual está en un barril de agua —aseguró James agachándose a coger la falda de la chica y sacudirla—. Aquí debe haber incluso piojos.

El indignado jadeo femenino, fue seguido de la mano de la mujer arrancando la tela de su falda de manos del marinero. Ella parecía débil, pero sus ojos echaban chispas y su lengua seguía siendo igual de viperina cuando respondió.

—Vuelva a tocarme y le arrancaré la mano con los dientes —siseó con voz ronca, quebrada.

—Ten cuidado, James, la señora ya ha demostrado anteriormente sus dotes para hacer lo que dice —le aseguró Clay alzando la mirada más allá de ellos. Algunos de los marineros parecían haber escuchado el tumulto y habían subido a cubierta para ver que ocurría. Pronto, empezó a formarse un nutrido grupo rodeando a la mujer.

Rainer observó detenidamente a la muchacha, había algo en ella que le hacía imposible quitarle los ojos de encima. Estaba asustada, aterrada en realidad, pero sus ojos seguían poseyendo una mirada desafiante, la cual se posaba en todos excepto él.

—¿Qué tenemos aquí?

—¿De dónde ha salido? Huele como si hubiese caído en una letrina.

—¡Un polizón! ¿Quiere que lo lancemos por la borda, Capitán?

Ante aquella ferviente declaración, la muchacha se volvió en redondo, tratando de ponerse en pie, tropezándose con sus faldas al intentarlo y tambaleándose en el proceso. Su mirada se clavaba con desconfianza entre unos y otros, hasta que finalmente se volvió hacia Rainer, con tal furia que no pudo evitar que sus labios se abrieran en una amplia sonrisa. Entonces, ella

hizo lo último que había pensado hiciera en su estado, se escapó pasando entre él y Clay.

—¡Se escapa! —gritó alguien.

—¡Cogedla! —secundó un segundo.

Antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, sus hombres habían salido disparados detrás de la muchacha, la cual, débil y todo, hizo que un atajo de marineros quedaran como un atajo de payasos durante un buen rato.

Cat fintó, esquivó y saltó evitando manos y haciendo que sus perseguidores terminasen espatarrados en el suelo, o tropezándose unos con otros. Aquello era como escabullirse de los guardias y la gente que quería ponerle las manos encima en las calles de Londres, pero en esta ocasión estaba cansada, demasiado agotada y el único combustible que la mantenía en movimiento era el miedo a terminar como habían declarado varias veces, tirada por la borda del barco. Esquivando a un último marinero corrió hacia el otro lado del barco sólo para encontrarse alzada contra un pecho fornido y enorme.

—¡Dios bendito! ¡Qué peste! —clamó el hombre cuya voz hizo que Cat dejara de retorcerse en el acto, antes de caer al suelo con un sonoro golpe cuando este la dejó caer. Su mirada ascendió temerosa para ver su rostro, el cual perdió su expresión de asco, siendo sustituida por la sorpresa y finalmente pasando por el reconocimiento y una salvaje rabia—. ¡Tú! ¡Maldita zorra! ¡Ven aquí! ¡Te mataré!

Cat se arrastró por el suelo hacia atrás, resbalando y trastabillando con sus faldas mientras intentaba ponerse en pie con desesperación. Apenas se había vuelto para incorporarse cuando sintió un aguijonazo en la parte de atrás de la cabeza, el hombre la había agarrado del pelo deteniéndola y arrastrándola hacia él.

—Sabía que dios no iba a ser tan desalmado como para dejarte ir sin

castigo —aseguró el hombre complacido al haberla sujetado—. Te voy a enseñar lo que se les hace a las rameras como tú que se atreven a clavar los dientes...

—¡Señor Gibbs!

El grito fuerte y firme detuvo toda actividad con la misma eficacia de un cañonazo. Rainer se abrió paso entre la pandilla de imbéciles que en la que se habían convertido sus hombres y caminó directamente hacia el hombre.

—Suéltela —le ordenó con sequedad, sus ojos fijándose en el marinero, uno de sus hombres de confianza.

—Debería tirarla por la borda —aseguró él, pero hizo lo que se le había ordenado y soltó el pelo de la muchacha—. Apesta.

—Razón por la que te vas a encargar de buscar un poco de agua y jabón y lavarla.

El hombre arqueó una ceja como si pensase que su capitán se hubiese vuelto loco.

—¿Qué?

La pregunta vino de Cat y Gibbs al mismo tiempo.

Rainer la miró de arriba abajo con insolencia y frunció la nariz.

—No dejaré que ofenda la nariz de mi tripulación ni la mía propia —respondió alzando la mirada hacia el hombre—. Que lleven la tinaja con agua a mi camarote, agua caliente, no creo que otra cosa logre despegarle la mugre —entonces arrugó nuevamente la nariz y chasqueó la lengua—. Pero antes échele un par de cubos de agua por encima y embadúrnela en jabón.

—¿Estás seguro? —le preguntó Clay, mirando entonces a Gibbs quien parecía haber dejado su rabia a un lado y lo miraba tan sorprendido como él.

—Ya la has oído —respondió Rain con fastidio.

Clay asintió entonces hacia Gibbs, quien se encogió de hombros y se agachó para coger a la muchacha como si fuera un fardo y echársela al

hombro entre gritos.

—Dios... es peor de lo que yo pensaba... —clamó mientras ella gritaba y pataleaba.

—¡Suélteme! —gritaba Cat pataleando y pegándole con los puños, incapaz de soltarse. ¡Aquel lunático quería que la bañaran! ¡Ni soñarlo! Nadie iba a bañarla—. ¡No podéis hacer esto! ¡No podéis! ¡Soy una dama! ¡Maldito cabrón!

—Pues menuda boquita tiene para ser una dama —murmuró Clay.

—Sigo pensando que deberíamos tirarla por la borda —aseguró Gibbs poniendo su amplia mano sobre el trasero femenino para que no se cayera.

Ella jadeó indignada y se volvió hacia el hombre que la sostenía.

—¡Saque la mano de ahí ahora mismo! —clamó ella ofendida—. O juro por dios, que le arrancaré una oreja de cuajo.

Rainer suspiró y alzó la mirada al cielo.

—Hágalo, Señor Gibbs.

—¡No! ¡No quiero! ¡Animal! —gritaba Cat aporreando la espalda del hombre al tiempo que fulminaba a Rainer con la mirada—. ¡Malnacido! ¡Usted es el peor de todos ellos!

—Si no empiezas a cuidar su lenguaje, seré yo el que te lave la boca con jabón —le aseguró él con una seca orden—. Nadie se ha muerto por exceso de higiene, muchacha. Te bañarás y no hay más que hablar.

Clay se acercó entonces a Rainer y le indicó el resto de la tripulación con una obvia mirada.

—Quizás deberías encargarte tú mismo —le aconsejó viendo como los hombres miraban hacia la chica con sendos grados de interés. La mayoría con un interés mortífero en sus ojos.

Rainer gruñó y le dedicó una mirada cortante a toda su tripulación.

—El espectáculo se ha terminado, volved a vuestras tareas —ladró con

voz firme, haciendo que los hombres se dispersaran a regañadientes, la mayoría de ellos mirando con un brillo letal en los ojos a la muchacha que los había puesto en ridículo. Entonces volvió su mirada hacia Gibbs, quien seguía sujetando a la peleadora muchacha—. Que lleven la tina a mi camarote y bastante agua.

La mirada de Rainer se fijó entonces en la muchacha.

—Te bañarás —una orden, seca y llana—. O de lo contrario, dejaré que sea Gibbs el que lo haga por ti.

Cat entrecerró los ojos y lo miró con odio.

—Váyase al infierno, capitán —le soltó ella con un siseo.

Rainer sonrió abiertamente y extendió los brazos indicando el barco.

—Siento comunicártelo, tesoro, pero ya estoy en él —aseguró, entonces se acercó lo suficiente a ella, pero sin pararse en el alcance de sus manos—. Y tú acabas de darle la bienvenida.

Antes de que ella pudiese responder, Rainer le hizo una seña al hombre para que se la llevara.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Clay en voz alta para los tres presentes.

—Sigo pensando que puede ser una de las mujeres que huyó de la cárcel —aseguró Gibbs sujetando las piernas de la muchacha para que dejara de patalear.

—Si ese es el caso, la entregaremos a las autoridades —aseguró y sin decir una palabra más, se volvió de nuevo hacia el castillo de popa.

Cat jadeó quedándose sin aire. No, no podía hacerle eso. No podía.

—No —su voz salió en un ahogado jadeo—. No puede hacer eso... yo no hice nada... no puede...

Rainer se detuvo en el primer peldaño y se volvió mirándola con indiferencia.



—Soy el Capitán de este barco, moza, haré lo que crea que tengo que hacer.

Cat le dedicó una mirada fulminante al tosco marinero que la había traído y dejado caer como un saco contra el suelo cuando este le señaló la tina con agua y le recordó las palabras de su capitán, o se bañaba o se encargaría él de que lo hiciera. Bufando, Cat se frotó el trasero y se incorporó lentamente mirando a su alrededor, el camarote estaba hecho de madera pulida, con unos intrincados y hermosos grabados, había un par de ojos de buey en una de las paredes y una claraboya en el techo que dejaba penetrar la luz. Una litera, más parecida a un enorme cajón permanecía anclada por clavos a la pared, al igual que el resto de los muebles de la amplia habitación. Un escritorio de delicada y lisa madera caoba estaba en una esquina con algunos papeles y utensilios de escritura sobre ellos, una palangana con agua y el orinal tras un pequeño biombo, una mesa y tres sillas, las dos de ellas iguales completaban junto con un arcón con elaborados grabados a los pies de la cama y algunos libros completaban el mobiliario.

La tina de agua llamó la atención de Cat casi de inmediato, de ella salía vapor y había un par de cubos más a un lado, junto con un taburete con varios lienzos, al verlo, los ojos se le llenaron de lágrimas, ansiaba un baño, quitarse aquella asquerosa ropa, lavarse el pelo... Su mirada volvió entonces a la puerta que se había cerrado tras ella y frunció el ceño, malditos hombres. Los ojos azules del capitán seguían grabados en su mente al igual que su amenaza, la sola mención de la cárcel hizo aflorar sus recuerdos y tembló, sus rodillas cedieron y cayó sujetándose de uno de los bordes de la palangana, llorando.

—No quiero volver a la cárcel... no he hecho nada malo... no soy una asesina... no quiero volver —gimió temblando por los sollozos.

—¿Por qué estabas entonces allí?

La inesperada voz a sus espaldas la hizo dar un respingo, alto, masculino y con una mirada inquisitiva, el capitán permanecía en el umbral de la puerta del camarote. Sus ojos la examinaron y miraron la tina.

—Hueles a cloaca —le dijo sin rodeos—. Quítate la ropa y métete en la bañera, aquí tienes jabón.

Cat le siguió con la mirada, viendo como él depositaba una pastilla de jabón sobre los lienzos. Al ver que la muchacha no se movía, arqueó una ceja.

—Sé que entiendes lo que te digo, muchachita —aseguró irguiéndose en toda su altura para luego cruzarse de brazos—. Te bañarás. Ahora. Antes de que infectéis de piojos mi camarote.

—Yo no tengo piojos —masculló ella con rencor y ofensa.

Rainer la miró de arriba abajo.

—Me cuesta creer que haya algo limpio ahí debajo.

Cat jadeó ofendida, sus mejillas se colorearon instantáneamente y entrecerró los ojos. Rainer chasqueó la lengua y caminó hacia ella.

—Tienes dos opciones, moza —le aseguró lentamente—. Despojarte de toda esa ropa y bañarte, o lo haré yo.

Cat apretó los labios, sin dejar de mirarlo.

—¿Debo elegir por ti?

Cat le sostuvo la mirada sin vacilar, entonces se levantó muy lentamente.

—Buena chica —aceptó Rainer dejándole espacio.

—No voy a volver a la cárcel.

Rainer arqueó una ceja en respuesta, mirándola a los ojos.

—Escapaste por el incendio —respondió. Era una afirmación, no una pregunta.

—No he hecho nada —continuó ella sin apartar su mirada de la de él.

Rainer le sonrió suavemente.

—Eso lo discutiremos después —respondió mirándola fijamente.

—No soy una asesina.

Él asintió.

—Lo sé.

Y era verdad. Aquella muchacha podría ser muchas cosas. Ladrona, prostituta... pero ¿Asesina? No... aquellos no podían ser los ojos de una asesina.

Cruzando el camarote, abrió el arcón que había a los pies de su cama y rebuscó en su interior hasta encontrar una blusa y una falda y enaguas y dejarlas sobre la cama.

—Póntelo cuando termines —le dijo mirándola a ella y al agua—. Y date prisa, o se te enfriará el agua.

Sin decir una palabra más, dejó a la muchacha sola y salió por la puerta. Cat lo siguió con la mirada y no movió un músculo hasta que sus pasos dejaron de oírse, solo entonces se permitió volverse hacia la tina de agua y fruncir el ceño.

—Piojos... ¡Ja!

Decidida y atraída por la calidez del agua, empezó a despojarse de sus ropas, rescatando el medallón oculto en sus faldas y lo dejó junto al jabón.

—Veremos si después de esto sigo oliéndote a cloaca, mal nacido.

La ropa le quedaba bastante ajustada, la blusa se ceñía a sus pechos de manera indecente, empujándolos por encima del escote, la camisa interior apenas lograba ocultar el tono oscuro de sus pezones, sin corsé que moldeara su figura, sus curvas se veían exuberantes y generosas embutidas en aquellas prendas. Cualquiera creía que después de haber estado en aquella inmunda celta y tres días encerrada en la bodega, hubiese adelgazado, pero sus pechos

parecían no correr el mismo destino que sus caderas. Suspirando, se ajustó la falda, si la blusa le quedaba justa en los pechos, la falda bailaba en su cintura.

Cat se pasó los dedos a lo largo de la cabellera intentando desenredarlos, había dado hasta su último aliento por tener en sus manos un peine, pero al menos estaba limpia. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía realmente limpia. Un rápido vistazo al agua de la tina y de los cubos la hizo hacer una mueca, lo cierto es que tanto el agua como la ropa olían a cloaca, solo ahora que estaba completamente limpia podía dar fe de ello. Incluso la rosada cicatriz de la herida que se había hecho en el codo tenía mejor aspecto ahora que estaba completamente limpia.

Miró a su alrededor, había probado la puerta de la entrada sólo para darse cuenta de que esta estaba cerrada, los ojos de buey parecían servir únicamente para permitir la entrada de la luz, al igual que la claraboya del techo, esta, en cambio, sí parecía que pudiera abrirse. Cat no era precisamente baja, pero con su metro sesenta y nueve, tampoco alcanzaba ni de lejos la claraboya, necesita subirse a algo y ya había comprobado que con la silla tampoco llegaba. Su mirada recayó entonces en los cubos, un rápido estudio la llevó a probar la sugerencia que se coló en su mente. Colocando de nuevo la silla debajo de la claraboya, sumó a su altura la de uno de los calderos, se recogió la falda y subió tratando de mantener el equilibrio.

—Si tan solo pudiera...

—¿Necesitas ayuda?

Aquella inesperada voz hizo que se volviera demasiado deprisa, el cubo cedió y Cat se encontró cayendo hacia el suelo hasta que lo alcanzó con un sonoro quejido.

Rainer cambió la bandeja con comida que traía en una mano y le echó un vistazo a la muchacha despatarrada en el suelo, maravillándose de lo mucho que había cambiado con un simple baño. La larga cabellera negra le llegaba a

la cintura, una maraña de bucles azabache que incluso húmedos tenían un brillo especial. Su rostro, ahora libre de suciedad estaba contraído en un coqueto mohín mientras se llevaba la mano a las posaderas, pero fue el gesto de llevarse el brazo atrás el que hizo que sus pechos se marcaran aún más contra la tela de la blusa. ¡Por el sagrado Odín! La muchacha estaba generosamente dotada. Una rápida inspección la hizo percatarse de sus voluptuosas curvas y de las delicadas pantorrillas que asomaban por debajo del dobladillo de la falda. Como si lo hubiese pillado mirándola, una delicada mano bajó la falda para cubrirse hasta los tobillos.

Sus ojos se alzaron de nuevo al rostro de la muchacha, quien ahora lo miraba fijamente.

—¿Puedo saber qué clase de truco circense estabas intentando llevar a cabo? —le preguntó caminando hacia la mesa donde dejó la bandeja para volverse a mirar después la ropa tirada en el suelo y el oscuro pozo de agua estancada en el que se había convertido la tina para luego volver la mirada hacia ella, con una ceja arqueada a modo de pregunta.

—No tengo piojos, ya se lo dije —respondió ella con fijeza.

Rainer esbozó una ligera sonrisa y le indicó la bandeja sobre la mesa antes de volver hasta la puerta y dar un potente silbido. En apenas unos instantes, dos marineros llegaron para retirar la cubeta de agua y los baldes vacíos.

—Llevaos también la ropa —pidió haciendo una mueca al verla—. Que Clay la queme en el fogón.

—Sí, Capitán —contestó uno de ellos.

Cerrando la puerta tras los dos marineros una vez que recogieron todo, Rainer se volvió hacia la muchacha. Ella se había incorporado ya y se había acercado a la mesa, contemplando la comida como un hombre hambriento... mujer en este caso.

—Imagino que tendrás hambre —murmuró con una sonrisa haciendo que

ella se volviese hacia él con la sorpresa y el anhelo grabado en sus ojos dorados. Con el rostro lavado y el pelo húmedo enmarcando su carita ovalada, era hermosa—. Toma asiento.

Cat dudó y miró la comida, para luego mirarle a él. No podía evitar recordar cada vez que lo veía que estaba allí en calidad de polizón.

—¿Va a tirarme por la borda?

Rainer sonrió ante el tono lastimero que oyó tras la pregunta.

—Te has colado en mi barco y no has pagado pasaje —le recordó con suavidad, siguiéndola con la mirada—. A eso le llamamos polizón, y los que tienen suerte acaban lanzados por la borda.

Cat tragó. Si esos eran los que tenían suerte, no quería ni pensar en los que no la tenían.

Rainer se acercó hasta la bandeja y tomó un trozo de carne para llevársela a la boca y comérsela.

—Como ves, no tengo intención de envenenarte, muchacha —aseguró invitándola nuevamente a tomar asiento—. ¿No tienes hambre?

Ella no respondió pero miró la comida con anhelo sin atreverse a dar un solo paso.

—¿Te has pasado los últimos días encerrada en la bodega? —insistió. Sabía por sus hombres que la muchacha había estado allí, habían encontrado y tenido que limpiar la inmundicia que había dejado atrás. Y dios sabía que en esa bodega, jamás había ni agua ni comida.

Un fuerte sonido del estómago femenino rompió el silencio entre los dos.

—Oh, por todos los infiernos —clamó Rainer antes de obligarla a sentarse y ponerle un muslo de pollo en las manos—. Come algo antes de que acabes desmayada a mis pies.

Cat quería negarle, quería lanzarle el ave a la cabeza, en vez de eso las lágrimas inundaron sus ojos y se encontró comiendo por primera vez en casi

cuatro días.

Rainer se mantuvo en silencio contemplándola, la muchacha carecía de modales, pero no podía culparla, esa manera de comer sólo podía pertenecer a una persona que había pasado carencias toda su vida. Su corazón se ablandó ante el hecho de verla tan famélica y todas las acusaciones que habían estado rondando su mente se esfumaron.

—Hace unos días hubo un incendio en la prisión de Londres —comentó él después de que ella hubiese dado cuenta a buena parte del pollo, las patatas y el vino, el cual se había limitado a sorberlo. Rainer se anotó mentalmente el traerle agua—, los guardias de la prisión dijeron que habían escapado algunos presos, la mayoría de ellos rateros... y prostitutas.

Cat se envaró volviéndose a él con el dolor tiñendo sus ojos.

—¡Yo no soy una prostituta! —negó en voz baja, pero con la suficiente fuerza para dar fe a sus palabras.

—Pero es obvio que sí has escapado de la prisión —le aseguró con voz suave, lenta, que hizo que la recorriera un escalofrío.

Cat apretó las manos encima de su regazo y volvió a evitar su mirada.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó entonces en voz baja y suave.

Rainer se echó hacia atrás en su propia silla y se cruzó de brazos.

—¿Cuál es tu nombre?

Ella ni siquiera se molestó en alzar la mirada.

—Cat... Catherine —musitó ella—. Catherine Averay.

—Bien, señorita Averay, ¿puedes decirme que hacías en la prisión de Londres?

Ella alzó la mirada, sus ojos brillaban con luz propia.

—No soy una asesina.

Rainer arqueó una ceja ante tal respuesta y asintió.

—Eso ya me lo has dicho —aceptó con suma paciencia—. Pero no creo

que estuvieses en la prisión de visita, ¿oh, sí?

Ella entrecerró los ojos al mirarlo, para luego apartar la mirada una vez más.

—Entiendo —dijo de repente Rainer levantándose de su asiento—. En ese caso, no me queda otra que entregarte a las autoridades en cuanto lleguemos a puerto, hasta entonces...

—¡Soy una ladrona! —exclamó poniéndose en pie de golpe, haciendo que la silla cayese hacia atrás. Su mirada lanzaba chispas, los labios apretados en una fina línea—. Estaba en prisión por qué me acusaron de robo. En realidad, no sé como salí de la prisión, se declaró un incendio, los corredores se llenaban de humo, alguien se había amotinado... pensé que iba a morir abrasada... no sé qué ocurrió, pero cuando volví en sí, estaba fuera de la cárcel, en el puerto.

Rainer la contempló desde su altura, tratando de encontrar la verdad en aquellos ojos dorados. ¿Le estaba diciendo la verdad? Ya había comprobado en el puerto que la muchacha tenía ciertas mañas, las cuales había exhibido perfectamente con su tripulación.

—¿Qué edad tienes, Catherine?

A Rainer le pareció que ella se encogía ligeramente de hombros.

—Creo que esta primavera cumpliré veintidós.

—¿Crees? —preguntó Rainer con diversión—. ¿No sabes si realmente los cumples, muchacha?

Ella alzó la mirada hacia él, pero no contestó a su pregunta, en vez de eso, insistió de nuevo.

—¿Va a entregarme a las autoridades?

Rainer la miró de una forma descarnadamente sensual, una mirada que Cat había visto otras veces en los ojos de Earl y otros de sus secuaces demasiadas veces como para no saber lo que implicaba. Contrariamente al asco que



generaba aquella atención en el maldito buhonero, la mirada transparente de este hombre, solo contribuía a ponerla nerviosa.

—No lo sé —aceptó frotándose el mentón mientras la miraba—. Todo dependerá de cómo te comportes.

Ella frunció el ceño, mirándolo con desconfianza.

—¿Comportarme?

Rainer no dijo una sola palabra más, se limitó a caminar hacia la puerta. Cat apretó los dientes y se volvió de nuevo hacia el hombre.

—¿Puedo al menos saber el nombre de mi nuevo carcelero? —preguntó ella con resentimiento.

Rainer se volvió entonces hacia ella y sonrió con ironía.

—Solheimsen, Capitán Rainer Solheimsen —le respondió él con una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo—. Y el nombre de tu nueva prisión, querida mía, es el Valhala.

Catherine se quedó mirándolo mientras salía.

Qué contradicción que el cielo para algunos se fuera a convertir en el infierno para ella.

## CAPÍTULO 4

Cat no sabía qué hacer para pasar el tiempo, limpia y bien alimentada, se había pasado las horas dormitando o examinando cada rincón del masculino camarote. Pero dos días encerrada era todo lo que podía soportar después de su previo encierro en las bodegas. Necesitaba respirar aire puro, salir a cubierta y aquel mal nacido no la había permitido abandonar el lugar. Había visto al capitán en contadas ocasiones durante su encierro, le había curado la herida que tenía en el brazo provocada por el traqueteo de la caja después de ver que esta tenía los bordes rojos y prácticamente supuraba, no estaba segura si quería saber realmente qué era lo que había utilizado en aquellos emplastos, pero ahora, la hinchazón había disminuido y empezaba a cicatrizar bien. Durante las comidas, Cat se había limitado a responder a sus demandas y preguntas con breves y cortantes frases o gruñidos. No confiaba en aquel hombre, por muy amable y caballeroso que se mostrase frente a ella, seguía siendo su carcelero.

Suspirando volvió a echar un vistazo al enrejado del tragaluz, a través de él podía ver el cielo azul claro o tormentoso, oír la rutina del barco, pero por más que había intentado ver más allá, no había alcanzado nada.

Se giró sobre sí misma e hizo un mohín mirando el libro abierto sobre la cama, debería devolverlo a su lugar antes de que el capitán se diese cuenta de que lo había sacado, a menudo había visto la ventaja que tenía el que los demás pensarán que era una analfabeta, incapaz de leer o escribir más allá de su propio nombre. Estaba harta de aquel encierro.

—Maldición —masculló para sí—. No puede tenerme toda la vida

encerrada aquí.

En las breves ocasiones en las que se había dirigido a él, fue para preguntarle por sus planes para con ella, pero el maldito capitán sólo se limitaba a mirarla para luego continuar con lo suyo. Maldito hombre testarudo.

—No puede mantenerme encerrada —masculló para sí—. No puede.

Tomando el libro para devolverlo a su lugar, echó nuevamente un rápido vistazo a su prisión. Su carcelero debía haber encontrado algún otro lugar en el que pernoctar. No era tonta ni tan ingenua para no haber pensado en la posibilidad de que pretendiera hacerla su querida, de sobra era conocida la costumbre de los marinos de tener una mujer en cada puerto, había estado realmente nerviosa y temerosa de que él pudiese reclamar tal derecho, pero la mayor parte del tiempo se mantenía alejado del camarote, dejándola sola con sus pensamientos y temores la mayor parte del tiempo.

Cat sacudió la cabeza y se llevó las manos a las sienes, estaba empezando a sentir un sordo martilleo, el infinito camino de posibilidades la estaba enloqueciendo al no saber qué respuesta podía darle.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, Cat —se dijo a sí misma—. Sólo debes concentrarte en marcharte de aquí tan pronto como ellos alcancen tierra firme.

Un ligero sonido en la cerradura de la puerta la hizo volverse en aquella dirección, su mirada ascendió de nuevo al tragaluz, era demasiado temprano para la hora de comer y el desayuno ya hacía horas que se lo habían dejado. Tensa, esperó con la mirada clavada en la puerta hasta que esta se abrió y se asomó el hombre que había visto con el Capitán en el puerto, aquel que había respondido al nombre de Clay.

—El Capitán manda a saber si quiere subir un poco a cubierta para estirar las piernas y airearse —preguntó el hombre que empequeñecía el camarote

con tu tamaño.

Cat le miró con desconfianza. ¿Le estaba diciendo que podía subir a cubierta? Al no obtener respuesta, el Señor Clay insistió.

—Si quiere salir, le sugiero que lo haga ahora, antes de que la tripulación empiece sus faenas —le respondió con el mismo tono lineal—, después no podría asegurarle que pudiera volver al camarote... o llegar a puerto... de una sola pieza.

Cat se erizó.

—¿Me está usted amenazando?

El hombre esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—De ningún modo, muchacha —aceptó encogiendo sus inmensos hombros—. Le estoy diciendo lo que seguramente ocurrirá, a ningún hombre le gusta ser aventajado por una mujer, y a los hombres de esta tripulación, bueno, digamos que les encantaría ver sus tripas colgando del mástil más alto.

Ella hizo un gesto de asco.

—Eso es asqueroso.

El hombre dejó escapar un gruñido mitad sonrisa. La tripulación del Valhala todavía estaba resentida por lo que aquella sucia rata había hecho, dejándolos quedara como una panda de inútiles, su malestar solo había aumentado ante la tajante orden del capitán quien había dicho que la muchacha se quedaba y que nadie debería molestarla. Poco podrían imaginarse que debajo de aquella enorme capa de mugre se escondía esto, la joven era por más encantadora de una manera indisciplinada y salvaje, sin duda sería un entretenimiento para Rainer, pero el Capitán lo había sorprendido durmiendo en cubierta, o compartiendo camarote con él en los últimos dos días.

Su mirada recorrió a la hembra preguntándose que podría tener para

causar ese efecto en Rainer, Clay había visto la lujuria en los ojos de su capitán la vez que la habían visto en el puerto y que no hubiese aprovechado tal bocado, parecía antinatural en él.

—¿Y bien? —insistió, esperando que la muchacha se decidiera. Rainer le había pedido que la fuese a buscar y que la arrastrase si era necesario a cubierta, aludiendo que un poco de aire puro no le haría daño—. ¿Va a subir a cubierta, muchacha?

Cat lo miró recelosa, pero finalmente se levantó y pasó por delante de él sin decir ni una sola palabra. No iba a desperdiciar la oportunidad que se le estaba presentando.

El aire salado le golpeó en la cara nada más salir a cubierta, el aroma a mar mezclado con la claridad de la mañana la hizo parpadear varias veces, entrecerrando los ojos durante un momento para acostumbrarse a la claridad. Cat sintió una mano enorme tras su codo, la cual la instaba a avanzar, volviéndose se encontró al hombre que la había sacado del camarote.

—Puede pasear por cubierta, solo procure no acercarse al castillo de popa ni caer por la borda —le respondió retirando su mano lentamente—. El capitán podría pensarse el dejarla donde está.

Cat retiró su brazo de un tirón y se adelantó lentamente, su falda recogida en un puño mientras sus pies descalzos la acercaban a la zona central del barco. El viento agitó su ropa con suavidad, meciendo sus rizos negros que apartó con la mano mientras se maravillaba de las vistas del inmenso mar. Las velas estaban desplegadas por encima de su cabeza, llenas con el benévolo viento que las impulsaba para acercar al navío a su destino.

Antes de que pudiera detenerse, Cat se encontró preguntando en voz alta.

—¿A dónde se dirige el barco?

Clay miró a la muchacha y se pensó la respuesta. Finalmente se frotó pensativo la barbilla.

—A costas francesas —le respondió no viendo nada malo en ello. Antes o después se enteraría.

—¿Son comerciantes? —insistió volviéndose.

Clay se la quedó mirando. ¿Acaso pensaría que eran piratas?

—Sí, muchacha, el Valhala es un barco mercante.

Ella reparó entonces en los cañones que había apostados en uno de los lados y lo miró con ironía.

—Ya, y eso es únicamente atrezo.

El hombre arqueó una ceja en respuesta pero no añadió nada esclarecedor.

—Debería preguntarle al capitán, si tiene interés en saber sobre el Valhala.

Dicho esto, con una ligera inclinación de cabeza, el hombre dio media vuelta y se marchó dejando a Cat sola en la amplia cubierta del barco.

Cat no desaprovechó la oportunidad que se le brindaba, estaba segura de que no tendría muchas como esta, el capitán no parecía un hombre que dijese lo mismo dos veces. Dejando sus reparos a un lado, tomó el chal de encima de la cama, se lo pasó alrededor de los hombros y salió del camarote.

La luz del día la recibió con toda su gracia, la suave y salada brisa marina la envolvía mientras caminaba a lo largo del enorme barco, nunca había pensado que fuese tan grande. Un vistazo por encima de su cabeza la llevó a contemplar las velas que se movían suavemente mecidas por un débil viento, en aquel momento, la mayor estaba recogida, seguramente para evitar que se dañara. Sumida en sus pensamientos y en el disfrute de estar nuevamente al aire libre, no se percató del hombre que la había estado mirando desde que emergió de la zona de camarotes hasta que prácticamente se tropezó con él.

Nikolai estaba sentado con un cuaderno y una pluma, el tintero descansaba no muy lejos de su mano, pero eran sus ojos azul oscuro los que se habían fijado en ella con cierta curiosidad. Sorprendida por el inesperado encuentro, trastabilló hacia atrás, tropezando con uno de los cabos sueltos y soltando al

mismo tiempo una maldición mientras se recogía las faldas ligeramente para soltarse el pie.

—Discúlpeme, Madame, no era mi intención asustarla —se apresuró a decir el hombre dejando su cuaderno a un lado para acudir en su ayuda.

Cat se volvió hacia él al escuchar aquel extraño acento que hacía que su inglés fuera algo más pesado.

—Permítame —pidió antes de inclinarse y ayudarla a salir de entre las cuerdas.

Los ojos dorados de ella lo siguieron con la mirada sin perder ni un solo instante sus movimientos. El hombre era de la estatura del capitán, solo que su ropa era distinta, más refinada, no creía que él fuese uno de los marineros de la tripulación, su pelo de color caoba se mecía ligeramente alentado por el viento.

—¿Se encuentra usted bien? —insistió tomándola por el codo para alejarla de las cuerdas—. No quisiera que mi impertinencia le hubiese causado daño alguno.

Ella sacudió la cabeza, haciendo que sus morenos mechones se balancearan. Sabía que no era propio de una dama llevar el pelo suelo delante de nadie que no fuese su esposo, pero en el caso de Cat, no había tenido ni esposo ni perro que la ladrase, así que, haría lo que le viniese en gana.

—No, estoy bien —respondió ella entonces soltándose lentamente del brazo masculino, entonces echó un rápido vistazo a su alrededor antes de separarse otro paso del hombre—. Creo que he sido yo la que ha interrumpido algo.

Su mirada cayó en el cuaderno que había estado sosteniendo el hombre. Una suave sonrisa acompañó al caballero.

—En absoluto —respondió con una atractiva sonrisa que se adivinaba bajo el ligero bigote—. Ya había aceptado que las musas se niegan a acudir a mi

llamado.

Ella lo miró y después posó su mirada sobre el cuaderno. La curiosidad siempre había sido su mayor defecto.

—¿Es usted... poeta? —sugirió caminando hacia el cuaderno inclinándose a cogerlo. La caligrafía era hermosa.

Él se rió de nuevo.

—Temo que nada tan provechoso —aseguró de buen humor acompañándola, tomando de sus manos el cuaderno—. Soy estudioso de las ciencias... de vez en cuando me gusta dejarme llevar y tomar notas sobre los acontecimientos.

Cat asintió sin estar demasiado convencida, había algo en aquel hombre que desmentía lo que decía, pero no estaba segura de por qué.

—No la había visto antes por aquí —se encontró escuchándole decir—. De otro modo lo recordaría. Permita que me presente, soy Niko... Kosov —respondió tomándose un tiempo en buscar un apellido que no lo delatase—, como ya dije, estudioso de las ciencias.

La chica se tensó de sorpresa cuando el hombre tomó su mano y se la llevó a los labios, podía decir que aquellos ojos azules la estaban mirando como si pudieran leer su alma.

—Catherine —respondió ella reaccionando tardíamente en una reverencia. Al menos tendría que agradecer al hospicio y a Sor Catalina que hubiese insistido tanto en enseñarles buenos modales—. Cat Averay, señor. Temo que mi presencia aquí no es tan interesante como la suya.

—Le sorprendería, madame —aseguró con cierta jocosidad al tiempo que su mirada se desviaba hacia la parte posterior del barco—. ¿Es usted pariente del Capitán?

—No —respondió ella con sinceridad.

Nikolai cerró el cuaderno y se tomó un momento para contemplar a la



muchacha, había algo en ella que despertaba su atención, pero por más que intentaba encontrar el punto, este no aparecía. Los ojos dorados, el cabello negro del color de la noche, estaba seguro de haber contemplado a esa mujer antes de ahora, y a pesar de todo, su voz y su rostro le eran ajenos.

—Discúlpeme nuevamente, madame, pero me siento en la necesidad de hacerle tal pregunta —se decidió—. ¿Ha estado anteriormente viajando por Europa, visitando la madre Rusia, quizás?

Cat parpadeó varias veces antes de señalarse a sí misma con un dedo con gesto divertido.

—¿Quién? ¿Yo? —una amplia sonrisa empezó a extenderse por su rostro para terminar en una ancha carcajada—. Esa sí que es buena. Yo viajando... y a Rusia, ni más ni menos.

—Me alegra que mi pregunta le cause diversión —respondió Nikolai esbozando una sincera sonrisa.

La chica se llevó la mano a la boca al darse cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo.

—Sabe, sé que es la primera vez que la veo, pero siento como si ya la hubiese contemplado antes —aseguró con un suspiro, entonces se encogió graciosamente de hombros—. Pero sería imperdonable para mí, el haberlo hecho y no poder recordar tan hermosos ojos.

Cat no respondió, no estaba acostumbrada a tratar con gente tan culta, su vida distaba mucho de la de una dama de compañía, o una institutriz, lo había intentado, dios sabía que lo había hecho cuando había abandonado el hospicio, pero su trabajo apenas había durado tres días antes de que el señor de la casa decidiera que quería tener a la nueva cuidadora de sus hijos en su cama. Un porrazo en la cabeza con la bacinilla después, Cat se encontraba en la calle, sin ningún lugar al que ir y cayendo en las garras de Erl Watson. Obligándose a hacer a un lado aquellos aciagos pensamientos, se ajustó el

chal y murmuró una rápida excusa.

—Estoy segura que no nos hemos visto antes, señor —aseguró ella haciendo una pequeña inclinación antes de dar media vuelta y apresurarse hacia una de las escaleras, por la que subió rápidamente.

Apenas había alcanzado la parte de arriba de la escalera que daba acceso a la zona de proa y dado un par de pasos cuando se encontró de frente con uno de los marineros a los que había dejado en ridículo dos días atrás, sabía que debía de ser uno de aquellos hombres por la mirada de sorpresa que había puesto al verla y reconocerla. Antes de que pudiera decir una sola palabra, Cat se encontró recogiendo las faldas y bajando de nuevo la escalera como un rayo, saltando al suelo y atravesando la cubierta como una exhalación mientras el hombre profería gritos a su espalda y alzaba el rabo de una fregona a modo de arma.

Rainer había pasado buena parte de la noche al timón, de hecho, aquella había sido su rutina los dos últimos días después de ver lo que se encontraba bajo la enorme capa de suciedad que había cubierto a la arisca muchacha. Había relegado sus visitas a las comidas y cenas, las cuales se habían convertido casi en un monólogo por su parte, Catherine, como había dicho que se llamaba, no era muy habladora, cerrándose en banda cada vez que intentaba averiguar algo de ella. Quizás fuera aquel mismo misterio el que lograba tenerlo encandilado.

Sumido como estaba siempre en sus pensamientos, no escuchó los alaridos y maldiciones de uno de sus hombres, hasta que lo vio ascendiendo de manera renqueante y blandiendo una fregona en las manos tras una muchacha de salvaje cabello negro que corría como si la persiguiese el diablo. Sin soltar el timón, salió a cortar el paso de la muchacha, quien para su sorpresa, fue directamente a sus brazos, escurriéndose alrededor de su cintura para

ampararse tras su espalda.

—¡Quiere darme de escobazos! —clamó ella aferrándose a su camisa—. Y yo no he hecho nada. Solo salí a cubierta. Ese hombre calvo dijo que podía salir a respirar aire fresco, no he hecho nada.

—¡Déjemela a mí, capitán! Le arrancaré la piel a tiras por mentirosa.

—¡Yo no he mentido! —clamó la muchacha saliendo de detrás de Rainer sólo para volver a ocultarse cuando el hombre blandió de nuevo la fregona—. Dígaselo, maldita sea.

Rainer echó un rápido vistazo a la cabecita morena que se asomaba por debajo de su brazo y después al hombre que había llegado persiguiéndola.

—Baje eso de una vez, Robinson —le dijo Rainer con gesto de fastidio al marinero—. La muchacha tenía permitido salir a cubierta.

El marinero frunció el ceño y masculló antes de escupir al suelo, su mirada fulminó a la muchacha.

—Debería estar encerrada y en la bodega —respondió el hombre en voz baja y de mal humor. Finalmente escupió otra vez y miró a su capitán.

Rainer lo miró sin pestañear. Su rostro era una máscara de mortalidad.

—¿Tiene algo que decir, señor Robinson?

El hombre se frotó la coronilla y entonces se soltó.

—Con todos los respetos, Capitán —empezó nuevamente, echando pequeños vistazos a la mujer—. La mujer nos dejó a todos en ridículo... si ha decidido dejarla salir a cubierta, debería hacer que la vigilaran o alguien tendrá el irrefrenable impulso de lanzarla por la borda.

Cat siseó desde detrás de Rainer y este puso los ojos en blanco.

—Ya que tanto le preocupa la seguridad de la muchacha, le dejo la tarea a usted, Señor Robinson —respondió Rainer con voz firme, sin oportunidad de discusión—. Estoy seguro que podrá conseguir que la sed de sangre y venganza que corroe a la tripulación, merme cuando vean que usted cuida de

ella.

—¿Capitán? —preguntó boquiabierto. No podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Ha perdido la chaveta por completo? —clamó Cat saliendo de detrás de Rainer.

—Por otro lado, si la muchacha desea permanecer abajo hasta que lleguemos a puerto, se verá libre de tal tarea, Señor Robinson —aseguró Rainer mirando a Cat con una clara advertencia.

Cat se obligó a morderse la lengua. Aquel hombre le estaba diciendo claramente que si quería salir a cubierta, tendría que aceptar sus condiciones.

—A sus órdenes, Capitán —respondió el marinero, quien sabía mejor que discutir por algo como aquello.

Rainer siguió mirando a la muchacha.

—¿Estás de acuerdo con los términos, muchacha?

—¿Serviría de algo que dijese que no?

—No.

—Lo suponía —masculló y se enderezó, saliendo de detrás del capitán—. Supongo que no me queda otra que decir que sí.

Rainer asintió complacido y le señaló a Robinson el timón con un gesto de la barbilla.

—Ocupaos del timón, Señor Robinson.

—Sí, capitán —calmó el hombre apresurándose a cumplir la orden.

Él se volvió entonces hacia Cat, indicándole el camino por dónde habían subido ella y el marinero. La muchacha accedió a regañadientes.

Cat se maldijo interiormente una y otra vez por su mala suerte, como podía si no llamarle a lo que acaba de ocurrir. Ahogando un bufido se volvió a contemplar al capitán, el hombre era apuesto y letal, sobre todo cuando hablaba a su gente.

—¿Ya ha tomado una decisión?

Rainer se volvió a mirar a la chica, a ella parecía preocuparle por encima de todo su libertad.

—Todavía no.

Y era verdad. Por algún motivo, empezaba a sentirse reacio a dejarla marchar. Permitted que ella avanzara, contemplando el largo pelo negro que llevaba desparramado por la espalda y sonrió, ni siquiera Elisabeth era tan osada como para llevar la melena suelta en público. Elisabeth, no había pensado en su amante hasta ahora y aún así, ni siquiera el recuerdo de ella le suscitaba deseo. Lo había confirmado en el momento en el que la había visto en el puerto. Aquello era hora de que terminase.

Una suave maldición escapó de los labios femeninos, la chica era muy dada a maldecir.

—Va a tenerme pendiendo de la cuerda floja hasta el final, ¿no es verdad?

—Respondió ella volviéndose hacia él con enfado—. Os queda mejor el papel de diablo, que el de capitán.

Él esbozó una sonrisa y la dejó bajar por la escalerilla, para luego descender él.

—No son muchas las mujeres que se han atrevido a llamarme diablo.

—Seguramente, porque ninguna sería lo bastante lista como para ver que lo es —respondió deseando haberse mordido la lengua una vez lo hubo dicho. Para su sorpresa, él se echó a reír.

—Quizás tengas razón, muchacha.

Cat se volvió al llegar abajo y se lo quedó mirando mientras él pasaba de largo, para detenerse apenas unos pasos más adelante.

—Procura mantenerte sobre cubierta, muchacha, sería una verdadera pena tener que pescarte como a un pez —respondió él con una satisfecha sonrisa antes de continuar su camino.

Cat apretó los puños y los dientes hasta que desapareció de su vista, entonces se permitió el berrinche de su vida.

—Ya veremos si no es usted el que acaba en el agua, Capitán.

Soltando un último bufido, dio media vuelta y se dispuso a disfrutar un poco más de la sensación de estar al aire libre.

Cat descubrió a lo largo de la primera semana de travesía, que mantenerse sobre la borda era un poco más difícil de lo que había pensado, los marineros se habían mostrado un poco más que molestos al verla, algunos se limitaban a ignorarla, otros en cambio no se medían a la hora de hacerle conocer su disgusto de primera mano. Ella no era una mujer que se amedrentara, pero aquella situación se estaba volviendo insostenible.

Su único consuelo era Niko, el hombre se había convertido en una especie de amigo durante aquellos días, paseaba junto a ella, charlaban, Cat se había encontrado por primera vez hablando tranquilamente con alguien.

Rainer había espaciado sus visitas, en la última semana apenas lo había visto y Cat empezaba a resentirse de aquello, su mente elucubraba varias posibilidades, cada cual más sombría para ella y su actual situación.

Pero fue el sexto día de travesía, con el sol bien alto en el cielo y las velas hinchadas por el viento, que se decidió su destino.

Como cada mañana, había dejado el camarote del capitán para subir a cubierta y acudir a su cita con el «profesor». Nikolai se había reído la primera vez que le había oído llamarle tal cosa, pero se lo había permitido mientras le contaba a Cat de su hogar, la madre Rusia, y de los muchos lugares en los que había viajado y había estado llevado por sus ansias de conocimiento. El hombre se había convertido en un amigo, el único que ella había tenido en mucho tiempo, o quizás, siempre, su compañía le agradaba, y él parecía disfrutar así mismo de la suya.

—Entonces, esa sería la Osa Mayor —respondió inclinada sobre el libro de Astronomía que Nikolai había abierto sobre las faldas de la muchacha—. Y este otro grupo...

—La Osa Menor —respondió señalando el grupo de estrellas en el libro—. Son dos de las constelaciones principales en este hemisferio.

Cat alzó la mirada al cielo ahora completamente azul.

—Me pregunto si en la noche se verán.

—Es muy posible, madame —aseguró él, que hasta entonces siempre la había tratado con deferencia, a pesar de las innumerables veces en las que ella le había pedido que la llamase por su nombre.

—Me pregunto si se verán en Francia —suspiró. Había descubierto aquella misma semana, gracia a su amigo, que su destino eran tierras francesas.

—Estoy seguro de que se verán —aseguró contemplando a la muchacha nuevamente.

Nikolai había descubierto una asombrosa muchacha bajo aquella fachada desconfiada, podía ser que no tuviese los modales ni los conocimientos de una dama, sabía que ella había llegado al barco como polizón, porque lo había oído mencionar a uno de los marineros, pero Catherine no había hecho alusión a ello, y él, aunque curioso, no había preguntado.

—¿Ya sabe que hará al llegar a Francia? —preguntó suavemente. Ella parecía retraerse cada vez que él mencionaba el tema de arribar a puerto, solo podía suponer que debido a su presencia como polizón, el Capitán tuviese algo en mente para ella, como entregarla a las autoridades. Había comido con Rainer en varias ocasiones, pero el Noruego se había negado a hablar de la muchacha, simplemente se había limitado a decir que no era asunto suyo.

—¡Ahí estás! ¡Maldita rata de alcantarilla! —se oyó procedente del otro lado de la cubierta.

Nikolai se volvió para ver a uno de los marineros más toscos caminar a zancadas hacia ellos, unos pasos por detrás lo seguía otro hombre algo más joven con una ladina sonrisa.

—¡Voy a quitarte la piel a tiras! —Clamó arremetiendo contra la muchacha, quien ya se había puesto en pie y permanecía alerta a su lado—. ¡Maldita sucia ladrona! ¿Qué has hecho con él? ¡Tu atrevimiento te costará caro!

Nikolai salió al paso del hombre, interponiéndose entre él y Cat. Si bien él era mucho más corpulento, el hombre era de edad y no estaba en el ser del ruso pelear con alguien mayor.

—¡Un momento! ¡No le hablará así en mi presencia!

El hombre lo miró de arriba abajo y escupió al suelo.

—Le hablaré como me dé la gana, no es más que la zorra con la que se revuelca el capitán —aseguró el hombre volviéndose hacia ella—. Pero se te acabó la buena suerte, putilla, quiero que me lo devuelvas, ¿me oyes? ¡Devuélvemelo!

—¿Devolverle el qué? ¿Yo no he cogido nada? —exclamó Cat sin entender.

—¡Tú lo robaste, sucia rata callejera! —clamó tratando de llegar a ella.

—¡Yo no he robado nada! —negó ella en el mismo tono de voz.

Los ojos del hombre echaban chispas mientras se estiraba hacia ella con intención de arrancarla de la seguridad que había encontrado tras Nikolai.

—Caballero, claramente debe tratarse de un error —trató de dialogar Nikolai con el hombre.

—No hay ningún error —se acercó el joven, que miraba a la muchacha con rencor y odio puro en sus ojos—. Es una sucia ladrona, se ocultó en la bodega para escapar de los guardias, no hay nadie que diga que no es también una asesina.



Aquello fue demasiado, Cat se tensó y apretó los dientes al tiempo que entrecerraba los ojos y salía de detrás de Nikolai.

—Yo no soy ninguna asesina —masculló mirando al hombre más joven.

Antes de que Nikolai pudiera evitarlo, el hombre mayor pasó junto a él con intención de agarrar a Cat, él actuó por impulso y cogió al hombre, quien se volvió y como el burdo marinero que era le pegó un puñetazo en el estómago arrebatándole el aire. Los golpes se sucedieron uno tras otro, hasta que ambos hombres terminaron en el suelo resollando y sangrando.

—¡Profesor! —gritó Cat sin saber qué hacer, entonces miró al chico—. ¡Haced algo! ¡Va a matarle!

—¡No recibo órdenes de una ramera! —clamó el chico.

—¡Maldición! ¡No soy ninguna ramera! —clamó Cat a voz en grito antes de lanzarse sobre el chico y enzarzarse en una pelea con él, mordiendo, arañando y tirándole del pelo.

La algarabía no tardó mucho en atraer a cubierta a toda la tripulación, que se reunió alrededor de los combatientes vitoreando y jaleando a unos y otros, no fue hasta que apareció el capitán con su segundo que la pelea cesó.

—Pero qué demonios... —exclamó Rainer incrédulo ante lo que estaba viendo.

—Lo ve, le dije que nos traería problemas —aseguró Gibbs cruzándose de brazos mientras contemplaba como la muchacha tiraba con todas sus fuerzas del pelo de uno de los grumetes—. Tiene que entregarla a las autoridades... mientras no estaría mal que la mantuviese maniatada en la bodega.

Rainer fulminó a Gibbs con la mirada y le indicó al joven.

—Ocúpate de él —gruñó Rainer al tiempo que se abría paso y cogió a Cat por la cintura, levantándola a duras penas, pues sus manos seguían aferradas a los cabellos del grumete—. Suéltale.

Ella no solo no lo soltó si no que empezó a debatirse en sus brazos para

volver sobre el grumete.

—¡Maldita sea, muchacha, suéltale ya! —bramó Rainer tirando de la muchacha hacia atrás, cuando el grumete fue aferrado al mismo tiempo por Gibbs.

—¡No! ¡Súelteme! ¡Voy a arrancarle cada uno de los pelos de la cabeza! ¡Desgraciado! ¡Quién es la ramera ahora! ¡Quién!

—¡Putas! —exclamó el grumete escupiendo a Cat.

—¡Me ha robado! ¡Esa puta me ha robado! —se oyó entonces la voz del agotado marinero, el cual ahora estaba siendo sujetado también por un compañero, mientras Clay se encargaba de Nikolai.

—¡Yo no he robado nada! —clamó Cat a voz en grito—. Si ha perdido la hombría, no ha sido por culpa mía.

—¡La mataré! ¡Soltadme! ¡La voy a despellejar! ¡Zorra!

—¡Basta! —clamó Rainer con una firme y contundente orden que dejó sorda a Cat e hizo que todos se detuvieran al instante—. Exijo saber qué diablos está pasando aquí.

—¡Esa maldita ramera me ha robado, Capitán! —clamó el hombre soltándose de su compañero y tratando de arreglarse la ropa, al tiempo que escupía al suelo.

—¡No es verdad! —clamó Cat todavía sujeta por Rainer.

Rainer la volvió hacia él, encontrándose con sus brillantes ojos dorados.

—¿Es eso verdad?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y durante un breve instante, Rainer pensó haber visto en ellos una brizna de dolor. Cat apretó entonces los labios y alzó el rostro, su mirada desafiante al igual que su postura.

—¡Se coló en el barco como polizón! —recordó ahora el grumete—. Es una ladrona, y una ramera. Seguro venía escapándose de los guardias.

Rainer fulminó al muchacho con la mirada antes de volverse hacia el

marinero, quien miraba a Cat con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que le falta Seymour?

El hombre hinchó el pecho y dio un paso adelante.

—Esa... mujer... ha robado el reloj de plata de mi bisabuelo —bramó el hombre dando un nuevo paso adelante, pero conteniéndose al ver a su capitán—. ¡Habría que cortarle las manos! ¡Quiero que me lo devuelva!

Rainer se volvió entonces hacia Cat.

—¿Es eso cierto?

Ella se mantuvo firme, su mirada fija en él, pero no dijo nada.

Rainer suspiró.

—Muchacha, la acusación que está haciendo Seymour en tu contra, es grave.

Ella trató de zafarse sin éxito.

—¿De qué serviría que dijese que yo no he sido? —respondió ella entre dientes antes de mirar a toda la tripulación—. Ninguno va a creerme.

—¡Quiero que me lo devuelva! —exclamó el hombre.

—¡No puedo devolverle algo que no tengo! —clamó ella volviéndose con furia hacia el hombre.

—¡Basta! —La zarandó Rainer, atrayéndola de nuevo a su lado, para finalmente volverse hacia Clay—. La muchacha se ha estado quedando en mi camarote, vaya con Seymour, Señor Clay y revísenlo.

—Capitán —protestó Clay.

—Haga como le digo —respondió sin soltar a Cat.

—El reloj podría estar en cualquier lado —clamó el grumete—. Ella se ha estado paseando por el barco desde hace días.

Nikolai se acercó renqueante.

—Ella ha estado conmigo cada vez que salió a cubierta —respondió enfrentando su mirada con la de Rainer—. La dama no ha robado nada.

—¿Dama? —se rió el grumete y los demás lo secundaron—. Ella no es sino una ramera, ¿no es así capitán?

Rainer se volvió muy lentamente hacia el muchacho, su mirada decía a las claras lo que pensaba del intento del joven de atraer su atención. El grumete perdió inmediatamente la sonrisa y giró el rostro a un lado.

—Muchacha, dílo ahora y di la verdad, ¿has robado esa pieza de plata?

La mirada que le dedicó Cat a Rainer fue suficiente para el capitán, aunque ella volvió a negarse a abrir la boca y permaneció en obstinado silencio.

—Quizás habría que revisarla también a ella, capitán —sugirió otro de los marineros, que se habían animado con el asunto.

—Sí, quizás lo lleve encima —aseguró otro, codeándose con su compañero mientras la miraban con lascivia.

Cat se acomodó bien la blusa y los fulminó uno a uno con la mirada, haciendo que se partieran incluso más de risa.

—Habéis ofendido a la *Gata*, compañeros —aseguró otro de los marineros.

—¿Gata? ¡Perra! Así es como habría que llamarla —aseguró Gibbs levantando su mano marcada—. Todavía tengo sus dientes grabados en la piel.

—Ha peleado como una gata —insistió otro de los marineros, que parecían ajenos al humor cada vez más sombrío de su capitán.

—Gata y ladrona, menuda combinación —se rió otro.

Rainer no se perdió el brillo en los ojos de Nikolai, quien al igual que él parecía estar encendiéndose y parecía presto a saltar sobre ellos.

—Suficiente —anunció Rainer callando a todos sus hombres con tan solo una mirada—. Si están aquí, quiere decir que no están atendiendo sus labores. Vuelvan al trabajo, señoritas, se acabó la fiesta.

—¿Vas a dejar que se salga con la suya? —insistió el grumete, y bajando la voz añadió—. Tal parece que no me equivoqué al llamarla ramera. Debe de hacer muy bien su trabajo.

No lo vio venir, antes de que pudiera darse la vuelta, el joven grumete estaba en el suelo noqueado de un único puñetazo que partió de los puños de Rainer.

—Lléváoslo —clamó con voz letal y fría—. Y cuando despierte, enviadlo a cubierta, que ayude a Robinson con la limpieza.

—Se ha pasado los últimos seis días limpiando cubiertas —le recordó Clay acercándose a su capitán—. Fue él quien dejó los cajones en tierra.

Rainer miró a Cat y finalmente se volvió hacia Clay.

—Cuando deje de cuestionar la autoridad de su capitán, hará algo más que fregar cubiertas.

Clay asintió e indicó con un gesto de la barbilla hacia el marinero que se iba con Gibbs.

—¿Qué hacemos con lo demás? —preguntó y miró disimuladamente a la muchacha, quien seguía tiesa como un palo y con los labios apretados. Sus ojos en cambio, hablaban por sí solos.

Rainer echó un vistazo al chico que se llevaban y finalmente se volvió hacia Clay con solo un asentimiento.

—De acuerdo —aceptó el hombre, de acuerdo con la sospecha de su capitán. Poniéndole una mano en el hombro, miró a la chica y luego le sonrió a él—. Buena suerte —entonces se volvió hacia el ruso y le pasó un brazo por la cintura, el hombre estaba bien maltrecho—. Venga, «profesor», se le acabaron las lecciones para el día de hoy.

Rainer se quedó mirando a los hombres hasta que desaparecieron, quedando solo él y Cat en cubierta.

—¿Realmente es tan difícil que te mantengas alejada de los problemas,

muchacha?

Cat no respondió, ni siquiera le miró.

Suspirando, Rainer la obligó a alzar la mirada hacia él. Solo entonces, Cat habló.

—¿Ya ha decidido qué va a hacer conmigo, Capitán?

Rainer le sostuvo la mirada durante un instante, entonces le apartó un mechón de la cara.

—Sí.

Todo lo sucedido lo había llevado a tomar una decisión. Todavía estaba por ver si ella era inocente del robo, pero estaba casi seguro de que lo era.

Cat parpadeó, obviamente no se había esperado esa respuesta.

—Va... va... ¿Va a devolverme a la cárcel?

Rainer la miró a los ojos entonces negó.

—No. No volverás a la cárcel.

Por primera vez en mucho tiempo, Cat dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—Soy... ¿Libre?

Rainer esbozó una sonrisa ante esa declaración.

—Me temo que nadie es verdaderamente libre, pequeña —le aseguró acariciándole el pelo.

Ella frunció el ceño al responder.

—¿Qué quiere decir?

—Volverás a Inglaterra, Catherine Avery —le respondió él inclinándose sobre sus labios entreabiertos—. Pero lo harás como mi querida.

## CAPÍTULO 5

«Volverás a Inglaterra, Catherine Avery. Pero lo harás como mi querida».

Aquellas palabras no había dejado de dar vueltas en la cabeza de Cat desde que Rainer las había pronunciado dos días atrás. Ser su amante, o volver a la cárcel, aquella era toda la elección que le había permitido.

—Piénsalo —le había dicho a la sorprendida muchacha, mientras su mirada la recorría con verdadera lujuria—. No más robos, no más dormir en cualquier esquina, tendríais techo, comida, ropa y todas las chucherías que puedan interesar a una mujer siendo mi amante... Nadie molestaría a una dama, ningún guardia pensaría siquiera en importunarte, en cierto modo, serías libre.

Cat había retrocedido entre temerosa y asombrada, algo que él debió interpretar como una negativa, pues se había limitado a chasquear la lengua y dejar caer la mano que había estado jugando con su pelo.

—¿Prefieres acaso volver a una inmunda celda infestada de ratas? —sugirió con dureza, manteniendo su postura de hombre poderoso—. Si esa es tu preferencia, estoy seguro que las autoridades francesas no tendrán problema en acoger a una ratera más en sus prisiones.

Ella sacudió la cabeza.

—No puede... hacer eso...

Él se jactó con una carcajada.

—¿Qué no puedo? —La miró con ironía—. Te he visto corretear por el puerto de Londres, tu aspecto difícilmente podría pasar por alto tras la noticia

del incendio de la prisión y los reos que habían conseguido escapar, la mayoría eran mujeres. Has subido a bordo de mi barco como polizón... Querida, tienes suerte de que sea caritativo... de lo contrario, habrías sido lanzada por la borda a la primera oportunidad.

Ella sacudió la cabeza, no podía estarle pasando aquello, no podía ser verdad.

Rainer se acercó nuevamente a ella y con una ladina sonrisa le rodeó la cintura con un brazo atrayéndola contra su pecho con un jadeo. Cat abrió sus enormes ojos dorados con sorpresa, el cuerpo masculino pegado íntimamente al de ella.

—Piensa en todas las ventajas que podrías obtener de ello, muchacha —le dijo acariciando sus labios con la mirada—. Ventajas más que placenteras.

Antes de que ella pudiese leer sus intenciones, el capitán bajó sus labios pegándolos a los suyos, poseyendo su boca como si tuviese derecho a hacerlo, como un hombre sediento que buscara en ella el agua para calmar su sed. El contacto fue letal y ardiente, un simple roce de sus labios la encendió como una mecha, su lengua traspasó la barrera de sus dientes hundiéndose en su boca, lamiéndola y buscando en ella una respuesta que Cat apenas podía dar. No era la primera vez que recibía un beso, pero estaba segura como el demonio que nunca antes un beso la había dejado con las piernas temblorosas y sin aire en los pulmones, temiendo caer en un charco a sus pies, se aferró con desesperación a su camisa mientras él la saqueaba y provocaba un húmedo calor entre sus piernas.

Su beso terminó tan contundentemente como había comenzado, ella jadeaba mientras él mantenía una sonrisa satisfecha en su rostro.

—Sí, el arreglo podría ser muy beneficioso para ambos, muchacha —aseguró él bajando la mirada a las pequeñas manos que todavía se aferraban a su camisa, entonces subió las suyas solo para que ella las retirara como si le



quemase su contacto.

—¿Su cama o la cárcel? —respondió ella escupiendo las palabras, sus ojos mirándole con renovado rencor—. ¿Es eso lo que está intentando decirme?

Rainer la contempló orgullosa, adorable, realmente había fuego en ese pequeño cuerpo femenino, lo había probado en su beso y no estaba seguro de querer permitirse no reclamarlo.

—Te ofrezco cierta estabilidad como mi amante, muchacha, algo que ni en sueños conseguirás permaneciendo en la calle, y mucho menos detrás de las rejas —le aseguró encogiéndose graciosamente de hombros—. En dos días más alcanzaremos aguas francesas, entonces, exigiré una respuesta, pequeña gata.

Su cama o prisión. Cat suspiró y se levantó nuevamente de la cama, los dos últimos días los había pasado encerrada en el camarote, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a nadie, había pedido al Señor Clay, el hombre que venía traerle la comida y la cena que se disculpara con el profesor solo para enterarse que el hombre también permanecía en su camarote, al parecer, la pelea había traído consigo más cosas que la petición del capitán de que fuera su amante. El tiempo se agotaba a pasos agigantados, Cat lo sabía, y por más que intentaba buscar una solución, no hallaba la respuesta que la sacaría de allí y la enviaría lejos de Rainer.

—¡Maldición, maldición, maldición! —masculló ella y se llevó la mano al bolsillo interior que había cosido en la falda, sacando en pequeño medallón floral que había pertenecido a su madre.

Cat levantó el pequeño objeto dorado con bordes aserrados, que semejaba un sol con una pieza central compuesta por un grabado floral, desde que tenía memoria, recordaba aquel pequeño objeto. Las hermanas que la habían encontrado vagando sola por las calles de Londres habían dicho que había estado prendido a su ropa interior, y que seguramente debía ser un objeto

perteneciente a su madre o a algún familiar. Ella delineó el contorno con los dedos, pensando en aquella mujer a la que apenas recordaba, en su mente solo había el vago recuerdo de una voz cálida y unos ojos dorados como los suyos, pero nada más. Ni siquiera sabía si estaba con vida, como era que había estado vagando ella sola siendo una niña pequeña por las horribles calles londinenses, su pasado parecía ser un completo misterio que nunca había tenido oportunidad de discernir. Aun ahora no podía entender como había podido ser tan ingenua como para creer que el maldito desgraciado de Earl Watson podría ayudarla a descubrir quién era ella.

—Maldito mal nacido —masculló apretando con fuerza el broche contra su pecho—. Ojalá te estés pudriendo en el infierno.

Caer en las manos de aquel rufián había sido nada más que un desafortunado acontecimiento de sucesos, pero en aquel momento habían parecido preferibles las calles de Londres que someterse a los caprichos y el acoso del señor de la casa. Cat se estremeció al recordar como la había acorralado, como había silenciado sus gritos a golpes antes de que consiguiera agarrar aquella lámpara y romperla contra su cabeza. Al principio lo había creído muerto, hasta que varios meses después, estando ya al servicio de Earl Watson lo había visto del brazo de una hermosa y jovencísima dama. Aquel había sido su primer robo, que se había saldado con un moratón en la sien y el reloj de plata del malnacido en el bolsillo de Cat.

—No quiero volver a pasar por eso, no quiero —musitó abrazándose cuando empezó a temblar—. Quiero ser libre, necesito ser libre.

Pero ella sabía que su libertad tenía un precio, uno demasiado alto a pagar. «*Se mi amante o púdrete en prisión*». ¿Había realmente elección?

El sol empezaba a despuntar sobre el mar cuando alcanzaron el puerto de

El Havré, una barca con seis hombres vestidos de negro salió del Valhala con rumbo al puerto, recalando en uno de los pantalanos más oscuros y vacíos. En él esperaban ya otros tres hombres ocultos por sus sombreros y gruesas capas, quienes ayudaron a asegurar la barca mientras los hombres subían a tierra.

—A partir de aquí, nosotros nos hacemos cargo —dijo uno de los hombres vestidos de negro, cuando Rainer se adelantó junto con Nikolai, los desconocidos hablaban con un fuerte acento ruso.

—Son amigos, camaradas —los interrumpió Nikolai antes de que empezaran una refriega que no interesaba a ninguno de ellos. Cuando los hombres se calmaron, se volvió hacia Rainer y le tendió la mano—. Gracias por traerme a puerto, Capitán.

Rainer echó un rápido vistazo a los dos hombres a los que Nikolai daba la espalda.

—Espero no tener que volver a hacerlo —respondió él estrechando la mano del ruso.

Nikolai rió suavemente y asintió.

—Así lo espero yo también —asintió. Entonces se volvió hacia sus hombres y echó a andar, solo para detenerse y volverse en el último momento—. Hay algo que he querido preguntarle durante toda la travesía, capitán... y que no puedo sacarme de la cabeza.

Rainer arqueó una ceja en respuesta.

—¿Y eso sería?

—Catherine.

Los hombres se sostuvieron la mirada durante un instante.

—Ella es mía —fue la firme declaración de Rainer. Si sorprendió, no se reflejó en sus rostros.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Entiendo —aseguró Nikolai con un ligero asentimiento—. Discúlpese

con ella en mi nombre, me hubiese gustado despedirme apropiadamente, es una mujer extraordinaria.

Rainer no respondió, algo que se esperaba Nikolai.

—*Da svidan'ya, kapitan i Shaslivava puti*<sup>[3]</sup> —se despidió el hombre antes de reunirse con sus hombres y subir al carruaje que les esperaba al otro lado.

—*Da svidan'ya*<sup>[4]</sup> —murmuró Rainer cuando el carruaje se puso en movimiento iniciando su viaje.

Uno de los hombres vestidos de negro, se acercó entonces a Rainer.

—¿Ella es mía? —preguntó Clay con obvia curiosidad.

Rainer se volvió ligeramente hacia su segundo antes de volver a mirar la barca en la que todavía permanecía uno de sus hombres.

—Volved al barco, atracaremos en cuanto nos den entrada —anunció Rainer echando ya un vistazo a su alrededor—. Venderemos la mercancía y regresaremos a casa.

—Sí, Capitán.

—Imagino que eso quiere decir que no la entregarás a las autoridades —insistió Clay obviando la mirada de pocos amigos de su capitán.

Rainer sabía que nada de lo que dijera o hiciera iba a hacer desistir a Clay. Cuando el hombre se obstinaba en algo, no paraba hasta conseguirlo.

—No, volverá a Inglaterra conmigo —aseguró sin dejar lugar a objeciones.

Clay ocultó una sonrisa y observó a su capitán.

—¿Y ella está de acuerdo?

—Lo estará —respondió él palmeando el hombro de su segundo—. Regresaré a tiempo para arreglar la transacción de la mercancía.

—¿Rain?

El capitán se detuvo para volverse a su amigo.

—Quizás te interese saber que ella no ha tenido nada que ver con el

supuesto robo del reloj.

Rainer asintió.

—¿El grumete?

Clay imitó su gesto.

—No se ha tomado nada bien que lo pusieses a limpiar cubiertas por haber dejado que se colara un polizón en el barco —aseguró Clay cruzándose de hombros.

Rainer se quedó pensativo durante un instante.

—Págale la mesada y échalo —dijo sin inflexión en la voz—. No quiero ladrones en mi barco.

—¿Estás seguro, Capitán?

Él asintió y se marchó.

Clay no dijo nada, se limitó a sacudir la cabeza mientras veía marchar a su capitán con paso firme a través del puerto francés.

—Joven e impetuoso —dijo el marinero chasqueando la lengua al tiempo que negaba con la cabeza—. Podrás manejar a un grumete, capitán pero esa gata que pretendes domesticar, no dejará de dar arañazos, espero que estés dispuesto para la lucha.

El graznido de las gaviotas se alzaba por encima del Valhala mezclándose con la algarabía del puerto, Cat había dejado su encierro en cuanto oyó que habían llegado a Le Havre, que según le había dicho el profesor, era uno de los puertos más importantes de Francia. Tuvo que mantenerse apartada de los marineros, alguno de los cuales todavía le lanzaban miradas furibundas, para no entorpecer su trabajo. La cubierta bullía de actividad mientras acarreaban las cajas de la bodega que había visto llenas de especias o telas y las bajaban por la pasarela, cuidando de no estorbar, empezó a acercarse a la escalerilla para poder apreciar mejor lo que había en el puerto y trazar su plan de huida.

No estaba dispuesta a que la metiesen nuevamente en prisión, cuando ni siquiera había tenido la culpa del hurto por el que la habían encarcelado en Londres, y la otra opción tampoco era aceptable, ella no tenía madera de amante, lo más seguro es que le cortara el cuello al capitán en la primera oportunidad que tuviese y entonces, oh, entonces sí que tendría que lidiar con la cárcel.

—¡Salga del medio, *Gata!* —exclamó uno de los marineros que cargaba un pesado saco al hombro en su camino hacia la pasarela.

—¡Qué demonios hace ahí parada, muchacha! —le gritó otro de los marineros dándole un empujón para apartarla.

—Quizás deberíamos tirarla por la borda ahora que el capitán no está —respondió un tercero haciendo que los demás se echaran a reír—. Me gustaría ver a la Gata, escaldada.

Cat hizo caso omiso a la jocosidad de los hombres, interesándose solo por un interesante hecho.

—¿El capitán no está a bordo? —preguntó en voz alta.

—Ni él ni vuestro «querido» profesor —corroboró otro de los hombres mientras lanzaba el saco al hombre que esperaba recibirlo al otro lado de la escalinata.

¿El profesor se había ido ya? ¿Sin despedirse? Cat sintió una punzada de desesperación. El hombre se había portado tan bien con ella que había esperado poder convencerle para que le dejara acompañarlo en sus viajes, le habría ofrecido sus servicios como criada, ayudante o lo que fuera.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó cruzando por delante de uno de los marineros para acercarse al que había hablado. Quizás todavía pudiera llegar a él.

El marinero realmente se sorprendió de que la mujer le hablase directamente. Había visto las agallas de la mujer y su forma de pelear, de ahí

que la hubiesen apodado «La Gata».

—El capitán y ese extranjero dejaron el barco a primera hora —respondió el marinero encogiendo sus amplios hombros—. A estas horas ya debe estar rumbo a donde quiera que vaya.

—No —gimoteó al tiempo que se volvía en redondo y miraba con cierta desesperación la cubierta. ¿Qué podía hacer ahora?

—¡Saquen a esa maldita mujer de en medio! —clamó el mismo hombre que la había acusado de robar su reloj al tiempo que cargaba junto con otro con una enorme caja—. No piense que por que haya aparecido mi reloj no siga pensando que es la única culpable, Gata.

Cat frunció el ceño ante la osca mirada del hombre.

—¿Qué quiere decir?

Un marinero a sus espaldas la empujó para sacarla del medio.

—Hágase a un lado, moza.

Resoplando, la muchacha se recogió las faldas y saltó por encima de cuerdas y cabos hasta apartarse del tráfico de marineros.

—¿Dónde lo encontraron? —insistió Cat, pero no obtuvo respuesta por parte de nadie—. ¡Maldición!

Mascullando en voz baja, se volvió y caminó hasta quedar en uno de los laterales, desde donde podía ver la extensión del Puerto, el cual poco se diferenciaba del que había dejado atrás hacía más de una semana. Su mirada volvió nuevamente hacia la escalinata y sobre los hombres que subían y bajaban mientras sopesaba rápidamente los riesgos.

*«Volverás conmigo o irás a prisión».*

Sacudiendo la cabeza se obligó a apartar el pensamiento de aquel hombre, de su beso y de su fuerte cuerpo pegado al de ella, puede que no fuera una dama en el sentido estricto de la palabra, pero no era una ramera y no estaba dispuesta a convertirse en una.

Comprobando que su medallón seguía oculto en el bolsillo interior de su falda, se anudó el chal y recogiendo la tela y la enagua en un puñado, soltó una baja maldición y echó a correr hacia la pasarela, sorteando a los sorprendidos marineros que bajaban cargando la mercancía, o subían a buscar más.

—Pero qué diablos —empezaron a quejarse.

—Maldita mujer —gritaban otros.

—¿El capitán le ha permitido abandonar el barco? —se oyó un par de voces más a sus espaldas.

—Que me aspen si lo sé, pero no pienso correr el riesgo —aseguró uno de los marineros antes de bajar corriendo tras la muchacha—. ¡Gata, volved aquí!

—¡Qué demonios está pasando ahora! —Gibbs apareció desde el otro lado del navío con Clay. Ambos hombres habían acudido al oír los gritos.

—La ramera del capitán —contestó uno de los que cargaban las cajas—. Ha huido.

—¿Qué? —clamó Clay mirando rápidamente hacia la escalinata—. ¡Maldición! ¡Bajad ahora mismo a por ella! Si el capitán no la encuentra a su vuelta, va a despellejaros a todos.

Gibbs se volvió sorprendido hacia su compañero.

—¿Desde cuándo se ha vuelto tan importante para el Capitán?

Clay le lanzó una mirada elocuente a Gibbs, antes de salir también en post de la muchacha.

—Con que así están las cosas —masculló Gibbs frotándose la cabeza—. Sagrados infiernos. ¿Es que ese muchacho nunca va a escarmentar?

Cat apenas había tocado tierra firme cuando se encontró perseguida por uno de los hombres del Valhala, mascullando una maldición giró para esquivarlo y se deslizó por detrás de unas redes, saliendo del otro lado con



más facilidad que el hombre que la seguía. Sin detenerse a mirar hacia atrás, corrió como alma que lleva el diablo hacia el interior del puerto, esquivando a la gente con la que se encontraba, doblando en un recodo y volviendo por el otro, los gritos se sucedían a su espalda, pero ella ya no los oía, su desesperación por poner distancia entre ella y aquel barco era imperiosa, necesitaba huir, alejarse lo más posible de aquel hombre. A penas se detuvo un instante para ganar aliento y buscar un lugar por el que continuar atravesando callejón tras callejón, internándose más y más en el puerto en un intento de salir de él y continuar hacia el exterior. Un nuevo giro a la derecha, un par de calles de frente y luego a la izquierda, Cat se detuvo apretando la espalda contra la pared, sus pulmones ardían por la falta de oxígeno y el corazón parecía estar a punto de salirse del sitio.

—¡Con un demonio! ¿Catherine?

El corazón se saltó un latido cuando escuchó aquella voz a sus espaldas, temerosa de que su imaginación le estuviese jugando una mala pasada, se volvió hacia su izquierda para ver a un más que sorprendido e indignado Rainer. El capitán del Valhala estaba allí mismo, envuelto en una capa negra y con un paquete de papel marrón debajo de un brazo, su mirada mudaba rápidamente de la incredulidad al enfado, sus ojos destellaban chispas cuando emprendió el paso hacia ella.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Como si aquella pregunta, aquella voz fuese todo lo que necesitaba la muchacha para moverse, Cat se despegó de la pared dispuesta a dejar aquella nueva amenaza atrás. Desgraciadamente no fue capaz de dar ni dos pasos cuando un fuerte brazo la cogió desde atrás, alzándola en vilo, arrebatándole el aire de los pulmones.

—¡Suélteme ¡Déjeme! ¡No me toque! ¡Sáqueme las manos de encima! — gritaba y pataleaba desesperada por soltarse de su fuerte agarradera. Vio

como el paquete que él había estado sosteniendo acababa en el húmedo suelo cuando utilizó el otro brazo para reducirla—. ¡Déjeme ir! Por amor de dios, déjeme ir... por favor... por favor.

En contra de su voluntad las lágrimas acudieron a sus ojos, sabía que podía luchar y gritar, pero él no la soltaría, era mucho más fuerte que ella y nada de lo que pudiera hacer lograría hacer que la dejara ir. Las lágrimas se deslizaron como ríos por sus mejillas cuando comprendió que su destino estaba sellado.

—No quiero volver a prisión —gimoteó con voz lastimera, desesperada—. Si no hubiese escapado... me habría quemado allí... habría muerto quemada... y yo ni siquiera robé esa pieza, fue ese maldito cabrón de Earl. Me las va a pagar, juro por lo más sagrado que me las pagará.

Rainer respiró profundamente cuando ella dejó por fin de luchar para acabar deshaciéndose en lágrimas, sólo entonces se inclinó y tomó el paquete que había caído al suelo para luego sujetarla a ella por el brazo y volverla hacia él.

—Lo que acabas de hacer es la cosa más estúpida que ha podido pasarle a una mujer por la cabeza —le aseguró obligándola a alzar el rostro—. ¿Tan desesperada estás porque te violen y te maten? ¡Eso es lo único que habrías conseguido internándote en estas calles!

Ella contestó echándose a llorar con más fuerza. Resoplando, Rainer la atrajo contra su pecho y la abrazó. Aquella mujer le provocaba sentimientos encontrados, tan pronto quería abrazarla y cuidar de ella, como deseaba despellejarla y lanzarla por la borda, pero más allá de todo aquello estaba el deseo, un deseo que había nacido en el mismo momento en que la vio y que se había intensificado con aquel primer beso. No, no iba a dejarla marchar, que los dioses se apiadaran de él y de ella, porque no estaba dispuesto a dejar ir a aquella pequeña valquiria.

—Shhh —la arrulló, acariciándole el sedoso pelo—. No volverás a esa cárcel, pequeña, no dejaré que nadie te aleje de mi lado... ni siquiera tú.

Rainer estaba dispuesto a arrancarle la cabeza a alguno de sus hombres cuando llegó al atracadero donde estaba el Valhala y se encontró a Clay caminando como un león enjaulado de un lado a otro mientras Gibbs le gritaba a uno de los marineros que parecía haber sufrido una pequeña escaramuza. Ambos hombres se detuvieron en seco cuando vieron a su capitán caminando con paso decidido hacia el barco arrastrando a una reluciente y silenciosa muchacha del brazo.

—¡Por todos los demonios del mar! ¿Dónde diablos la encontró? —preguntó Gibbs.

Rainer no respondió, su mirada era fiera y dura.

—Quién le permitió abandonar el barco.

Clay sacudió la cabeza mientras Gibbs maldecía en voz baja.

—¡Quién le permitió abandonar el barco! —bramó nuevamente, haciendo que la chica diese un respingo al igual que sus hombres.

—Nadie le permitió abandonar el barco, Capitán —se adelantó Gibbs—. La muchacha ha deambulado a sus anchas durante la última semana, nadie pensó que no podría bajar a tierra. De todas formas, Adams salió tras ella en cuanto vio que huía.

Rainer masculló algo en voz baja y fulminó a ambos con la mirada, mientras empujaba delicadamente a Cat hacia Clay.

—Que no salga de mi camarote —respondió con voz firme, amenazante—. Que le lleven una tina de agua para que se asee —cambiando su atención del marinero a la mujer, la hizo alzar la mirada, para encontrarse con sus ojos hinchados, la nariz roja y un brillo de hostilidad que lo hizo sonreír. Rainer le entregó el paquete a Clay, pero su mirada seguía puesta sobre ella—. Báñate

y póntelo. Te veré a la hora de la cena.

Ella apretó los labios para finalmente susurrar entre dientes.

—No voy a someterme a ti —masculló con lo que a Rainer le pareció un deje desesperado.

Rainer se limitó a sonreír para luego hacerle una amplia reverencia.

—Que así sea —respondió para luego indicarle con un gesto de la barbilla a Clay que se llevase a la chica.

Ella volvió la mirada por encima de su hombro mientras subía por la escalerilla, el brillo en sus ojos prometía que se defendería con uñas y dientes. Rainer no podía esperar a verlo por sí mismo. Volviéndose hacia Gibbs, le ordenó.

—Quiero que alguien recoja un par de paquetes que he dejado encargados en esta dirección —le indicó entregándole un trozo de papel con algo garabateado—. Está a unas cuantas calles, es una pequeña tienda de las afueras. En cuanto lo tengáis, zarparemos.

—Sí, capitán —respondió Gibbs viendo como su capitán subía también por la escalerilla unos segundos después. Gibbs suspiró y miró el trozo de papel garabateado—. Esto va a provocar problemas, siempre lo he dicho.

## CAPÍTULO 6

Cat echó de nuevo una furtiva mirada al paquete que había encima de la cama, el Señor Clay lo había dejado allí mientras ordenaba que le trajeran el agua para un baño, el mismo que humeaba atrayéndola con su calor, anhelaba hundirse en aquella tibieza, sobre todo después de la pequeña e infructuosa incursión que había realizado por el puerto francés. Maldiciendo entre dientes pateó el suelo con el pie. La puerta había sido cerrada nuevamente con llave dejándola sola con su aseo, a merced del capitán pirata que tan pronto cayese la noche atravesaría aquellas puertas para reclamar el pago de ella, un pago demasiado alto.

Su naturaleza curiosa la llevó a la cama, a arrastrar los dedos por encima del papel marrón en un intento de descubrir que había en su interior, una parte del papel estaba húmedo, presumiblemente se habría mojado cuando él la había sujetado, impidiéndole la huída. Furiosa consigo misma por no haber sido más rápida, la emprendió con el papel, dejando a la vista una exquisita tela dorada, liviana y casi transparente en algunas partes, bordada con unos pequeños detalles parecidos a plumas en la zona del pecho y los tirantes. Cat lo sacó por completo del envoltorio y lo extendió sobre la cama, mirando entre asombrada y extasiada aquella fina prenda.

—Un camisón —musitó acariciando ligeramente la tela antes de dejarla caer como si se tratase de una serpiente de cascabel. Sus ojos dorados se ampliaron al entender lo que aquella prenda venía a significar—. ¡No!

Molesta, cogió la prenda en un montón y la lanzó contra una esquina antes

de volverse de nuevo hacia la tina de agua caliente con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

—No seré tu ramera —musitó para sí misma mientras se abrazaba entre temblores.

Respirando profundamente tratando de mantener el dominio sobre sí misma, se enfrentó a la bañera con renovada furia, los botones de la camisa empezaron a volar por doquier mientras luchaba por desprenderse de la prenda, deseando que la tela fuera el propio capitán del Valhala. A esta pronto le siguió la enagua quedando en una montaña de tela a sus pies. Cat se agachó para hurgar entre la tela de la falda hasta encontrar su medallón oculto en el bolsillo de la falda, y cruzó rápidamente la habitación para ocultarlo bajo el colchón, como había estado haciendo durante su estancia en aquel camarote.

Suspirando, se pasó las manos por la camisola interior, podía ser una indecencia, como había oído murmurar en muchas ocasiones, pero prefería bañarse desnuda, dejar que el agua borrara todo rastro de sudor o suciedad en su cuerpo, el pudor, bien podía quedarse a un lado durante esa clase de aseo. Ahora, en cambio, parecía una buena idea conservar la prenda sobre ella.

Apoyándose sobre el borde de la tina se quitó las zapatillas y las toscas medias de algodón para finalmente introducirse con un escalofrío de deleite en el agua caliente de la tina y empezar a dar cuenta de su aseo.

Rainer se detuvo delante de la puerta cerrada de su camarote y respiró profundamente, había estado intentando buscar una y otra razón por la que debiera dejar ir a la muchacha pero todas habían caído en saco roto al compararlas con la pasión que había sentido al besarla, nunca antes se había sentido de esa manera con una mujer y solo había sido un beso, no podía dejar de pensar en lo que sería recorrer su cuerpo, moldear aquellos magníficos pechos que contenían la blusa y descubrir si las largas y pálidas

piernas eran tan sedosas como parecían, demonios, iba a tener que conseguirse un par de pantalones nuevos si no conseguía dominar su polla, la cual pugnaba ante la sola idea de degustar a aquella muchachita.

Una tenue sonrisa se extendió por sus labios y giró la llave que cerraba la puerta entrando en el camarote para encontrar a la muchacha disfrutando de su baño. Rainer se quedó hechizado por el pelo negro que caía por la parte de atrás de la bañera quedando fuera del alcance del agua, la piel blanca de sus brazos la cual estaba algo enrojecida por la acción del sol y el prominente montículo de sus pechos elevándose a través de la mojada tela, dejando ver sus oscuros pezones, todo lo que alcanzó a ver antes de que ella se girara y emitiera un suave gritito antes de encogerse bajo el agua cubriéndose pudorosamente con los brazos.

Con movimientos lentos cerró la puerta a sus espaldas, le pasó la llave y se mantuvo a una considerable distancia de ella.

—Supuse que de esta manera podríamos hablar sin que se te diese por huir nuevamente —le aseguró Rainer recorriéndola con la mirada para luego echar un rápido vistazo al dormitorio y reparar en el camisón que permanecía hecho un guiñapo en una esquina. Sonriendo para sí, fue hacia él y lo recogió, estirándolo para luego dejarlo caer sobre la cama—. Intuyo que no te ha gustado mi regalo.

—Puede dárselo a cualquiera de las rameras con las que comparte cama —masculló ella fulminándolo con la mirada.

Rainer hizo un sonido con la lengua.

—Pronto tú vas a ocupar ese lugar.

—¡No no soy ninguna ramera!

Rainer arqueó una ceja ante la efusiva explosión de ella.

—Cierto, discúlpame, por favor, mi lady —respondió él con cierta jocosidad—. Confundí los términos, debería que haber dicho... amante.

Cat frunció todavía más la nariz, sus ojos lanzaban dardos en su dirección.

—Deberías ver las ventajas de ello, querida —le aseguró con descuido—. Tendrás una casa propia, algo discreto, por supuesto, pero hermoso. Vestidos, joyas, cualquier chuchería que se te ocurra y una comida caliente, por supuesto... y una generosa asignación para tus gastos.

Ella no cesó en su mirada fulminante.

—No quiero su dinero, puede metérselo donde...

—Ey, ey... y por supuesto tendremos que hacer algo con esa boquita tuya —aseguró Rainer caminando ahora en dirección a la tina—. Aunque me divierten tus exabruptos, no es propio de una dama.

Ella ladeó la cabeza y respondió con mordacidad.

—Debió haberlo pensado antes de elegir a una ladrona para ocupar el lugar de su ramera —escupió ella con desdén.

Rainer volvió a chasquear la lengua y se acuclilló al lado de la tina, sus dedos abanicando el agua de un lado a otro.

—Insistes en calificarte de una manera muy baja, querida —respondió él acercando sus dedos hacia ella.

Cat reaccionó por instinto, y en un intento de alejarse de él se puso en pie, dejando que la tela mojada se pegase a su cuerpo revelando sus formas, el triángulo oscuro entre sus piernas, sus grandes y tersos pechos coronados con oscuros pezones y aquella cascada de pelo negro cayéndole por la espalda.

—Magnífica —murmuró Rainer, su voz un carraspeo.

Se quedaron mirándose durante un instante, la respiración acelerada de Cat haciendo que aquellos succulentos pechos se alzaran y descendieran atrayendo la atención de Rainer, por dios que aquello era lo más hermoso que había visto en mucho tiempo.

Apelando a toda su fuerza de voluntad, se levantó y mantuvo las manos para sí aunque le apetecía indudablemente ponerlas sobre ella. Se alejó un par



de pasos para tomar los lienzos en sus manos y ofrecerse a hacer de doncella para ella.

—Si sigues ahí parada, te enfriarás.

—No puedes hacer esto.

Él mantuvo el lienzo en alto, esperando.

—Puedo, pequeña mía —aseguró caminando hacia ella, rodeándola con la tela, alzándola de la tina y poniéndola frente a él—. Me diste tu respuesta ahí fuera, cuando dijiste que no querías volver a prisión.

Ella se mantuvo firme entre sus brazos, su mirada al frente, a pesar de que sus manos movían la tela sobre el cuerpo femenino, apartando en su camino la camisola que la vestía.

—Dije que no quería volver a prisión, no que quisiera ser tu puta —respondió ella con ironía.

Rainer chasqueó la lengua y detuvo las manos a la altura de sus pechos.

—Insistes en menospreciarte a ti misma con esa afirmación, gatita —le aseguró al tiempo que apretaba suavemente sus pechos y bajaba la boca muy cerca de su oído—. Permíteme que te muestre lo equivocada que estás.

Sus dedos delinearon los tersos y llenos pechos por encima de la húmeda tela que transparentaba su piel, los oscurecidos pezones se empujaban contra la tela hinchándose orgullosos, acaparando la atención masculina. Ella se estremeció ante el contacto, tensándose, su mirada dorada fija en él, sus apetecibles labios convertidos en una fina línea que hablaba de testarudez y obstinación, realmente parecía una rígida tabla entre sus brazos, pero se aseguraría de que aquello cambiase muy pronto. Sus manos moldearon los pechos, alzándolos, sopesándolos, maravillándose de que encajaran a la perfección en sus grandes y toscas manos mientras atormentaba los endurecidos botones con las yemas de los pulgares haciéndola soltar un pequeño jadeo de sorpresa.

—Para... no es... correcto...

Rainer se rió y acercó su rostro al de ella, el cual había adquirido un bonito tono rosado.

—Entre tú y yo, todo es correcto, cariño —le aseguró antes de bajar la boca sobre la de ella y beber de sus labios, obligándola a entreabrirlos para deslizar la lengua en su interior, saboreándola.

Sus manos dejaron los llenos montes para deslizarse hacia arriba, hacia la piel descubierta de su cuello y deslizar las tiras de la mojada prenda por sus hombros, despojándola y dejándola desnuda a su mirada. Rainer se tomó su tiempo en contemplar aquella venus de cabellos negros que se alzaba orgullosa ante él, un nido de rizos oscuros ocultaba el tesoro entre sus piernas, su piel blanca relucía por la humedad, gotas de agua bañaban su piel y antes de que pudiese detenerse, ya las estaba lamiendo

Cat estaba sin respiración, aquello no se parecía en nada a la tosca manera en que el hombre había levantado las faldas de aquella puta que había visto en un callejón para luego clavarla contra la pared y empujarse en ella. Rainer estaba siendo tierno, estaba dejando su cuerpo en llamas, el pudor que debería haber sentido al encontrarse totalmente desnuda ante un hombre había volado en el momento en el que sus labios se habían posado en su piel. Cat ahogó un escalofrío, ¿Sería realmente tan licenciosa? ¿Era tan descarada que la sola idea de lo que aquel hombre le estaba haciendo la encendía y prendía fuego en su piel? ¿Acaso era la ramera que él reclamaba de ella?

Sacudiendo la cabeza ante sus pensamientos y a lo que su boca y sus manos hacían sobre su piel, trató de apartarse, cubrirse, solo para encontrarse con la resistencia de sus manos aferrándose a sus muñecas y su mirada oscurecida y brillante alzándose hacia ella.

—No soy una ramera —musitó ella, una solitaria lágrima deslizándose por su mejilla.

Rainer aflojó la presión sobre sus muñecas y le acarició con los pulgares, la mirada de vergüenza y desesperación en sus ojos se mezclaba con la incipiente pasión que destellaba en aquellos lagos dorados. Estaba asustada, avergonzada por la conducta que ofrecía su cuerpo, pura pasión esperando a ser desatada.

—Eres pura pasión contenida, querida mía —le aseguró soltando lentamente sus manos para acariciarle suavemente los muslos—, no hay nada en ti que merezca esa mirada avergonzada en tu rostro, deja que te lo demuestre.

Sin dejarle tiempo para que se retractara, descendió a través del parche de rizos negros, y mientras una mano se aferraba a su cadera, la otra descendió por su trasero hasta el muslo, alzándoselo lo suficiente para posar su pierna extendida por encima del hombro y llevar su boca al húmedo interior femenino que se estaba muriendo por saborear.

Cat gimió en voz alta cuando él la besó en el interior de sus piernas, aferrándose con desesperación a sus hombros en un intento de no caerse. Un latigazo de doloroso placer se extendió por su cuerpo, calentándola, haciéndola arder con cada pasada de su lengua. Su rostro estaba enrojecido, su respiración sofocada, avergonzada más allá de lo posible era incapaz de hacer nada para evitar aquella indecencia.

La capacidad de formar palabras se esfumó de su cerebro como si nunca hubiese existido, todo lo que podía hacer, todo en lo que podía pensar era en sentir dejando escapar pequeños gemidos de placer que resonaban en el pequeño camarote.

Rainer cambió de posición, lamiendo de sus labios los jugos femeninos. Ella era dulce y adictiva, un verdadero manjar para sus sentidos, y sus gemidos, oh, aquello era como un canto de sirena para sus oídos. Necesitaba tenerla, necesitaba hundir su dolorida hombría entre sus piernas y montarla

hasta derramarse por completo en su interior. Su boca dibujó un sendero de besos sobre el muslo extendido sobre su hombro, mientras sus dedos incursionaban entre los húmedos pliegues, tentativos, explorando las profundidades. Ella estaba apretada y cálida, una funda aterciopelada que estaba seguro lo rodearía a la perfección, los jugos ayudaron a profundizar la penetración sorprendiéndole al toparse con una barrera que no había esperado que estuviese allí.

—Mi dios... —musitó retirándose de golpe provocando en ella un quejido. Su mirada ascendió de entre sus piernas a ruboroso rostro teñido por la pasión. Aquella pequeña venus de cabellos morenos era virgen.

Por un instante estuvo a punto de apartarse de ella por completo, él jamás se involucraba con doncellas, prefería con mucho a las damas más experimentadas que no escuchar los quejidos y lloriqueos de las damitas de sociedad que escondidas bajo sus recatados vestidos se comportaban como mojigatas cuando eran verdaderas ramera en su interior. Y aquella pequeña tunante era doncella. ¿Cómo podía ser? Por su aspecto y las llenas curvas de su cuerpo debía de tener unos dieciocho o veinte años, y no era una maldita dama, ninguna maldita dama estaría correteando por el puerto de Londres vestida y oliendo como una alcantarilla.

Que un inesperado regalo. Pensó recorriendo su cuerpo con la mirada, sintiendo como su pene se endurecía aún más y daba un tirón en protesta por su abstinencia, la deseaba, virgen o ramera, deseaba hundirse en aquella estrechez y dejarse seducir por el fuego que ardía bajo su piel.

Había dicho la verdad cuando la había tildado de apasionada, su cuerpo cantaba por sí solo, no, no era una ramera y maldito fuera, iba a demostrárselo de un modo u otro.

Con un hambriento jadeó volvió a apoderarse de su sexo, devorándola con la boca, acariciándola y excitándola con los dedos, arrancando de su garganta

jadeo tras jadeo hasta que la sintió tensarse alrededor de sus dedos y su liberación arrancó un fuerte grito de sus labios cuando la pierna que la sostenía se vencía y ella caía en sus brazos.

—¿Todavía piensas que esto te hace una puta? —le susurró acunándola en su regazo, su mirada presa de la de ella.

Ella parpadeó, respirando entre tibios jadeos, su cuerpo estremeciéndose todavía por la repentina liberación.

—¿Qué otro nombre podría darle si no a lo que acaba de ocurrir? —susurró ella con un quejido.

—Pasión, mi muchacha —le aseguró apartándole un mechón del rostro—. Una canción que tu cuerpo canta al mismo tiempo que el mío.

Ella apartó el rostro, demasiado avergonzada para enfrentarse a su inquisitiva mirada. Lo que acababa de ocurrir la había dejado a la altura del betún, confirmándole lo que siempre había sospechado en su interior, que ella no era pura, nadie con tal fuego en las venas podía pertenecer a alguien que no fuese el diablo. Su cuerpo todavía vibraba, cantaba, deseando más y más de aquello. ¡Por dios, se estaba comportando como una ramera!

Mortificada trató de huir de su abrazo, su cuerpo desnudo sufría cada vez que se rozaba con el suyo, pero debía escapar, necesitaba hacerlo para conservar la cordura.

—Déjame ir —suplicó debatiéndose entre sus brazos—. No puedo... no seré una ramera... soy buena... te juro que soy buena...

Rainer la sujetó con fuerza, impidiéndole escapar y la obligó a volverse hacia él.

—Sólo elige, mi muchacha —le susurró acariciándole el cuello con los labios—. Mi prisión al menos no tiene barrotes.

Ella se estremeció al sentir su boca sobre su piel. ¿Prisión o su cama? Tal parecía que de todas formas iba a arder, si no era en una mugrosa prisión, lo

haría en los fuegos del infierno cuando se presentara ante su creador. Cat nunca había sido devota, pero en aquel momento estuvo segura de que ni todos las oraciones del mundo iban a salvarla, si tenía que condenarse, al menos obtendría algo a cambio. Obtendría su libertad.

—No quiero volver a aquel lugar —musitó encogiéndose, permitiendo que las lágrimas se derramaran por sus mejillas—, no puedo volver... oh, dios... no puedo.

Él sonrió triunfante contra su piel antes de incorporarse y alzarla en sus brazos.

—Mientras estés a mi lado, no permitiré que eso suceda —le aseguró antes de besarla en la boca, devorándola con un cálido y húmedo beso mientras la llevaba a la cama—. No volverás... nunca dejaré que te lleven —le prometió encontrando su boca, para devorarla en un cálido y húmedo beso antes de tomarla en brazos y llevársela a la cama.

Rainer la depositó suavemente sobre la cama, su largo cabello negro extendiéndose bajo ella como una sábana de seda mientras daba un paso atrás y se quitaba de una patada las botas, las calzas y la camisa, quedándose completamente desnudo bajo la apreciativa y azorada mirada femenina.

—Déjame adivinar, es la primera vez que ves a un hombre desnudo —había risa en su voz.

Ella tragó saliva y negó con la cabeza, pero sus mejillas habían adquirido un tono rosado, y su mirada no dejaba su entrepierna.

—Si sigues mirándome así terminaré antes de empezar siquiera.

Ella parpadeó varias veces y lo miró a los ojos, en ellos se reflejaba la duda, el temor a lo desconocido.

Rainer se sentó en un costado de la cama y empezó a acariciarla con lentitud, disfrutando de la tersura de su piel.

—¿Cómo es que una belleza como tú se ha mantenido virgen?

Ella abrió los ojos desmesuradamente, tragó saliva y lo miró con recelo.

—¿Cómo puedes saber...?

Él le acarició el costado de un pecho haciéndola arquearse en respuesta.

—Diría que es obvio, pero mentiría —aseguró inclinándose sobre ella, besando suavemente sus labios—. Me engañaste durante un instante, Catherine, tu cuerpo está hecho sin duda para la pasión... y el pecado.

Rainer no dijo una palabra más mientras se apoderaba de su boca en un lánguido y húmedo beso que pretendía excitarla antes de deslizar los labios por su garganta, sus manos se hundieron entre la espesa mata de pelo saboreando su textura cuando sus labios se deslizaron por el lado izquierdo de su cuello dejando un sembradío de besos. Lentamente, sus dedos se arrastraron hacia sus costados, acariciando la piel suave de sus costillas, ascendiendo y acariciándola con sus callosas manos hasta tomar posesión de aquellos senos que lo enardecían.

Cat gimió, estremeciéndose por las nuevas sensaciones que se extendían por su cuerpo y hacían que le ardiera la piel. El calor inundaba su interior, la sangre corría rauda por sus venas, espesa, su corazón era incapaz de detener el frenético ritmo de su latido, instalándose en sus oído junto con la pesada respiración de él mientras mordisqueaba la piel de sus pechos y la lamía a continuación haciendo que se estremeciera por entero. Sentía los pechos hinchados y pesados y sus pezones endurecidos al contacto de la yema de los dedos de él.

Rainer bajó la boca para capturar uno de los enrojecidos brotes de su pecho, su lengua jugando con el botón, chupando y mordisqueando, enardecíendola y arrancando de su boca pequeños quejidos mientras todo su cuerpo se arqueaba bajo él.

Cat se derretía entre los brazos de su captor, aquella intensa oleada de sensaciones la recorría incendiándola, instalándose con pesadez en la parte

baja de su vientre, haciendo que deseara algo que no parecía estar a su alcance, la boca de Rainer en su pecho la estaba enloqueciendo, su cabeza empezó a volverse de un lado a otro sobre la almohada, mientras sus manos que hasta el momento habían estado aferrando las sábanas se deslizaron por el cuerpo masculino hundiéndose en su pelo, enredando los dedos en sus mechones, manteniéndole allí.

Las manos masculinas continuaron vagando, torturando la piel femenina descendiendo hasta la unión apretada de sus muslos, sus dedos empezaron a masajear levemente su monte de venus, deslizándose hasta sus muslos y volviendo a subir, relajándola, permitiéndose situar una de sus musculosas piernas entre las de ella, deslizando sus dedos entre los húmedos rizos hasta el tesoro que se escondía allí. Sus dedos encontraron la humedad entre sus piernas y poco a poco se fueron abriendo paso a su interior, primero un dedo, después dos, abriéndola, preparándola, lubricándola para lo que vendría. Ella se sentía cada vez más húmeda, más mojada, mientras aquel insistente y ardiente pesado calor se instalaba en la parte baja de su vientre e iba creciendo más y más, hasta hacerle imposible el pensar. Ahora podía notar aquella dura y larga vara presionando contra su muslo, sabía que aquella parte masculina entraría en ella pero honestamente no podía pensar en cómo encajarían, ¡Era demasiado grande! Pero cuando él continuó acariciándola, los miedos y los temores volvieron a hacerse a un lado, su cerebro estaba demasiado licuado para poder pensar con claridad, ahora, no le extrañaba que tantas doncellas se echaran a perder si esto era todo lo que hacía falta, estaba a punto de volverse loca entre sus brazos.

—Rai... ner —gimoteó ella a duras penas cuando sintió su boca dejando un pezón para ocuparse del otro. Él solo rió contra su carne, antes de cogerla entre los dientes y tironear con suavidad.

—Pronto, mi gatita, pronto —le prometió lamiéndole la sensible carne



mientras sus dedos la penetraban y se retiraban una y otra vez creando una agradable fricción que la estaba volviendo loca—. Sólo un poco más y estarás lista...

Cat empezó a retorcerse debajo de él, saliendo al encuentro de sus invasores dedos, deseando, necesitando la misma liberación que le había dado antes, cuando pensó que podría llegar a ella, él retiró los dedos dejándola vacía y anhelante. Un suave gemido de protesta escapó de entre sus labios, mientras él se reía, le susurraba algo al oído y se hacía hueco entre sus piernas.

Rainer situó su pene en la húmeda entrada femenina penetrándola apenas unos milímetros, para luego tomar a la muchacha por debajo de las rodillas e instarla a abrirse más para él.

—Shh —le susurró cuando ella gimió—. Rodéame con tus piernas, pequeña, todo va a ir bien.

Cuando ella hizo lo que le pidió, empezó a penetrarla lentamente, ganando terreno poco a poco hasta que notó la barrera que le impedía el paso, sabía que no iba a ser fácil para ella, pero deseaba poder mitigarle cualquier molestia con la máxima brevedad. Se alzó sobre ella y tomó posesión de su boca, arrebatándola e inflamando más su deseo al tiempo que se introducía en de una sola embestida, empalándose hasta la empuñadura.

Ella emitió un audible quejido que fue bebido por su boca, su lengua danzó con la suya, seduciéndola, encendiéndola mientras se mantenía inmóvil esperando a que sus músculos internos se relajaran, dándole tiempo para acostumbrarse a su tamaño.

Cat quería gritar, arañarle, le había hecho daño, aquel maldito desgraciado le había hecho daño y no la soltaba, su boca seguía pegada a la suya, haciendo estragos en su mente, pronto el dolor empezó a desaparecer sustituido por una placentera sensación de plenitud, se sentía totalmente llena

por él, colmada, protegida de una forma que ni siquiera estaba cerca de poder explicar.

Rainer empezó a moverse lentamente, permitiendo que ella se acostumbrase a él, su aterciopelada funda se cerraba a su alrededor, atrapándolo y conduciéndolo a la locura, una locura que no dudó en abrazar, empujándose más y más adelante, llevándose a ella con él, podía notar las manos femeninas clavándose en su espalda, los jadeos de ella en su oído enardeciéndolo aún más, sus piernas cerradas tras su trasero y sus pequeños jadeos de placer llenando la estancia, su pasión igualando la suya, conduciéndolo cada vez más cerca del borde y entonces ella se cerró a su alrededor, explotando con un chillido de liberación conduciéndolo a él mismo a la propia. Con la última reserva de su fuerza de voluntad, salió de su cuerpo, derramando su simiente sobre las sábanas antes de hundirse a su lado.

—Por dios que eres pura pasión, mi muchacha —murmuró él mientras trataba de recuperar la respiración.

Cat no dijo nada, simplemente se acurrucó sobre la cama ocultando el rostro, dándole la espalda. Rainer suspiró y se inclinó sobre ella, obligándola a volverse sólo para ver la humedad deslizándose por sus mejillas.

—No llores, pequeña —le pidió limpiando sus lágrimas con sus dedos, mientras la atraía hacia su pecho, acunándola en su abrazo—. Todo va a cambiar a partir de ahora, cuidaré de ti, no tendrás que volver a las calles.

Cat se mordió el labio inferior tragándose un sollozo. Sí, las cosas cambiarían, se había librado de la prisión y no tendría que volver a las calles, pero había perdido su libertad, tratando de escapar de una cárcel, había ido a parar a otra, esta quizás no tuviese barrotes, pero prometía ser mucho más difícil el poder escapar de ella.

Rainer le acarició el pelo suavemente mientras ella lloraba en silencio, tal como había supuesto, una sola vez con esta mujer no había sido suficiente, ya

la estaba deseando de nuevo. Su pasión era equiparable a la suya propia, podía ser virgen por fuera, pero en su interior era un diamante en bruto esperando a ser moldeado, había suficiente calor en esa fragua como para consumirse en él si no tenía cuidado. Un rápido vistazo a la claraboya del techo le anunció la pronta entrada de la noche, el barco había empezado a moverse poniendo rumbo a Londres, solo esperaba que la travesía fuese tiempo suficiente para ganarse a la pequeña hembra.

Suspirando, se levantó de la cama y se acercó a la tina, el agua ya se había enfriado, pero todavía servía para lavarse. Tomando uno de los paños, lo humedeció y se lavó para luego enjuagarlo y volver a la cama atrayendo la atención de la muchacha.

—Separa las piernas.

Cat apretó los muslos y soltó un quejido al incorporarse, su mirada bajó entonces hacia la unión de sus muslos reparando por primera vez en la sangre que los manchaba. Haciendo una mueca se volvió hacia Rainer, sus ojos habían adquirido el brillo letal que siempre había visto en ellos cuando se enfrentaba a él.

—Sólo voy a lavarte —le aseguró con mucha suavidad mostrándole el paño.

Ella no respondió, pero tomó el paño de manos del hombre y bajó de la cama con un nuevo quejido. El sólo hecho de caminar empezaba a resultar un tanto incómodo.

—¿Estás muy dolorida?

La mirada fulminante que le lanzó la muchacha pareció respuesta suficiente para él. Dejándola con sus abluciones, volvió hacia la cama e hizo una mueca al ver las machas de sangre y semen, chasqueando la lengua arrastró la sábana y la arrancó, lanzándola a una esquina para luego ponerse los pantalones y la camisa. El camisón que había comprado para ella

permanecía ahora a los pies de la cama, acarició la tela y la dejó sobre esta, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Iré a buscar la cena —le dijo antes de salir por la puerta, cerrándola nuevamente con llave.

Cat dejó caer el paño húmedo en el agua y se volvió hacia la puerta cuando esta se cerró, sus ojos estaban brillantes por las lágrimas que no había derramado, lágrimas que amenazaban con destrozarla si las dejaba salir. Muy lentamente volvió a la cama, tomó la prenda que Rainer había dejado sobre ella y la acarició. Un par de gotas mancharon la tela, Cat se llevó las manos a las mejillas y notó la humedad, parecía que hasta sus lágrimas estaban en su contra. Con un ahogado quejido, se dejó caer en el suelo, hundiendo el rostro en la delicada prenda cuando las compuertas que habían permanecido cerradas hasta el momento se abrieron en contra de su voluntad.

## CAPÍTULO 7

Cat contempló con desconfianza la comida que Rainer había dispuesto sobre la mesa. Él había llegado unos minutos antes con dos hombres que habían dejado unos paquetes sobre el baúl, y se habían llevado la tina de agua, mientras él disponía las bandejas con la comida sobre la mesa, la cual esta vez cubrió con un improvisado mantel. Ella se había puesto el camisón con un chal por encima, ya que aquello era toda la ropa que le habían dejado a mano.

—¿Qué es todo eso? —preguntó mirando con desconfianza desde el otro lado del camarote.

Rainer señaló unos platos con carnes secas, queso, y otras viandas que había dispuesto sobre la mesa.

—Nuestra cena —aseguró señalando lo obvio—. Ven a sentarte.

Ella contempló la comida con hambre, pero no se movió, a lo que Rainer contestó arqueando una ceja.

—¿Prefieres volver a la cama? —sugirió con total inocencia.

Con una sonrisa formándose en sus labios la vio dejar su lugar junto al baúl y caminar cojeando hacia la mesa. Una inesperada punzada de culpabilidad lo recorrió al ver como ella se sentaba lentamente.

—¿Vino? —sugirió alzando la botella.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Nikolai pidió que lo disculpases por no despedirse —la sorprendió Rainer con aquella frase.

—Se ha marchado muy repentinamente —murmuró ella bajando la mirada a la copa que Rainer había llenado con vino—. Si hubiese sabido que se marcharía tan rápidamente, habría ido a despedirle. Es un buen hombre.

Rainer no respondió a aquello, tomó su copa y la alzó en un brindis.

—Por esta nueva sociedad.

Ella arqueó una delicada ceja oscura.

—¿Sociedad?

Él se encogió de hombros.

—Si eres inteligente, sabrás sacar algo de ventaja de este arreglo, Catherine.

Ella lo miró con ironía.

—Si fuera inteligente, ni siquiera me habría metido en él —respondió y tomó su copa alzándola hacia la de él—. Por el maldito destino que me llevó a convertirme en tu amante.

Rainer esbozó una irónica sonrisa pero asintió y chocó su copa con la de ella.

—Por el destino.

Cat le dio un sorbo a su copa y bajó la mirada al plato que tenía ante ella con una sopa tibia. Los cubiertos parecían haber visto mejores días a juzgar por su forma retorcida y envejecida, pero al menos seguían cumpliendo su función. Tomando la servilleta, la sacudió y se la puso encima del regazo.

—No he podido evitar notar que tienes ciertos conocimientos de etiqueta —comentó él tomando asiento.

Ella ni siquiera lo miró.

—¿Esperaba que me pusiera a comer con las manos, o bebiese la sopa directamente del plato, Capitán? —respondió con ironía tomando la cuchara y hundiéndola en la sopa.

—Dadas las circunstancias creo que podrías llamarme por mi nombre —

aseguró con la misma ironía que ella—. Prefería que me llamasen Rain, al menos, cuando estemos los dos solos.

Ella sonrió antes de llevarse la cuchara a la boca y saborear la insípida sopa.

—Preferiría llamarte rastrero, pero me temo que es un nombre demasiado largo —respondió ella volviendo a hundir la cuchara en la sopa.

—Catherine...

—Ya ha conseguido lo que quería, Capitán, no veo por qué tengo que hacer más concesiones —respondió ella dejando de nuevo la cuchara en el plato—. Me tiene en su cama, eso es todo lo que buscaba a cambio de no enviarme a prisión. Bien, ya he cumplido.

Rainer suspiró.

—Sé que no siempre eres tan arisca, debo suponer que ese honor sólo lo reservas para mí —comentó él dando cuenta de su propia comida.

—¿Qué va a pasar ahora conmigo?

Rainer la miró.

—¿A qué te refieres?

Cat empezó a remover la sopa.

—Tu tripulación, me odia —aseguró ella con un leve encogimiento de hombros—. No creo que me miren mucho mejor al saber que duermo con el capitán.

—No tienen voz ni voto en esto y no te molestarán —aseguró con convicción.

—Ese hombre... Gibbs... ¿Qué tal está su mano? —preguntó tratando de parecer desinteresada.

Rainer realmente se sorprendió, pero no dijo nada al respecto.

—Todavía en su sitio, aunque con la marca de tus dientes en ella —aseguró con diversión—. Sobrevivirá.

Cat tomó otra cucharada de sopa.

—¿Cómo fue que acabaste en la prisión? —insistió Rainer, curioso por conocer el pasado de la muchacha y que la había llevado a tal lugar.

Cat dudó durante unos instantes, entonces dejó la cuchara a un lado del plato y se volvió hacia Rainer.

—Alguien me cargó el muerto —respondió ella, utilizando una expresión más propia de un hombre que de una dama—. La guardia no suele preguntar demasiado, si tienes pinta de ratera, les vales igual. El hombre me vio allí y automáticamente me endilgó el robo, daba lo mismo que yo no hubiese hecho nada, solo era una sucia rata callejera, eso era todo lo que necesitaba saber.

Rainer hizo a un lado el plato de sopa y tomó un trozo de queso.

—¿Te criaste en las calles? —preguntó dándole un mordisco al queso.

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—Pasé trece años de mi vida en el Hospicio de Sta. Clara —respondió ella con voz suave, fría, desprovista de toda emoción—, alguien me encontró caminando sola por la calle cuando tenía unos cuatro o cinco años y me llevó al hospicio. Cuando llegué sólo decía mi nombre y algunas cosas inteligibles, las hermanas pensaron que quizás estuviese poseída por el demonio —Cat se estremeció al recordar su infancia en el hospicio. Las hermanas no la habían tratado mal, pero tampoco habían sido precisamente ángeles de la caridad—. Con diecisiete años supusieron que ya era lo bastante mayor para trabajar, así que me enviaron a servir a una de las casas de la zona más pudiente... no tardé ni dos días en marcharme de allí.

Rainer asistía intrigado a su relato.

—¿Por qué?

Ella lo miró, pero no parecía estar viéndolo a él. En su rostro había odio frío y ciego.

—El señor de la casa creyó que sería divertido meter en la cama a la nueva



sirvienta —respondió Cat con voz dura, fría—. Me pegó cuando no quise ir con él, me arrastró a un cuarto y... bueno... como has podido comprobar tú mismo, no se salió con la suya... Le rompí una lámpara en la cabeza.

Rainer la miró con renovado respecto, que una niña indefensa pudiese cuidarse a sí misma de esa manera... pero al mismo tiempo, la sola idea de imaginársela recién salida de su hogar, teniendo que enfrentarse a la lujuria masculina... le hervía la sangre.

—¿Quién era él?

Ella lo miró con ironía.

—¿Qué pasa? ¿Estás pensando en vengar mi honor? —le soltó ella con profunda ironía.

Rainer le siguió el juego.

—Ahora eres mía —le recordó él con un leve encogimiento de hombros—. Yo siempre cuido de lo que es mío.

Cat no pudo evitar reírse ante tal declaración.

—Lord Wesley no es alguien de quien debas preocuparte —respondió ella negando con la cabeza—. Al principio pensé, tonta de mí que lo había matado con el golpe... Algunos meses después de aquello, lo vi paseando del brazo con una muchacha.

Rainer no se sorprendió al oír en nombre. El hombre era conocido por abusar de sus criadas y la muchachita de la que hablaba Cat, debía ser su nueva y joven esposa.

—Entiendo que fue entonces cuando te quedaste en la calle.

Ella asintió tomando su copa de vino a la que le dio un sorbo.

—Durante dos semanas estuve aterrada de que le hubiese matado —aseguró estremeciéndose ante el recuerdo—, entonces apareció el malnacido de Earl Watson y su rebaño de rateros. Si quieres retorcerle el cuello, ese sería el de la sabandija de Earl, aunque todavía espero tener yo ese placer.

Rainer sonrió ante el tono crudo y rabioso de la muchacha.

—No te hacía tan sanguinaria, querida —aseguró con diversión.

Cat lo miró de reojo.

—Ese maldito hijo de puta fue el único responsable de que acabase en la cárcel acusada de robo —clamó ella entre los apretados dientes—. El verlo en el cadalso, ciertamente me haría muy feliz.

Rainer chasqueó la lengua, algo que Cat empezaba a identificar como un gesto de disgusto.

—Vamos a tener que hacer algo con ese vocabulario tuyo, gatita —le aseguró tomando su propia copa—. Eres más deslenguada que uno de mis hombres.

Ella ladeó el rostro y lo contempló a placer.

—Ya sabías que venía con esa dote cuando decidiste hacerme tu ramera —respondió ella, haciendo que Rainer pusiera los ojos en blanco.

—Querida, Catherine, hay una sutil diferencia entre una cosa y la otra —le aseguró con hastío.

Ella dejó la servilleta a un lado de la mesa y se levantó.

—Yo no la veo —murmuró volviéndose hacia el baúl sobre el que habían dejado los paquetes.

Rainer siguió su mirada, y decidió que aquel era tan buen momento como otro cualquiera para darle lo que había comprado para ella, quizás la ablandase un poco.

—Son para ti —le dijo.

Cat se volvió sorprendida y recelosa. Aquellas dos emociones parecían ir siempre parejas en su rostro.

—¿Para mí? ¿Por qué? —preguntó.

Rainer esbozó una ligera sonrisa.

—¿Siempre tienes que cuestionarlo todo?

Ella le miró y finalmente fue hacia los paquetes. Eran dos, uno un poco más grande que el otro, en el mismo papel que había venido envuelto el camisón. Echando un último vistazo a su espalda para ver a Rainer, quien acababa de levantarse y estaba masticando algunas uvas del racimo, se inclinó y desenvolvió el primero de los paquetes para quedarse absolutamente sorprendida al ver el contenido. Una hermosa y diáfana tela verde oliva con diminutas florecillas doradas formaba el corpiño del vestido más exquisito que Cat hubiese contemplado jamás. Temerosa, levantó la tela viendo como la amplia falda caía con majestuosidad en un tono oliva más claro que el corpiño, jamás había visto nada igual. Y no sólo eso, en el paquete venía una camisola interior de color marfil con bordados, unas finas medias, ligas, enaguas, un chal a juego y unos zapatos de cabritilla de color crema.

—No estaba muy seguro de la talla, pero no podía dejar que siguieses vistiendo esa tosca falda y blusa —escuchó la voz de Rainer a sus espaldas—. Obviamente, Brianna no tiene tantos... atributos como tú.

—¿Brianna? —preguntó ella demasiado sorprendida para poder hilar un pensamiento coherente, sus manos todavía mimaban la tela del vestido.

—Mi hermana —le respondió él acariciando su rostro cuando lo miró. Su sorpresa y limpia ingenuidad lo conmovían—. La ropa que has estado utilizando es suya, siempre deja alguna prenda en caso de necesidad.

Cat se volvió por completo.

—¿Tienes una hermana?

Rainer asintió. En realidad, eran tres hermanos, pero ya habría tiempo más adelante para hablar de ello.

—¿Te gusta?

Cat volvió a mirar la prenda, parpadeó y volvió a mirarlo a él.

—¿Es para mí?

—Bueno, mi cielo, no creo que a mí me sentara bien —se rió él.

Ella no correspondió a su sonrisa pero apretó el vestido contra su pecho, y sus ojos brillaban de algo distinto a la hostilidad que siempre había visto en ellos.

—En el otro paquete encontrarás otro vestido y más chucherías femeninas —le respondió indicando el otro paquete, al tiempo que deslizaba la mano por su hombro desnudo y contemplaba la figura femenina envuelta en la tela del camisón—. Aunque dios sabe que te prefiero con el camisón... o desnuda...

Cat no contestó, ni siquiera se molestó pues ya estaba abriendo el otro paquete, emitiendo un ligero jadeo de sorpresa cuando vio el nuevo vestido, este de color azul oscuro, con tela a cuadros verde y azul que conformaba el atuendo. La tela era más pesada que la otra, típica de un vestido de viaje, pero igualmente hermoso.

Raine se acercó a ella desde atrás, rodeándola lentamente por la cintura, mostrándose cauto ante la posible reacción de la muchacha. El olor a lavanda del jabón mezclado con su aroma natural, se estaba convirtiendo en un potente afrodisíaco y el cálido reconocimiento de su cuerpo, no hacía sino endurecerlo más.

—Cuando llegemos a Londres y estés instalada, haré que te confeccionen un guardarropa completo —le susurró al oído con tono sensual.

Cat se estremeció ante el contacto masculino, el cuerpo de Rainer pegado al suyo traía a su mente el recuerdo de las cosas que le había hecho en la cama, cosas que había disfrutado.

—¿Volverás a Londres? —preguntó ella, en su voz se oía el desprecio hacia aquella palabra.

Raine la volvió en sus brazos y le alzó la barbilla.

—Volveremos a Londres —la corrigió él acariciándole la mejilla con el pulgar—. Pero nada será lo mismo para ti, pequeña mía, se acabó el robar y

mendigar por las calles, tu posición será la de una dama.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca una dama, Rainer —respondió con suavidad, queriendo dejar claro lo que él había ganado con ese intercambio—. Yo solo seré tu ra...

Rainer le cubrió los labios con un dedo.

—Si vuelves a pronunciar esa palabra, te pondré sobre mis rodillas y te daré una tunda —le prometió—. Vindrás a Londres como mi querida, Catherine, nunca una ramera.

Ella suspiró, no tenía caso protestar por algo que estaba claro él no iba a entender nunca. Cat permitió que Rainer le quitase el vestido de las manos para devolverlo al paquete y la envolviese en sus brazos, antes de alzarla y bajar sus labios a los suyos. Ramera o querida, al final del día o de la noche, el lugar que ocupaba Cat en la vida del Capitán era su cama.

## CAPÍTULO 8

Cat terminó de acomodar las cosas de Rainer en el baúl, la noche anterior la había instruido para que tuviese todas sus pertenencias listas para partir al mediodía. Le hubiese gustado partir antes, pero tenía que arreglar ciertos asuntos primero en el puerto y no creía que estuviesen listos hasta el mediodía o primera hora de la tarde. Con un suspiro, dejó caer la tapa del baúl y se sentó encima. Echó un vistazo a lo que se había convertido en su hogar durante las últimas dos semanas y media, reparando en cada uno de los objetos, en los papeles desperdigados sobre el escritorio, la pequeña cama que se había entregado una y otra vez al hombre que había canjeado su libertad a cambio de su cuerpo, un trato del que ni siquiera ahora estaba segura del todo. Rainer se había revelado como un amante atento y generoso, un hombre posesivo de lo que consideraba suyo y también justo. En el viaje de regreso, Cat había aprendido alguna que otra cosa de él, así como de la tripulación, la cual si bien ya no la miraban con rencor, seguían mostrándose indiferentes o ligeramente atrevidos. De todos ellos, sólo el señor Clay, el segundo del Capitán -y aunque le sorprendiera- también Gibbs, habían sido cordiales con ella. Pero era Rainer el que había ocupado sus días y sus noches, su presencia se había hecho constante al igual que su risa y buen humor, la había tratado con consideración y educación, le había enseñado a jugar al ajedrez e incluso le permitió ojear algunos de sus libros al ver el interés que había visto en los ojos de la muchacha cada vez que miraba los gastados tomos que tenía en el escritorio.

Cat acarició la tela azul oscuro de su nuevo vestido y sonrió ligeramente, jamás había tenido nada tan bonito, así vestida se sentía como una auténtica dama.

—Una dama de papel maché —se recordó levantándose del baúl con un mohín para acabar frente al escritorio recogiendo los libros para colocarlos en su lugar.

Unos golpes en la puerta la hicieron darse la vuelta en el momento en que esta se abría para dejar asomarse a Gibbs.

—¿Gata?

Cat sonrió con ironía. Aquel parecía ser el apodo que le había puesto la tripulación.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gibbs? —respondió ella entrando en el rango de visión del hombre.

—El capitán ha ordenado que recogiésemos unos baúles para llevar a puerto —respondió el hombre abriendo la puerta del todo, dejando entrar a otro marinero más joven.

—¿Ha vuelto ya al barco?

—No, Gata —negó el marinero echando un vistazo al baúl—. ¿Es ese?

Cat se apartó y dejó entrar a los marineros.

—Sí, es el baúl grande y aquel pequeño cofre de allí —respondió indicándoles cada uno—. ¿Sabe cuándo volverá, señor Gibbs?

El marinero no contestó de inmediato, se concentró primero en coger el baúl.

—En cuanto termine lo que lo llevó a puerto, vendrá a buscarla —respondió el hombre antes de echarse el baúl al hombro y salir por la puerta—. Puede salir a que le dé el aire, Gata, pero no se le vaya a ocurrir hacer lo mismo que la última vez.

Cat sonrió con ironía.

—Dejaré que viva otros pocos años más ahorrándole disgustos, señor Gibbs — respondió con ironía, echando un furtivo vistazo a la marca en su mano.

—Sin duda, es algo que le agradeceré, moza —aseguró el marinero con mofa.

Cat suspiró y sacudió la cabeza antes de volver al escritorio y coger uno de los libros. Rainer se había sorprendido gratamente cuando la había visto leyendo uno de ellos, explicando que no estaba seguro de que supiese leer o escribir, ella se había limitado a encogerse de hombros y responderle que sabía muchas más cosas de las que él pensaba. Aquello había arrancado una carcajada al capitán.

Acariciando las páginas del libro, pensó en lo mucho que le había costado aprender a leer y escribir, había sido como si las letras y los números no tuviesen sentido alguno para ella y por más que se esforzaba era incapaz de encontrárselo. Había tenido que perseverar con dureza para poder aprender a leer, pero había merecido la pena cada esfuerzo por poder descubrir el mundo que se escondía dentro de los libros.

—Todo aquello ha quedado atrás —se recordó con firmeza. Si tenía que enfrentarse de nuevo al mundo como la querida del Capitán del Valhala, se encargaría de sacarle provecho a la situación.

Rainer dejó a un lado la reproducción a escala del Bergantín que había cogido de la repisa y se enfrentó de nuevo a los hechos que le había expuesto Noah. Nada más llegar a puerto la noche anterior, había hecho que uno de sus hombres mandase aviso a Lord Lambrick de que el Valhala había atracado y que esperaba poder reunirse con él a la mañana siguiente, en las oficinas de la compañía mercante que pertenecía al abuelo de Rainer. Su amigo se había plantado allí a primera hora y había escuchado con verdadero asombro las



novedades que Rainer había expuesto sobre la mesa, unos sucesos que sólo complicaban un poco más lo que tenía que decirle Noah.

—A ver si lo he entendido —dijo Noah después de un rato—. ¿Has convertido en tu amante a una muchacha que se coló de polizón en tu navío, y ahora pretendes instalarla en Londres como tu querida?

Rainer asintió. Básicamente esa era la historia.

—Ya —respondió Noah frotándose la barbilla—. ¿Y puedo saber que tienes pensado hacer con Elisabeth? No creo que a tu pequeño rubí le haga mucha gracia la idea de que le haya salido una competidora, ella prácticamente contaba con un anillo en su dedo, compañero.

Rainer acarició las velas del barco sobre la repisa y miró a Noah con cierta ironía.

—Esperaba que tú me devolvieras el favor —respondió él con una ligera sonrisa.

Noah realmente palideció y se inclinó hacia delante.

—¡Te has vuelto loco!

Rainer desechó su protesta con un movimiento de la mano.

—Elisabeth se ha hecho ilusiones ella sola, sabe perfectamente que en ningún momento he tenido intención de formalizar con ella —aseguró Rainer como si con aquello pudiese poner punto y final a su relación.

Noah bufó.

—Oh, sí, claro... por eso se la presentaste a tu familia y te has paseado con ella por todo Londres y alrededores. Sólo te ha faltado llevarla a Kenway, aunque no dudo que al viejo le hubiese dado un ataque —aseguró Noah con profunda ironía.

—Si lo recuerdas, no fui yo quien la presentó a mi familia —respondió Rainer entre dientes, recordando la treta que Elisabeth había utilizado para toparse con su madre y su hermana en uno de sus paseos, cuando iba

acompañada por Rainer. A su madre le daba igual que la mujer fuera una tabernera, si ella hacía feliz a su hijo—. Además, no seré el primero ni el último que se canse de una amante y busque otra.

Noah puso los ojos en blanco.

—Cierto, pero al menos se encarga de romper la relación anterior antes de meterse en una nueva —le recordó Noah y sacudió la cabeza—. ¿Qué necesitas?

—Tiempo —respondió Rainer resoplando—. Un par de días a lo sumo. Instalaré a Catherine en mi casa hasta que encuentre alguna casa apropiada.

—¿En tu casa? ¿Pero qué diablos has tomado? No puedes llevar a esa mujer a tu casa, tu familia llegará en algún momento de los próximos días —le recordó.

Rainer soltó una maldición. Aquella había sido otra de las malditas sorpresas de la mañana, apenas un día después de su partida había llegado una carta fechada varios meses antes que anunciaba la llegada de sus progenitores para mediados del mes de Diciembre, y teniendo en cuenta que estaban a principios de dicho mes, no le sorprendería que el navío de su padre atracara en cualquier momento en puerto. Ciertamente, no podía tener a su amante en su hogar, no estaba bien visto en la sociedad en la que se movía, si el viejo se enteraba, lo haría colgar del palo mayor.

—Sólo serán unos días —se convenció a sí mismo—. Empezaré esta misma tarde a buscar una casa para ella...

—Seguimos teniendo el problemas de Lizzy —le recordó Noah negando con la cabeza—. Ella no se va a conformar con nada que yo le diga, Rain.

Rainer sabía que su amigo tenía razón, Elisabeth era muy capaz de presentarse en su casa a pedir una explicación, del mismo modo irresponsable que se había presentado en el puerto cuando se estaban preparando para zarpar.

—Hablaré con ella —respondió pasándose las manos por el pelo—. Es una mujer juiciosa, le propondré buscarle marido si eso es lo que quiere, podrá mantener la casa en Leicester Square y su asignación mensual.

Noah lo miró con cierta diversión.

—No se conformará —le aseguró Noah tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Pero que sea como tú digas. ¿Irás a verla a su casa?

Rainer lo sopesó durante unos instantes y asintió.

—Dile que la veré en dos días —aceptó Rainer sacudiendo la mano—. Invéntate cualquier cosa, lo que sea, pero cómprame ese maldito tiempo, Noah.

Noah suspiró.

—Hay veces en que lo que pides son verdaderos milagros.

—Pues empieza a hacer uno, San Noah.

El hombre se levantó de su asiento y rodeó la mesa, quedándose mirando a su amigo.

—Este nuevo capricho tuyo, no va a traer nada bueno consigo —negó él y palmeó el hombro de su amigo—. ¿Por qué no la instalas en el campo? Si eres discreto, puedes mantener a ambas... Elisabeth es una buena mujer, una viuda respetable, tu familia la tiene en estima y podría ser una muy buena esposa. Ella está enamorada de ti, Rain.

Rainer sacudió la cabeza.

—No se trata de Catherine, Noah, ni de la novedad... no en lo que se refiere a Lizzy —aceptó Rainer con un suspiro—. Estas semanas he podido confirmar algo que sospechaba, algo que había estado posponiendo a pesar de todo. No, ¿qué bien podría hacerle el que me casara con ella? Sería una esposa en mi casa y en mi cama... pero no habría paz, ni felicidad, esa la buscaría fuera de la alcoba nupcial y no soy tan canalla como para ponerle los cuernos a una esposa a los pocos días del matrimonio.

Noah esbozó una sonrisa.

—A menudo olvido que eres algo más que uno de los pomposos aristócratas que tienen un bonito florero en el salón y buscan su placer fuera de él —aseguró con una irónica sonrisa—. Bien sabes que hoy en día las cosas son así, no existen los matrimonios por amor, no en nuestra sociedad, Kenway.

—Es difícil no buscarlo cuando es lo que has visto desde tu infancia —aseguró Rainer con un leve encogimiento de hombros. Sus padres se habían casado por amor, desafiándolo todo y aún ahora mantenían la misma pasión del comienzo. Él deseaba eso, no sólo una compañera, una madre para sus hijos, quería que su futura esposa fuese su amiga, su amante, la única.

—Ya no somos niños —le recordó Noah—. Llega un momento en que debemos poner los pies en el suelo y enfrentarnos a nuestros deberes.

Rainer miró a su amigo, Noah no era muy distinto a él, por eso habían congeniado tan bien.

—¿Te presionan para buscar esposa? —le preguntó.

Noah esbozó una mueca

—Insisten en que es hora de que consiga una duquesa —respondió con un mohín—. Pero tengo las manos demasiado llenas con Ryss como para necesitar ahora encargarme también de una mujer.

Rainer sonrió al oír el borde de fastidio en la voz de Noah al oírle pronunciar el nombre de su hermano.

—¿Qué ha hecho el tunante ahora? —preguntó con diversión.

Noah puso los ojos en blanco.

—La lista sería más corta si preguntases que no ha hecho —aseguró con un mohín y finalmente desechó la pregunta—. Mi hermano y sus aventuras pueden esperar, lo tuyo me temo que no.

Rainer asintió estando de acuerdo

—Veré si puedo entretener a Lizzy el tiempo suficiente para que puedas instalar a tu nueva palomita —aceptó Noah mirando a su amigo y sacudiendo la cabeza con diversión—. Realmente, no quisiera estar en tu pellejo, compañero.

Rainer sonrió a su vez y sacudió la cabeza.

—¿Te quedarás en la ciudad o volverás al ducado? —le preguntó Rainer.

Noah encogió sus amplios hombros.

—No lo sé —aceptó—. Por lo pronto, tengo que comunicar a su majestad la noticia de que nuestro «amigo» ya está fuera del país.

—Recuérdale lo de esas tierras que lindan con Kenway —le recordó Rainer con ironía.

Noah sonrió y asintió.

—Lo haré —aceptó estrechando la mano del hombre—. Cualquier novedad que surja...

Rainer asintió correspondiendo a su saludo.

—Serás el primero en enterarte.

Noah asintió.

—Espero tener el placer, más adelante de conocer a tu nueva palomita —le aseguró con diversión—. Debe ser una mujer extraordinaria si ha atrapado tu atención hasta tan extremo.

Rainer esbozó una irónica sonrisa.

—No te haces una idea.

Con aquella última frase, Rainer se despidió de su amigo quedándose solo en la oficina, pensando en todo lo que le esperaba a partir de ahora. La noche anterior había mandado a uno de sus hombres para que avisaran en la casa de su regreso y tuviesen todo listo para su llegada, había dado la orden de que prepararan y acondicionaran el salón amarillo para su invitada, aquella era una de las habitaciones más amplias de la casa londinense en la que se

alojaba durante la temporada, con unas amplias vistas, y por supuesto, cerca de la suya. No quería tener a su pequeña gata lejos ni un solo instante. El pensamiento de la pasión compartida en los últimos días hizo que su sexo se hinchara, deseoso de volver a hundirse entre los suaves muslos femeninos, no podía creer en su suerte al haber encontrado tal criatura de fuertes pasiones y afilada lengua, con ella estaba seguro que nunca se aburriría.

Bien, ya iba siendo hora de que volviese al barco y recogiese su preciado botín para empezar el largo trayecto hasta la ciudad.

Cat pasó la página y empezó a leer nuevamente el libro que había cogido en la estantería de Rainer sin darse cuenta de que la puerta del camarote se había abierto, ella estaba tan profundamente concentrada en la lectura que dio un respingo cuando un pequeño ramillete de flores le acarició la nariz.

—Rain —jadeó ella cuando el hombre la arrancó de la silla y la apretó contra su pecho para bajar la boca sobre la suya y besarla hasta robarle el aliento.

—No sé que me has hecho, gatita, pero soy incapaz de mantenerme alejado de ti durante mucho tiempo —confesó mordisqueándole ahora el cuello mientras le mostraba y entregaba el ramillete—. Para ti.

Cat tomó las flores y las llevó a la nariz para oler su dulce aroma. Jamás nadie le había regalado flores.

—Gracias —murmuró acariciando las flores con la yema de los dedos mientras Rainer la soltaba para recoger el libro que había estado leyendo y entregárselo. Ella lo tomó y levantó la mirada—. ¿Ya has arreglado todo?

Él asintió acariciándole suavemente la mejilla.

—Los muchachos están subiendo los baúles al carruaje, venía a ver si ya estabas lista —respondió tomándola de las manos y haciéndola avanzar y girar sobre sí misma—. Estás hermosa, Gata.

Cat negó con la cabeza con indulgencia.

—Estoy segura que le dices eso a cada mujer que comparte tu cama —le respondió ella, haciendo un vivo recordatorio de cuál era el lugar que ocupaba realmente ella.

Rainer chasqueó la lengua.

—En realidad, suelo decírselo a todas las mujeres, ya sabes, la hija del panadero, la del carnicero, la zorra de la taberna, la hija del vicario... —empezó a enumerar él con decisión.

Ella se echó a reír y negó con la cabeza.

—Está bien, está bien —aceptó ella deteniendo su diatriba—. Lo he entendido, Rain, ya lo he comprendido.

Rainer sonrió y volvió a abrazarla, le encantaba oír su nombre en los labios femeninos, ella lo pronunciaba de una forma que hacía que se le pusiera dura, enardecándolo. Recordándose a sí mismo que había un carruaje al otro lado del muelle que estaría esperando para llevarlos a Londres, se obligó a comportarse.

—¿Estás lista?

Cat suspiró profundamente.

—En realidad no, ¿pero qué importa, verdad?

Rainer le acarició nuevamente la mejilla y le besó los labios.

—Ahora todo será distinto —le aseguró él.

Ella ladeó el rostro, todavía no estaba convencida.

—No quiero volver a Londres —murmuró ella en voz baja, sus manos acariciando la tela de la camisa masculina.

Rainer la besó en la coronilla y la atrajo hacia su pecho.

—Muchacha, todo será distinto a partir del momento en que dejes este barco —le aseguró acariciándole la espalda—. Olvídate de todo lo que conociste hasta ahora, Catherine, ya no eres aquella pequeña ladrona.

Ella se alejó un poco de él, sin llegar a soltarse y le miró a los ojos.

—Imagino que no —respondió soltándose por completo para darle la espalda—. ¿Qué va a pasar ahora conmigo? ¿Dónde... cómo...? Oh... um.

Rainer la volvió y le levantó la barbilla.

—Deja de preocuparte.

—Eso es más fácil de hacer que de decir.

Él sonrió y le envolvió el brazo alrededor de la cintura.

—¿Estás lista?

Ella echó un último vistazo a su camarote y asintió.

—Supongo que todo lo lista que puedo estar.

Rainer recogió el chal que había encima de la cama y se lo pasó a Cat por los hombros, para luego dirigirla hacia la puerta.

Cat echó un último vistazo al Valhala y a la tripulación que aunque seguía en sus quehaceres se había detenido a echar un vistazo a su partida. En los últimos días de su regreso, los hombres del Valhala y ella parecían haber encontrado un acuerdo tácito por el cual se mantenían alejados la una de los otros. El Señor Clay, el segundo de abordó y el Señor Gibbs esperaban al pie de la escalerilla, junto a una calesa de alquiler de color negro con unos caballos ruanos de color castaño resoplando inquietos.

—Los baúles ya están cargados en la parte de atrás —explicó Gibbs mirando a la pareja—. Incluyendo los paquetes que llegaron esta mañana al barco, Capitán.

Rainer asintió con una leve inclinación de la cabeza y abrió la portezuela del coche de alquiler para Cat.

—Sube, querida —le dijo tomándola de la mano para ayudarla.

Cat miró a los dos hombres y suspiró antes de subir al coche.

—La Gata no parece muy contenta, capitán —mencionó Clay sólo para oídos de Rainer.



Rainer lo palmeó en el hombro y entonces tendió la mano a ambos hombres.

—Si tienes algún problema con el recuento, el contable estará a partir de mañana en las oficinas de la naviera —le dijo él a Clay.

—Los muchachos estaban preguntando si se podrían tomar un día libre —comentó Gibbs, trasladando la petición general.

Rainer sonrió.

—Por supuesto, Señor Gibbs —aceptó—. Lo tienen bien merecido.

—Cuídate, muchacho —le dijo Gibbs chocando la mano con Rainer quien hizo una mueca ante el apelativo.

—Hay cosas que nunca cambiarán, ¿eh, Gibbs?

El hombre esbozó una desdentada sonrisa y dio un paso atrás, para luego señalar al carruaje.

—Dígale a la Gata, que ya se lo he perdonado —dijo alzando la mano.

Rainer se echó a reír y asintió. Entonces estrechó el brazo con Clay.

—Ve a ver al viejo, le gustará oír las novedades.

El hombre asintió y saludó a su capitán antes de que este subiese al carro y cerrase la portezuela. Cat aprovechó ese momento para inclinarse hacia la puerta y despedirse de ambos.

—Gracias, caballeros —les dijo, obteniendo de ellos sendas inclinaciones de respeto.

—¿Lista? —preguntó Rainer.

Cat volvió a acomodarse en su asiento y respiró profundamente.

—Lista.

## CAPÍTULO 9

Llevaban casi tres horas de viaje, Cat empezaba a resentirse ya del traqueteo a pesar de que se habían detenido durante unos instantes para descansar, el viaje se estaba haciendo demasiado largo y ella estaba cansada.

—¿En qué piensas? —la sorprendió Rainer después de un largo rato de silencio. Cat había estado mirando distraída por la ventana, viendo como las calles daban paso a más calles, antes de salir a un simple y llano camino.

—En todo y en nada —respondió ella dejando la ventana para mirar a Rainer sentado a su lado. Con cansancio dejó caer su cabeza sobre el hombro masculino—. Sólo estoy cansada.

Rainer la abrazó, acomodando la mantita con la que los había tapado a ambos

—Todavía nos falta un buen trecho —aseguró acariciándole distraído el pelo—. Cuando lleguemos, podrás descansar, mientras atenderé algunos asuntos.

Ella ladeó el rostro hacia él.

—¿Asuntos? ¿No acabas de poner un pie en tierra y ya tienes cosas que hacer?

Rainer le acarició la naricita.

—Necesito buscar una bonita y agradable casa para ti —aseguró maravillándose del calor femenino—. ¿Dónde te gustaría? ¿Quieres un pequeño jardín?

Cat no respondió de inmediato, su voz fue un poco más fría cuando le

respondió.

—Entonces, ¿vas a ponerme una casa? —le preguntó acariciando la tela de su falda—. ¿Te vas a quedar conmigo o tendremos que establecer un horario de citas? Discúlpame, pero realmente no sé qué se supone que es lo que tengo que hacer.

—Cat...

—¿Y a dónde vamos ahora? ¿Vas a meter a tu querida en tu casa mientras buscas arreglar tus asuntos? —su voz ya sonaba irónica y molesta.

—Catherine —la hizo callar, tomando su rostro y girándola hacia él—. Eres mi amante, es lo que se estila, nadie se atreverá a meterse contigo o decir algo al respecto.

Ella suspiró y volvió la mirada hacia la puerta.

—No me has respondido, ¿vas a quedarte conmigo?

Rainer sonrió a pesar suyo, al oír el puchero en la voz femenina.

—Pienso estar pegado a ti todo el tiempo que pueda —le aseguró empezando a besarle el cuello—. Pero debes comprender que tengo ciertas responsabilidades, tareas que no puedo eludir, las cosas van a ser distintas de lo que fueron en el Valhala, mi muchacha, pero te prometo que estaré siempre al pendiente de ti. Iremos al teatro, a la ópera... ¿Has estado alguna vez en Vauxhall? Si lo deseas, iremos allí también.

Cat disfrutó de su contacto arqueándose hacia él al tiempo que pensaba en las palabras de Rainer y en el mundo que estaba pensando en mostrarle.

—Sólo dime qué quieres y será tuyo —murmuró bajando al escote de su vestido, besándole el montículo de los pechos.

—¿Una zorra en tu cama y una dama en tu sociedad? —murmuró Cat con un suspiro resignado, entonces se apartó lentamente de él—. Me gustaría saber un poco más sobre el hombre que está frente a mí y menos sobre sus planes para conmigo.

Él sonrió y fue a por sus labios.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó alzándola a su regazo.

Cat suspiró y pensó rápidamente en algo.

—Tu apellido es Solheimsen —dijo ella pronunciándolo con cuidado—. No es inglés.

Rainer asintió.

—Mi padre es Noruego —respondió él abrazándola—. Mi madre inglesa, aunque con un nombre como el de Freija parece ser toda una ironía.

—¿Freija? —preguntó Cat alzando la barbilla hacia él.

—Freija era la diosa escandinava del amor y la belleza —le relató Rainer—. Mi abuela, según me contó mi madre, pues yo no llegué a conocerla, era una enamorada de la mitología nórdica y quiso que su única hija llevase el nombre de la diosa, algo que le dio muchos dolores de cabeza después a mi abuelo, ya que mi madre se fue de viaje y conoció a mi padre.

—Vaya —murmuró Cat cerrando los ojos por el cansancio—. ¿Y dónde están ellos?

Rainer hizo una mueca, mientras acunaba a su mujer en los brazos.

—Según la carta que llegó cuando zarpamos, estarán en Londres a mediados de mes —respondió con un profundo suspiro.

Ella interpretó su suspiro como otra cosa.

—¿No quieres ver a tus padres?

Rainer negó con la cabeza.

—Sí, por supuesto que quiero. Hace casi un año que no veo a mi familia, pero son... bueno... son mis padres.

Cat sonrió ante el tono de fastidio de Rainer.

—En ese caso, será mejor que encuentres esa casita con jardín antes de que lleguen —murmuró con un suspiro.

—¿Ya has decidido que quieres una casa con jardín?

Ella se acurrucó un poco más.

—Con un techo y unas paredes que me cobijen en los días de lluvia, será más que perfecto —murmuró ella, paladeando con somnolencia—. No necesito más.

A Rainer se le encogió el corazón al pensar en el pasado de aquella pequeña muñequita.

—Tendrás más, cariño, mucho más —le prometió dándole un beso en la cabeza.

—¿Rain?

—¿Sí?

—¿Crees que podría llegar a gustarle a tu madre si no fuera... una ladrona?

Rain la abrazó, apretándola contra su pecho. No se le había escapado el cambio de palabras en la última oración.

—Estoy seguro de que le gustarías tal y como eres, mi muchacha —le susurró al oído.

Ella se acurrucó más cómodamente en sus brazos.

—Estoy seguro.

Rainer se acomodó contra el asiento, estirándose para acomodar a la hembra dormida entre sus brazos. Sí, estaba seguro de que a Lady Freija le gustaría Catherine, en el breve tiempo en que llevaban juntos, había descubierto que no había muchas cosas que no le gustaran de ella, podía ser una deslenguada algunas veces, pero su franqueza y sinceridad eran cualidades nada desdeñables en una mujer.

El coche empezó a traquetear por las empedradas calles de la ciudad haciendo que Cat se despertara con un liviano bostezo.

—¿Ya estás despierta, dormilona? —la recibió la voz de Rainer, al cual

estaba utilizando de colchón.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó frotándose los ojos.

—Estamos entrando en Londres —le respondió Rainer haciendo a un lado las cortinillas de las ventanas, la luz del sol ya se había ocultado dando paso a la incipiente noche—. Llegaremos a casa en unos veinte o treinta minutos.

—Bien, si tengo que seguir en este coche un solo minuto más, me tiraré por la ventana —respondió ella desperezándose para luego acercarse a una de las puertas, apartar la cortinilla y asomarse hacia fuera—. No pensé que volvería aquí.

Rainer se inclinó para cogerla y traerla de nuevo al interior, sentándola a su lado.

—No estás volviendo, esta será tu primera visita a la ciudad, Lady Avery.

Cat parpadeó varias veces y luego hizo un mohín.

—¿Eso es lo que seré? La rastrera y deslenguada Lady Catherine Avery, recién salida de las cloacas más infestadas de Covent Garden.

Rainer la miró y entonces reparó por primera vez en algo.

—¿Dónde te habías estado quedando hasta ahora?

Catherine se encogió de hombros y empezó a arreglarse la falda.

—Aquí y allí.

—Catherine...

—Sí, Rain, Covent Garden tiene tan mala fama como parece —le respondió ella mirándole con fijeza—. Toda la chusma de la ciudad está en esos bajos fondos... de los cuales, me has sacado a mí.

Él la miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Me gustaría ver la cara que se le quedaría a algunas de las damas de la alta sociedad si les respondieras eso —aseguró con una cínica sonrisa—. Supongo que deberíamos pensar en alguna alternativa más... adecuada.

—¿No quieres que sepan que soy una ladrona, o tu puta?

—¡Maldición, Catherine! —exclamó ya exasperado—. Si vuelves a hablar así de ti misma, juro por dios que te lavaré la boca con jabón.

Ella arqueó una ceja pero volvió a sentarse y miró por la ventana.

—Mi nueva prisión empieza a hacerse tan asfixiante como la anterior —murmuró para sí, entonces suspiró y se volvió a Rainer—. ¿Qué sugieres? ¿Una afamada actriz? Ellas son conocidas por sus vidas disipadas, ¿una joven viuda? Sí... maté a mi marido de la impresión cuando me vio retozando con el chico de las caballerizas... su pobre corazón no resistió, ya era mayor y estaba senil... oh, espera, mi favorita... una desafortunada institutriz, que fue seducida y abandonada en la miseria.

—Sin duda lo de actriz se te da bien —respondió Rainer negando con la cabeza—. Serás Lady Catherine Avery, una amiga de la familia que se ha quedado viuda y que viene a pasar una temporada a Londres.

—Um... sabía que te gustaría la idea de la viuda —respondió ella con diversión haciendo que Rainer pusiera nuevamente los ojos en blanco—. ¿De qué murió mi supuesto marido? ¿Cuánto hace que soy una desdichada o feliz viuda? ¿Era rico?

Rainer se volvió hacia ella y encontró una divertida y amplia sonrisa estirando sus labios.

—Para poder dar una actuación convincente, deberé conocer mi papel, ¿no?

Suspirando Rainer se puso a contar la historia que debía aprender Cat en el dudoso caso de que alguien le preguntase algo. Como si él fuera a permitir que se acercaran a la muchacha.

Durante el resto del viaje permanecieron en silencio, Cat observando a través de la ventana del carruaje como la noche ya había llegado a la ciudad, y todo lo que se veía eran algunas casas iluminadas y algunos coches cruzándose con ellos mientras se dirigían, según le había explicado Rainer, al

42 St de la Calle St. James en la que tenía su residencia. La muchacha lo había mirado con sorpresa, pues aquella era una de las calles en la que se daba cita toda la alta sociedad Londinense, pero no había dicho nada hasta que el vehículo se detuvo delante de una de las enormes casas que se extendían a un lado de la calle.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Cat mirando con sospecha a Rainer.

—Ya hemos llegado —asintió empezando a levantarse para abrir la portezuela y bajar de coche al mismo tiempo que la puerta principal de la casa se abría y un hombre vestido de mayordomo y un par de lacayos acudía rápidamente a su encuentro.

—Bienvenido a casa, Milord —oyó Cat al tiempo que tomaba la mano que Rainer le ofrecía para apearse del coche.

—Nos alegra tenerle de vuelta en casa, Su Señoría.

Cat se aferró a la mano de Rainer para descender del vehículo, pero su mirada seguía a uno de los lacayos que se dirigía a la parte de atrás a coger el equipaje.

—¿Su señoría? —murmuró Cat volviéndose lentamente hacia Rainer con una mirada interrogante.

El muy desgraciado se limitó a sonreírle y se llevó su mano a los labios para depositar un beso sobre los nudillos cubiertos por sus guantes de cabritilla.

—Hay algunas cosas más de las que tenemos que hablar.

—Rain... —empezó a decir Cat pero él la silenció poniendo un dedo sobre sus labios para luego instarla hacia la casa.

—¿Ha pasado alguna cosa en mi ausencia? —preguntó al mayordomo que ya se apresuraba en precederlos.

—Nada en absoluto, su señoría —aceptó el mayordomo echando furtivas y muy disimuladas miradas a la muchacha—. Sus habitaciones están



preparadas tal y como lo solicitó. El salón amarillo ha sido preparado según vuestras instrucciones, milord.

—Gracias, Grayson —asintió y se detuvo ante la puerta para acabar con la curiosidad del hombre—. Madame es Catherine Avery, una buena amiga de la familia. Se quedará con nosotros unos días.

—Sí, señor —asintió el hombre con una reverencia antes de hacer lo mismo hacia la mujer—. Bienvenida a Londres, madame.

Cat estaba demasiado sorprendida para responder, sin añadir el hecho de que Rainer la empujó suavemente a través de la puerta.

—Madame está agotada después de un largo viaje, que dispongan el baño.

—Ahora mismo, milord.

La casa la dejó sin habla, el lujo y el poder del dinero hablaba por sí solo, el recibidor era una pequeña sala que comunicaba a una más amplia que daba al salón, la biblioteca y despacho del Señor de la Casa, y al frente, una nueva puerta que llevaba a las dependencias de los criados al lado de la cual había una amplia escalinata alfombrada que llevaba al piso superior. Cat contempló el lugar azorada, permitiendo que la mano que Rainer mantenía en sus hombros la guiara.

Una mujer vestida con una blusa y falda en color gris oscuro, cubierta por un delantal emergió desde la zona de los criados, su pelo pulcramente recogido en un moño era grisáceo oscuro, y en su rostro se podían ver algunas arrugas, a pesar de su aspecto serio y recto, sus ojos se dulcificaron en cuanto se posaron en Rainer.

—Bienvenido a casa, su señoría —lo recibió la mujer contemplando a la pareja.

—Señora Winney, me alegra estar de vuelta —aseguró Rainer y se separó un poco de Cat para presentársela—. Querida, ella es la Señora Winney, es mi ama de llaves y la que gestiona todo el servicio de la casa.

Cat tragó saliva, ella no era una persona callada, pero todo aquello la estaba superando. ¿Su señoría? ¿Qué diablos estaba pasando allí? La mujer sonrió a la muchacha y le dedicó una ligera inclinación de la cabeza.

—Bienvenida, Madame Avery—respondió la mujer utilizando su apellido. Cat correspondió al saludo con un ligero gracias.

—¿Deseáis un refrigerio, milord? —Insistió la buena mujer—. No sabíamos a qué hora llegaríais, pero puedo calentaros alguna cosa.

—No se moleste, Señora Winney —negó Rainer e indicó con un gesto de la barbilla hacia el lugar donde había venido la mujer—. Sólo lleve algunos platos fríos al salón amarillo, cenaremos allí. Después, usted y Grayson pueden retirarse.

—Como guste, milord —aceptó la mujer cumpliendo al mandado.

Rainer se volvió entonces hacia Cat.

—¿Un jerez, mi querida? —sugirió Rainer con una diabólica sonrisa.

—¿Quién diablos es usted, su maldita señoría? —murmuró ella entre dientes, mirando a Rainer como si fuese un completo extraño.

—Acompáñame a la biblioteca y te lo explicaré —le respondió mostrándole el camino.

Cat apretó con fuerza los labios, sus ojos no se apartaban del hombre.

—No me gustan esta clase de juegos —respondió ella siguiéndole—. Yo he sido honesta contigo, espero al menos lo mismo de tu parte, no... mentiras.

Rainer abrió la puerta y la dejó pasar.

—Nunca te he mentado, mi muchacha —respondió él indicándole un cómodo sofá antes de dirigirse a una mesilla y servir una copa de jerez para ella.

Cat jadeó y señaló toda la habitación.

—¿Y cómo llamarías a esto, su maldita señoría?

Rainer le tendió la copa y se sirvió una de whisky para sí.

—Ser precavido —contestó él con un ligero encogimiento de hombros.

Cat tomó la copa de sus dedos y lo fulminó con la mirada.

—¿Quién eres realmente, Rainer?

—Rainer Brightmore Solheimsen, Décimo Conde de Kenway a vuestros pies, madame —respondió haciendo una parodia de reverencia.

Cat se lo quedó mirando durante un instante, incrédula, entonces se bebió el jerez de un trago, haciendo que el licor le bajase como una llamarada por la garganta trayendo lágrimas a sus ojos.

—Tú... un... un maldito conde —murmuró con una nada divertida risa—. Un aristócrata... Necesito otra copa —respondió ella levantándose para dejar la copa sobre la mesilla de cristal y arrebatarse a Rainer su vaso de las manos.

—Cariño eso no es...

Cat le dio un profundo trago antes de abrir desmesuradamente los ojos y jadear llevándose la mano a la garganta mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas. Rainer suspiró y sirvió un vaso de agua que le tendió a la muchacha.

—Era whisky —concluyó Rainer ayudándola a beber para luego quitarle el vaso y conducirla de nuevo al sofá y limpiarle las lágrimas que mojaban sus mejillas—. Respira, eso es.

—Arde —consiguió murmurar a través de su quemada garganta. Entonces sacudió la cabeza y se alejó de su contacto para enfrentarlo—. ¿Por qué no me lo dijiste desde un principio?

—¿Qué importancia tiene? Sigo siendo el mismo hombre que en el Valhala.

Cat se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Oh, sí importa —aseguró con vehemencia—. Eres... ¡Eres un maldito lord!

—Te lo repito, tesoro, sigo siendo yo.

—No —negó ella con vehemencia.

Aquello no podía estar pasándole a ella, por si no era suficiente el haberse convertido en su amante, ahora resulta que no era la querida de un simple comerciante, el señor era un conde.

—Pequeña...

Ella lo miró con renovado enfado, Rainer conocía esa luz en sus ojos, la muchacha estaba enfadada, muy enfadada.

—Eres igual de despreciable que todo tu gremio —masculló ella entre dientes—. Os creéis que por tener dinero, por tener un título podéis abusar de todo el mundo a vuestro placer. No eres más que un cerdo mentiroso.

—Catherine, ya basta —la previno Rainer.

Ella alzó la barbilla.

—Quiero irme —respondió ella manteniéndose totalmente erguida y digna.

Rainer arqueó una ceja.

—¿Irte a donde?

—A cualquier sitio lejos de ti y tus malditas mañas.

Rainer puso los ojos en blanco y se levantó.

—Te han preparado un baño, podrás quitarte el polvo del camino y ponerte cómoda, después, cenaremos —le dijo ignorando completamente su respuesta y dirigiéndose a la puerta donde la esperó.

Ella se erizó como un puerco espín, pegó una patadita al suelo y apretó los pequeños puños a ambos lados, para finalmente caminar hacia él.

—No te saldrás con la tuya, Rain, esta vez no —respondió sacudiendo la falda al pasar frente a él para salir de la biblioteca.

Rainer suspiró y alzó la mirada al cielo.

—Ya decía yo que era mucho pedir un poco de paz —murmuró para sí mientras enfilaba tras Cat.

La muchacha esperaba en el recibidor, contemplando curiosa todo a su alrededor, ni siquiera el repentino enfado podía hacer nada para sobrepasar su curiosidad natural, tocando suavemente su codo para llamar su atención, se inclinó ligeramente a modo de reverencia y le indicó con un gesto de la mano la escalera a su derecha.

—¿Desea que le muestre sus habitaciones, madame? —le dijo, imitando al más servil de los siervos.

—Pediría que me mostrase la puerta si no supiese ya donde está —respondió ella entre dientes.

Rainer se obligó a ser paciente, tomó una de las lámparas de aceite colocada junto a la escalera y con la otra mano la cogió por el codo, guiándola hacia la escalera alfombrada que daba paso al piso superior.

Las paredes estaban empapeladas con un suave tono crema con rayas en un tono café más oscuro sobre las cuales bailaban las sombras creadas por la luz de la lámpara, debido a la avanzada hora de la noche, la mayoría de las lámparas de la casa estaban apagadas, quedando solo aquellas necesarias para que pudieran encontrar el camino hacia sus habitaciones. Rainer la condujo hacia el piso superior donde un largo y ancho corredor se extendía hacia la izquierda flanqueado a ambos lados por puertas. Las paredes, con un papel igual al de la planta baja, estaban cubiertas por pinturas y óleos, así como algún pequeño mueble y tapizadas sillas, la calidad de las mismas hacía que Cat entrelazase los dedos frente a ella para evitar tocar nada por miedo a ensuciar o romper alguna cosa.

—Estas serán tus habitaciones —Raine interrumpió su rápido estudio del pasillo al detenerse frente a una puerta de madera lacada, la cual abrió sin más ceremonias—. Tiene un pequeño salón, cenaremos allí. Mi dormitorio está justo al final del pasillo.

Cat miró hacia donde él había señalado para finalmente atravesar la puerta

que había abierto para encontrarse en un pequeño y acogedor recibidor. Las paredes estaban empapeladas con un exquisito papel de franjas blancas y amarillas, los muebles eran de color blanco, con aplicaciones doradas, y las alfombras que cubrían el suelo, con bonitos e intrincados mosaicos florales en tonos marrones, ocres y blancos no hacía sino aumentar la sensación de bienestar que ofrecía el recibidor. Más allá, la habitación se abría en una amplia estancia con muebles del mismo color y acabado, un par de lámparas de aceite estaban anchadas a las paredes, derramando su luz sobre la habitación, iluminándola, y en una esquina, semiculto por un biombo con motivos orientales, había una enorme tina de agua humeante. Su mirada recorrió cada centímetro de la acogedora estancia, pasando sobre la enorme cama con un cobertor amarillo claro sobre el que descansaban dos enormes paquetes. Cat frunció el ceño y miró a Rainer con un gesto de pregunta.

—Ahora que estás en la ciudad, necesitarás más de un vestido —respondió él acercándose a ella desde atrás, apartándole el pelo y besándole la nuca—. Yo, personalmente te prefiero desnuda, pero temo que los sirvientes se escandalizarían.

Ella se estremeció ante su contacto, disfrutando del placer prohibido que había descubierto en sus brazos y que siempre se encendía cuando se rozaban.

—¿Te gusta la habitación? —ronroneó a su oído.

—Es hermosa —respondió ella estremeciéndose bajo su contacto—. Nunca había visto nada igual —su mirada fue entonces sobre los dos paquetes—. ¿Qué es?

—Son sólo unas cuantas chucherías —le susurró al oído, mientras le lamía el lóbulo de la oreja—, mañana nos encargaremos de hacerte todo un guardarropa para que luzcas en todo tu esplendor y opaques a todas las estúpidas hembras de Londres.

Ella gimió ante el tirón que él ejerció en su lóbulo, ya podía notar la humedad descendiendo entre sus piernas.

—Todavía no te he perdonado que me hayas ocultado esto —respondió ella separándose de él con dificultad.

Rainer le dio la vuelta y bajó las manos por sus hombros, acariciándole por encima del vestido.

—Había un buen motivo para hacerlo, mi muchacha —le confesó Rainer atrayendo la mirada femenina.

Ella lo miró.

—¿Qué motivo?

Rainer le acarició el rostro.

—Uno impuesto por el propio rey.

Cat se quedó callada durante un instante, lo que vio en los ojos de Rainer decía claramente que no preguntase nada más, pero le creyó.

—No vuelvas a hacerlo... por favor.

Rainer la alzó en sus brazos y capturó su boca para besarla antes de dejarla nuevamente en el suelo y mirar hacia la bañera con dobles intenciones.

—¿Necesitas ayuda para tu baño?

Cat se separó unos pasos y se apartó el pelo sobre un hombro dejándole a la vista los botones del vestido.

—Quizás necesite de tus dotes de doncella.

Sonriendo triunfante, Rainer se acercó a ella y empezó a desnudarla. La asistiría en su baño, y después, oh, después sería toda suya.

## CAPÍTULO 10

La doncella abrió las cortinas del amplio dormitorio permitiendo que la luz inundara la habitación, Cat frunció el ceño y empezó a farfullar cuando la claridad de día de lleno, su primera idea fue deslizarse nuevamente bajo las sábanas hasta que le cubrieran la cabeza, pero el sonido de alguien moviéndose por la habitación la hizo desistir. Se revolvió y desperezó bajo las sábanas, había estado tan cansada anoche, que después de una agradable sesión amorosa entre el baño y la cena, había caído rendida en la cama. Rainer se había quedado con ella durante unos momentos, pero le había advertido así mismo que las cosas en la casa serían distintas, ella tendría una habitación para sí misma, y él la visitaría, pero se iría antes del alba, siempre sería así. Ella nunca sería más para él que una amante. ¿Por qué le molestaba tanto aquella idea?

Cat sacó la cabeza por encima de la sábana y se encontró con una joven muchacha que no creía tuviese más de catorce o quince años, llevaba un vestido negro por debajo de un delantal blanco a juego con la cofia. La muchacha esbozaba una enorme sonrisa mientras se movía por la habitación con unas toallas en los brazos antes de descubrirse observada y detenerse a los pies de la cama de Cat con una leve reverencia. Su pelo del color de la paja estaba recogido en una trenza que caía hasta mitad de su espalda, y sus ojos eran de un castaño tan oscuro que parecían negros. Unas pequeñas pecas manchaban la nariz y mejillas de la muchacha.

—Buenos días, madame —la saludó la joven doncella—. Soy Milly,



vuestra doncella. Su señoría ha ordenado que la atienda en lo que se os ofrezca. ¿Desea que la ayude a vestirse para bajar a desayunar?

Cat estaba un poco perdida. Rainer le había enviado una doncella, a ella. Lo irónico de la situación le daba ganas de reír.

—Toda su ropa ha sido acomodada en el vestidor —continuó la muchacha, que parecía ser propensa al parloteo mientras se acercaba a la cama y tomaba la bata para acercarse con ella sobre un brazo a Cat—. Milord nos ha puesto al tanto de su situación. ¡Un asalto nada más y nada menos! Dios mío, ha tenido que ser una experiencia horrible.

—¿Un asalto? —preguntó Cat abriendo mucho los ojos.

—Sí, madame —respondió la muchacha con total convencimiento—. Milord dijo que aquellos desalmados habían asaltado el coche y se habían llevado consigo vuestras pertenencias y que había sido un completo milagro que a vos no os hubiese sucedido nada.

—Mis pertenencias —respondió la muchacha incorporándose en la cama con un gesto irónico—. Sí... así fue.

Tal parecía que el conde no quería dejar nada al descuido, buscando una oportuna excusa que explicase porque ella venía prácticamente con lo puesto, pensó Cat con ironía. Por supuesto, no iba a anunciar que la había rescatado de las calles para convertirla en su amante a cambio de no enviarla a prisión, de donde había huido a duras penas.

Cat echó las mantas a un lado y se deslizó hacia uno de los lados de la cama, donde ya la esperaba la muchacha extendiendo la bata, al parecer dispuesta a ayudarla a ponérsela.

—¿Qué hora es? —preguntó frotándose los ojos. Por la luz que entraba por la ventana, sabía que debía ser bastante tarde ya.

—Un poco más de las doce —respondió la doncella ayudándole a ponerse la bata cuando Cat se levantó. Su destreza hablaba por si sola de su

experiencia, lo cual hacía que Cat se preguntase desde cuando estaría aquella niña ejerciendo un trabajo como aquel—. El señor conde insistió en que no la despertásemos antes de las doce, han llegado bastante tarde anoche y el viaje ha debido ser agotador.

Cat se preguntó, y no por primera vez, si la muchacha tendría botón de apagado.

—Sí —murmuró bostezando mientras se dejaba conducir por la muchacha hacia el tocador, donde cogió la jarra de porcelana y vertió un poco de agua en una palangana. Cat se lavó el rostro, despejándose con aquella agua fría y se secó con el paño que le tendió la muchacha—. ¿Rainer... ah... su señoría ya se ha levantado?

La muchacha recogió el paño de su señora y lo dejó junto a la palangana para conducirla al tocador, donde Cat tomó asiento, sin dejar de mirar a la muchacha. Todas aquellas atenciones le eran extrañas, en el barco había sido ella la que se había ocupado de todas sus cosas.

—Oh, sí, madame —aseguró la muchacha con efusividad mientras caminaba hacia el tocador—. Milord se ha levantado temprano esta mañana, ha regresado hace unas horas con Lord Lambrick y se han ido directamente a la biblioteca.

Cat asintió volviéndose a mirar su rostro en el espejo del tocador, sorprendiéndose de las profundas y oscuras ojeras que tenía bajo los ojos. No era de extrañar que Rainer les hubiese dicho que la dejaran descansar, tenía un aspecto horrible, su pelo era una verdadera maraña de bucles desperdigados, el gorro de dormir debía habersele escurrido en algún momento de la noche.

Suspirando, Cat echó un vistazo a todos los frascos y potingues que había sobre el tocador, así como al peine de marfil y plata que descansaba a un lado. Cat acarició su textura con las yemas de los dedos, solo aquel peine

podría darle de comer durante todo un mes o más aún.

—Milord quería también que se os comunicase que vendrá Madame Michaels a tomaros las medidas para vuestro nuevo guardarropa —explicó la muchacha saliendo del vestidor con un par de vestidos que Cat no había visto nunca antes, uno en tono melocotón y el otro azul con bordados dorados que se dispuso a estirar sobre la cama—. Madame es la mejor costurera de Londres, sus modelos son absolutamente exclusivos.

Cat empezaba a tener dificultades para seguir el ritmo de la muchacha, su cerebro parecía incapaz de seguir el ritmo.

—¿Cuál desea ponerse? —le dijo la muchacha terminando de alisar los vestidos—. El día está bastante frío.

Cat se incorporó y se acercó a la cama para contemplar los exquisitos vestidos, las telas eran suaves al tacto y los colores combinaban perfectamente, jamás había tenido nada tan hermoso. Rainer le había dicho la noche anterior que le había comprado más chucherías, pero apenas había tenido tiempo de hacerlas a un lado antes de que caer sobre la cama, con su agradable peso masculino cubriéndola. Cat sonrió a pesar de todo, solo alguien de la posición de él podría considerar un vestido como aquel una chuchería.

—¿Madame, os sentís bien? —preguntó la doncella con voz preocupada.

Cat se volvió hacia la chica, y se sorprendió al notar la humedad sobre sus mejillas y los ojos vidriosos. Sorbiendo por la nariz se limpió inmediatamente las lágrimas y se mordió el labio inferior, se estaba comportando como una tonta.

—Sí, no es nada —respondió ella enderezándose—. El amarillo será perfecto.

—Sí, madame —respondió la muchacha, pero Cat pudo ver en su rostro que no la creía. La muchacha volvió al vestidor y empezó a sacar el resto de

las prendas interiores mientras Catherine acariciaba y miraba con una adorable sonrisa la ropa.

Milly resultó ser una compañía bastante agradable, la parlanchina muchacha había ayudado a Cat a vestirse, y después la había aplicado un ungüento sobre las bolsas de los ojos mientras peinaba la larga melena azabache de la chica y admiraba su textura antes de recogerla en una larga trenza en la que insertó algunas cintas y pequeñas florecillas de tela amarilla que hacían juego con el vestido. La doncella no había dudado en parlotear sobre el personal de la casa cuando Cat se lo preguntó, informándole que además del mayordomo y la ama de llaves que había conocido el día anterior, había dos doncellas además de la propia Milly, la cocinera y dos muchachos que se encargaban del pequeño jardín que había en la parte de atrás de la casa.

—¿Hay un jardín en la casa? —preguntó Cat mirando a Milly a través del espejo.

—Sí, madame —asintió la muchacha mientras terminaba de arreglar el pelo de Cat—. Está en la parte de atrás. A lady Freija, la madre de milord, le encantan las flores, ella fue la que se encargó.

Cat sabía, porque se lo había dicho Rainer, que su madre era una dama inglesa que se había casado con un Noruego y solían venir una o dos veces al año a verle en caso de que Rainer no fuera allá el mismo.

—Ya está —concluyó Milly con una satisfecha sonrisa—. Se usted hermosa.

Cat alzó la mirada hacia el espejo y se contempló durante unos momentos. La mujer que veía era una dama, hermosa y engalanada con las mejores telas, pero ella sabía que más allá de aquella fachada, no era más que una niña asustada, una pequeña ladrona.

—Gracias, Milly —le dijo Cat sonriéndole para sorpresa de la muchacha

que le correspondió con una genuina sonrisa y una reverencia.

—Estoy para servirlos, madame.

Cat se levantó y echó un último vistazo a su alrededor antes de dirigirse hacia la puerta, entonces se detuvo y dudó.

—Dijiste que Rain... milord... estaba en la biblioteca, ¿no es así? —preguntó con suavidad.

—Sí, madame —respondió la muchacha con una tierna sonrisa.

Cat asintió y salió por la puerta.

Anoche habían llegado tan tarde que apenas había podido ver nada más allá de la biblioteca y sus propias habitaciones, sabía por las instrucciones de Rainer, que sus habitaciones estaban al final del pasillo, y que el comedor lo encontraría en la planta baja, junto a la biblioteca.

Recogiéndose la falda del vestido empezó a bajar por la alfombrada escalera, sus pequeños pies enfundados en los botines de color crema que le había comprado Rainer asomaban con cada paso, haciendo que ella sonriera al contemplar los delicados zapatos, recordando otros tiempos en los que su calzado había consistido en zapatos agujereados o un par de números más grandes o más pequeños, aquellos en cambio, eran perfectos. Sonriendo bajó trotando los últimos peldaños y enfiló en dirección al comedor, estaba a punto de alcanzar la puerta cuando escuchó voces desde la biblioteca y casi al instante apareció Grayson llevando una bandeja en una de sus manos. El mayordomo se detuvo dedicándole una ligera inclinación de cabeza al verla.

—Buenos días, madame —la saludó con esa voz profunda de anoche antes de reanudar su camino hacia la biblioteca.

—Buenos días, señor Greyson —murmuró ella en respuesta siguiendo al hombre con la mirada cuando este llamó con los nudillos a la puerta y se oyó una invitación desde el interior.

Cuando la puerta se abrió, Cat escuchó con más claridad la voz de su

amante, quien parecía estar discutiendo algún asunto que lo incomodaba a juzgar por el tono en su voz.

—Es que no puedo creerlo —decía Rainer en tono exaltado—. ¿Qué diablos hacen en Kenway Hall? Se supone que no llegarían hasta mediados de la semana que viene.

—Bueno, obviamente se adelantaron. Alégrate de ello, mientras el viejo conde los entretenga, tendrás tiempo para buscar un lugar en el que depositar a tu palomita.

—Demonios... y tiene que ser justamente ahora —farfulló Rainer con fastidio mirando como el mayordomo dejaba la bandeja sobre la mesa y les servía a ambos una taza de café—. ¿Sabe si la Madame Avery se ha levantado ya, Greyson?

El mayordomo se incorporó para responder, cuando Cat abrió la puerta de la biblioteca eligiendo ese momento para hacer su entrada.

—Buenos días —saludó ella manteniéndose a escasos pasos de la puerta, su mirada fue directa a Rainer, aunque se tomó un instante para echarle un vistazo a aquel hombre, si su memoria no la traicionaba, aquel era el mismo que había conocido en el puerto, el mismo que había dicho que tenía piojos. Al menos ahora tuvo la satisfacción de ver como el hombre la miraba durante un instante con ojos entrecerrados, hasta que por fin pareció darse cuenta de quién era ella, lo cual la dejó sin palabras.

Rainer se había quedado callado también, mirándola, pero por una cuestión totalmente distinta. Su mirada la recorrió apreciativamente sin pudor, deteniéndose sobre su escote, había descubierto que la pequeña ratera debajo de toda aquella mugre que la había envuelto, era una beldad, pero verla vestida como una dama, lo dejaba sin aliento. Había algo en ella, en su porte regio que hablaba por si sólo de su cuna, ella no era lo que parecía ser y aquello lo intrigaba.

—Buenos días, querida —le dio la bienvenida adelantándose para tomar su mano y llevarse los nudillos a los labios, sin dejar de mirarla a los ojos al tiempo que le susurraba solo para sus oídos—. Estás endiabladamente hermosa, Gata.

Cat se sonrojó atractivamente un instante antes de alzar la mirada hacia el otro hombre y volverse a Rainer.

—Espero no haber interrumpido algo importante —respondió ella con suavidad, controlando su tono y recurriendo a unos modales que no había utilizado desde que había abandonado el hospicio.

Rainer negó con la cabeza.

—Mi familia ha adelantado unos días su visita —le respondió conduciéndola del brazo hacia donde estaba su compañero—. Ahora mismo están en la casa de campo de Yorkshire, visitando a mi abuelo.

La noticia la cogió tan de sorpresa como a él.

—¿Quieres decir?

Rainer asintió y le besó nuevamente los nudillos. Parecía incapaz de dejar de tocarla. Entonces, como si recordase la presencia de Noah, se volvió a su amante y los presentó.

—Catherine, permíteme presentarte a Lord Lambrick Duque de Ellwood —le dijo volviéndose a Noah, quien parecía haber palidecido en unos pocos segundos. La mirada que le dedicó a Rainer, hizo que el conde se riera en voz baja—. Noah, ella es Madame Catherine Avery, una buena amiga de la familia.

La muchacha los sorprendió a ambos ejecutando una ligera reverencia antes de responder.

—Su gracia —murmuró ella tendiéndole la mano, como correspondía a una dama.

—Madame Avery—tomó su mano y se la llevó a los labios para luego dar

un paso atrás y contemplar a la pareja, en sus ojos había una obvia pregunta.

—¿Desean sus señorías alguna cosa más?

La voz del mayordomo los hizo volverse hacia él. El hombre permanecía erguido, totalmente digno y ajeno a las cosas de los señores.

Rainer miró a Catherine.

—¿Has desayunado ya?

Ella negó con la cabeza.

—Prepare un servicio para madame, Greyson —pidió Rainer.

—Enseguida, milord —respondió el mayordomo con una reverencia antes de marcharse por donde había venido.

Los tres siguieron con la mirada al hombre hasta que este cerró las puertas de la biblioteca, entonces empezaron a mirarse entre ellos. El primero en romper el silencio fue Noah.

—Vaya —fue todo lo que pudo decir.

—Tú siempre tan elocuente, amigo mío —se rió Rainer atrayendo a Cat a su costado para darle un beso en la sien—. Te dije que era una joya.

—Ciertamente —aceptó Noah todavía en shock. Aquella apetitosa dama que se alzaba con digno porte ante él, no era ni más ni menos que la muchacha pordiosera que había visto en el puerto. El cambio era... increíble—. Espero que su estancia en Londres le resulte más agradable... esta vez.

Cat alzó la barbilla y sonrió recatadamente antes de responder de manera contundente.

—Yo que usted, tendría cuidado... quizás aún conserve algún piojo —le respondió ella antes de hacerle una reverencia a modo de mofa y soltarse del brazo de Rainer con suavidad y dirigirse contoneándose hacia la puerta, por donde salió muy erguida.

—Bien hecho, Noah —le respondió Rain con absoluta ironía—. Muy bien hecho.



Rainer suspiró y se volvió en la dirección en que había salido la muchacha.

—Deberías haberme dicho quién era ella —se defendió Noah—. Es... como... ¿Cómo puede ser la misma?

—Interesante pregunta —aceptó Rainer señalándole la puerta—. Vamos, tendrás tu oportunidad para disculparte e intentar congraciarte con ella. Catherine puede ser un poco... difícil algunas veces.

—¿Difícil? —se rió el hombre acompañando a Rainer—. El brillo que había en sus ojos ciertamente no era sólo difícil... asesino, tal vez. Pero no difícil.

Cat examinó cuidadosamente el pequeño comedor decorado en unos agradables tonos sepia y suaves verdes que daban un aspecto luminoso y acogedor a la habitación, dos amplios ventanales daban al jardín del que le hablaba Milly, una pequeña parcela de tierra que en aquella época del año estaba solo cubierta por plantas y flores invernales. La mesa de madera maciza era lo suficientemente grande para alojar a unos diez o doce comensales a juzgar por la cantidad de sillas que la rodeaban, un pequeño buffet había sido colocado sobre el aparador mientras Grayson, el mayordomo, supervisaba el trabajo de una doncella morena que Cat no había visto hasta entonces, la cual estaba colocando los cubiertos en la mesa.

Curiosa, se acercó al aparador donde encontró una selecta variedad de platillos, Cat se llevó la mano al estómago, la boca haciéndosele agua.

—Madame, si gusta tomar asiento —la instó el mayordomo.

Ella se volvió hacia el hombre que había retirado la silla y permanecía de pie a un lado junto a la doncella, que lanzaba miradas disimuladas a Cat.

La muchacha tomó asiento y contempló el servicio dispuesto ante ella con cierta reserva, la vajilla era exquisita, y los cubiertos brillaban hasta tal punto

que casi podía verse reflejada en ellos.

—Gracias, Grayson. Marie —entró Rainer en ese momento, impartiendo órdenes—. Eso es todo.

Acostumbrados a las órdenes de su amo, los sirvientes no dijeron nada y se excusaron discretamente.

Cat suspiró y se llevó una mano a la cara, como si quisiera expresar su incomodidad, entonces se volvió cuando Rainer se paró a su lado, su amigo no estaba muy lejos de la puerta.

—Creía haber entendido que ya había desayunado, milord —respondió ella con un profunda ironía matizando su voz.

—Entierra el hacha de guerra, querida —fue la respuesta de Rainer que se acercó al mostrador y sirvió una selección en un plato que después puso ante Cat—. ¿Es necesario que peleemos por algo tan nimio?

Ella se volvió hacia él, su mirada decía a las claras lo que pensaba sobre su «nimia» discusión.

—Yo no lo llamaría precisamente así, Rain —murmuró ella en voz baja, su mirada desviándose hacia el hombre que estaba todavía junto a la puerta.

Noah carraspeó y se acercó a ellos.

—Me corresponde a mí pedir excusas, madame —aseguró el duque parándose al lado de ellos dos—. No debe culpar a su... anfitrión, de mi poco acertado comentario. Le ruego acepte mis más sinceras disculpas.

Ella ni siquiera le miró, pero musitó.

—Acepto sus disculpas, milord.

Noah miró a Rainer quien se limitó a poner los ojos en blanco, indicándole a su amigo que lo dejase estar, que antes o después se le pasaría.

—Me honra con su amabilidad —respondió Noah con voz firme y llana.

—Bueno, bueno —se inmiscuyó Rainer girando el plato ante ella—. No queremos interrumpir tu desayuno, así que, come.

Cat mantenía la vista fija en el plato y musitó.

—Creo que he perdido el apetito.

—Lo recuperarás —le respondió Rainer tomando asiento a su lado—. Lamento tener que dejarte sola durante el día, pero necesito agilizar los trámites ahora que ha surgido este inesperado imprevisto.

Ella alzó la mirada, ahora sí realmente preocupada.

—¿Vas a marcharte?

Rainer sonrió ante la cara de susto que puso la muchacha.

—Estaré de vuelta para la cena, si no antes —le aseguró tomando su mano por encima de la mesa—. Mientras podrás ver la casa, leer en la biblioteca, descansar... lo que desees. He enviado llamar a una costurera, podrás ponerte de acuerdo con ella para que te haga el nuevo guardarropa.

Cat vaciló y echó un breve vistazo a Noah, quien sonrió y se excusó inmediatamente.

—Rain, te esperaré fuera —le dijo a su amigo, y se inclinó hacia la muchacha—. Madame, nuevamente le agradezco su amabilidad. Con permiso.

Cat asintió a modo de despedida y esperó a que el hombre abandonase el comedor antes de volverse a Rainer.

—No quiero quedarme aquí sola —negó con la cabeza—. ¿Y cómo quieres que me haga con un guardarropa? No he tenido más de un maldito vestido en toda mi vida, Rain.

Él le acarició el rostro con ternura y la besó en la frente.

—Por eso mismo vas a pedirle que te haga todos los trajes que necesites, incluido alguno para la noche —le dijo besándola en los labios—. Vamos, cariño, las mujeres sois unas maestras a la hora de gastar el dinero de los hombres.

Cat bufó ante aquella absurda aseveración.

—Te arriesgas a que dilapide alegremente tu fortuna —le soltó a modo de venganza.

Rainer se echó a reír.

—Lo que sea —respondió él y bajó la mirada hacia su escote, que dejaba aquellas dos joyas a la vista para luego recorrerla por entero—. Estás hermosa, tesoro, increíblemente hermosa.

Ella se sonrojó de deleite.

—Gracias por los nuevos vestidos —aceptó entonces acariciándose el canesú, haciendo que la mirada de él fuera directa allí—. ¿Lo ves? Incluso a ti se te da mejor el elegir la ropa.

Rainer se echó a reír ante eso.

—Sólo asegúrate de decirle a la modista que realce tus atributos y yo moriré feliz.

Dicho esto la atrapó con un húmedo beso antes de separarse de ella.

—Volveré lo antes posible —le prometió acariciándole los labios—. Si necesitas alguna cosa, Grayson hará lo que le pidas.

Ella asintió, entonces lo miró.

—¿Rain?

—¿Sí, cariño?

—Nada —negó ella se volvió hacia su plato—. Será mejor que desayune.

Rainer la besó por última vez y se levantó.

—Sé buena.

Cat sonrió con ironía ante ello cuando lo vio caminar con decisión hacia la puerta, suspirando, se concentró en dar cuenta de su primer desayuno en Londres.

Rainer prefería con mucho haberse quedado en la casa con Cat, compartiendo con ella su tiempo, enseñándole todas las ventajas que

encontraría a su lado, pero los acontecimientos de aquella mañana lo habían precipitado. Su familia, en cuya carta decían que llegarían a mediados de mes, llevaban más de una semana en el campo, visitando a su abuelo y según la misiva que había recibido aquella mañana Rain, pensaban plantarse en Londres en unos dos días, tiempo escaso para dar con una maldita casa en la que poder alojar a su pequeña gata. Soltando una ahogada maldición, echó un nuevo vistazo a la discreta y elegante casa que tiempo atrás había adquirido para su antigua amante, Elisabeth se había contentado con una pequeña casa en la calle Westminster, en los que se habían dado cita para sus interludios. Aquella mujer había sido además de su amante, una buena amiga, quizás incluso había sido demasiado descuidado al permitir que la mujer malinterpretase su interés en ella, haciéndola creer que podría haber algo más entre ellos que una aventura. Rainer había pensado que aquello habría quedado claro desde el principio, pero las cosas habían cambiado cuando Lizzy había conocido a su familia en uno de sus muchos paseos por el parque, sus suaves modales y natural encanto habían conquistado a su desconfiada hermana Brianna, y a su propia madre, a las mujeres de su familia, parecía traerles sin cuidado que fuera su amante si con ello él era feliz. Solo su abuelo, el anterior Conde de Kenway, parecía tener algo que decir con respecto a esa mujer, el viejo nunca se había opuesto a los amoríos e incluso a echar una cana al aire, pero le había dicho en innumerables ocasiones a Rainer, que mantuviese a sus amantes en el lugar de sus amantes, y no en el de su futura esposa. Sin duda, las palabras de un hombre sabio, teniendo en cuenta que el conde mismo había sido un auténtico libertino y un granuja en sus tiempos, hasta que conoció a su abuela, y le fue fiel incluso después de su muerte.

Respirando profundamente, enfiló el tramo que llevaba a la puerta principal y llamó a la campana, a aquellas horas, el servicio ya debía estar

trotando por la casa. La puerta se abrió para mostrar al anciano mayordomo de Elisabeth.

—Buenos días, milord —lo saludó el anciano con una amplia sonrisa al ver al hombre.

—Buenos días, Alfred —correspondió Rainer y entró directamente, como era su costumbre al tiempo que se quitaba los guantes y el sombrero, pero en vez de dárselos al mayordomo como era su costumbre, se quedó con ellos—. ¿Madame está en la casa?

—Sí, milord —aseguró el hombre un tanto sorprendido por la actitud del hombre—. La señora Ashwin está en la biblioteca, milord. ¿Desea que lo anuncie?

—No —negó Rainer apretando el hombro del hombre con amabilidad—. Yo mismo lo haré, Alfred. Puede retirarse.

—Muy bien, milord —aceptó el hombre con una reverencia antes de marcharse.

Rainer contempló al hombre desaparecer por el pasillo que llevaba a la cocina y se volvió hacia la biblioteca, situada en el otro lado de la primera planta. La puerta estaba entreabierta y pudo oír la delicada y dulce voz de Elisabeth recitando unas líneas de algún poema en voz alta, llamando discretamente con los nudillos, empujó levemente la puerta captando la atención de la mujer que permanecía sentada en un amplio sofá, su pequeña figura estaba iluminada por la luz de sol que entraba por una de las ventanas. Sus ojos azul cielo se abrieron desmesuradamente cuando reconoció al hombre parado en la puerta y se levantó con estudiada lentitud para hacerle una reverencia, esperando que fuese él quien caminara hacia ella. Hasta ahora, Rainer no se había parado a pensar en aquel gesto, ella siempre le hacía dar el primer paso.

—Bienvenido a casa, milord —dijo ella con su voz suave y cadenciosa, al

tiempo que le tendía la mano para que se la besara.

Rainer dejó el umbral de la puerta y caminó directamente hacia ella, tomó su mano y le besó los nudillos.

—Miladi —le correspondió al saludo.

La mujer dejó caer un estudiado movimiento de pestañas y se acercó a Rainer, su mano acariciando lentamente su pecho.

—¿Debo suponer por vuestro atuendo, que no piensas quedaros? —preguntó ella al ver que él todavía sostenía los guantes y su sombrero y llevaba la capa puesta.

Rainer se endureció y se preparó para el infierno que estaba a punto de desatar, y rogó en voz baja que la mujer que había sido su amante durante casi dos años, no formase una escena.

—En realidad, sólo vengo para hablar contigo —le respondió con sencillez.

Si se sorprendió, ella no dijo nada. Alzando una de sus suaves y cuidadas manos, lo invitó a tomar asiento en el sofá.

—Por favor —lo instó a continuar—. Me tienes intrigada.

Esperó a que ella tomase asiento primero, entonces se sentó también y no tardó mucho en ir directo al grano.

Cat se permitió explorar la casa a sus anchas, tras haber pasado un tiempo en la biblioteca examinando los títulos de los libros, había deambulado por la planta baja, recorriendo las habitaciones, sonriendo y correspondiendo a los saludos de la servidumbre e incluso había hecho una breve parada en la cocina. Finalmente había dispuesto subir al primer piso, al principio había pensado en ir a sus habitaciones, entonces había cambiado de idea y había entrado en las de Rainer. Aquella habitación era absolutamente masculina, decorada en tonos azules y marrones, dos enormes ventanales ofrecían una

vista general de la calle principal por la que se veía transitar algunos carruajes e incluso a gente a pie. Cat acarició los muebles, maravillándose de la suavidad de la madera, y la pulcritud del dormitorio, una enorme colcha azul oscuro cubría la cama y justo frente a esta, se encontraba un amplio vestidor. Aquella mañana, Raine se había visto como el aristócrata que había resultado ser, su atuendo la había sorprendido al principio, acostumbrada como estaba a verlo con su atuendo de marino, la levita y la cortaba intrincadamente anudada había sido un claro contraste. Sus pasos la encaminaron al interior del vestidor, Cat se mordió el labio, aquello era demasiado íntimo, pero sentía que podía conocer más de él por lo que había allí dentro.

Acababa de coger una corbata de uno de los ganchos, cuando oyó la puerta de la habitación abrirse y un ligero parloteo.

—Sí, eso es lo que ha dicho la señora Winney —se oyó una tosca voz femenina—. Que ella era una viuda, disque una amiga de la familia. Pero yo lo sé mejor, el conde no durmió anoche en su cama, no señor.

—¿Quieres decir que es su nueva amante? —la otra mujer dejó escapar un audible jadeo. Su voz era mucho más joven.

—Yo sólo digo que el conde no durmió en su cama —aseguró la muchacha con diversión—. Esta mañana muy temprano, me levanté para atender el tercer piso y no había ni alcanzado las escaleras cuando lo vi, con estos ojos, salir de la habitación que se le ha asignado a la señora.

—¿Y Lady Elisabeth?

—Quien sabe, quizás se haya cansado de ella —respondió la muchacha—. Y la verdad es que me alegro, esa fulana se comportaba como si ya fuera la señora de la casa, menudos humos.

—¿Y a su nueva querida? ¿La has visto?

Hubo un sonido de ventanas abriéndose, y otras cosas moviéndose en la habitación antes de que le llegase una respuesta clara.



—Aún no —negó la muchacha—. Aunque le asignaron a la tonta de Milly como doncella, y la muchacha no ha dejado de parlotear si madame esto, que si madame aquello... ya sabes que ella se deja engatusar hasta por una boñiga de caballo.

—¿Crees que se quedará mucho tiempo en la casa?

—No lo sé —contestó con un deje de fastidio—. Por lo que he podido escuchar a hurtadillas, parece que la familia del conde van a venir de visita. ¿Te lo imaginas? La querida durmiendo bajo el mismo techo que la familia del señor.

—No sería la primera vez que Lady Elisabeth se ha quedado estando la familia del señor.

—Oh, pero eso era distinto —aseguró la muchacha—. Lady Elisabeth es una buena amiga de Lady Brianna, una respetable viuda... no puedo esperar...

Las voces se fueron apagando para desaparecer por completo cuando la puerta se cerró, Cat esperó unos segundos más hasta salir del vestíbulo, sus mejillas estaban sonrojadas y su rostro había perdido todo el interés que había mostrado anteriormente. La conversación que había escuchado le dejaba perfectamente claro cuál era su papel en aquella casa, no importaba que la presentara como una respetable viuda, como una princesa, o como la ladrona que era, al final del día, para todo el mundo, solo sería la ramera del conde.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla, había sido tan estúpida al pensar por un solo instante que podría pretender ser algo que no era, Rainer había pintado todo de un bonito color, adornándolo con hermosas palabras, pero la realidad era muy diferente y Cat empezaba a preguntarse realmente si sería capaz de afrontarla.

Secándose el rostro con las manos, se dirigió rápidamente hacia la puerta y tras abrirla y comprobar que no había nadie, salió y corrió a su dormitorio,

donde pasó el resto de la mañana, hasta que un par de horas después apareció Milly, la doncella, para informarle que la modista había llegado.

—Madame Michaels ha llegado, señora —le informó Milly—. ¿Desea recibirla en el saloncito?

Cat se incorporó de su asiento en la ventana donde había estado leyendo un libro y miró a su alrededor.

—Eh, sí... supongo que sí... —respondió ella sin estar muy segura—. Sí... hazla subir... la recibiré en el salón.

—Como usted diga, madame —respondió la muchacha con una ligera reverencia.

—¿Milly? —la detuvo Cat cuando estaba saliendo. La muchacha se volvió rauda—. ¿Podrías quedarte tú también cuando suba madame?

La muchacha pareció sorprenderse, pero asintió.

—Por supuesto, madame.

—Gracias —aceptó Cat. Agradecida de poder contar con alguien a su lado.

La mujer que se presentó en el salón privado de sus habitaciones, no inspiró ninguna confianza a Cat, ella conocía ese aire de superioridad, el falso acento forzado que la dama pensaba le daba un aire refinado, sus pequeños ojos de un verde apagado refulgían en su regordeta cara, mientras miraba a la muchacha por encima de su nariz. En sus años callejeando por Londres, había conocido a gente como ella, que pese a ser de la misma clase baja, se comportaban como la misma aristocracia, solo que sin el refinamiento y el lustre de estos últimos. Madame Michael, como había insistido en que se la llamase, había traído un muestrario de telas las cuales fue enseñando a la muchacha ensalzando su calidad y lugar de procedencia.

—Sin duda el estilo Napoleón le sentará muy bien, con unos pocos arreglos, podríamos realzar el busto y disimular esas caderas —comentó la

mujer echándole un crítico vistazo a Cat al tiempo que señalaba las telas—. Una gama de naranjas y vibrantes azules le quedarían espléndidos.

—No creo... —trató de decir Cat haciendo una mueca ante las telas de colores llamativos que le estaba mostrando y que encajaban más bien con las prostitutas del Covent Garden—. Me gustaría algo distinto, quizás, ¿un poco más discreto?

—Oh, querida, estos colores son el último grito en París —aseguró la mujer como si le ofendiera la falta de estilo de la dama—. Las damas más importantes se morirían por estas telas.

—Sí, la entiendo Madame... pero estamos en Londres, no en París —le respondió Cat arrancando una risita disimulada a su doncella, quien permanecía de pie a su lado, tal y como le había pedido—. En realidad, me gustan más esa tela azul real... y aquel brocado... y el estilo Napoleón... no... me gusta el corte de estos vestidos, algo moderno y distinto... ya hay demasiadas ovejas en esta ciudad.

—¿Disculpe? —preguntó la costurera mirándola sin entender.

Cat sonrió, al darse cuenta que la última frase la había dicho en alto.

—Es una expresión muy utilizada en mi hogar —mintió con una amplia sonrisa.

—Si madame me lo permite, coincido con ella en que el azul real le sentaría muy bien, realzaría el color de su cabello, y esa otra tela tostada con apliques dorados, se vería esplendida en un vestido de noche —murmuró la muchacha con timidez.

Cat se giró a ella y sonrió ampliamente, totalmente de acuerdo con ella.

—Sí, a mí también me gustan —aseguró Cat sonriendo agradecida a la muchacha.

—Si prefiere un atuendo anodino y serio dirigido a una matrona, sin duda esas serían esa clase de telas, pero me veo en la obligación de sugerirle

nuevamente algo más llamativo, algo... ¿que realce sus encantos, quizás? Sin duda su protector lo encontraría irresistible —respondió la mujer, haciendo hincapié en la palabra protector, pero dejando la frase con total inocencia. Un ardid que no pasó desapercibido para Cat, quien se sentó incluso más erguida y fulminó a la mujer con una de sus brillantes miradas.

—No está aquí para especular sobre mí, Madame Michael, si no para confeccionar mi vestuario —dijo la muchacha con frialdad y aplomo—. Si no se ve con la capacidad para ello y mantener la boca cerrada en el proceso, le sugiero que abandone inmediatamente esta casa. Estoy segura de que habrá más costureras con una lengua menos larga.

Milly jadeó al oír la declaración de su señora, e íntimamente aplaudió el coraje y arrojo de la dama al enfrentarse con el dragón que era Madame Michaels.

La modista jadeó y se llevó una mano al pecho fingiendo estar absoluta y completamente ofendida por ello. La silla en la que estaba sentada se arrastró contra la alfombra cuando la mujer se levantó de un salto.

—Nunca jamás me había sentido más ofendida —murmuró la mujer, como si le costara hablar. Qué buena actriz—. Pero que más se puede esperar de alguien con tan poco gusto y clase. Ni las mejores telas podrían disimular la clase baja, mucho menos hacerla pasar por una dama.

—¡Madame Michael, está hablando con mi señora! —clamó la joven doncella llamando al orden a la mujer a la malintencionada mujer—. La Madame Avery es una invitada en esta casa.

—Y lady Elisabeth será la señora de la casa —respondió la mujer sin disimular su desprecio al mirar a Cat, desvelando su verdadero rostro.

—Así que se trataba de eso —murmuró Cat, escuchando de nuevo aquel nombre otra vez—. Debo pedirle que se retire, madame, no necesitaré de sus servicios.

—¡Ja! Como si pudiera pagarlos —respondió la mujer mirándola de arriba a abajo—. No puedo entender como Lord Brightmore ha podido sustituir a toda una dama como lady Ashwyn con alguien como vos, una ramerilla cualquiera.

Cat contó mentalmente hasta diez intentando mantener la compostura que empezaba a desaparecerle a pasos agigantados.

—Ah, no, eso sí que no —se oyó murmurar a Milly antes de que la muchacha se pusiera delante de Cat y se dirigiera hacia la mujer—. No es usted más que una vieja bruja con una lengua bífida, no volverá a increpar a mi señora de tal manera...

—Pero quien te crees que eres para hablarme así, pequeña mocosa —clamó la mujer enfrentándose ahora a la doncella—. ¿Te paga para que la sirvas tan fielmente?

—Se acabó —masculló Cat permitiendo que la rabia inundara sus ojos—. ¡Fuera! ¡Salga ahora mismo de esta casa! ¡Fuera!

Rainer apenas había abierto la puerta de la calle con aspecto cansado cuando vio a la ama de llaves a los pies de la escalera retorciéndose las manos y a su mayordomo subiendo los peldaños mientras ascendía a la planta superior. El sonido de alteradas voces femeninas se colaban hasta ellos.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

El ama de llaves se giró de inmediato respirando aliviada al ver a su señor, mientras el mayordomo se volvía en las escaleras y miraba a Rainer con aspecto preocupado.

—Gracias a dios que ha llegado, Milord —jadeó la buena mujer apresurándose a su encuentro, tomando el sombrero, guantes y capa que Rainer se había estado quitando—. No estamos seguros de lo que ocurre, hace unos instantes empezamos a oír la voz de la Madame Avery bastante

alterada.

Rainer miró con extrañeza a la señora Winney y empezó a subir las escaleras hasta donde esperaba el mayordomo.

—Madame Michaels llegó hace una media hora, milord, han estado reunidas en el salón amarillo —explicó el mayordomo subiendo tras él—. Y entonces empezaron a escucharse gritos.

—Pero qué diablos —masculló Rainer subiendo de dos en dos los peldaños hasta el pasillo donde empezó a escuchar epítetos tales como «zorra», «ramera» y la voz de una doncella profiriendo gritos de ánimo.

La escena que se encontró Rainer nada más traspasar la puerta del salón amarillo quedaría gravada durante mucho tiempo en su memoria. Su pequeña gata estaba en el suelo, sus manos aferradas en el pelo de Madame Michaels mientras la modista hacía lo propio con el de su protegida, las dos mujeres estaban enzarzadas en una pelea de gatas, mientras la doncella, Milly, animaba a su señora a escasos centímetros de ella, mientras esgrimía la jarra de porcelana como un arma en caso de que fuera necesario que interfiriera también.

—¡Quién es ahora la ramera, eh! —le increpaba Cat tirando con fuerza del pelo de la mujer.

—¡Zorra! ¡Rata pordiosera! —clamaba Madame, sorprendiendo incluso a Rainer con aquel despliegue. La mujer parecía haber perdido su acento francés.

—¡Dele, madame, arránquele todos los pelos de su maliciosa cabeza! —la animaba Milly.

—Maldición —masculló Rainer antes de entrar en el salón seguido del mayordomo, que se quedó pasmado al ver la escena. Él fue directamente a por su amante, sujetándola de la cintura, mientras el mayordomo hacía lo propio con la otra mujer.

—¡Suéltala! ¡Catherine, suéltala!— bramó Rainer apartando a la muchacha de la otra mujer.

—¡Bruja! ¡Se me echó encima! ¡Me atacó! —clamaba la mujer, volviendo a ponerse la máscara de dama ofendida, con su falso acento—. ¡Está loca!

—¡Mentirosa! —clamó la doncella volviéndose a Rainer—. Eso es mentira, milord, esta mujer empezó a insultar a Madame Avery.

—¡Suéltame! ¡Se lo merecía! ¡Es una víbora! —clamaba Cat tratando de soltarse de los brazos de Rainer—. ¡Es mala! ¡Que se marche!

—Salga de mi casa, Madame y si escucho una sola palabra de lo ocurrido aquí... —Rainer dejó que la velada amenaza penetrara lentamente en sus oídos.

—Ella fue la que me atacó, milord —insistió la mujer con voz lastimera.

—Sáquela de aquí, Grayson —ladró Rainer mientras conducía a Catherine hacia el interior de la habitación seguido de cerca por la doncella. Rainer se volvió entonces hacia la muchacha quien se encogió con aire culpable.

—Milord, la señora no hizo nada malo, esa maldita deslenguada...

—Está bien, Milly —respondió Rainer conduciendo a su temblorosa muchacha hacia la cama—. Ve a pedirle a la señora Winney que prepare un té para Madame Avery.

—Enseguida, milord.

Rainer obligó a la muchacha a tomar asiento sobre la cama. Cat mostraba signos de arañazos en sus brazos y su rostro estaba bañado en lágrimas, pero sus ojos conservaban el brillo combativo que tanto le gustaba.

Ella se volvió entonces hacia él, su mirada decía a las claras que no se arrepentía del espectáculo que había organizado.

—¿Te das cuenta del espectáculo que has montado? —le preguntó Rainer con suavidad—. Esa mujer es una de las mejores costureras de Londres.

—Esa mujer es una víbora —siseó soltándose de su agarre—. ¡Me insultó!

¡En mi propio rostro! ¿Acaso esperabas que me quedara de brazos cruzados cuando me restregó a tu antigua querida por la cara?

Rainer frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—La famosa lady Elisabeth de la que todo el mundo habla a tus espaldas —masculló ella, al tiempo que las lágrimas de rabia se deslizaban por sus mejillas—. ¿Es que tienes pensado mantenernos a las dos? ¿No te llegaba con ella, que también tuviste que buscarme a mí? No eres más que otro cerdo misógino como todos los hombres.

Rainer suspiró e imploró paciencia a los cielos. Después de la escena que había presenciado en casa de Elisabeth, lo último que esperaba era llegar a casa y encontrarse con este panorama. La mujer no se había tomado nada bien la ruptura, al principio había pensado que estaba de broma, cuando había entendido que no era así, se había echado a llorar, repitiéndole que estaba cometiendo un error, y finalmente había terminado la actuación con una conmovedora declaración. Realmente lo sentía por Lizzy, no había querido causarle daño, pero desde el principio había sido muy claro en su interés por ella, quizás el problema había sido permitir que su familia se entrometiera, dando a la muchacha unas esperanzas banas... por otro lado... ¿No había estado él también considerando la idea de hacer de su amante de más de dos años su esposa? Su mirada cayó entonces sobre la muchacha de pelo negro y ojos dorados sentada a su lado y entendió que ella lo había cambiado todo. Cat no era como ninguna mujer que hubiese conocido. Ella era cálida, sincera, una endemoniada deslenguada que lo volvía loco y le impedía pensar con verdadero raciocinio.

Debía encontrarle pronto una casa, alejarla de él y establecer una rutina como la de cualquier noble que poseyese una amante, quizás entonces volvería a ver las cosas desde otra perspectiva.



—Tú eres mi única amante y créeme, tengo las manos tan llenas contigo, que no necesito a nadie más —aseguró apartándole el pelo de la cara.

—¿Por qué tuviste que llamar a esa mujer? Es mala, Rain, como el mismísimo demonio —le aseguró ella con un bufido molesto—. Debí haberle arrancado todos los pelos de su maldita cabeza.

—Modera ese lenguaje, querida —le recomendó Rainer.

—¡Con un demonio que lo haré! —lo desafió ella, todavía enfadada—. ¿Quién es esa Elisabeth? ¿Te das cuenta que todo el mundo en esta casa sabe que soy tu querida?

—No me importa —en cuanto sus palabras abandonaron sus labios, se dio cuenta de que era verdad. No le importaba que los demás supiesen que ella era su amante, de hecho, quería que así fuera, que supiesen que ella era suya y de nadie más.

—Pero a mí sí —respondió ella, revelando la verdad—. Ojalá estuviésemos de nuevo en el Valhala.

Rainer la abrazó, trayéndola a su regazo, comprobando que no estuviese herida.

—Si esa mujer no guarda la lengua, lo más seguro es que para mañana todo Londres sepa que eres mi querida y que te tengo instalada en mi casa —le aseguró besándole tras la oreja.

Ella se volvió entonces hacia él.

—Déjame ir —le dijo mirándole a los ojos—. Acaba con esta situación y permite que me vaya.

—No —negó Rainer de forma rotunda, apretando su agarre alrededor de su cintura.

—Maldición, Rain, yo no soy una dama, soy una ladrona —le recordó con desesperación—. Nuestros caminos jamás debían haberse encontrado.

—No voy a dejarte marchar —negó nuevamente, clavando su mirada azul

en la de ella—. Todavía no, Cat, nuestro trato no ha hecho más que empezar.

Ella resopló y bajó la mirada.

—¿Qué pasará si me quedo preñada?

Rainer bajó la mirada al liso vientre de su amante, la idea de que un hijo estuviese creciendo dentro de ella, un niño de ambos debería haberlo asustado como el demonio, pero no era así. Si bien se había estado asegurando de que no concibiera, sabía que no era infalible.

—Si eso llega a darse, ya lo hablaremos en su momento —fue la anodina respuesta de él.

—Déjame ir —insistió ella acariciándole el rostro, en su mirada una muda súplica.

—No, Cat —murmuró antes de alzarla en brazos y trasladarla a la cama, dejándola en la mitad del colchón antes de que se alejara y empezara a desnudarse—, no voy a dejarte marchar.

No hablaron más durante las largas horas en las que estuvieron haciendo el amor, pero Cat sabía que debía marcharse, no podía arriesgarse a quedarse por más tiempo a su lado, se quemaba en las llamas de la pasión cuando estaba en sus brazos, ese hombre la tocaba y ella perdía el sentido, era demasiado peligroso que permaneciera a su lado, sin advertirlo, estaba empezando a enamorarse de su carcelero.

# CAPÍTULO 11

Cat se envolvió apretadamente en la capa y bajó sigilosamente las escaleras esperando que sus pasos no hicieran ruido, y sobre todo, que la casa ya estuviese dormida. Se había deslizado de la cama tan pronto Rainer la había dejado, no podía seguir con aquello, estaba poniendo en riesgo algo más que su libertad, estaba arriesgando su corazón y no estaba dispuesta a ser atada de aquella manera. Aquel hombre que la seducía con su sola presencia, no podía adueñarse también de su corazón, él ya le había quitado la libertad, no iba a entregarle nada más.

Cruzó el vestíbulo rauda y probó la puerta principal. Estaba cerrada. Mascullando una maldición en voz baja, buscó el cerrojo y lo descorrió deslizándose entre la rendija que dejaba la puerta abierta y saliendo a las frías calles londinenses.

La oscuridad apenas era despejada por los escasos faroles que delineaban la amplia calle, todo estaba en silencio y el frío parecía amenazar con penetrar su capa y filtrarse en sus huesos causándole un estremecimiento. Echando un último vistazo a la casa que se alzaba a sus espaldas, se arrebujó más en el cálido interior de la prenda y se alejó con pasos ágiles y seguros, aquella era la verdadera Cat, las calles habían sido su hogar durante los últimos años, un hogar que no había deseado y el único que había encontrado. Una rebelde lágrima escapó de la comisura de sus ojos manchándole la mejilla, su pecho se encogía ante el pensamiento de no volver a ver a aquel que se había convertido en su amante, en su carcelero.

—Maldita sea, Cat —se maldijo a sí misma—. Tienes que hacerlo... debes hacerlo.

Haciendo a un lado las lágrimas, se enderezó y siguió su camino, apurando el paso, moviéndose por las calles como un fantasma encapuchado vagando en pena por las calles londinenses.

La zona de la aristocracia quedó atrás sumiéndola en lugares en los que jamás estaría una dama, callejones y recovecos que ella conocía realmente bien, el Támesis se extendía a su derecha como una larga serpiente oscura, los vapores que salían de él no hacían más que aumentar el mal olor que ya de por sí perfumaba el ambiente, un olor que por un solo instante creyó que no volvería a tener que enfrentar. Avanzaba sin rumbo fijo, ni siquiera estaba segura de a dónde dirigirse, el colarse nuevamente en un barco quedaba descartado, Rainer había sido clemente con ella, pero nada le garantizaba que tuviese la misma suerte, quizás debiera dirigirse al norte, alejarse de la bulliciosa ciudad y subir hacia Escocia, aunque por lo que había oído, los hombres allí no eran sino unos salvajes.

—Soy una estúpida —musitó para sí, envolviéndose con sus brazos, recordando la sensación de las manos de su amante sobre su piel, sus besos, la manera en que la llenaba y la enardecía, la pasión que compartían, la seguridad que sentía estando a su lado, una seguridad que había abandonado para poner a salvo su corazón, pero... ¿No era ya demasiado tarde? ¿No estaba ya enamorada de ese hombre imposible? No, no podía ser—. No... no quiero... no puedo estarlo.

Suspirando se obligó a dar un par de vacilantes pasos, antes de torcer a la derecha con intención de dejar aquella parte de la ciudad.

Pasó por callejones oscuros, ramera que ofrecían sus servicios en los oscuros rincones le dedicaron una mirada insultante al pasar rápidamente junto a ellas, gritos y risas inundaban otras zonas de la calle cuando estúpidos

petimetres dejaban la taberna de mala muerte para dirigirse en un estado imposible de embriaguez hacia el cochero que esperaba dormido en el pescante a una prudente distancia.

¿Esto es lo que quieres realmente? ¿Es aquí donde quieres acabar, como una de ellas? Su conciencia empezó a aguijonearla, no era fácil ver aquellas calles en las que se había desenvuelto y que una vez fueron su hogar, como un refugio, no después de haber conocido el toque gentil de Rainer, la seguridad de un techo sobre su cabeza, un baño caliente esperándola, hermosos vestidos que la hacían sentirse como una dama.

—Maldito seas mil veces —masculló ella dando media vuelta para volver sobre sus pasos, quizás, si se daba prisa, podría volver a entrar en la casa antes de que cualquiera de los sirvientes se hubiesen levantado, y si no, bien, no sería la primera vez en que Rainer amenazara con cortarle la cabeza por su estupidez.

Cat pasó entre las sombras evitando a los petimetres que tropezaban con sus propios pies, rodeó el carruaje y cruzó al otro lado de la empedrada calle, apenas había alcanzado a llegar al final de la calle cuando oyó unos desesperados gritos haciendo eco en la silenciosa noche. Aquellos alaridos le pusieron la carne de gallina, y su corazón casi se detuvo cuando se encontró ante una aparición de cabellos rubios corriendo con mirada aterrada en su dirección, bajo la mortecina luz del candil, la muchacha parecía una aparición. La muchacha, una niña en realidad, pasó frente a ella como una exhalación sin llegar a verla, su pequeño rostro moviéndose a sus espaldas a medida que corría como si alguien la estuviese persiguiendo, sus ojos desbordados de miedo, no, aquello era terror. Unos nuevos gritos alertaron a Cat, aquellas voces eran masculinas y venían en la misma dirección que la niña. Maldiciendo en voz baja, echó a correr entre las sombras en dirección a la muchacha, tomándola por la cintura y cubriéndole la boca con una mano

enguantada cuando la niña emitió un desesperado grito.

—Shhh, quédate quieta y no hagas ruido, pasarán de largo —le susurró la muchacha al oído, aferrando a la aterrada criatura, que se debatía como una gata y sollozaba en silencio—. Silencio, tienes que quedarte callada.

Cuando los pasos empezaron a hacerse más cercanos al igual que los gritos, la pequeña se quedó absolutamente inmóvil, Cat hubiese pensado que se le había desmayado en los brazos de no ser porque sentía su cuerpo rígido contra el suyo.

Una vez los hombres pasaron de largo, Cat urgió a la muchacha a volverse y la condujo en dirección contraria, alejándose de aquellas calles hacia zonas más seguras, una vez allí se volvió a enfrentar a la muchacha. Ya había advertido que no era ninguna ratera, ninguna niña que viviera en aquellas calles podría permitirse la clase de vestido y capa que llevaba la niña. A la luz del candil, el pelo ligeramente corto y rizado de la muchacha lanzaba destellos dorados, sus ojos, de un pálido azul seguían con una mirada aterrada, con cuidado de no asustar más a la niña de lo que ya estaba, Cat se inclinó hasta quedarse a su altura.

—Ya ha pasado todo, ¿de acuerdo? —le dijo enmarcando su rostro entre las manos—. No van a alcanzarte.

La niña empezó a temblar al ver el rostro de Cat, las lágrimas empezaron a deslizarse lentamente por sus mejillas mientras asentía.

—¿Qué diablos estabas haciendo a estas horas por aquí? —le preguntó tratando que su tono no sonase demasiado duro, aunque tenía unas irrefrenables ganas de zarandearla—. ¿Es que has perdido el juicio?

—Tenía que recuperarlas —su voz de niña era suave y teñida por los hipidos.

—¿Recuperar el qué?

Lentamente la niña sacó una pequeña bolsa de terciopelo de entre sus

ropas.

—No querían aceptar el dinero que Ammy me dio, tuve que entregarles también mi pulsera para que me lo devolvieran —ella hipó al decir esto último, entonces su rostro empezó a suavizarse cuando una lenta sonrisa curvó sus labios—. El muy tonto no sabe que no son piedras de verdad.

Cat tomó la bolsa que sostenía la niña, y echando un vistazo a su interior vio lo que parecía ser un exquisito collar con piedras azul oscuro.

—¿Esto es lo que creo que es? —gimió la muchacha abriendo los ojos desmesuradamente al ver los zafiros.

La niña empezó a balancearse sobre sus pies.

—Teníamos que recuperarlo —respondió la niña con una nueva resolución tiñendo su voz—. No podíamos permitir que echasen a Caroline, ella no tuvo la culpa, fue Ammy la que entregó el collar a ese prestamista para darle el dinero a ese señor para que no contase una mentira. Ammy es toda una dama, no una buscona.

Cat empezaba a sentir que le dolía la cabeza al tratar de seguir la conversación de la niña.

—¿Quién es Ammy?

—Mi hermana —respondió la niña.

Cat cerró de nuevo la bolsita de terciopelo y se la devolvió a la niña.

—¿Tu hermana es mayor que tú?

—Sí, señorita —respondió la niña guardándose de nuevo la bolsa—. Ammy cumplirá diecinueve esta primavera, madre dice que se quedará para vestir santos por que rechaza a todos sus pretendientes, pero es que su último pretendiente tenía cara de caballo, nadie puede casarse con alguien que tenga cara de caballo.

Cat suspiró y sacudió la cabeza, entonces echó un rápido vistazo alrededor y tomó a la niña del brazo, arrastrándola con ella.

—No podemos quedarnos aquí —le dijo mientras la arrastraba, entonces se volvió a ella—. ¿Dónde vives? Te llevaré a casa.

La niña aceleró el paso para seguirla.

—No puedo volver a casa, tengo que ir con Ammy —explicó la muchacha a las carreras—. Me está esperando en la entrada este de Hyde Park con Caroline, si no vuelvo se preocupará, y como se entere nuestro padre, nos hará azotar a las dos.

Cat miró a la niña una vez más y resopló, desde luego, aquella no era la forma en la que pensaba iba a pasar la noche, deambulando por las calles de Londres con una niña de unos quince años que no solo estaba fuera de su casa a tales horas, si no que la había encontrado corriendo como el diablo por una de los barrios más bajos de Londres.

—De acuerdo, vayamos con tu hermana entonces —aceptó Cat acompañando a la pequeña.

—Menos mal que estaba usted cerca —respondió entonces la niña con un profundo suspiro—. Un poco más y terminaría como fiambre en el Támesis.

Cat la miró pero no dijo nada, prefería no saberlo.

Durante el trayecto, una vez que se le hubo pasado el susto, la muchacha demostró ser tan parlanchina como Milly, su doncella, Cat supuso que la muchacha debía de tener más o menos la misma edad.

—No la he visto nunca por la ciudad —comentó la chiquilla siguiendo con su verborrea—. ¿Ha venido a pasar la temporada a Londres?

Cat negó con la cabeza.

—¿Es que conoces a todas las personas de Londres?

La muchacha negó con la cabeza.

—No —se rió—. Pero mi padre es el Doctor Balston y conoce a la mayoría de la gente de sociedad.

A Cat no le sonaba aquel nombre, por supuesto, tampoco le había sonado



Rainer, y resultó ser uno de los malditos lores de la alta sociedad, un conde nada menos.

—¿Siempre hablas tanto? —le preguntó en cambio.

—Sólo cuando estoy nerviosa —aceptó la muchacha con una sonrisita.

—Deberías estarlo, ¿cómo puede ocurrírsete...?

—¡Celesta!

Ambas se volvieron hacia la voz femenina que sonó a sus espaldas. Cat se giró para ver a una dama con un claro parecido a la niña que la acompañaba seguida de una sirvienta, ésta se lanzó directamente hacia la muchacha, abrazándola.

—Gracias a dios —clamó abrazando a la niña—. Cuando vi que no volvías pensé que te habría ocurrido algo.

—Ese prestamista no quería devolverme el collar —clamó la niña correspondiendo al abrazo de su hermana—. Tuve que darle mi pulsera de cristales también para que me lo devolviera.

—Maldita rata almizclera —masculló la muchacha, entonces reparó en Cat y su rostro volvió hacia su hermana con una obvia pregunta plasmada en sus ojos.

Celesta se separó y se echó un paso hacia atrás, para explicarse.

—Me persiguieron, Ammy —explicó la muchacha—. Creo que estaban esperando a que saliera para robarme. Le pegué a uno de ellos en esa parte blanda que me dijiste y salí corriendo... ¡Casi me da algo! Si no es por miladi, estoy segura que habría amanecido en el Támesis.

La mujer se alzó apretando a su hermana contra ella y la miró con inmensa gratitud.

—Gracias —le dijo—. No sé que hubiese hecho si algo le pasase a Celesta. Mil gracias.

—Debe estar medio chalada para enviar a una niña de la edad de su

hermana a un lugar como este, más aún para venir usted misma —su mirada calló en la sirvienta, quien permanecía callada, con rostro enrojecido tras las muchachas.

—Le aseguro que había una razón de peso —aseguró Ammy con absoluta convicción—. Debería haber ido yo misma...

—Será mejor que volvamos a casa, miladi —sonó la diminuta voz de la sirvienta.

Cat miró a la mujer y luego a las chicas.

—Tiene razón, este no es lugar para estar hablando y menos a estas horas —respondió Cat.

—Si padre sabe que no estamos en nuestro dormitorio, nos despellejará y dará de comer a los cerdos con nuestros restos —aseguró la muchacha con convicción.

—¡Celesta! Te dije que ese no es el vocabulario de una dama —la amonestó Ammy, a lo que la muchacha puso los ojos en blanco.

—Eliges los mejores momentos para sermonearme, Ammy —se burló la niña, entonces se volvió hacia la sirvienta y enlazó el brazo al suyo—. Será mejor que volvamos a casa. Mil gracias de nuevo por vuestra ayuda, miladi.

—No soy mi... —empezó Cat, pero entonces se detuvo y le sonrió—. Sólo llámame Cat.

—¿Cat? —respondió con una sonrisa—. ¿Cómo en *gato*?

—Cat es el diminutivo de Catherine, Celesta —le dijo su hermana y se acercó a Cat tomando su mano entre las de ella—. Yo soy Ammy Balston, no sé como podré agradecerle lo que ha hecho por mi hermana.

Cat se soltó con incomodidad y vergüenza.

—Simplemente asegúrese de no volver a cometer una estupidez como ésta.

—Miladi, por favor —insistió la cada vez más nerviosa sirvienta.

—Marchaos —le dijo Cat, ayudando a la sirvienta, quien la miró con gratitud.

—Gracias —repitió Ammy antes de volverse y unirse a las dos mujeres antes de desaparecer en la oscuridad de la calle.

Cat suspiró, echó un rápido vistazo a su alrededor y negó con la cabeza.

—Supongo que yo también debería volver a casa.

Marcharse de aquella manera había sido una estupidez, aunque intentase negarlo la realidad era que estaba enamorada de aquel hombre, por primera vez en toda su corta vida había alguien que la quería y la protegía, si bien era en aras de su propio interés, nunca le había levantado la mano y había tenido infinita paciencia con ella, riéndose y atesorando los momentos en los que pasaban juntos. Cat echaba de menos el Valhala, echaba de menos a aquel hombre que se había colado en su corazón, no llevaba ni un solo día en Londres y ya estaba huyendo y ella no era una cobarde. Ninguna cobarde habría podido sobrevivir todo aquel tiempo en las infestadas calles londinenses a merced de tunantes y hombres desalmados como lo era su antiguo patrón. Arrebujándose bien en su capa, emprendió el camino hacia St. James, procurando mantenerse en todo momento entre las sombras y evitar las calles en las que sabía había mayor probabilidad de robos. Su mano buceó entre las capas de ropa hasta extraer el pequeño medallón floral que había prendido en el interior de su camisa interior, aquel pequeño objeto era todo lo que le quedaba de la familia que podría haber tenido una vez, la joya era todo lo que le quedaba de un pasado que no recordaba. De unos padres, tíos o quizás hermanos que no sabía si todavía conservaba o nunca habrían existido.

—Si tan solo pudieses decirme quienes eran ellos —musitó para sí, mientras se disponía a girar en una esquina.

Sumida en sus pensamientos, no reaccionó a tiempo de esquivar a la

pareja que en ese momento aparecía desde el otro lado de la esquina, chocando contra ella, al tiempo que mascullaba una ligera disculpa. Cat no había sido ladrona los últimos años como para no reconocer una trampa como aquella cuando intentaban hacerla con ella. El hombre que había tropezado con ella la sujetó del brazo para evitar que cayese hacia atrás, mientras el otro la rodeaba y se excusaba con ánimo de distraer su atención.

—Mis disculpas, miladi —oyó una cascada voz masculina procedente del hombre que todavía la sujetaba—. No le había visto.

Cat notó algo extraño en aquel acento, algo allí se le hacía conocido.

—No ha sido nada —murmuró ella tratando de soltar su brazo, encontrándose con cierta resistencia en el acto, pero finalmente la dejó ir.

—¿Cómo es que una dama camina sola por estas calles a altas horas de la noche?

Si en algún momento pensó que la noche no podría ir peor de lo que había ido hasta el momento, aquella certeza había sido destruida por completo con la aparición de la última escoria que había esperado encontrarse. Lentamente, se giró hasta encontrarse con una sonrisa desdentada en un rostro marcado por la viruela, unos pequeños y codiciosos ojos la contemplaban con lascivia mientras la morada lengua asomaba entre los huecos en su dentadura cuando sus labios se retorcían en una conocedora sonrisa. El pelo pegado a la cabeza, grasiento y sucio así como la raída camisa de algodón que en alguna ocasión debió de ser blanca era señal inequívoca de la identidad de aquel hombre. Aquel era el mismo cabrón desagradecido que la había enviado a la cárcel para salvar su propio pellejo, su mentor en las calles, el que la había enseñado a robar y la había molido a palos si no era lo suficientemente rápida para esquivarlos. Una inesperada ráfaga de odio la recorrió con intensidad, aquel hombre menudo y mugroso que permanecía en pie ante ella, era el único al que le debía la forma en la que había vivido los últimos años. Sin pensárselo

dos veces, se retiró la capucha que cubría su cabello negro y se enfrentó con satisfacción al hombre que la miraba y palidecía.

—Vaya, vaya, tal parece que las ratas han decidido dejar su escondite para salir a buscar a los ratones —respondió con voz suave y satisfecha—. Aunque hubiese preferido que fueras una rata ahogada, viejo.

El hombre parpadeó varias veces, su mirada recorriendo el rostro de su antigua pupila, así como las ricas ropas que parecía vestir. La sorpresa pronto empezó a dar paso nuevamente a la codicia.

—Pero si es mi pequeña gatita ratera —murmuró Earl Watson con aquella voz de gato escaldado que siempre le había puesto los pelos de punta—. Veo que no sólo te has librado del incendio de la prisión, sino que además te ha estado yendo bien, pero que muy bien, ¿um?

—Por desgracia, tú sigues siendo el mismo cabrón desalmado de siempre —respondió Cat apretando los dientes, sus dedos hervían por envolverse alrededor del cuello del hombre y apretar hasta dejarlo sin aliento, maldita fuera su estampa—. Todavía no te he agradecido el que me abandonases para pudrirme en prisión, Earl.

El hombre se echó a reír y trató de rodear los hombros de la muchacha con un mugroso brazo, pero Cat se apartó de inmediato, su mirada hablaba de asesinato, cosa que no sorprendió al hombre, ella siempre había sido la más díscola de sus pupilas, y la más apetecible también.

—Tal parece que por fin has decidido abrirte de piernas, ¿no es así, mi querida? —le dijo mirando a la muchacha con enfermiza apreciación—. ¿Quién es el hijo de puta al que permites retozar entre tus piernas? Debe de ser bastante rico a juzgar por tu nuevo aspecto. ¿Algún viejo podrido de dinero? Dime querida... ¿Has conseguido engancharlo ya con el matrimonio? Quizás pudieses necesitar deshacerte de él, tú sabes, una viuda rica...

—Me das asco —masculló la muchacha escupiendo las palabras, su

estómago encogiéndose en respuesta a sus palabras.

—Vamos, vamos... te había ofrecido el trabajo, ¿no? —le respondió sin dejar de mirarla con lujuria—. Pero tú, perra, te creías demasiado buena para retozar con cualquiera por sólo unas monedas, ahora veo que buscabas algo de mayor altura.

Cat apretó los dientes recordando lo que implicaban sus palabras, recordando la manera en la que había tenido que escapar de aquel maldito desgraciado cuando había intentado violarla al poco tiempo de recogerla, solo para luego intentar entregársela a sus amigos para que jugasen con ella. Ese día Cat había luchado como la gata que decían que era, dejando a los dos hombres aullando de dolor en el suelo mientras se aferraban las pelotas, y la marca de sus uñas en el rostro de aquel hijo de mala madre.

Enderezándose, alzó la barbilla y lo miró con una superioridad y dignidad que sabía que Earl siempre había odiado en ella.

—Por qué conformarme con un viejo jamelgo cuando puedo tener un purasangre —espetó apretando las manos a los costados, su voz siempre firme, sin vacilaciones.

Ella vio como él reaccionaba a su insulto y sonrió interiormente, jamás dejaría que la degradase como lo había intentado cuando era solo una niña salida del hospicio.

—No eres nada agradecida, muchacha —respondió él chasqueando la lengua—. No después de todo lo que hice por ti.

—¿Explotarme, tratar de usarme como tu puta? —le espetó con rencor en la voz—. Sabrás disculparme si no me postro a tus pies desmayada de humildad, Earl, pero hasta una jodida rata habría hecho mucho más por mí que una escoria como tú.

—Cat, Cat, Cat —la engatusó, como solía hacer tiempo atrás, cuando ella era demasiado ingenua y apenas empezaba a entender lo que era vivir en las

calles—, vamos. Tú también habrías hecho lo mismo si te hubieses encontrado en mi lugar, alguien debía pensar en los demás.

Ella apretó los puños de ambas manos y jadeó divertida.

—Earl Watson, tu único afán de protección ha estado siempre sobre tu propio pellejo —le aseguró con sorna, su mirada no se alejó en ningún momento del hombre que permanecía ahora cerca de Earl, asistiendo sorprendido al intercambio—. Deberías tener eso en cuenta, chico, ya que a este rufián le dará lo mismo enviarte a prisión si con eso consigue salvar su pellejo.

El hombre miró a su compañero con desconfianza y nuevamente a la mujer, quizás no fuese tan estúpido después de todo, parecía saber o al menos intuir quien era el hombre al que estaba ayudando.

Un chasquido llamó la atención de Cat de nuevo sobre su antiguo mentor, el hombre negaba con la cabeza y la miraba de arriba abajo, acercándose ahora hacia ella.

—Sigues siendo la misma perra de siempre, querida —parecía reírse de ella, al insultarla de aquella manera—. Tal parece que mi gata no ha perdido las mañas, ¿qué te parecería una asociación? Estoy seguro que podríamos sacar mucho dinero.

Cat retrocedió sin perderlo de vista.

—Antes haría tratos con el mismísimo diablo, Earl —le respondió ella con fiereza.

El hombre soltó una carcajada.

—Siempre me ha encantado esa lengua viperina tuya —aseguró, en su mirada había una obvia intención—. Vamos, vamos... se lo debes al viejo Earl, Cat. ¿Qué habría sido de ti si no te hubiese recogido cuando lo hice, si no te hubiese enseñado a valerte por ti misma?

Ella entrecerró los ojos.

—Habría recibido menos palizas y no habría estado a punto de morir quemada en prisión —masculló ella poniendo en aquellas palabras todo su veneno—. No te debo nada, Earl, absolutamente nada.

Cat alzó entonces la barbilla y lo miró con un abierto desafío en sus ojos.

—Y si vuelves a acercarte a mí de la manera en que sea, juro por dios que veré como tus huesos terminan en prisión, solo para no volver a ver nunca más la luz del sol.

El hombre apretó los dientes, perdiendo en aquel momento toda su zalamería para mostrarse tal y como era, codicioso, lleno de odio y rencor hacia todo aquel que no fuera él mismo, un hombre peligroso.

—Eres una maldita estúpida, Cat —masculló al tiempo que esgrimía una navaja en su mano derecha. Un arma que posiblemente habría mantenida escondida hasta el momento—. No vas a librarte tan fácilmente de mí, puta, me lo debes.

—No te debo absolutamente nada —clamó manteniendo un ojo en el hombre y otro en la navaja.

—Earl —lo llamó entonces su compañero, que había palidecido al ver la navaja en manos del hombre—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—La dama debe de portar joyas encima, estúpido —le dijo en respuesta acercándose a Cat con lentitud—. Sólo mira lo ricamente vestida que está.

Cat dio un nuevo paso atrás.

—¿Me crees tan estúpida como para salir a la calle, sola y con joyas de valor encima? —le respondió Cat en un intento de ganar tiempo para evitar aquella brillante amenaza acerada en manos de Earl. Lo cierto, es que a excepción de su medallón, no llevaba ninguna joya con ella, al dejar la casa había decidido hacerlo con lo puesto, no se llevaría nada con ella.

—Sujétala —le ordenó al compañero.

Cat echó un rápido vistazo al otro hombre que parecía dudar, entonces lo



vio asentir y se echó hacia ella, solo para recibir un golpe a un lado de la cabeza de uno de los puños de ella. Pero a pesar de todo, eran dos contra uno y ese uno no tenía la fuerza de un hombre, si bien Earl no era más que piel y huesos, era más ladino que su compañero, sin importarle golpear o patear si con ello conseguía lo que quería. Cat se debatió entre golpes y gritos, su pie conectó en un par de ocasiones con la pierna de uno de ellos pues los oyó soltar alaridos, solo para hundir después los dientes en la carne blanda del brazo de otro y recibir al mismo tiempo un golpe en la sien que la dejó desorientada durante unos segundos. Podía sentir las manos masculinas sobre su cuerpo, abriéndole la capa, desgarrándole el canesú del vestido, tratando de levantarle las enaguas mientras se hacían hueco entre sus piernas, el aliento fétido de aquel hombre sobre su cuello dándole arcadas mientras se debatía para apartar a aquel odiado y desconocido peso de encima de ella. Cat notó como le abrían el vestido por delante, bajándoselo a la fuerza.

—Mira nada más y nada menos que tenemos aquí —escupió Earl arrancando el medallón que había estado oculto entre sus ropas y que ahora caía en sus manos.

—¡No! —gritó ella al ver su única unión con su pasado en manos de aquel hombre—. ¡Devuélvemelo! ¡Es mío! ¡Maldita escoria!

—¡Estate quieta! —la amenazó poniéndole el cuchillo contra el cuello.

Lágrimas de desesperación y rabia corrían por las mejillas de Cat cuando vio a aquel hombre levantar el colgante para mirarlo más de cerca, un ser despreciable que ensuciaba todo lo que tocaba con su malicia y codicia. Desesperada, aprovechó un descuido de él y apartó el cuchillo de su cuello antes de lanzársele como una gata salvaje a los ojos, el hombre soltó un alarido cuando las uñas de la muchacha le arañaron el rostro sacándole sangre, Cat recuperó el colgante en el mismo momento que el hombre la empujaba empuñando la pequeña navaja que penetró bajo la mirada atónita

del hombre la tela del vestido, hundiéndose hasta la empuñadura. Los ojos de Cat se abrieron desmesuradamente encontrándose con la mirada de odio en el rostro de aquel hombre, odio y miedo, el dolor se extendió como un ramalazo por su cuerpo cuando él retiró el arma ensangrentada y retrocedió un par de pasos.

—¡Qué diablos has hecho! ¡La has apuñalado! —clamó el otro hombre poniéndose cada vez más blanco.

—¡Se me echó encima! —se defendió Earl.

Cat se llevó la mano a un costado del vientre, la sangre ya había empapado la tela de su vestido, en sus oídos sólo podía escuchar un zumbido, las palabras de los hombres dejaron de tener importancia, aquel hombre la había apuñalado.

—¡Tenemos que irnos! —clamó el otro hombre tirando de Earl—. ¡Vámonos de aquí!

Sin esperar un segundo más, tiró de él y lo arrastró hasta que ambos empezaron a correr como si los persiguiese el diablo desapareciendo entre la niebla matutina. Cat no estaba segura del tiempo que pasó allí quieta, aferrando con una mano su colgante mientras apretaba la otra contra la sangrante herida antes de ponerse en pie y obligarse a emprender el camino de regreso hacia St. James, a la seguridad que nunca debía haber abandonado.

## CAPÍTULO 12

Rainer echó un nuevo vistazo al reloj de la pared del salón y paseó la mirada sobre las cuatro personas que estaban sentadas en los sillones antes de detenerse sobre el mayordomo quien negó lentamente con la cabeza, indicándole que ella no había regresado. ¿A dónde diablos podía haber ido Catherine a aquellas horas sin decirle nada a nadie? Su doncella parecía no tener la menor idea de su paradero y a juzgar por la respuesta de Grayson tampoco la habían encontrado en la casa.

—¿Ocurre algo, hijo?

La voz fuerte y profunda con un fuerte acento inundó el silencio de la sala, Rainer volvió la mirada hacia el hombre de cincelados rasgos masculinos con profundos ojos azules y cabello del color del oro lo que lo miraba con extrañeza, junto a él, con una taza de té en sus manos, su propia madre le miraba de forma especulativa. Maldición. ¿Por qué no le sorprendían estas cosas de su familia? Habían aparecido a primera hora de la mañana, ni siquiera había despuntado el alba y ya estaban llamando a su puerta. Su hermana Brianna mordisqueaba una galletita con interés en otro de los sillones, sus ojos azul claro, iguales a los de su madre y a los suyos lo miraban como solía hacerlo de jóvenes, presintiendo que él se había metido en algún problema.

—No, no, todo está bien —respondió Rainer, aunque su tono de voz no sonó muy convincente.

—Si tienes algo importante que hacer, no esperes por nosotros, querido —

la suave y melódica voz de su madre llamó su atención esta vez. Su cabello castaño estaba recogido en una trenza alrededor de su coronilla, sus ojos lo miraban con indulgencia mientras depositaba la taza sobre el patillo. Vestida en un tono verde y ocre que realzaba su figura y hacía juego con sus ojos, parecía mucho más joven de lo que realmente era, ni siquiera después de tres embarazos había perdido su magnífica figura ni el aura de confianza y absoluto dominio que siempre la envolvía—. Hubiésemos llegado ayer en la tarde, pero ya conoces a tu abuelo.

—¿Cómo está el Conde? —preguntó Rainer tratando de sacarse de la mente a su pequeña gata y concentrarse en lo que le estaba contando su familia.

—Quejándose una y otra vez de que tu madre haya nacido mujer y se haya casado conmigo —le respondió su padre con buen humor—. Y también se ha quejado de que hace meses que no pasas a saludarle.

—Deberías ir al menos una vez al mes —le dijo ahora su hermana Brianna—. El abuelo está demasiado solo en ese enorme mausoleo.

—Kenway Manor no es un mausoleo —negó Rainer poniendo los ojos en blanco, su hermana y él siempre habían considerado aquella enorme casa de campo como un enorme museo.

—Sí lo es —insistió Brianna con un ligero encogimiento de hombros, entonces decidió cambiar de tema—. ¿Cómo está Lizzy? Estoy deseando verla, tengo muchísimas cosas que contarle. Tienes que invitarla a quedarse unos días.

—Me temo... que eso ya no será posible —respondió Rainer rechinando los dientes.

Su padre arqueó las cejas ante esa respuesta pero no dijo nada, aunque Rainer lo vio intercambiar una mirada con su madre.

—¿Y eso por qué? —preguntó su hermana totalmente asombrada—. ¿Qué

le has hecho, Rain? Si la has ofendido, tienes que pedirle perdón. Elisabeth es una mujer muy sensible y delicada, si has herido sus sentimientos...

—Brianna... —fue su madre quien llamó la atención de la chica.

—¿Por qué no te ocupas de tu hija y dejas de inmiscuirte en mi vida? —le soltó de repente Rainer, hastiado de la actitud de su hermana. Cuando saliese a la luz la realidad de los hechos, no dudaba de que Brinna pidiese su cabeza en una bandeja, su hermana había cobrado un profundo cariño por su antigua amante, un cariño que el mismo Rainer había fomentado.

—Como te atreves...

—No sigas, Brianna —ahora fue una amenaza en toda regla procedente de su madre.

La muchacha miró a su madre con sorpresa pero obedeció.

—Vamos, vamos, no os habéis visto en casi un año, esta visita tiene que ser motivo de alegría, no de enojo —intercedió su padre, como siempre, el pacificador de la familia.

Rainer suspiró y caminó hacia la mesilla en donde estaba el licor y se sirvió una copa al tiempo que se volvía a su progenitor.

—¿Desea acompañarme, padre?

Si el hombre se sorprendió por la nueva afición de su hijo de beber tan temprano, no dijo nada, simplemente asintió.

—Por supuesto —respondió levantándose a su vez, para reunirse con su hijo.

Rainer agradeció en silencio aquel interludio que le daría unos momentos para serenarse, por algún motivo estaba intranquilo, necesitaba saber donde estaba Cat.

Grayson apenas había cruzado la mitad del vestíbulo para volver a preguntar a los sirvientes si habían encontrado a la joven señora que había

llegado con el conde cuando oyó la campana de la puerta. Tomándose su tiempo en colocarse bien el uniforme y arreglarse los guantes se dirigió hacia la puerta, abriéndola lentamente para palidecer en el momento en que vio a la desaparecida muchacha sujetándose contra el marco de la puerta. La capucha de su capa le cubría parte del rostro, pero fue el dolor en su velada mirada dorada y la mano ensangrentada en la que se enrollaba una especie de cadena con un colgante lo que lo dejó sin respiración. Su mirada hizo un rápido inventario mientras abría la puerta por completo y acudía en ayuda de la muchacha que se tambaleaba.

—¡Madame Avery! —clamó Grayson cuando la muchacha tropezó hacia delante en su intento de entrar a la casa.

—No le... diga... nada... a.... —susurró ella sin apenas resuello, para finalmente colapsar.

Gracias a los rápidos reflejos del mayordomo, la muchacha no cayó en el suelo, pero fue entonces con aquel movimiento que la capa se abrió y vio la enorme mancha de sangre cubriendo buena parte de la parte frontal del vestido.

—Mi dios... —susurró, entonces se volvió en dirección hacia el salón y por primera vez en sus muchos años de servicio, gritó a pleno pulmón—. ¡Lord Rainer! ¡Milord!

Al inesperado llamado del mayordomo, el ama de llaves y varias doncellas que en ese momento estaban con la señora Winney, así como los dos hombres de la familia que estaban en aquel momento en la casa irrumpieron precipitadamente en el vestíbulo.

—¿A qué vienen esos gritos? —la señora Winney fue la primera en preguntar, hasta que vio al mayordomo llevando en brazos a la muchacha del señor de la casa—. Dulce Jesús, ¿qué ha ocurrido?

—¡Madame! —clamó Milly, que había estado ayudando a la ama de llaves

con la búsqueda de la muchacha—. ¡Oh, dios mío! ¡Está muerta!

—¡Catherine! —el grito esta vez fue de Rainer, quien cruzó a la carrera la distancia en un par de zancadas.

—Está viva, milord —le dijo el mayordomo entregándole el peso muerto de la muchacha a Rainer—, se ha desmayado ahora mismo...

—¿Pero qué ha ocurrido? —gimió mirando incrédulo el cuerpo ensangrentado de la muchacha—. ¿Catherine? Cariño, respóndeme...

—Grayson, llama al doctor Balston —se apresuró a indicar el padre de Rainer, tomando las riendas del asunto, entonces se volvió a Rainer—. Hay que llevarla a la cama.

Él asintió, todavía pálido, con el corazón encogido y el alma aterrada por la mujer que llevaba en brazos hacia las escaleras.

—¿Quién es ella? —preguntó Brianna asombrada.

—Señora Wynn timer, caliente agua y consiga vendas —pidió lady Freija acompañando a su marido e hijo escaleras arriba.

—Sí, madame —clamó la mujer corriendo a cumplir las órdenes de su patrona.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Brianna a la llorosa doncella, que no dejaba de decir que su señora estaba muerta—. ¡Contesta, niña!

—Ella... ella... ella es Madame Avery. Es... es la invitada de milord —murmuró la niña llorando todavía por la chica—. Diosito, había tanta sangre.

Sabiendo que no iba a sacar nada más en claro a aquella doncella, la hermana de Rainer se recogió las faldas y subió apresuradamente tras la familia.

Rainer dejó el cuerpo inerte de su amante sobre la cama, el corazón le latía frenético y en todo lo que podía pensar era en que la estaba perdiendo. Su vestido estaba desgarrado y ensangrentado en el punto en el que había una

marca de cuchillada en el vientre, su mano izquierda había estado aferrando un viejo medallón dorado con motivos florales que nunca antes había visto, el rostro de la muchacha estaba absolutamente blanco y pálido, sus labios generalmente rosados estaban blancuzcos y tenía las manos heladas.

—Cat, pequeña —insistió en llamarla, tratando de llegar a ella.

—Ha perdido mucha sangre —murmuró lady Freija.

Los ojos de su madre se clavaron un instante en los de él con un obvio reproche que prometía una larga charla en el futuro, pero por ahora, la mujer se remangó y empezó a impartir órdenes a doncellas y lacayos por igual, haciéndose cargo de la muchacha para empezar a desvestirla y localizar el lugar exacto de la herida.

—Voy abajo a esperar al doctor —ahora fue el padre de Rainer quien habló, dejando a Rainer y a su esposa, antes de cruzarse con su hija en el umbral de la puerta y dedicarle una mirada de advertencia—. Ayuda a tu madre.

Brianna asintió sin decir una sola palabra más y entró a la habitación intercambiando una nueva mirada con su madre quien asintió y miró a Rainer a su vez.

—Se va a poner bien —murmuró lady Freija tomando la mano de su hijo, quien no se había separado del lado de la muchacha y parecía mortalmente pálido—. Debes salir para que pueda desvestirla y limpiarle la herida hasta que venga el doctor.

Rainer miró a los ojos a su madre y negó con la cabeza.

—No voy a moverme de aquí —negó con absoluta convicción.

—Rain, no es el momento para...

—No voy a dejarla, madre —respondió él, sus palabras encerraban algo más que la respuesta a su petición.

Lady Freija puso los ojos en blanco y se volvió hacia su hija.



—Consigue unas tijeras, no quisiera causarle más daño —murmuró mientras echaba una mirada de advertencia a su hijo y empezaba a desvestir a la muchacha.

El doctor llegó una hora después impartiendo órdenes como un general, pidiendo a los hombres que se mantuviesen fuera mientras examinaba a su paciente. Esta vez Rainer no tuvo más opción que obedecer, y acompañado por su padre salió al corredor, donde se pasó el tiempo caminando de un lado a otro mientras el médico examinaba a la muchacha.

Ragnar miró a su hijo mientras caminaba de un lado a otro, tenía la camisa manchada con la sangre de la muchacha, pero era la desesperación que había en su rostro y en sus ojos lo que despertó su curiosidad.

—¿Cómo es posible que estuviese en la calle y sola a estas horas?

La pregunta que lanzó Ragnar hizo que Rainer se volviese hacia su padre y negó con la cabeza.

—No lo sé —tuvo que admitir. No entendía que hacía Cat fuera de la casa a esas horas, ignoraba el motivo que la había llevado a marcharse sin decir nada a nadie, como si quisiera huir. A su mente llegó el altercado de la tarde anterior, pero se negó a pensar en que ese fuera el motivo—. Apenas llevamos un par de días en Londres, no ha tenido tiempo de hacer amistades...

—Una hora curiosa para visitar amistades —respondió Ragnar con ironía.

Rainer se volvió hacia su padre, nunca había dado explicaciones de sus amoríos y no iba a comenzar ahora.

—Ahora entiendo tu enigmática respuesta —murmuró entonces mirando a su hijo—. No me sorprende. Ella es hermosa, pero la belleza en una mujer no lo es todo, Rainer.

—No amo a Elisabeth, jamás la amé —negó Rainer queriendo dejar clara su postura—. Ayer la visité para poner las cosas en claro.

El hombre arqueó una ceja.

—¿Y lo conseguiste?

Rainer suspiró y negó con la cabeza.

—¿Cómo pude equivocarme tanto con una persona, padre?

—¿Qué quieres decir?

Rainer recordó claramente la conversación mantenida el día anterior con su ex amante, como la mujer pareció sorprendida al principio y luego lo achacó todo a una broma, y cuando vio que él no bromeaba, se había puesto en actitud humillada, pero era el brillo que había visto en sus ojos el que lo llevó a pensar que estaba realmente equivocado con aquella mujer, quizás había sido esa misma fachada lo que lo había tenido engañado.

—Nada —negó, no quería enlodar la imagen que tenía su familia de esa muchacha sin tener más que sospechas al respecto—. Catherine no es Elisabeth, no se parecen en nada...

—Entiendo que eso es algo bueno —aceptó el hombre permitiendo que Rainer hablase libremente.

Rainer volvió la mirada hacia su padre y asintió.

—Lo es... creo... que sí, lo es.

Ragnar tomó una profunda respiración y se acercó a su hijo.

—Cuéntame de ella, ¿de dónde ha salido? ¿Quién es? —lo animó, tratando de distraerlo.

Rainer se pasó una mano por el pelo.

—Una inocente, padre —murmuró Rain sacudiendo la cabeza—. Una inocente que por mi maldito orgullo e irrefrenable deseo de poseerla la he conducido a los brazos de la muerte.

—¿La crees débil?

Rainer negó, mirando a su padre. Entendía lo que quería decirle.

—No. Ella es una luchadora.

—Entonces, vivirá para seguir luchando.

Rainer lo miró con dolor.

—Eso espero —respondió él volviendo la mirada hacia la habitación en la que se encontraba ella—. Por el Todo Poderoso que está en el cielo, eso espero, papá.

Asintiendo, apoyó la mano sobre el hombro de su hijo y le dio un firme apretón antes de que se abriera la puerta y saliese el médico secándose las manos. Ambos hombres corrieron hacia él.

—¿Cómo está? —preguntó Rainer mirando al médico y a la habitación.

El médico se tomó un momento y asintió.

—Ha perdido mucha sangre, por fortuna, la herida no es profunda —explicó, volviendo su mirada hacia los hombres—. Se la he cosido y la he desinfectado. Le he dado instrucciones a Lady Freija de que deben mantener la herida absolutamente limpia para evitar infecciones, no descarto que le pueda subir la fiebre. No voy a mentirle, Lord Brightmore, la muchacha está débil, si aguanta los próximos días, saldrá adelante.

Rainer no esperó a oír más, dejó al médico y se precipitó a la habitación donde Lady Freija estaba recogiendo junto con una doncella todos los paños ensangrentados y la ropa de Cat, quien dormía ahora tranquila en la cama. Su pálido semblante, se veía enfatizado por el oscuro color de su pelo. Muy lentamente, con miedo a hacerle daño, se acuclilló junto a la cama, tomando la mano inerte de la muchacha entre las suyas para llevársela a los labios.

—El doctor ha dicho que se pondrá bien si la herida no se infecta —le susurró la madre acercándose a él.

Rainer se limitó a asentir, su mirada estaba fija en ella.

—Se pondrá bien, hijo.

Repitiendo el gesto, aferró su mano y le besó los dedos antes de llevársela a la mejilla.

—Esto es lo que tenía aferrado en la mano, lo he limpiado lo mejor que he podido —respondió entregando a Rainer el medallón de la chica—. Hacía años que no veía una pieza así, pensé que ya no quedaba ninguna.

Rainer se volvió a su madre, mirando el medallón.

—¿Qué quieres decir?

—No es nada importante —negó ella besando al hombre en la mejilla—. Me ocuparé de que preparen un poco de caldo para cuando despierte, debe comer para poder regenerar la sangre.

Rainer asintió.

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó ahora Brianna, que hasta el momento había estado en absoluto silencio.

—Ve a ocuparte de Helia —le dijo su madre indicándole la puerta con una sonrisa—. Si te necesito, te llamaré para que me releves.

Asintiendo, la mujer echó un último vistazo a la cama y luego a su hermano para finalmente negar con la cabeza y salir por la puerta para comprobar a su hijita.

—Deberías haberla dejado con su marido —fue la seca respuesta de Rainer.

—Rain, es tu hermana —le recordó su madre.

—Y Asgard su marido —le respondió de igual manera. Aunque amaba a su hermana con todo el corazón, conocía su vena aventurera y su marido era el único capaz de mantenerla en cintura. El amor que se tenían esos dos era tan fuerte como imposible.

—Iré a ver eso —respondió, sin querer darle más vueltas—. Si ocurre alguna cosa...

—Gracias —fue todo lo que dijo, su mente ahora mismo solo podía centrarse en una cosa, en ella.

Con un suspiro, la dama hizo una seña a la doncella y ambas abandonaron

la habitación dejándolos solos. Rainer besó nuevamente la mano que sostenía y acarició la tersa mejilla femenina con sus nudillos.

—No me dejes, Cat, todavía no ha llegado el momento de separarnos —le susurró contemplándola—. Quizás, nunca llegue, gatita.

## CAPÍTULO 13

La luz del mediodía inundaba la habitación cuando Cat despertó, sus ojos se movieron espasmódicamente, aleteando contra la brillante claridad mientras trataba de orientarse en medio del sopor que sentía, se lamió los labios notándolos reseco, intentó tragar saliva solo para comprobar que el hacerlo le suponía un enorme esfuerzo, se sentía agotada, con el cuerpo cansado y un tirante dolor en el abdomen. Poco a poco su vista se fue acostumbrando a la claridad hasta que pudo situarse, encontrándose en su dormitorio, arropada apretadamente mientras oía ruidos procedentes del vestidor.

—¿Mi... Milly? —probó a articular, esperando que fuera la adolescente que Rainer le había asignado como doncella.

Cat oyó un cambio en la rutina, así como la rapidez de unos pasos un instante antes de que una mujer de brillantes ojos verdes y una larga trenza color castaño cayéndole sobre un hombro, apareciera con unas mudas en las manos. La mirada de aquella extraña se dulcificó al posarse en ella, había algo en su rostro que era familiar para Cat pero no conseguía situarlo. La mujer dejó las mudas sobre una de las tapizadas sillas y caminó hacia el lecho, ahora que la tenía cerca se daba cuenta de que no era una mujer menuda, y su rostro, pese a tener algunas arrugas propias de la edad, conservaba un aspecto joven y juvenil.

—Al fin despiertas, pequeña —murmuró la mujer acercándose a su lado, dejando que su suave mano reposara sobre la frente de la muchacha mientras se tocaba la suya propia—. Ya no tienes fiebre. ¿Cómo te encuentras?

Cat la miró con detenimiento, preguntándose quién sería ella, la dama estaba vestida con un hermoso traje marrón que hacía resaltar el color de su cabello y hermosos ojos, nuevamente se lamió los labios y respondió.

—Cansada —respondió Cat echando un rápido vistazo a su alrededor, para luego intentar incorporarse solo para gemir ante el tirante dolor en un lado de su abdomen.

—No, no, no —la detuvo la mujer—. Debes permanecer acostada o se saltarán los puntos, has estado muy grave.

Cat parpadeó tratando de alejar las lágrimas que habían acudido a sus ojos causadas por el dolor.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó todavía confusa.

—¿No lo recuerdas?

Cat frunció el ceño, su mente parecía estar embotada.

—No estoy segura... —su mirada volvió nuevamente a mirar a su alrededor—. ¿Dónde está Rain?

—Ha salido a buscar a Noah, se ha negado a abandonar tu lado en los últimos cinco días.

Cat abrió los ojos desmesuradamente, negando con la cabeza.

—¿Cinco días?

La mujer asintió.

—Has estado muy enferma, pequeña, has perdido mucha sangre y a pesar de que intentamos mantener la herida lo más limpia posible, te dio fiebre —aseguró la mujer con dulzura—. Has estado postrada en esta cama los últimos cinco días.

Cat se llevó una temblorosa mano a la cabeza, frotándose la frente en un intento de recordar lo que había pasado.

—Mi medallón —recordó entonces con un sobresalto, mirándose las manos y a su alrededor hasta que notó algo golpeando contra su pecho con

cada movimiento. Bajó la mirada y encontró aquella importante pieza de su pasado colgando de una fina cadena de su cuello, hundiéndose discretamente dentro del canesú de su camión. Aferrándose a él con ambas manos dejó escapar el aire y envió una plegaria a los cielos—. Intentaron robármelo. Ese maldito hijo de lagartija pensó que se saldría con la suya.

La mujer pareció sorprenderse cuando oyó el exabrupto saliendo de los labios de Cat, lo que hizo que la muchacha se sonrojara y apretara los labios.

—Lo siento, no debería decir algo así delante suya.

La mujer negó con la cabeza y sonrió lentamente.

—Está bien, todas tenemos momentos en los que perdemos la compostura —aceptó la mujer, tomando asiento a un lado de la cama y estirando una mano hacia el colgante de Cat, deteniéndose antes para mirar a la muchacha y pedir permiso. Cat apartó lentamente la mano para permitirle tocar el dije—. Es una pieza muy hermosa y poco común.

—Pertenece a mi madre —respondió Cat suavemente, o eso es lo que quería creer.

—¿Ella ya no está con nosotros? —preguntó con tacto.

Cat sacudió la cabeza.

—No lo creo —negó con un ligero encogimiento de hombros—. Me abandonó cuando era muy pequeña.

Aquello pareció sorprender al mismo tiempo que conmover a la mujer.

—Lo lamento.

Cat asintió en agradecimiento y miró nuevamente a su alrededor, a donde la mujer había dejado su ropa interior, la mujer siguió su gesto con la mirada y asintió.

—Hemos intentado que te sientas lo más cómoda posible —aseguró la mujer, entonces frunció el ceño—. Espero que no seas de esos ingleses que tienen prejuicios en contra de la pulcritud.



—Adoro bañarme —respondió Cat con una sonrisa—. Si no sintiese que podría romperme en mil pedazos, es lo que más me apetecería ahora mismo.

Sonriendo, la mujer le palmeó la mano y se puso en pie.

—El doctor dejó instrucciones de que no humedeciésemos la herida —le explicó la mujer echando las sábanas a un lado—. Así que tendrás que recurrir a un paño para asearte.

Ella se sorprendió con la disposición de la mujer, había olvidado cuando alguien se había portado así con ella, preocupándose de su bienestar sin pedir algo a cambio. En su mente parecía ser algo tan lejano que casi pensaría que no era más que una fantasía.

—Mejor eso que nada —aceptó Cat quien empezaba a estar completamente agotada con tan solo un poco de charla.

Como si lo presintiera, la mujer volvió a arroparla y le apartó un mechón negro que había escapado de su gorro de dormir de la cara.

—Haré que suban agua caliente y unos lienzos limpios —le dijo antes de quedarse mirándola con intensidad durante un largo tiempo—. Tengo la sensación de que va a ganar con el cambio.

Cat la miró sin entender, entonces la mujer sonrió y Cat se sorprendió pues no era la primera vez que veía esa sonrisa, ese gesto, en un rostro masculino.

—Usted... usted es la madre de Rainer —murmuró la chiquilla abriendo desmesuradamente los ojos.

Freija pareció sorprenderse durante un instante, entonces se acarició el mentón.

—Vaya, sabía que se me había olvidado algo —aseguró la mujer con despreocupación, entonces sonrió y asintió—. Sí, soy Freija, la madre de ese tunante.

Freija sonrió al ver la mirada azorada en la sorprendida chiquilla, porque eso era lo que era, apenas una niña con unos hermosos y enormes ojos

dorados y una forma de hablar un tanto peculiar. No era de extrañar que su hijo se hubiese encaprichado con ella, pero alojarla en su propio hogar, aquello no lo había hecho ni siquiera con Elisabeth. Lo que Rainer había hecho al traer a esta muchacha a su casa de soltero, había sido un acto imprudente para con la sociedad en la que había decidido vivir.

Su hijo apenas había abandonado su lado en los pasados cinco días. Si aquella mañana había salido había sido únicamente porque Noah había aparecido con noticias sobre el asalto. Desde el momento en que la había atendido el doctor, Rainer se había dedicado en cuerpo y alma a buscar a quien quiera que le hubiese hecho aquello a la mujer, a juzgar por los hechos, estaba claro que la pequeña había sido asaltada, muy posiblemente y como así habían corroborado sus palabras, para robarle aquel medallón.

Sacudiendo aquellos peregrinos pensamientos de la cabeza, se volvió hacia la puerta y se detuvo con la mano sobre el pomo.

—Haré que suban un poco de caldo —le dijo la mujer con una dulce sonrisa—. Estos últimos días apenas hemos podido darte un poco de agua y necesitas recuperar fuerzas.

Cat no discutió, se limitó a permanecer allí tumbada sobre los almohadones, contemplando a la dama que era la progenitora de su amante.

—Se lo agradezco —murmuró ella, a quien empezaban a pesarle nuevamente los párpados.

Dedicándole una ligera inclinación de cabeza, Lady Freija abandonó la habitación dejando a Cat sola con sus pensamientos.

Rainer tomó nuevamente la copa, la agitó y se quedó mirando el líquido ambarino del licor mientras se sumía en sus pensamientos, una rutina que había adquirido durante los últimos cinco días. Cada vez que abandonaba la habitación de Catherine se reunía en la biblioteca con los hombres, Ragnar se

limitaba a contemplar a su hijo, mientras Noah, quien había estado visitando regularmente la casa desde que le llegó la noticia, se dedicaba a mirar a su amigo y tirarle de cuando en cuando de la lengua. Aquella mañana ambos habían salido nuevamente para intentar encontrar alguna pista de lo que podría haberle sucedido a Cat, pero nadie parecía saber nada y Rainer tampoco estaba dispuesto a exponerla a ella a habladurías.

Acercándose el vaso a los labios le dio un buen trago y suspiró, su mirada volviendo hacia el techo, como si pudiese perforarlo y ver más allá.

—¿Todavía no ha despertado? —preguntó Noah en voz baja hacia el padre de Rainer. El hombre negó con la cabeza e indicó a su hijo con un gesto de la barbilla—. Temo que será él quien acabe enfermando si esto continúa así.

Noah no podía estar más de acuerdo con el hombre, su amigo había cambiado radicalmente en los últimos días. La preocupación que tenía por aquella muchacha superaba con creces cualquier interés anterior que pudiese haber tenido hacia Elisabeth o cualquier otra mujer.

—Os agradecería que no hablarais de mí como si no estuviese —les dijo Rainer volviéndose hacia los dos hombres.

—Hay momentos en los que no estoy seguro de si estás con nosotros o no —le espetó el padre dejando el vaso sobre el aparador—. No sé si tu madre te lo habrá dicho, pero Brianna ha estado viendo a Elisabeth. Al parecer, la muchacha está desolada.

Rainer le dedicó una mirada de suficiencia a su padre.

—Apostaría a que sí y que se estará muriendo de dolor y esas fruslerías femeninas, a pesar de que conserva la maldita casa que le compré y le aseguré que le entregaría una considerable suma de dinero si decidía casarse. Demonios, incluso le ofrecí buscarle marido —respondió Rainer malhumorado.

—¿Te ofreciste a buscarle marido? —a Noah la idea le parecía graciosísima.

—¿Qué esperabas que hiciera?

—¿Sinceramente? No creo equivocarme si digo, que al igual que todos, esperaba que terminases casándote con ella y no encaprichándote de una muchachita a la que sacaste de la calle... y que ambos sabemos de dónde provenía realmente.

—Cuidado, Lambrick —la voz de Rainer se tornó dura, oscura—, nuestra amistad no te da permiso para insultarla.

Noah resopló.

—Oh, por favor, Rainer —resopló cansado de esa actitud beligerante por su parte cada vez que hablaban de la mujer—. No hay color entre ambas. Te lo he dicho, diviértete con ella, búscale una maldita casa y visítala allí, pero sácala de tu casa.

—En eso debo estar de acuerdo con Lambrick, Rainer —añadió Ragnar—. En cuanto la muchacha se recupere, deberías instalarla en otro lugar... ni siquiera en Inglaterra está bien visto que un hombre de tu posición tenga a su querida en su hogar. Es tu vida, hijo, y no voy a meterme en ella, sólo te aconsejo que tengas prudencia.

Rainer hizo oídos sordos, lo primero era que Catherine se recuperara, que abriera los ojos, con un demonio, durante los últimos cinco días la pobrecilla no había hecho más que delirar con fiebre muy alta, para su sorpresa incluso lo había llamado a él. La necesitaba, deseaba desesperadamente ver aquellos ojos dorados, saber que se pondría bien, aquel deseo parecía opacar a todo lo demás. Rainer retomó el comentario hecho por Ragnar con referencia a Elisabeth.

—Brianna puede visitar a Elisabeth si le place —respondió Rainer mirando a su progenitor—, siempre ha sido una buena amiga para ella y sé

que usted y madre le tienen aprecio, padre. Pero ésta es mi casa, agradecería que en la medida de lo posible, sus visitas aquí fuesen lo más reducidas posibles.

Ragnar alzó la barbilla, frotándose la barba rubia que cubría su mentón.

—¿Estás seguro que es realmente lo que quieres? —le sugirió el hombre con una intensa mirada—. Si se tratase de tu esposa, los dioses saben que esperarías de ti la fidelidad que se debe, la misma que le proceso a tu madre...

—Usted ama a mi madre, padre —le recordó Rainer. En cierto modo, siempre había envidiado la manera en que sus padres se querían y cuidaban el uno del otro. Su padre había sido un auténtico calavera en su tiempo, había tenido amantes, queridas, pero cuando conoció a su madre y supo que ella era la única, jamás había tenido ojos para nadie más.

—Y es precisamente ese sentimiento el que me mantiene fiel y leal a ella —aceptó el hombre con absoluta convicción.

—No irás a decirme que te has enamorado de esa anodina muchachita —intervino Noah echándose a reír sin poder evitarlo.

Rainer se tomó el resto de su vaso de un trago y lo dejó sobre la mesa, iba a responder a la provocación de Noah con una propia cuando llamaron a la puerta de la biblioteca y acto seguido entró Grayson, el mayordomo con su habitual postura erguida.

—Les ruego disculpen mi intromisión, milores —dijo el mayordomo con una profunda inclinación antes de dirigirse a Rainer—. Lady Freija me ha pedido que les comunicase que la Madame Avery ha despertado, su señoría.

—Cat —murmuró con aliento contenido antes de salir por delante del mayordomo a toda prisa, directo a las escaleras que llevaban al primer piso.

—No creo equivocarme si digo que «eso» responde adecuadamente a la pregunta —aseguró Ragnar mirando a Noah, quien suspiró profundamente.

—No, creo que no.

—¿Habéis logrado averiguar algo sobre lo sucedido? —preguntó nuevamente Lord Ragnar.

Noah volvió a negar con la cabeza.

—No hay ni una sola pista —aceptó el duque—. Pero todo indica que ha podido tratarse de un asalto, de otro modo, no habría resultado herida de esa manera. Rainer insiste en pensar lo mejor de esa muchacha, pero, la realidad es otra y apuesto a que esa mocosa conoce lo suficientemente bien las calles de Londres para saber donde debe moverse. No, si el medallón que dijo Rain que aferraba entre sus manos es realmente suyo, debió de luchar con uñas y dientes para retenerlo.

—Yo mismo he visto ese medallón —aceptó Ragnar frotándose nuevamente el mentón—. A mi esposa le llamó la atención, está convencida de que lo ha visto anteriormente en algún lugar, se ha esforzado por recordar, pero no consigue situarlo. Ella piensa que es importante. A juzgar por la calidad y el acabado del mismo, opinaría lo mismo.

—Es posible que sea robado —sugirió Noah sin darle muchas vueltas.

Ragnar se quedó mirando a Noah durante un instante.

—No he preguntado a mi hijo de donde ha sacado a esa muchacha, pero empiezo a pensar que quizás debiese haberlo hecho —aseguró mirando al duque con los ojos entrecerrados—. ¿Qué sabemos exactamente de la dama, Lambrick? ¿Quién es ella en realidad?

Noah le devolvió la mirada al noruego y se encogió graciosamente de hombros.

—Quizás sea hora de que piense en preguntarle directamente a Rainer, milord —respondió él con una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—¿Y oír nuevamente toda esa historia de la viuda? —sonrió a su vez Ragnar—. Admiro su lealtad para con mi hijo, Lambrick y eso me tranquiliza al mismo tiempo. Rainer puede haberse criado a caballo entre dos países y

dos culturas diferentes, pero sigue siendo solo un hombre.

—Un hombre con más recursos que la mayoría, Ragnar —aseguró Noah satisfecho—. Y ahora, si me disculpa, tengo unos asuntos de los que encargarme.

—Por supuesto —aceptó el hombre—. Le acompaño.

Estaba pálida, sus ojos en otra hora refulgentes de un intenso dorado se veían agotados y sin brillo, unas profundas sombras negras se abrían cual medialunas bajo sus ojos, alguien le había peinado el cabello atándoselo con una cinta de raso blanco en una elaborada trenza a juego con el nuevo camisón que él mismo había elegido para ella después de su llegada a Londres. A pesar de todo, se veía hermosa recostada en las almohadas, hablando, o más bien, escuchando a su madre.

—La herida está curando bien, ya no tiene los bordes rojos y no hay infección lo cual es algo muy bueno —oyó la melodiosa voz de su madre mientras hablaba con Catherine—. Ahora debes alimentarte bien para recuperarte lo antes posible.

—No pensé que algún día diría esto pero, creo que no sería capaz de ni llevarme una sola cucharada de sopa a la boca —la voz de Cat era muy suave, cansada, un tono que Rainer nunca había escuchado en ella—. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—En tal caso, deberías cerrarlos y descansar un poco más —la voz masculina atrajo la mirada de las dos mujeres hacia el umbral de la puerta. El corazón de Rainer se saltó un latido cuando sintió aquellos ojos ambarinos sobre él y el rostro de la muchacha iluminándose. Tratando de mantener las formas delante de su madre, se obligó a caminar pausadamente antes de inclinarse sobre la mujer y tomando su mano depositó un beso en sus nudillos, aunque su mirada estaba fija en Cat.

—Pues si que te has dado prisa en subir —ronroneó Lady Freija levantándose del lado de la cama en el que había estado sentada, para luego señalar a Cat—. Llegas en el momento justo, estaba diciéndole a Catherine que la herida va sanando bien y que debería comer algo para recuperar fuerzas, así que, ya que estás aquí, la dejaré a tu cuidado mientras bajo a la cocina y veo que hayan seguido mis instrucciones al pie de la letra. Y procura que no se duerma con tus historias, querido, dios sabe que yo lo hago.

Rainer arqueó una ceja en respuesta y negó con la cabeza antes de darle un beso a su madre en la mejilla y dejarla marchar, agradeciendo silenciosamente el que le dejara estos momentos a solas con la muchacha.

La puerta se cerró en el mismo instante en que Cat estiró lentamente y con esfuerzo su mano sobre la cama en su dirección. Rainer la tomó y se sentó ocupando el lugar en el que había estado su madre, acercándose mucho más a ella.

—Lo siento —la oyó murmurar—. Todo esto ha sido culpa mía.

Él acarició sus dedos con el pulgar, su mirada fija en la de ella, examinándola, maravillándose de que por fin estuviese despierta.

—Nos has dado un buen susto a todos —respondió él, su voz sonó distante, pero no tan fría y dura como hubiese querido. Por más que deseara sermonearla por su imprudencia, estaba demasiado agradecido por verla con vida. Le acarició el rostro delineando sus planos con los dedos, ahuecándole la mejilla en su palma—. Casi te pierdo. Maldición, Cat, casi te pierdo.

Una única lágrima se deslizó por la mejilla femenina, ella no tenía ni fuerzas para limpiársela, su mirada seguía puesta sobre él.

—No quería que ocurriera esto, yo pensé... —Cat negó con la cabeza—. Somos distintos, Rain, yo no pertenezco a tu mundo... lo ocurrido con esa mujer... la modista...

—Milly me explicó lo ocurrido —la atajó, no quería oírlo—. Lo que esa



mujer insinuó, no lo sabía, Cat... te juro que no lo sabía, de otro modo jamás la habría dejado entrar en esta casa.

Ella negó con la cabeza y se escurrió un poco más en las almohadas.

—Eso no evita que sea verdad, yo no soy una dama, nunca seré una dama —negó con un cansado suspiro—, aunque me vistas de sedas y encajes, siempre seré... lo que siempre he sido... una ladrona... una rata callejera.

Cat se movió incómoda, entonces desvió la mirada hacia la puerta.

—Tu madre me ha dicho que estuve inconsciente durante casi cinco días —continuó ella—, no sabía que estaba aquí... ella... es una mujer agradable.

—Es una mandona —le aseguró Rainer como si le hiciera una confidencia, y le secó las mejillas con los pulgares—. Pero tú le has gustado, ha estado cuidándote todo este tiempo.

Ella lo miró.

—Dijo que fuiste tú, el que no se separó de mi lado.

Él asintió y le acarició el rostro.

—No vuelvas a hacerme algo como esto, pequeña gatita —aquello fue más una súplica en sus labios que una verdadera petición—. Ha sido algo imprudente de tu parte, ¿qué demonios hacías fuera a esas horas? ¿A dónde fuiste? ¿Qué ocurrió?

Cat se llevó la mano al cuello donde colgaba el medallón oculto entre sus pechos, tiró de la cadena hacia arriba haciendo una mueca y lo dejó caer sobre su canesú.

—Pensó que podría robarme lo único que me queda de mi pasado —murmuró ella acariciando el colgante—. Nunca esperé volver a toparme con él... al principio no me reconoció... si tan solo no hubiese salido...

—¿Quién fue, Catherine? —le preguntó alzando su barbilla lentamente—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Earl Watson —murmuró ella con cansancio—. Él hombre que me

educó en las calles, quien me enseñó a robar y a escapar del cuero de su cinturón y sus palizas... el mismo maldijo hijo de puta por el que terminé en prisión. Volví a toparme con él y no aceptó que me esté yendo bien por mi propia cuenta. Quiso hacerse con mi medallón, yo luché y en algún momento, esa sucia navaja se hundió en mi carne.

—Voy a matarlo —masculló Rainer apretando la mano femenina entre las suyas, llevándosela a los labios, besándole los dedos.

Cat negó con la cabeza y miró a Rainer.

—No te ensucies las manos con escoria, Rain —pidió Cat—. No... no soportaría ver que acabas en prisión... por mi culpa.

—Te ha hecho daño, Catherine —le recordó Rainer, encendiéndose el mismo ante el recordatorio—. Casi te desangras hasta morir.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Estoy cansada, Rain... —susurró, le pesaban demasiado los párpados—. No... hagas ninguna tontería.

—¿Qué no haga tonterías? Mira quien me lo está diciendo —repuso él con cierta mofa—. ¿Quién fue la que huyó a hurtadillas de la casa? ¿Quién se expuso al peligro por iniciativa propia? ¿Por qué, Cat? ¿Por qué quieres abandonarme?

Ella hizo un esfuerzo considerable por alzar la mirada y mirarle a los ojos. Allí se veía todo el dolor y la desilusión que le había causado y aquello solo consiguió que Cat se sintiese más miserable.

—Porque no quiero enamorarme de ti —confesó ella, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. No quiero, Rain, no quiero que te conviertas en alguien tan importante para mí. Si me quedo... si me quedo antes o después me destruirás.

Rainer se quedó helado ante la admisión de la mujer.

—¿Destruirte? —él negó con la cabeza.

Cat suspiró.

—Soy una ladrona, Rain, nunca encontrarás la dama que buscas en mí —negó ella—. Tienes un hogar, una familia, amigos, no los echés a perder por mí. Yo no merezco la pena, ni siquiera lo merecí para ella.

Rainer vio como Cat acariciaba el medallón y supo que la muchacha estaba hablando de su propia familia. Quizás aquella mujer que la había traído al mundo solo para abandonarla cuando más la necesitaba. Como la gente del orfanato que la crió y la echó a la calle cuando tuvo la edad suficiente para trabajar, solo para encontrarse nuevamente sola cuando habían intentado abusar de ella. Cat había estado siempre sola...

—No, gatita —negó Rainer inclinándose a su altura—. Tú mereces la pena más que nadie. No permitiré que te alejes de mi lado, Cat, voy a cuidar de ti y nada de lo que digas o hagas va a hacerme cambiar de idea. Podrás llevarme al límite, volverme loco con tus continuas idas y venidas, pero nunca permitiré que te alejes de mí. Yo sí voy a cuidar de ti.

Ella le sonrió apenas.

—No sabes lo que estás diciendo, milord —musitó ella con cansancio—. Ya lo discutiremos en otro momento.

Él la arropó con cuidado, permitiéndole que se durmiera, estaba agotada, llevaría tiempo que se repusiera, pero ella no se iría, no se lo permitiría, aunque para ello tuviese que encadenarla a él.

—No hay nada que discutir, mi *Gata Ladrona* —le susurró al oído antes de depositar un casto beso en su frente—. Yo siempre consigo aquello que deseo y ahora eso eres tú.

## CAPÍTULO 14

—Deberíamos haber cogido el faetón —insistió Rainer por enésima vez mientras caminaba lentamente a su lado—. No estás totalmente recuperada, te estás agotando.

Cat puso los ojos en blanco e ignoró la diatriba de Rainer tal y como lo venía haciendo desde que habían dejado la casa. El Conde de Brightmore la había sorprendido aquella mañana elegantemente vestido para salir, Cat estaba empezando a acostumbrarse poco a poco a ver a Rainer ataviado como el aristócrata que era, siempre bien vestido, siempre pulcro la ropa cara no hacía sino aumentar su atractivo. Sus anchos hombros rellenaban perfectamente la chaqueta y el chaleco que llevaba en aquellos momentos rivalizaba con el tono azul de sus ojos, era un hombre guapo y muy varonil cuya pasión arrolladora ella había comprobado de primera mano. Rainer había llamado aquella mañana a su puerta cuando ella batallaba con su madre para poder dejar la cama, la dama había ejercido el papel de enfermera más allá de sus deberes, y solo recientemente había permitido que fuese Milly, su doncella, la que le cambiase los vendajes. Cuando él había entrado en la habitación, Cat se había encontrado delante del tocador, vestida con un suave traje color crema y azul oscuro que había arreglado la señora Winney para ella mientras su doncella la peinaba, Rainer había cruzado la mirada con ella a través del espejo haciéndola sonrojar, durante toda su convalecencia la cual fue algo más de dos semanas, él se había presentado en su dormitorio siempre y cuando hubiese alguien presente, acompañándola a tomar el té, en las

comidas y en las cenas, pero se había mantenido especialmente distante debido a su herida. Poco podía saber él, que el deseo corría igualmente por sus venas deseando lanzarse a sus brazos de modo que pudiese olvidarse de todo lo que no fuese él. El deseo entre ambos seguía a flor de piel.

Entonces la había saludado con corrección y la había invitado a dar un paseo por el parque, aludiendo a su necesidad de respirar aire y que le diese un poco el sol. Cat seguía preguntándose aún ahora donde era que Raine había visto el sol, llevaban algo más de cuarenta minutos paseando por Hyde Park y todo lo que había visto sobre su cabeza era un cielo encapotado y gris.

—Lo que se me está agotando es la paciencia, milord —respondió ella en un bajo susurro, echando un vistazo a su alrededor, entonces se volvió hacia él y posó su mano libre sobre el brazo de él—. Estoy perfectamente bien, Rain. Cuando esté cansada, te lo diré, nos sentaremos en algún lugar a descansar y podrás sermonearme sobre mi poco juicio o la falta total de él. Mientras tanto, querido, déjame disfrutar de este paseo.

Rainer suspiró con fingida resignación, cubrió la mano que se enlazaba en su brazo con la otra y se la llevó a los labios.

—Como vos digáis, miladi.

Ella sonrió y se permitió contemplar el paisaje, correspondiendo a los saludos de las parejas con las que se cruzaban y los miraban con una mezcla de curiosidad y especulación.

—Sin duda, esta noche vas a ser la comidilla de todas las fiestas —susurró Cat en voz baja mientras observaba a una matrona con su hija paseando con un perrito de color canela de origen dudoso—. Quizás debiésemos haber escogido otro camino.

Rainer miró a su alrededor dejando en su rostro una aburrida mirada y se inclinó hacia ella en actitud cómplice para susurrarle.

—No son más que buitres revoloteando a nuestro alrededor, ignóralos —le

susurró al tiempo que le dedicaba la sonrisa más encantadora que había visto en esos apetitosos labios—. ¿Estás segura de que no estás cansada?

Cat puso los ojos en blanco, con aquel hombre era imposible negociar, haciendo caso omiso a su pregunta se fijó en una dama sentada en un banco que estaba rodeada de hombres jóvenes, los cuales reían con ella, a Cat le llamó la atención el precioso vestido que llevaba puesto, el cual se alejaba bastante al corte napoleónico de la época.

—¿Quién es? —musitó para sí, sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta.

Rainer escuchó su comentario y siguió la mirada de Cat hasta encontrarse con Lady Selfton, una de las Patronas del famoso y exclusivo Almack's. La mujer era conocida por sus numerosos admiradores, los cuales parecían acompañarla a todos lados.

—Es Lady Selfton —le dijo él, contemplando con desinterés a la dama—. Una de las Patronas del Comité de Almack's. En pocas palabras, una de las mujeres más influyentes ahora mismo en la aristocracia londinense.

Cat miró a Rainer al oír el deje de indiferencia en su voz y sonrió.

—Es hermosa.

—Es un pavo real —respondió él con un ligero encogimiento de hombros—. Muchas plumas y nada más.

Cat no pudo evitar reír ante el desaire de Rainer para con la mujer.

—Me llamó la atención su vestido, no había visto nada parecido —comentó tirando de él en dirección contraria.

—Es una mujer un tanto excéntrica, tiende a crear tendencia entre las damas por lo que le he oído decir a mi hermana —comentó Rainer y entonces bajó la mirada hacia Cat y el bonito vestido color crema con rayas azules que delineaba su silueta—. No tienes absolutamente nada que envidiarle, muchas mujeres matarían por el exotismo que hay en ti.

Cat se rió con deleite.

—Así que, ahora soy exótica —sonrió con dulzura—. Gracias, Rain. Lo tendré en cuenta.

—En una ciudad que está plagada de ladrones, tunantes y pavos reales — él señaló discretamente a la mujer mientras continuaban camino—, tu exotismo es algo refrescante, no busques esconderlo ni parecerte a nadie más, es lo que te hace única.

Aquello dejó a Cat sin palabras y sonrojada hasta la médula.

—Y eso me recuerda, que tenemos que buscar una modista acorde a tu belleza, querida mía —le aseguró inclinándose cómplice hacia ella—. Alguien a quien no sientas la tentación de arrancarle cada cabello de su cabeza de chorlito y despedirla rápidamente.

Ella hizo un mohín al recordar el espectáculo que había montado con aquella modista que Rainer había hecho ir a su hogar para vestirla.

—No quiero a otra Madame Michaels, gracias —respondió ella con un mohín.

—Encontraremos a alguien a tu medida —le respondió riendo entre dientes—. Quizás debiésemos buscar a alguien desdentada y calva.

—¡Rain! —la amonestó ella con unos adorables rosetones en sus mejillas.

—Solamente velo por tus necesidades, querida, sólo por tus necesidades —le aseguró mientras saludaba a otra pareja con una inclinación de cabeza.

—Es usted incorregible, milord —aseguró, mientras respondía ella misma al saludo.

Rainer se volvió hacia ella con apreciación.

—Ese es otro de mis encantos.

Negando con la cabeza ante la segura respuesta de él, lo instó a seguir caminando. Cat había tenido sus reservas a la hora de aceptar este paseo, sabía que en el momento en que lo hiciera, todo el que la viera empezaría a

especular sobre su procedencia, como ya había podido comprobar por la cantidad de gente con la que se habían cruzado, Rainer no era precisamente desconocido, y las miradas de curiosidad habían estado presentes en las mujeres tanto como las de lujuria en los hombres. Tratando de hacer a un lado aquellos pensamientos se centró en contemplar los alrededores, las plantas y los arbustos que servían a los propósitos de las más osadas parejas que buscaban un lugar oculto para besarse en la intimidad, ella no había paseado nunca de esta forma por el parque, jamás había sido como aquella niña que correteaba escondiéndose tras los árboles para huir de su descuidada institutriz. Su patio de juegos había sido el hospicio y después, las sucias calles que había recorrido tantas y tantas veces viendo lo que podía robar o qué podía llevarse a la boca. Aquellas imágenes la hicieron sacudir la cabeza en un desesperado intento de borrarlas, el estómago le dio un vuelco con ese gesto y sintió un leve tirón en la zona de su herida que la hizo jadear.

—¿Catherine? ¿Te encuentras bien, querida?

—Necesito sentarme —murmuró llevándose la mano libre sobre la herida en el costado del vientre.

Rainer dejó escapar una baja maldición y la condujo cuidadosamente hacia un banco cercano.

—Te advertí que estabas todavía demasiado débil para tan larga caminata —la sermoneó ayudándola a sentarse.

—Sólo hemos dado unos pocos pasos, por dios, Rain, no te pongas melodramático —murmuró ella echando la cabeza hacia atrás para aspirar una profunda bocanada de aire—. Estoy bien, solamente ha sido una pequeña punzada, en cuanto descanse un momento estaré bien.

—En cuanto descanses un poco, volveremos al carruaje. No vas a caminar más por hoy —sentenció el hombre.

Cat puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Optó en cambio por



ignorarle.

—Me gusta este lugar —murmuró ella, contemplando todo a su alrededor.

—Hyde Park es el lugar perfecto para ver y dejar que te vean —murmuró él con cierto deje de desprecio en la voz—. Comete alguna imprudencia y mañana estará en todas las gacetas de la ciudad.

—Intuyo por el tono de tu voz que ya te ha pasado eso mismo alguna vez. Rainer no lo negó.

—Cuando te repongas por completo, y me refiero, a cuando eso sólo sea una cicatriz rosada y nada más —le dijo señalando su cintura—. Iremos a ver los fuegos artificiales a Vauxhall, en los jardines dan toda clase de espectáculos.

—Lo sé —lo sorprendió ella. Rainer se volvió para ver una mirada de lamento en los ojos femeninos—. He estado varias veces en los jardines... huyendo de Earl y sus tundas.

Rainer se volvió a ella, apretando los puños dentro de sus guantes.

—¿Te pegó alguna vez?

Ella alzó la mirada hacia él, en sus ojos estaba toda la respuesta que necesitaba.

—Si no eras lo suficientemente rápida o suficientemente buena para él, no eras nada —respondió apartando la mirada, en su voz se leía la amargura, el odio—. Si no le entregabas lo que robabas o pensaba que te habías quedado con algo, tenía una manera muy eficaz de sacarte la verdad. Al final, acababas aprendiendo a correr más rápido y a ocultarte para que no te alcanzara ni su cinturón, ni su vara... o te hiciese algo peor.

—Maldito desgraciado —musitó Rainer, ese malnacido no iba a pasar mucho tiempo en libertad. Se encargaría de ello.

Cat sacudió la cabeza y respiró profundamente antes de sonreír.

—Pero eso ya no importa —aseguró con convicción y una delicada

sonrisa estirando sus labios—. Él nunca me tendrá, nunca más voy a robar para él, por mí puede pudrirse por todo lo que resta de eternidad —entonces se volvió a Rainer y añadió—. Gracias por rescatarme, Rain.

Rainer ocultó su sorpresa y le respondió divertido.

—Vivo para servirte, cariño —se burló con una ligera reverencia.

Cat puso los ojos en blanco y sonrió, volviendo la mirada hacia el resto del paseo, fijándose ahora en un pequeña cosa peluda y redonda que se acercaba a toda velocidad emitiendo pequeños chillidos que pretendían imitar a un ladrido, unos pasos más atrás corría una muchachita vestida de blanco y azul celeste, con unos tirabuzones dorados enmarcados por el sombrero que cubría su cabeza, pero fue la voz que salió de la garganta femenina al gritarle al perro lo que hizo saltar las alarmas en Cat.

—¡Raskal! ¡Perro travieso, vuelve aquí! —gritó la niña, una muchachita de unos quince años.

—Esto no puede estar pasando —musitó Cat mirando al perro el cual se lanzó directamente hacia ellos, introduciéndose en los matorrales tras el banco con su histriónico ladrido.

—¡Celesta! ¡Te dije que dejases esa cosa en casa! —se oyó una segunda voz del mismo lugar por donde había aparecido la niña. Cat alzó la mirada y pidió que se la tragase la tierra en el mismo momento que reconoció a Ammy Balston apresurando el paso junto a la misma doncella que las había estado acompañando la noche en que conoció a ambas damas.

Cat no pudo evitarlo, gimió.

—No —susurró con gesto de dolor.

—¿Catherine? —se preocupó Rainer al ver que había perdido el poco color que tenía—. Mi vida, ¿estás bien? ¿Te duele?

Ella se volvió a Rainer y negó con la cabeza, pero su rostro seguía siendo una mueca de dolor.

—Por el amor de dios, Catherine —se enfadó Rainer, pensando que ella realmente estaba sufriendo por su herida—. Si te duele, dímelo.

—No me duele —negó ella y dispuso a hacer frente a lo que se avecinaba cuando la muchacha se detuvo ante ellos con un frenazo antes de dedicarles una rápida reverencia.

—Lo siento mucho, miladi, le juro que Raskal es bueno, ladra mucho pero nunca ha mordido a nadie —aseguró la muchacha dando por hecho que el perro había asustado a la mujer. Sus ojos azul claro se alzaron entonces para encontrarse con los de la muchacha, la sorpresa la paralizó durante un instante, antes de que abriese inmensamente sus ojos al reconocerla y echase al mismo tiempo un rápido vistazo al hombre que estaba con ella, para quedarse nuevamente trabajada, y más blanca aún.

—Ah... —la muchacha se quedó sin palabras, olvidándose ya hasta del perro que eligió ese momento para salir disparado a través de las faldas de Cat haciendo que la muchacha jadeara de sorpresa, poniéndose en pie y soltando, ahora sí un pequeño quejido de dolor.

—Mierda —masculló Cat aferrándose el costado.

—¡Celesta! Pide perdón ahora mismo —se presentó la otra muchacha, quien había reconocido a Rainer y se estaba dirigiendo ya con una leve reverencia a él—. Os pido mil disculpas, Lord Kenway, a mi hermana se le ha escapado ese pequeño tunante y ha sido imposible cogerlo.

—Lady Balston —la saludó Rainer, tomándole la mano y llevándosela a los labios—. Es un placer veros. ¿Qué tal está vuestro padre?

—Muy bien, gracias a dios, su señoría —asintió la muchacha antes de dirigir disimuladamente la mirada hacia la muchacha que estaba al lado de Rainer, quedándose totalmente sorprendida durante un breve instante—. ¿Lady Catherine?

Cat ya no sabía a quién dirigir primero la mirada, había visto la sorpresa

en los ojos de las dos damas, como también sentía la mirada de Rainer clavada en ella. Como atraída por su magnetismo se volvió hacia Rainer, quien esperaba con una obvia pregunta en sus ojos.

—¿Querida? —preguntó suavemente Rainer.

—Puedo explicarlo —musitó ella mirando a ambas damas.

—Estoy impaciente por conocer los detalles —susurró Rainer en voz baja, solo para oídos de Cat—. Lady Catherine.

—Conocí a las damas... la madrugada en la que me hirieron —murmuró ella en voz baja, intentando encontrar un punto intermedio entre la verdad y qué decir que no las involucrase a ellas.

—¿Le hirieron? —ahora fue Celesta, quien dejando de lado al molesto perro se apresuró a acercarse a Cat, en su mirada empezaba a perfilarse un profundo temor—. ¿Le hicieron daño por mi causa?

—¡Celesta! —la previno su hermana, pero ya era demasiado tarde.

—Tal parece que aquí ha pasado algo y quiero saberlo —fue la contundente pregunta de Rainer.

—Rain, no tiene nada que ver con el asalto.

—¿Le asaltaron? —ahora fue el turno de Ammy de preocuparse. En su mirada se veía un tinte de remordimiento.

Cat suspiró y se volvió hacia Rainer.

—Me encontré con ellas un poco antes de que ese imbécil intentase robarme y acabase apuñalándome —respondió ya con fastidio—. Celesta se había perdido... siguiendo a esa cosa —señaló al perro que ahora se había acercado a la niña y meneaba la cosa—. Se adentró en una zona poco recomendable, me la encontré y la conduje de vuelta y nos encontramos con Lady Balston y su doncella, quienes ya la estaban buscando.

Cat rogó interiormente que Rainer se tragase aquello, en cierto modo no estaba muy lejos de la verdad. Cat vio por el rabillo del ojo como Celesta

dejaba escapar el aire y Ammy la miraba con gratitud.

—Lady Catherine está en lo cierto, milord —se apresuró a corroborar Ammy con voz firme y una cierta candidez—. Ella volvía con Celesta cuando nos encontramos, habíamos estado muy preocupadas por ella. Mi doncella, Mary, nos acompañaba.

—Así es, su señoría —respondió la muchacha para ayudar a su señora.

Celesta atrajo entonces el tema hacia Cat al acercarse a ella y tomarla de las manos.

—¿Pero cómo fue que la hirieron? ¿Qué sucedió? —preguntó preocupada.

—Tal parece que se trató de un asalto —respondió Rainer adelantándose a Cat, dándole una pauta que seguir—. Recibió una cuchillada en el vientre, de la que todavía no se acaba de recuperar.

—Estoy bien —refunfuñó ella, sonrojándose nuevamente al ver ahora la mirada de sorpresa en las facciones de las dos muchachas—. Como es que las conoces, de todos modos.

—Las señoritas son las adorables hijas del Doctor August Balston —le respondió Rainer mirando a las dos muchachas y luego a Catherine—. Es un viejo amigo de mi abuelo y su médico de confianza.

—Mi padre tiene en gran estima al viejo conde, milord —aseguró Ammy con una suave sonrisa, entonces se dirigió a Cat—. No sabe como lamento lo que ha ocurrido, miladi. Siento que es también en parte culpa nuestra. Si no os hubieseis detenido entonces a ayudar a Celesta con... el perro... quizás no os hubiese ocurrido nada. Me siento profundamente culpable.

Cat negó con la cabeza inmediatamente mirando a Rainer y luego a ella.

—No es culpa vuestra, sólo, sucedió —negó Cat, tratando de evadirse.

La muchacha se negó a aceptarlo.

—Por favor, permítame compensarla de algún modo —insistió la muchacha tomando las manos de Cat en las suyas—. Deje que la invite

mañana a casa a tomar el té. Digamos, ¿a las 5? Enviaré a nuestro cochero a recogerla —ahora fue el turno de camelarse a Rainer—. Os prometo que no le pasará nada, no dejaremos que haga esfuerzo alguno.

Cat empezó a ponerse nerviosa, no estaba acostumbrada a aquel protocolo, jamás en su vida había ido a tomar el té a casa de nadie. ¿Y si metía la pata? Y no sólo eso, ella era la querida de Rainer, ni su esposa, ni su prometida, era su querida... ¿Cómo diablos le estaba pidiendo una dama como Ammy que asistiera a tomar el té?

—No... no creo que sea una buena idea —negó ella acercándose instintivamente hacia Rainer, alzando la mirada hacia él pidiendo ayuda.

—Allí estará, Lady Balston —le aseguró él dejando a Cat con la boca abierta, antes de atraerla a él por la cintura y dirigirse a ella—. La familia Balston es una buena amiga de mi abuelo, sé que estarás en perfectas manos, querida mía.

—Rainer... —gimió ella.

Rainer la ignoró y se volvió hacia Ammy.

—Mi prometida está un poco azorada ante las formas de la ciudad —la disculpó Rainer exhibiendo una amplia sonrisa.

¿Prometida? ¡Prometida! Cat se volvió hacia Rainer con temor. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Haremos que se sintáis muy bien, lo prometo —aseguró Ammy aceptando la versión de Rainer—. Entonces, enviaré a recogeros mañana a las cinco de la tarde.

—De acuerdo —musitó Cat, sin saber muy bien que había ocurrido. Empezaba a sentirse como una marioneta entre esos dos orquestando una estúpida reunión de té—. Allí, estaré. Gracias.

Ammy sonrió ampliamente y cogió a Celesta, empujándola hacia ella. Tendiéndole nuevamente la mano a Rainer, quien se la besó en respuesta, se

despidió de ambos.

—Ha sido un placer volver a verla, madame —aseguró Rainer, entonces miró a Celesta—. A las dos.

—El placer ha sido nuestro, milord —aseguró Ammy con una ligera reverencia, entonces se acercó a Cat y la besó en la mejilla—. Nos vemos mañana.

—Sí —respondió sorprendida por la muestra de afecto de la muchacha.

La pareja se quedó en pie, contemplando cómo se marchaban las muchachas hasta que desaparecieron nuevamente, dejándolos a los dos solos.

—¿Prometida? —preguntó Cat volviéndose hacia Rainer.

Él ignoró su pregunta, en cambio fue directo a lo que le interesaba.

—No estaban persiguiendo ningún perro, ¿no es así, querida?

Ella entrecerró los ojos, dio media vuelta y echó a andar haciendo oídos sordos también a su pregunta, como él había obviado la de ella.

—Tal parece que mañana tendré la tarde ocupada, gracias a ti —farfulló ella, llevándose la mano al costado mientras caminaba—. Tomar el té... demonios... ni siquiera sé como sostener correctamente una taza, mucho menos que hacer con el maldito meñique.

Rainer se sorprendió al oírla hablar pero no dijo nada, había algo en Cat que no acababa de encajar, ella podía haberse criado y haber vivido como una rata callejera, pero había unos modales natos implícitos en ella, como si hubiese sido educada de niña para un papel que nunca había llegado a desempeñar.

Dejando aquella absurda idea a un lado, se acercó, tomando su brazo.

—Ammy y Celesta son unas jovencitas encantadoras —le aseguró Rainer—. Te llevarás bien con Ammy.

—En maldita hora tuve que huir de tu lado —masculló ella trayendo a Rainer una sonrisa a sus labios.

—Te dije que no iba a dejarte ir, mi gata ladrona, deberías haberme hecho caso la primera vez —le aseguró Rainer mirándola a los ojos—. Nos hubieses ahorrado a los dos muchos problemas, y sobre todo, no habrías puesto tu vida en peligro.

Cat sostuvo la mirada a Rainer y suspiró.

—Sabes, pides demasiado.

Rainer negó con la cabeza.

—Solo lo justo, tesoro, solamente lo justo —le aseguró antes de echar a andar con ella hacia la salida del parque, donde podrían tomar un coche para volver a casa, de modo que ella pudiera descansar.

La bandeja con el servicio de té hizo un pequeño tintineo cuando se posó sobre la mesa, Lady Freija despidió a la muchacha que la había traído para hacerse cargo ella misma del servicio, había sido una visita inesperada, no podía decir que desagradable, pero dadas las circunstancias de las dos últimas semanas, la presencia de aquella mujer en la casa de su hijo no era algo que creyese una coincidencia. Brianna charlaba animadamente, sonriente y solícita con ella, Elisabeth siempre había sido una buena amiga para su hija, pero Freija no se engañaba, aquella mujer siempre había sido un modelo de exquisitez y buenos modales en su presencia, volviéndose algo melosa y solícita cuando estaba su hijo Rainer delante. Su posición no había sido más que la de «querida», pero se las había arreglado para hacer de aquella posición una de acomodo y cierto respeto debido a su discreción y saber estar. Otra mujer quizás habría visto un insulto en la presencia de la querida de su hijo en la propia casa, pero Freija no era una mujer cualquiera y había aprendido a lo largo de los años, que la gente se medía por la profundidad de su corazón y no por el lugar que ocupaba en la sociedad, y si no ahí estaba aquella pequeña muchacha que se había abierto paso en el corazón de Rainer.



Catherine no podía ser más distinta de Elisabeth, no solo en su físico, la muchacha tenía una frescura que muchas damas de sociedad habían perdido, un brillo intenso y vibrante que la hacía resplandecer a pesar de su delicado estado actual, su dicción podía no ser cuidada, y a menudo soltaba alguna palabra soez, pero con todo había un fondo que era innegable, uno que indicaba el comienzo de una exquisita educación interrumpida por algún motivo. Freija empezaba a sentir curiosidad hacia dicho motivo.

Sirvió té en sendas tazas y le tendió una a Elisabeth y otra a su hija, sabía que aquella reunión no había sido fortuita y tenía motivos para suponer que en gran medida se debía a la intervención de Brianna, había días en los que desearía que su hija fuese un poco más avispada de lo que era, incluso Helia, su pequeña nieta parecía ser mucho más despierta que su propia madre, la presencia de la ex amante de Rainer en la casa en la que ahora vivía su actual querida, no iba a traer si no dificultades. Solo esperaba que Grayson pudiera poner sobre aviso a Rainer en caso de que volvieran antes de que la dama decidiera poner fin a su visita.

—Ha sido una agradable sorpresa que te hayas tomado la molestia de venir a vernos, querida —aseguró Lady Freija tomando asiento en el sillón frente a las dos muchachas.

Elisabeth, ataviada con un hermoso vestido en gasa azul a juego con sus ojos y el hermoso pelo dorado recogido con cuentas en un intrincado peinado sonrió suavemente y posó su mano libre sobre la de Brianna con una amistosa sonrisa.

—Brianna fue muy amable al invitarme —aseguró la mujer volviendo la mirada hacia la dama de mayor edad—. De haber sabido que llevabais tanto tiempo aquí, habría venido mucho antes a veros, Lady Freija.

—Decidimos adelantar nuestro viaje —aceptó la dama llevándose la taza de té a los labios—. Necesitaba ver como estaba mi padre antes de partir

hacia Londres, así que nos detuvimos en Kenway Manor antes de venir aquí.

—¿Y cómo está el anciano Conde? —preguntó educadamente.

—Tan gruñón como siempre —le aseguró Brianna haciendo un aspavientos—. Ni siquiera se molestó en preguntar por Daven, y también es su nieto.

—En realidad, sí preguntó, querida —aseguró Freija mirando a su hija con una cálida sonrisa—. Aunque sus palabras fueron demasiado rudas para los oídos de unas damas.

—Puedo hacerme una idea de lo que dijo —contestó Brianna con vehemencia—. Siempre ha tenido debilidad por Rainer, después de todo es el heredero del título, es una lástima que mi hermano no esté interesado en casarse y sí en retozar. Y discúlpame, Lizzy, por supuesto no va por ti, mi hermano ha perdido la cabeza, estoy segura.

Hubo un incómodo silencio llenado únicamente por las miradas de las mujeres, Lady Freija lanzó una fulminante a su hija que prometía una larga charla, antes de volverse hacia Elisabeth, quien se había limitado a disimular y sorber lentamente su té.

—¿Se quedarán mucho tiempo en Londres, miladi? —preguntó esta depositando su taza de té sobre el platillo que sostenía en su otra mano.

—Una temporada —respondió la matriarca de la familia sin dar más detalles—. He estado lejos de mi hijo demasiado tiempo, quisiera estar segura de que lo dejo en buenas manos antes de volver a casa.

—Yo me quedaré hasta que llegue Asgard —respondió Brianna hablando de su marido—. Él y Daven prometieron estar aquí en año nuevo, después de eso, quizás volvamos, o quizás nos quedemos. Mi marido quiere probar suerte con el comercio a este lado del océano.

—Eso sería toda una aventura, sin duda —aseguró Elisabeth con una sonrisa.

—Dime, querida —se interesó Lady Freija—. ¿Sigues instalada en esa adorable casita al final de West End?

La mujer sonrió ampliamente antes de asentir ligeramente con la cabeza.

—Sí, madame —respondió ella.

Freija asintió lentamente, y añadió.

—¿Y la propiedad que tenía vuestro difunto esposo en Southampton? Recuerdo que habíais comentado que había sido lo único que pudisteis salvar después de pagar todas las deudas que tenía vuestro difunto esposo.

La dama observó como su invitada se tensaba, al igual que captó la indignada mirada de su hija, pese a todo, aquella afectada sonrisa seguía estirando sus labios cuando respondió con fingido compungimiento.

—Temo que las deudas de juego de mi difunto esposo eran superiores a lo que pensaban mi abogado —repuso la mujer, llevándose la mano enguantada al rostro con afectación.

—Entiendo —respondió Freija con suavidad antes de tomar su taza y dar otro sorbo a su té.

Brianna intercambió una retadora mirada con su madre antes de volverse hacia su invitada con una luminosa sonrisa en el rostro, su mano salió rápidamente al encuentro de la de la dama y se la palmeó al añadir:

—Tendré que ir a visitarte muy pronto, adoro esa casa —aseguró Brianna—. Y así podrás ponerme al día con todos los chismes que corren por la ciudad.

—Por supuesto, querida, estás invitada a venir en el momento que lo desees —aseguró la Elisabeth, aprovechando la intervención de Brianna para cambiar de tema, entonces se volvió hacia Lady Freija—. Usted también, Lady Freija.

Con un ligero asentimiento de cabeza, la mujer aceptó su ofrecimiento. Era curioso como hasta ese momento no había reparado en las formas de la

muchacha, en su mirada directa, en su sonrisa forzada y la suavidad melosa con la que pronunciaba las palabras, como si quisiese aparentar una inocencia que no poseía.

—Os agradezco el ofrecimiento, Elisabeth —respondió entonces con sencillez—. Espero tener tiempo para poder devolveros la visita.

La mujer sonrió en respuesta, pero era una sonrisa forzada que ni siquiera le llegó a los ojos.

Una vez más, Lady Freija no pudo evitar comparar a aquella refinada y viuda dama que tenía sentada frente a ella con la pequeña muchacha que había estado velando las últimas semanas, la misma a la que Rainer no había abandonado ni un solo momento. La que una vez creyó sería una buena esposa y compañera para su hijo mayor empezó a palidecer ante la sencillez de la muchacha que había traído este al hogar, y ni siquiera la manera en que Rainer miraba a Catherine podía siquiera compararse con cómo había mirado anteriormente a Elisabeth. Muchas cosas parecían haber cambiado desde la última vez que había visto a su hijo, solo esperaba que el cambio fuese para bien.

Rainer llamó al timbre de la puerta mientras ayudaba a Cat a desatarse el nudo de la capa al tiempo que la sermoneaba sobre su empecinamiento y el no haberle dicho mucho antes que estaba cansada, entonces pasó a culparse a sí mismo por tener una idea tan absurda a la hora de haberla invitado habiendo abandonado la cama hacía menos de dos días.

—Debí haberme dado cuenta de que no estabas en condiciones de caminar.

—No estoy coja, milord —respondió ella soltándose los lazos del sombrero al mismo tiempo que se abría la puerta y veía al mayordomo dejándolos entrar—. Buenos días, Grayson.

—Buenos días, madame —la saludó el mayordomo tomando el sombrero y la capa de la muchacha cuando Rainer se la sacó y la entregó, seguido de sus guantes y su propia capa—. Milord.

—Que preparen un baño para la señora, Grayson —dijo Rainer rodeando a la muchacha con un brazo para instarla a caminar hacia las escaleras.

—En seguida, milord —respondió el mayordomo y caminó tras ellos—. Lady Freija pidió que se le avisase de vuestra llegada, su señoría, está atendiendo a una visita.

—¿Una visita? —preguntó Rainer mirando al mayordomo, quien disimuladamente volvió la mirada hacia el salón.

—Sí, milord —respondió tan serio y recto como siempre. Entonces se volvió hacia Catherine—. Miladi, la señora Winney ha preguntado si os gustaría tomar manzanas asadas para el postre, el frutero ha traído unas piezas esta mañana.

Cat lo miró sorprendida y luego se volvió hacia Rainer quien se encogió ligeramente de hombros, para volverse hacia el mayordomo.

—Eh... sí... me gustaría —aceptó ella con timidez.

—Haré que se las suban junto con el baño —la sorprendió nuevamente el mayordomo, más él seguía estoico y firme como siempre.

—Gracias, Grayson —aceptó Cat con una ligera sonrisa antes de volverse hacia Rainer quien también sonreía.

—Ve arriba —la instó Rainer—. Veré quien es la visita y me reuniré contigo. Te enviaré a mi madre para que te ayude a cambiar las vendas.

—Puedo hacerlo yo sola —respondió ella aseguró con una sonrisa.

—Sé que puedes, pero a ella le encanta ayudar —le tomó la mano y le besó los nudillos haciendo que se sonrojara—. Ve.

—Empiezo a cansarme de que todo el mundo me digáis lo que tengo que hacer —respondió ella empezando a subir las escaleras—. No estoy inválida.

—Deja que te consintamos —le dijo Rainer desde abajo y ella le echó la lengua desde arriba del todo antes de desaparecer por el pasillo en dirección a su dormitorio. Solo entonces Rainer se volvió hacia su mayordomo, quien también había contemplado la partida de la muchacha y volvió la mirada hacia su señor.

—¿Y bien?

—Lady Elisabeth, milord —respondió el mayordomo sin más rodeos—. Lady Freija y Lady Brianna están con ella en el salón.

—Gracias, Grayson —respondió Rainer con un profundo suspiro al tiempo que palmeaba la espalda del buen hombre—. Yo me ocuparé de ello.

—¿Milord?

—¿Sí?

—Nos alegramos profundamente de que miladi se haya recuperado satisfactoriamente —respondió el mayordomo antes de hacer una reverencia y volver a sus que hacerse. Rainer sonrió ante aquello, tal parecía que su pequeña gata se había hecho unos cuantos aliados en su escaso tiempo en la casa.

Sonriendo, se dirigió al salón, ya iba siendo hora de que las cosas empezaran a ponerse en sus respectivos lugares.

Escuchó las risas femeninas antes de acercarse incluso a las puertas del salón, la voz de su hermana Brianna se elevaba por encima de la de Elisabeth, pero él conocía muy bien su risa como para confundirla, las mujeres parecían estar hablando de la fiesta por excelencia de la temporada, para la que había recibido una invitación hacía ya un mes, ningún miembro de la sociedad quería perderse el evento anual de la Vizcondesa de Castlereah, la sola invitación era de por sí un honor ineludible, así como el quedarse fuera de tal evento, suponía ser marcado como paria dentro de la maldita sociedad.

—Lady Castlereah siempre ha tenido un gusto exquisito para elegir sus

fiestas —comentaba Brianna—, y la de este año promete ser la más sonada de toda la temporada.

—Yo he oído, ignoro si solo será un rumor, que a los Wiston no los han invitado —susurró Elisabeth en confidencia—, me crucé con la hija mayor, Sophia y parecía muy abatida.

—¿Será por el escándalo que ocurrió el año pasado al final de la temporada con la hija menor?

—No lo sé, pero la muchacha está ya casada —respondió en el mismo tono.

Poniendo los ojos en blanco ante los chismes femeninos, Rainer llamó a la puerta con los nudillos y a continuación entró, su mirada se cruzó con la expresión aburrida de su madre, la cual al verle cambió por completo y aprovechó su intervención para levantarse y dejar la monótona reunión.

—Ah, ya habéis llegado, querido —le sonrió la dama dejando su taza de té sobre la mesilla y aprovechando su interrupción para levantarse—. ¿Y Catherine?

—Ha subido a asearse y descansar —respondió tomando la mano de la mujer para besarle los nudillos, para luego besarle en la mejilla al tiempo que le susurraba—. ¿Irías a verla?

Freija sonrió ampliamente y asintió de modo que sólo él lo notase.

—En ese caso iré a ver si necesita alguna cosa —respondió la mujer en voz alta volviéndose hacia las dos mujeres que permanecían sentadas—. Querida, ha sido un placer volver a verte.

—Lo mismo os digo, Lady Freija —asintió Elisabeth con tono dulce, suave antes de que su mirada se desviase hacia él—. Buenos días, Lord Brightmore.

—Señora Ashton —respondió él con fría cortesía, sin moverse del lugar, entonces se volvió hacia Brianna quien lo miraba con el ceño fruncido y la

saludó de igual modo—. Hermanita.

Elisabeth aprovechó ese momento de tensión para dejar la taza sobre la mesilla y ponerse ella misma en pie, seguida por Brianna.

—Bueno, debo irme ya, tengo algunas cosas pendientes incluido el ir con mi modista para arreglar un par de vestidos —respondió la mujer dirigiéndose hacia Brianna, besándola en la mejilla—. Espero que vengas a visitarme pronto, aquella casa es tan grande y tan solitaria... me hará bien tener compañía.

—Por supuesto que sí —aseguró la hermana de Rainer correspondiendo al saludo de la muchacha—. Te mandaré aviso para que podamos tomar el té y así me sigues contando de los chismes.

Brianna se volvió entonces hacia Rainer con una inocente y atractiva sonrisa la cual no creería ni el diablo.

—Rain, querido, ¿podrías acompañarla hasta la puerta? —le pidió con voz melosa—. Tengo que ver qué está haciendo Helia, esa niña es terrible si se la deja sola.

—Lo cual es la mayor parte del tiempo —musitó Lady Freija mirando con cara de reproche a su hija. Entonces se volvió hacia Rainer—. Subiré a verla tan pronto vea que Helia sigue de una pieza, juro que es incluso peor de lo que era su madre a su edad... aunque ella no hace berrinches.

Rainer ocultó una sonrisa ante el sablazo que su madre acababa de meterle a Brianna delante de su invitada.

—Gracias —respondió observando cómo salían las mujeres, para luego volverse hacia su ex amante, quien lo miraba con intensidad.

—Me he enterado de lo que le ha pasado a tu nueva «querida» —musitó ella con la misma voz dulce y engañosa que había utilizado hasta el momento—. Ha sido un accidente realmente desafortunado. ¿Cómo está?

Rainer esbozó una amplia sonrisa y respondió sin ambages.



—Mi prometida ha sufrido un desafortunado accidente a manos de unos ladrones —respondió él haciendo hincapié en la palabra *prometida*, consiguiendo que la muchacha abriese los ojos desmesuradamente y por un breve instante perdiese incluso el color—. Por fortuna, todo ha quedado en un enorme susto, ahora se está recuperando.

Sin darle tiempo a decir nada al respecto abrió el camino hacia la puerta, la dama no tenía más opción que seguirlo.

—Vaya... prometida... eso sí que es una sorpresa —aseguró caminando hacia la puerta principal, donde recibió su chal y sombrilla de manos del mayordomo. Rainer anotó mentalmente hacerle un regalo al mayordomo por su excelente eficacia.

—Sí, bueno, que puedo decir... —respondió él con una amplia sonrisa—, ya es tiempo de que me case, ella simplemente apareció en el momento perfecto.

La mujer no dijo nada, aunque no hacía falta, se notaba en el brillo en sus ojos que estaba dolida y rabiosa. Rainer no acababa de sorprenderse de lo engañado que había estado con aquella mujer, quizás había sido su propia culpa por no molestarse en ver más allá.

—¿Y estás segura de que es la candidata adecuada para ese puesto? —murmuró Elisabeth acercándose lentamente a él, hasta posar su mano enguantada sobre el brazo de Rainer—. Lo que he oído de ella no la califica precisamente como una dama, aunque parece haber embrujado convenientemente a tu madre.

Rainer se libró disimuladamente de la mano femenina, preguntándose por enésima vez, que había visto en aquella mujer para haber permanecido tanto tiempo a su lado. La simple comodidad, no podía ser excusa.

Él se echó a reír.

—¿Realmente piensas que mi señora madre podría ser embrujada por algo

o alguien? —se rió de buena gana—. No busques excusas que son innecesarias, Lizzy, lo nuestro se terminó, creí haber sido completamente claro al respecto.

La dama alzó la mirada, parecía serena, orgullosa pero en sus ojos no había ni una pizca de la luz que encontraba en los de Cat cuando ella le miraba.

—Rain, ella jamás va a amarte —le aseguró con suavidad alisando la solapa de su chaqueta con mimo—. ¿Una ratera muerta de hambre? Para ella habrá sido como dar con la gallina de los huevos de oro, no confundas el amor por el oro, con el amor verdadero.

Rainer se cruzó de brazos, alejándose de su contacto.

—Te agradecería te dirigieras a mi futura esposa con respeto, Elisabeth —le respondió él con el mismo tono frío y anodino, inalterado, aunque interiormente bullía de rabia. No dudaba de que aquella mujer tuviera los recursos suficientes para sonsacarle información hasta al mismo Santo Padre. ¿Cómo habría llegado a aquella conclusión? ¿Noah? No, el Duque de Ellwood era conocido por su entereza, seriedad y ausencia total de escándalos. ¿Brianna? Su hermana podía ser bastante charlatana, pero en el fondo no era mala y nadie en su familia sabía realmente quien era ella. Sus sirvientes... la modista... la lista era bastante larga, ellos podrían saber que ella había ingresado en su hogar como su querida, pero no la procedencia de Cat. ¿Entonces quién? ¿Simples conjeturas, quizás?

—No te casarás con ella, Rainer, ambos lo sabemos —respondió ella con una confiada sonrisa—, tu abuelo jamás te dejará casarte con una ramera, su precioso título significa demasiado para él.

El hombre ni se inmutó, no tenía sentido hablar con ella de ese tema. La mujer negó con la cabeza, le dedicó una última mirada y caminó hacia la puerta abierta que sostenía el impertérrito mayordomo.

—Terminarás cansándote de ella, Rain —vaticinó ella—. Una mujerzuela de su calaña, jamás podrá ser una dama, por mucha ropa cara que le compres. Deberías tener cuidado querido y mantener la plata bajo llave.

—Te agradeceré que no vuelvas a poner un solo pie en esta casa, Elisabeth —fue la única respuesta de Rainer—, y si oigo aún que sea, un sólo comentario acerca de la procedencia de mi prometida salido de tu boca, créeme, querida, que vestido elegir en la próxima fiesta de sociedad, será lo último de lo que tendrás que preocuparte.

La mujer se enderezó, se había quedado tiesa, su mirada se entrecerró, sus labios se fruncieron en un horrible mohín.

—¿Me estás amenazando?

Rainer sonrió con desinterés.

—Grayson, acompaña a la dama.

—Con sumo placer, su señoría —respondió el mayordomo, que no tuvo el menor reparo de señalarle la puerta a la mujer.

La dama fulminó con la mirada al mayordomo, entonces alzó la mirada hacia Rainer y por un instante pareció fijarla en un punto más allá de él con cierta sorpresa, que pronto fue sustituida por su ladina sonrisa.

—Llegará el día en que te arrepientas, Rainer —le aseguró volviendo a él para depositar un beso en sus labios—, el día en que veas que esa insignificante chiquilla no puede formar parte de tu mundo, de tu sociedad, y ese día, estaré allí para ver como la echas.

—Grayson —dijo Rainer y se dio media vuelta dejando que su mayordomo sacase a la basura. Apenas había dado un par de pasos cuando vio a Cat parada a mitad de la escalera, su rostro pálido y su mirada triste. Elisabeth seguro la había visto y se había dado el gusto de pronunciar cada una de las hirientes palabras.

—Cat —la llamó, caminando hacia ella.

Ella sacudió la cabeza y dijo.

—Ella tiene razón, Rain —susurró, pero irguió la cabeza, no iba a avergonzarse de sí misma—, nadie podrá cambiar jamás lo que soy en realidad.

—No quiero que cambies.

Cat sonrió con pena.

—Eso es lo que dices ahora, pero ambos sabemos lo que ocurrirá al final —dijo eso, dio media vuelta y volvió a subir las escaleras para detenerse en lo alto del descansillo y volverse sobre su hombro—. Y por favor, deja de decir a todo el mundo que soy tu prometida, ambos sabemos que sólo soy tu querida.

—¡Catherine! —la llamó al ver que ella volvía por el pasillo, apurando el paso para desaparecer en su dormitorio con un sonoro portazo que llegó hasta la planta baja—. ¡Maldición!

—Lo lamento, milord —oyó la voz compungida de su mayordomo a sus espaldas—. No me di cuenta de que miladi estaba en la escalera.

Rainer se volvió hacia su mayordomo y posó su mano sobre el hombro del hombre con simpatía.

—Está bien, Grayson —aceptó Rainer con un profundo suspiro volviendo la vista a la cima de las escaleras—, no vamos a poder ocultarle todo... es inevitable.

—¿Sus órdenes para la señora Ashton, milord?

Rainer apretó la mandíbula antes de responder.

—Ya no es bienvenida en esta casa.

—Como deseéis, milord.

Sin decir una palabra más, Rainer ascendió por la escalera y caminó hacia la habitación de su amante, abrió la puerta y se quedó parado, oyendo los desgarradores sollozos que procedían del interior del dormitorio. Con el

corazón encogido, cerró nuevamente la puerta y continuó hasta sus propias habitaciones, empezaba a conocer lo suficientemente bien a Cat como para saber que no desearía verle en ese momento.

## CAPÍTULO 15

Nikolai echó un nuevo vistazo a su amigo, el cual miraba con incredulidad y esperanza gravadas en su rostro uno de los retratos que había hecho en la travesía de Inglaterra a Francia. Hacía algo más de una semana que habían entrado en Prusia cuando se encontraron con Mitia en una de las posadas en las que hicieron noche. El muy tunante había estado disfrutando del calor del hogar con una moza sentada en su regazo mientras daba cuenta a una pinta de cerveza, para ser Ruso de nacimiento, el hombre parecía preferir con mucho aquella bebida de cebada. Al consejero del Zar le había sorprendido bastante encontrar al Príncipe en aquellas tesituras, bien era sabido que su tío, el Conde Voselev, uno de los miembros más allegados al comité privado del Zar Alejandro I, no se había encontrado bien de salud durante el último año y como su pariente más cercano, Mitia no se había separado del viejo. La presencia del joven tan alejado de su hogar, había despertado su curiosidad, pero ni en sus más salvajes sueños habría creído posible lo que descubrió.

—¿Estás absolutamente seguro, Mitia?

El joven levantó sus ojos dorados de la lámina que había estado admirando, una barba de varios días cubría su mentón y mejillas, delineando el labio superior en el mismo tono castaño claro que su despeinado pelo. Su voz contenía un profundo acento al hablar en su lengua natal, como estaba haciendo ahora.

—Diría que es un milagro, Nikolai, pero es ella, tiene que ser ella... se ve más joven, pero es ella —como si quisiera probar sus palabras, el joven que

no tendría más de veinticinco o veintiséis años sacó una miniatura de su bolsa de viaje en la que aparecía una mujer de largo pelo negro y profundos ojos dorados posando con un hombre de pie junto a ella, mientras la dama sostenía en su regazo un bebé de pocos meses. La pintura se veía gastada, pero los colores y la exactitud de los rasgos era suficiente como para poder hacer la comparación.

—Por dios bendito —jadeó el embajador examinando de cerca la miniatura en la que aparecía una mujer extremadamente parecida a la muchacha que había conocido a bordo del Valhala, la pequeña ratera que se había colado a bordo del barco y que había sido descubierta a los pocos días —. Es ella... pero... ¿Cómo?

Mitia cogió la pintura y la comparó nuevamente con los dibujos que había hecho su amigo de la mujer que había conocido en el barco, encontrarse en aquella taberna alejada de la mano de dios en un país que no era el de ninguno de ellos tenía que haber sido cosa de la providencia, no había otra manera del explicarlo, y bendita providencia. Nikolai lo había sorprendido cuando estaba con la moza de turno haciendo que se olvidara de la mujer y celebraran juntos el haber encontrado a un camarada, había sido durante esa celebración y entre el alcohol que habían salido a la luz los motivos de sus respectivos viajes, y como Mitia se encontraba en un largo viaje impulsado por su tío hacia el Reino de Inglaterra, donde presumía que había huido su hermana menor con su hija recién nacida después de que hubiesen matado al marido de la mujer y al hermano de esta que los acompañaba. Durante gran parte de su vida, el conde no había cejado en su empeño de dar con el paradero de la única familia que le quedaba, su hermana y su sobrina, y aquel deseo se había agudizado incluso más durante los últimos años en los que le había aquejado la enfermedad hasta que hacía escasos meses, había puesto en Dimitri, el hijo de su difunto hermano la tarea de buscarlas en Inglaterra, la

única pista que al parecer tenían sobre seguro.

Y el hombre que tenía ahora frente a él, Nikolai Novoseltsev traía entre sus pertenencias unos bosquejos de una mujer que respondía a los mismos rasgos que la miniatura en la que estaban retratados sus tíos y su prima recién nacida. ¡No podía existir tal enorme casualidad!

—Esto parece casi una cosa del diablo —aseguró Nikolai mirando nuevamente la pintura, entonces sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver el diminuto dibujo de la joya que adornaba el cuello de la mujer—. Esto es... ¿Podría ser un medallón?

Mitia se inclinó sobre la mesa, entrecerrando los ojos para tratar de discernir el punto ovalado tintado de color que aparecía sobre el escote de la mujer.

—Podría serlo —aceptó Mitia y se echó nuevamente hacia atrás—. Según mi tío, cuando asaltaron el coche en el que viaja mi padre y mis tíos, se llevaron todo lo que había de valor. Algunas piezas se han ido recuperando a lo largo de los años, encontrándolas en anticuarios y prestamistas, pero nunca supo realmente todo lo que llevaban con ellos esa noche en la que los atacaron—. Aunque había una pieza que mi tío estuvo buscando con más intensidad y nunca apareció. Se trataba de una reliquia familiar, una especie de medallón... quizás sea el que está en el retrato. Según mi tío, mi tía era muy apegada a él. Este retrato se lo hicieron no mucho tiempo antes de que desaparecieran ella y la niña.

—Mitia, ¿podría tratarse de una pequeña pieza de oro con bordes aserrados en cuyo centro existen unas flores pintadas? —sugirió Nikolai concentrándose en la miniatura.

—El medallón era de oro, de eso estoy seguro, sí —aceptó él con un leve asentimiento. Entonces sacudió la cabeza—. Dios del cielo, si es ella...

—La muchacha era bastante joven... diecisiete o dieciocho años... quizás



alguno más —aseguró mirando la pintura—. Podría ser su gemela.

—La niña tenía siete meses en ese retrato —aseguró Mitia haciendo una cuenta mental—. Si todavía está con vida, ahora debería de tener unos veinte o veintiún años.

Nikolai se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla, su mirada voló hacia su amigo, contemplando pensativo aquellos ojos dorados que le habían resultado tan familiares en la muchacha, pues eran un duplicado de los de aquel hombre.

—Mitia, vas a tener que embarcarte para Inglaterra, una vez allí, creo que sé de alguien que te ayudará —le aseguró alzando la jarra de cerveza hacia su amigo en gesto de brindis.

—Por el maldito destino.

—Por el maldito destino, amigo mío.

El día había amanecido radiante por primera vez en varios días, dejando ver un cielo azul y despejado en la ciudad de Londres, a lo largo de toda la mañana, las calles habían ido recogiendo las llegadas de los aristócratas que habían pasado la noche en alguna fiesta y que todavía se retiraban bien entrada la mañana, o aquellos que habían dejado sus camas matrimoniales para disfrutar de otros favores sin reparar en los dos individuos que cada poco tiempo se paseaban por las inmediaciones de la casa que el Conde de Kenway tenía en la calle St. James, después de todo, nadie prestaría demasiada atención a dos vagabundos y sucios tunantes habiendo tantos correteando por la ciudad.

—Es demasiado temprano —rezongaba uno de ellos. El hombre de aspecto descuidado y desgarbado tenía una barba de varios días, sus ropas estaban sucias y el pelo oculto bajo una remendada gorra marrón—. Los ricachones estarán todavía durmiendo la mona después de la resaca de las

fiestas, ya has visto como llegaban algunos.

—Solo he visto salir a esas dos señoras en el coche y volver de madrugada, pero ninguna era ella —negó el otro, su voz era rasposa y no se veía mucho mejor que su compañero—. No voy a dejar que Earl me corte el pescuezo, sé muy bien que sería capaz de hacerlo, sobre todo después de cómo le clavó esa navaja a la muchacha.

—¿Estás seguro que la chica está viva?

—Después de que el muy idiota la agujereara, volví por orden suya al día siguiente para ver si alguien había encontrado el cuerpo, pero no había ni rastro de ella —aseguró con un encogimiento de sus enjutos hombros—. Pero después de eso aparecieron dos hombres, por lo que se comenta, no tenían problema en soltar dinero y estaban haciendo preguntas sobre una dama a la que habían apuñalado. Uno de esos ricachones, era nada más y nada menos que el Conde de Kenway, una de las muchachas de la taberna lo reconoció.

—¿Frecuenta esos tugurios?

—No. Al parecer una prima de una de las muchachas trabaja como sirvienta en esa casa —el hombre señaló la casa en perpendicular a ellos—. Ya sabes cómo son estas zorritas, les untas las manos de dinero y te desplumas hasta a una gallina. La dama a la que apuñaló el imbécil de Earl, es la querida del Conde... hay rumores de que es también su prometida, aunque Earl insiste en que la muchacha sólo es una pobre desgraciada con suerte, una de las rateras que ha estado trabajando para él.

El hombre se rascó el pelo bajo la gorra.

—Me pregunto qué diablos tendrá el viejo en mente. El robar es una cosa, pero secuestrar a una dama... si nos descubren iremos derechos al cadalso —se quejó escupiendo al suelo—. ¿Por qué demonios no lo hace él mismo?

—El viejo dice que es una puta con suerte, ya te lo he dicho —insistió el otro—. Y parece tener alguna deuda con él, porque la quiere a como dé lugar.

—Llevamos cinco días vigilando la maldita casa —se quejó nuevamente—. Y en todo ese tiempo, sólo la hemos visto una vez y fue para montarse en un coche que la llevó a una casa a unas cuantas cuadras de distancia. No se ha parado en la calle.

—En algún momento tendrá que salir —insistió el otro cada vez más ansioso—. Y cuando eso suceda, le caeremos encima.

El otro hombre chasqueó la lengua.

—No lo sé, Arthur, esto no me gusta —aseguró el de la gorra—. No quiero acabar con mis huesos en la cárcel por ese hijo de puta.

—No lo haremos —aseguró el otro—. Si algo sale mal, lo acusaremos a él y que se las arregle.

Los hombres volvieron a ocultarse en espera de los próximos movimientos de los integrantes de la casa.

Cat se había levantado temprano aquella mañana, había evitado las continuas fiestas que las damas parecían preferir y a las que Rainer se había negado a acompañarlas aludiendo su responsabilidad para cuidar de ella. En realidad Rain odiaba las fiestas, se lo había contado secretamente mientras la hacía compañía acostado en la cama a su lado. Hacía días que no compartían intimidad, al principio había sido por causa de la herida de Cat, pero después de que ella hubiese presenciado aquella escena entre su ex amante y él, las cosas parecían haberse enfriado y ellos distanciados. No podía dejar de pensar en el dolor que había sentido ante las palabras de aquella mujer, en la verdad que encerraban. Cat sabía que por mucho que amase a Rainer jamás sería como él, ella no era una dama, solamente era... ella, Cat. Una ladronzuela de la calle que se había colado en su barco para escapar de las autoridades.

Las mujeres no se levantarían hasta cerca del mediodía como venía siendo usual en ellas, Cat ya se había acostumbrado a pasar la primera comida de la

mañana en compañía de Lord Ragnar, el padre de Rainer, cuando no los acompañaban el propio Rainer y el mejor amigo de este, Noah Lambrick, Duque de Ellwood como ocurría aquella misma mañana.

Cat continuó jugueteando con la comida mientras seguía repasando en silencio los sucesos desde su llegada a Londres, los cuales no habían sido sino un cúmulo de desastres uno tras otro coronados por su extraña relación con el señor de aquella casa.

—¿Cat? —la llamó Rainer, quien hasta ese momento había estado hablando con Noah de sus cosas—. ¿Catherine?

La muchacha alzó la mirada desorientada y la fijó en él.

—Lo siento, ¿me decíais algo?

Rainer se fijó en el plato que tenía ante ella prácticamente sin tocar. Habiendo convivido con ella en las últimas semanas y en su estancia en el barco, sabía que Cat no era de las que le hacía ascos a las comidas, era de las que rebañaba el plato sin permitir que quedase ni una sola miga. En cambio, de un tiempo a esta parte, la muchacha se había vuelto más reservada, comía poco o se dedicaba a jugar con la comida. Su mirada abandonó sus ojos deslizándose por su cuerpo para posarse en su cintura antes de volver a ascender hacia ella con una obvia pregunta en sus ojos.

—¿Te sientes bien?

Cat se sonrojó profundamente, en claro contraste con el vestido blanco con franjas negras que llevaba puesto y se apresuró a negar con la cabeza, mientras aferraba con fuerza los cubiertos.

—Perfectamente bien, milord —respondió obligándose a pinchar un trozo de beicon y llevárselo a los labios.

—¿Segura? —insistió Rainer estirando la mano sobre la mesa para atrapar la de ella, obligándola a mantenerle la mirada.

Ella asintió y retiró discretamente su mano.

—Completamente segura —asintió apartando al mismo tiempo la mirada.

Noah vio el intercambio entre ellos, se encontró él mismo con la mirada de Rainer y se lamentó por su amigo, nunca había esperado ver a Rainer tan endemoniadamente atrapado como lo estaba con aquella muchacha, y tal parecía que ella no le era en absoluto indiferente.

—¿Saldrá esta mañana, querida?

La pregunta había venido de Lord Ragnar, quien estaba sentado al otro lado de la mesa y había estado mirando el periódico.

Cat se volvió hacia el padre de Rainer, en quien había descubierto un hombre inteligente y culto, aunque su acento era horrible.

—Ammy... Lady Balston prácticamente me ha embaucado para que aceptase ir con ella de compras —respondió tomando nuevamente los cubiertos para trocear su desayuno—. Me ha hablado de una modista, la que confecciona sus ropas y ha insistido en que la acompañe para mirar algunas telas.

Rainer agradeció en secreto silencio el arrojó de la muchacha de los Balston. Bendita fuera. Había tomado a Catherine bajo su ala visitándola regularmente, cuando no era la propia Catherine la que iba a ver a las hermanas y pasaba algo de tiempo con ellas. Todavía recordaba lo nerviosa que había estado su pequeña gata aquel mismo martes cuando la muchacha la había invitado a tomar el té a su hogar, recordaba lo furiosa que había estado Cat a su vuelta, no por la velada, que según le había sonsacado mucho más tarde, en la cama, había sido espléndida, si no por el embuste que la había colocado en el papel de su prometida.

Apenas el viernes siguiente su madre y su hermana habían vuelto de una de las fiestas con el chisme que al parecer corría por los salones de baile y que lo situaban a él en la cabeza de todos ellos y a su «misteriosa» prometida, convertida desde una rica heredera, a una moza de taberna que había sido

vendida por su padre y rescatada por él de las garras del escándalo. Su madre lo había mirado y negado con la cabeza con indulgencia, mientras su hermana clamaba a los cielos que había perdido la cabeza, todavía faltaba que se enterase el viejo, el cual sabía, sería imposible de engañar.

—Podrías encargarte de tu propio vestuario con ella, si te place —le sugirió Rainer.

Cat se alisó la tela del vestido que llevaba puesto y que le había entregado Lady Freija con otros trapos más.

—Lady Freija ha sido todo un ángel al arreglar estos para mí —aseguró ella acariciando la tela con cariño—. Tampoco es que necesite tanta ropa.

—Tonterías, las mujeres nunca parecen tener suficiente ropa, querida —le aseguró Ragnar, hablando por propia experiencia en referencia a su esposa—. Freija se lo dirá si se lo pregunta.

Cat sonrió ante el hombre.

—Si encuentras algo que te guste, encárgalo y me pasará después a pagarlo —le sugirió Rainer con sencillez.

—Sois muy generoso, milord —respondió ella, y Rain no pudo evitar esbozar una sonrisa ante la ironía que oyó en la voz de ella.

—Sólo con usted, miladi —le respondió acariciando su mano nuevamente—. Entonces, ¿irás a ver a Ammy?

Cat asintió y se llevó otro trocito de huevo duro a la boca.

—Si le parece bien, milord —insistió ella, manteniendo las distancias a propósito.

Noah tuvo que ahogar una risita tras su taza de café. Realmente estaba empezando a apreciar aquella condenada forma de ser de Catherine, sobre todo por que beneficiaba a Rainer. El joven duque conocía al conde desde hacía varios años y sólo ahora empezaba a verlo realmente feliz, y que lo batiesen a duelo si aquello no era obra de la pequeña muchacha que estaba

sentada a su izquierda en la mesa.

—Rain, deja de mirarla con la boca abierta y dile de una buena vez que sí, o tendré que recoger tus pedacitos cuando ella te dé con algo en la cabeza — le soltó él con sencillez.

Rainer se volvió hacia Noah con cara de pocos amigos, pero su ceño fruncido desapareció con las siguientes palabras de Cat.

—Como si fuese a cambiar algo el hecho de que me dijese que no — musitó ella, y se le quedó mirando con una expresión beatífica en el rostro cuando se volvió hacia ella—. ¿No es así, querido?

—Manipuladora —murmuró Rainer sólo para sus oídos.

Cat sonrió ampliamente.

—La Gata pierde el pelo, pero no las mañas, milord —le aseguró ella con sencillez, entonces cogió la servilleta que tenía en el regazo, se limpió recatadamente los labios y la dejó a un lado de la mesa—. Y ahora, si me disculpan caballeros, me retiraré.

—Que tengáis un buen día, querida —le deseó Noah sólo por molestar a Rainer, al tiempo que se ganaba una mirada escéptica de parte de Cat.

—Lo mismo le deseo, su gracia —respondió ella haciendo una leve reverencia.

—Si no tiene mucha prisa por partir, miladi, me honraría acompañarla parte del camino —comentó Lord Ragnar doblando el periódico, entonces se volvió hacia su hijo, quien se había quedado con cara de póquer—. ¿Tengo que pedirte también permiso, Rainer?

—Si lo hiciera, me preocuparía, padre —aseguró Rain sorprendido—. La decisión es de Catherine.

—Me sentiría honrada, milord —aceptó ella con una sencilla y genuina sonrisa.

—Tal parece que ya han conquistado a tu dama, Rain —se burló Noah.

Rainer miró a su amigo de reajo haciéndolo sonreír.

—¿Os ha llevado ya este tunante a ver los fuegos de Vauxhall, miladi? — preguntó Noah ignorando la mirada de Rainer.

Cat miró a Noah y luego a Rainer.

—Hasta hace pocos días no he podido disfrutar realmente de las salidas — respondió a modo de disculpa.

—Cierto, una verdadera e imperdonable torpeza la mía —aceptó Noah ahora con seriedad—. Discúlpeme, miladi.

—No ha sido culpa vuestra, Lord Lambrick —aceptó ella con suavidad y se volvió hacia Rainer—. Y tampoco tuya, Rainer.

—¿Quieres ir a ver los fuegos? —preguntó él entonces.

Cat asintió.

—Me gustaría mucho —aceptó deseando acortar la distancia que parecía haberse erigido entre ellos.

Él asintió y tomando su mano se la llevó a los labios.

—Iremos esta noche —sus ojos cargados de todo tipo de eróticas promesas.

Ella sonrió en respuesta y le dedicó una ligera reverencia.

—Disfruta de tu paseo y envíale mis saludos al Doctor Balston y a su hijas —le dijo sin apartar su mirada de ella.

—De su parte, milord —aceptó ella antes de dar media vuelta y salir por la puerta.

—Rain... estás pillado —le aseguró Noah palmeándole el hombro.

—Con la soga al cuello —aceptó su padre levantándose también, rodeando la mesa para detenerse junto a su hijo y ponerle una mano sobre el hombro—. Has elegido bien, hijo.

Rainer miró a su padre y agradeció su apoyo, Noah también se había dado cuenta de lo que había en la mente de Rainer y no pudo si no hacérselo saber.



—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

Él asintió volviendo la mirada en dirección a la puerta por la que había salido Cat.

—Entonces, capearemos el temporal como venga —aceptó poniéndose de su lado.

—Gracias —aceptó, agradecido de contar con esos dos hombres en su vida—. Ahora sólo resta que ella lo acepte.

Cat salió a la calle acompañada de Lord Ragnar, al principio le había costado tanto interactuar con esa gente, siempre pendiente de su posición en casa de Rainer, había temido su rechazo, el mismo que Brianna le profesaba, si bien nunca la había enfrentado cara a cara, la enemistad que aquella mujer tenía para con ella saltaba a la vista. Lady Freija había tratado de explicarle cual era la situación de Brinna, pero si siquiera cuando había regresado su marido unos días después, las cosas habían cambiado así que Cat se había limitado a evitarla y seguir con su vida.

Ammy Balston había sido como un soplo de aire fresco en su vida, la sencillez y amabilidad de la muchacha habían hecho volar sus reservas desde el mismo momento en que la recibió en su hogar. Tal como le había dicho la vez que se habían encontrado en el parque, Ammy le envió su propio cochero, quien había recogido a Cat para dejarla ante la puerta de una pequeña pero hermosa casa con jardín. Nerviosa, había estado a punto de dar media vuelta y volver andando a casa de Rainer, aquella dama había malinterpretado su papel en la vida del Conde de Kenway por lo que su maldita señoría había dicho en el parque, presentándola a todo aquel que quisiera oír como su prometida.

Vestida con un sencillo vestido verde y blanco, Cat había llamado a la puerta de madera blanca la cual se abrió poco después para mostrar a un

hombre bajito y enjuto vestido de negro que se la quedó mirando con ojo crítico antes de preguntar con voz fina y demasiado aguda para aquel cuerpo.

—¿En qué puedo ayudarla, miladi?

Cat se enderezó, alzó la barbilla y se preparó para que a echaran de un puntapié en cuanto le dijese su nombre.

—Soy Madame Catherine Avery —murmuró, intentando ceñirse al absurdo papel que Rainer había inventado para ella—. Lady Balston me está esperando.

Al decir aquel nombre, el rostro del mayordomo pareció suavizarse un poco, haciéndose a un lado la invitó a pasar.

—Adelante, madame —la invitó el mayordomo sin mayor ceremonia—. La señorita Ammy os está esperando en el salón.

Asintiendo, dio un paso adelante entrando en el vestíbulo en el mismo momento en que Celesta aparecía por uno de los laterales con un ramillete de flores sin arreglar en las manos y el delantal del vestido manchado de tierra, al ver a Cat, el rostro de la muchacha se iluminó de repente.

—¡Catherine! —exclamó entregando las flores al mayordomo para acercarse a Cat apresurada mientras se limpiaba las manos en el delantal—. ¡Qué bien que haya venido! Ammy está en el salón, venga, es por aquí.

Cat tuvo el tiempo justo a entregarle la sombrilla y el chal al mayordomo antes de que Celesta la arrastrara a través de la casa hasta un pequeño salón decorado en tonos violetas y blancos increíblemente acogedor, Ammy estaba supervisando un servicio de té cuando Celesta hizo entrar a Cat.

—¡Ammy, ya ha llegado!

—Catherine —sonrió la muchacha con verdadero placer, y se acercó hasta ella, tomándola de las manos—. No sabe cómo me alegra que haya venido.

—Ha sido muy amable al invitarme —aceptó ella con cierto azoramiento.

—Es lo menos que podía hacer después de lo que le ha pasado por nuestra

culpa —aseguró e indicó el sofá tras ellas—. Por favor, tome asiento, no quisiera que se agote estando todavía convaleciente.

—Estoy mucho mejor, gracias —aseguró ella tomando asiento donde le había indicado.

—Me apené infinitamente cuando milord dijo que la habían asaltado —aseguró Celesta retorciéndose las manos—. Si no hubiese sido por mí, no tendría que haberme ayudado y podría haberse marchado mucho antes.

—Me preocupa más el motivo por el que estaba allí, lady Celesta —aseguró ella con absoluta franqueza.

La muchacha sonrió y negó con la cabeza.

—Llámeme Celesta —le sonrió con cariño.

—Como gustes, Celesta —aceptó Cat todavía nerviosa.

—Celesta, tú a bañarte, parece que te hayas metido de cabeza en el jardín —aseguró Ammy preparando los servicios de té y un platillo con pastas—. Y deja de atosigar a nuestra invitada.

—No, no me importa —negó inmediatamente Cat.

Ammy le sonrió en respuesta y le tomó la mano, para tranquilizarla.

—No la he hecho venir para que tenga que soportar la verborrea de mi hermana —sonrió Ammy tendiéndole una taza a la muchacha—. Celesta se unirá a nosotras más tarde, si le place.

La niña le echó la lengua a su hermana y se despidió de Cat antes de salir del salón.

—Gracias —aceptó Cat cuando Ammy le sirvió el té.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Azúcar, por favor —aceptó Cat mirando el fino pocillo de porcelana del servicio, rogando al cielo que no se rompiera en sus manos.

—Sé que mi invitación la tomó por sorpresa —aseguró Ammy sentándose en uno de los asientos junto a la muchacha—. Pero quería agradecerle

personalmente lo que ha hecho por Celesta...

—Ya se lo dicho, lady Balston, no tiene importancia —insistió Cat.

—Sí, sí la tiene, y por favor, llámeme Ammy —pidió la muchacha—. Soy consciente de que si no es por usted, Celesta quizás...

—No piense en ello... y si no le molesta, preferiría que me llamase Cat... o Catherine —pidió ella con cierto recelo—. No me siento cómoda... con tanto protocolo.

—En ese caso, tuteémonos —sugirió Ammy con una amplia sonrisa—. No quiero que te sientas incómoda, Cat.

—Gracias —asintió la chica con más tranquilidad.

—De veras, tu aparición fue providencial —aseguró Ammy, y añadió—. Y te lo agradezco doblemente por cubrirnos ante lord Brightmore. Milord es un buen amigo de nuestro padre y sólo dios sabe que habría podido ocurrir si esto llega a sus oídos.

—Sí, bueno... eso también fue una sorpresa para mí —aceptó Cat poniendo cara de póquer—. Pero, ¿qué demonios estabais haciendo las dos a esas horas en la calle? ¿Y en ese barrio? Celesta no es más que una niña.

Ammy se quedó mirando un poco sorprendida a Cat y ésta entonces se sonrojó. Las palabras de Rainer acerca de su vocabulario acudieron en ese momento a su mente, recordándole que era lo que separaba a alguien como ella de la gente de sociedad. Para su sorpresa, la rubia se echó a reír suavemente, dedicándole a Cat una agradable sonrisa.

—Me atrevería a aventurar que tú no eres inglesa —murmuró Ammy mirando a Cat con ternura—. ¿Me equivoco?

Cat negó con la cabeza.

—He vivido gran parte de mi vida en Inglaterra, pero no en la misma sociedad que seguro has regentado desde que llevabas pañales —respondió conteniendo la mordacidad en sus palabras. Aquella muchacha no se merecía

su mal humor. Suspirando profundamente, Cat dejó delicadamente la taza sobre la mesa y se puso en pie empezando a disculparse—. Mira, te agradezco la invitación, pero es más que obvio que esto no va a funcionar, ni quiera debiste acercarte a mí en el parque... no sería bien visto para alguien de tu clase el que yo esté en tu casa.

—¿Por qué? ¿Eres una fugitiva peligrosa? —la sorprendió Ammy con su tranquilidad y despreocupación—. ¿Una asesina? ¿Una gitana, quizás?

Cat empezó a negar con la cabeza demasiado sorprendida para poder decir algo coherente.

—Entonces no veo motivo por el que no puedas compartir una taza de té conmigo cuando soy yo quien te ha invitado —le aseguró ella y le indicó nuevamente el asiento—. Toma asiento, por favor.

Cat dejó escapar un bufido mitad risa.

—No lo entiendes, no soy la prometida de lord Brightmore...

Ammy se llevó la taza a los labios y le dio un sorbo.

—Pues él parecía muy convencido de ello —aseguró la chica y sonrió—. Siéntate Catherine. No me importa cuál haya sido tu pasado, lo que hagas para ganarte la vida, eres una buena persona, ayudaste a Celesta y nos encubriste cuando te vimos en el parque. Además, tu forma de hablar me parece refrescante.

—¿Mi forma de hablar te parece...? —Cat negó con la cabeza—. No, no... creo que no acabas de entender cuál es mi posición al lado de Rainer.

—Su querida, imagino —aseguró con un ligero encogimiento de hombros que dejó a Cat pasmada—. Y no puedo culparte... si yo me enamorara de un hombre como ese, sin duda también me convertiría en su querida...

—Yo no he mencionado el amor —negó Cat con cierto resentimiento—. Y no digas tonterías... esta posición no es la mejor del mundo, y jamás lo será para una dama respetable. ¿Crees que habría elegido esto si tuviese otra

salida? Era la única manera que tenía de obtener mi libertad.

Ammyladeó el rostro y frunció el ceño durante un instante.

—¿Tu libertad?

Los ojos dorados de Cat se clavaron en los azules de la muchacha y tras un instante de vacilación, decidió arriesgarse, quizás así por fin la echaría de su casa.

—Sí, mi libertad —aseguró Cat con más intensidad—. He robado, Ammy, soy una ladrona.

La muchacha la miró durante unos segundos sin decir nada, entonces dejó su taza a un lado y se levantó del sillón en donde había estado sentada antes de echar un vistazo alrededor de su salón y empezar a señalarle cosas.

—¿Ves esa mesilla de ahí? Es de madera de palisandro, creo que podrías sacar un buen precio por ella —le aseguró la chica, antes de señalar el juego de té—. ¿Y qué te parece el juego de té? Es de porcelana... oh, y creo que la cubertería de plata está en algún lugar de la cocina, te la buscaré para que te la lleves también.

La expresión que empezó a extenderse por el rostro de Cat era tal que Ammy empezó a reírse a carcajadas antes de correr hacia la chica y tomar sus manos en las de ella.

—Realmente, me da igual lo que seas, Cat —le aseguró ella mirándola a los ojos—. Creo firmemente que tú y yo podremos llegar a ser muy buenas amigas, ¿me dejarás intentarlo?

La sorpresa en el rostro femenino empezó a mudar por una sonrisa, hasta que al final ambas mujeres terminaron riendo a carcajadas.

Sí, definitivamente Ammy Balston era un soplo de aire fresco en la extraña vida de Cat.

Tras despedirse de Lord Ragnar un par de calles antes de su destino, continuó hacia la adorable casa con jardín al final de la calle, encontrándose

ya con Ammy vestida para salir y esperándola.

—¿Llego tarde? —preguntó Cat sorprendida.

Como respuesta, Ammy corrió hacia ella y la enlazó por el brazo, instándola a ir en sentido contrario, cruzando la calle hacia el lado sur del Támesis.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Era necesario que saliésemos tan temprano?

—Tengo que recuperar la última de las piezas que llevamos a esa casa de empeño —le respondió Ammy en voz muy baja, su cabeza girando hacia todos lados como si temiese que las fuesen a detener.

—Habías dicho que ya las teníais todas —respondió Cat mirándola sorprendida.

Ammy negó con la cabeza, en sus ojos se reflejaba la preocupación y no era para menos, un acto de buena fe para ayudar a su doncella había terminado en un problema de dimensiones catastróficas que no terminaría bien para ninguna de las partes involucradas a menos que las chicas consiguieran recuperar las joyas que habían empeñado en una de las peores casas de todo Londres, en las afueras. Ese había sido el motivo por el que la pequeña de las hermanas Balston hubiese sido asaltada en plena noche al regresar, había ido a recuperar las joyas que habían empeñado meses antes a espaldas de sus padres.

—Convent Garden... ¿No conocíais ningún prestamista un poquito más cerca de casa y que no estuviese en una zona en la que sólo se encuentran prostitutas y lo peor de la calaña de esta maldita ciudad?

—Catherine, modera tu lenguaje —le recordó Ammy, que se había propuesto enseñar a Cat a comportarse como una dama.

—¡Al demonio con mi lenguaje, Ammy! Ese lugar no es precisamente un lugar para ir de paseo, y mucho menos unas damas. En cuanto nos vean, se nos echarán encima y no precisamente para admirar tus buenos modales —

respondió Cat entre dientes, antes de soltar una nueva maldición—. Ahora entiendo cómo fue que me encontré a Celesta en aquella calle, venía bajando desde Convent... ¡Estáis rematadamente locas!

—Shhh —la hizo callar Ammy—. No pegues esos gritos.

—Que yo grite debería ser la menor de tus preocupaciones —respondió Cat bajando la voz—. Juro que si tengo delante a tu doncella, le retorceré el cuello.

—Sí, sí —asintió Ammy mirando a su alrededor—. Tendremos que tomar un coche para llegar allí.

—Si salgo de esta con vida y Rainer se entera, meterá mi cuerpo en un cajón y lo tirará al Támesis —masculló la muchacha acompañando a Ammy hacia uno de los laterales menos transitados de la calle—. Y juro por dios que le diré que ha sido culpa tuya.

—Eso si yo también consigo salir viva de esta, querida, que no se te olvide —le respondió ella asomando su rubia cabeza por una esquina.

—Sé que me arrepentiré de esto —masculló Cat antes de salir tras ella hacia uno de los coches de alquiler al otro lado de la calle.

Las muchachas se acercaron al coche y tras intercambiar un par de palabras con el conductor en el pescante, Cat abrió la puerta para dejar que Ammy subiese al interior del vehículo antes de encaramarse para subir ella misma.

—Oh, creo que no —oyó a sus espaldas un instante antes de que sintiese como tiraban de ella hacia atrás antes de envolverla con una maloliente manta y volver a lanzarla al interior del coche, entre el ajetreo y el agitado latido del corazón resonando en sus oídos solo pudo oír los gritos de Ammy, trató de moverse en el reducido espacio, buscando la manera de soltarse hasta que dejaron caer otro peso encima de ella arrancándole un jadeo, Cat pudo notar que aquel peso era la propia Ammy, quien gritaba desesperada.



*No puedo creer lo que está pasando, ¿ahora nos secuestran? ¿Qué diablos pasa con esta maldita ciudad?*

Cat volvió a patlear, luchando por soltarse mientras escuchaba los ahogados gritos de su amiga cerca de su cabeza, tal parecía que las habían cogido a las dos. Una fuerte sacudida y el ruido de las ruedas sobre el pavimento le dijeron que se habían puesto en marcha, solo dios podía saber hacia dónde.

Lo que nadie esperaba era que la escena hubiese sido presenciada por los dos sorprendidos hombres que habían llegado corriendo desde el camino que subía desde el muelle.

—Es imposible que sea ella —dijo uno de ellos pasándose la mano por la lisa calva debajo de su bandana—. El capitán la mataría si la viese correteando por aquí.

—Si hay algo que no voy a olvidar, es la manera que tiene de gritar y pelear esa gata, Clay. Es ella.

—El capitán va a matarla.

—Para eso primero tendremos que encontrarla.

—Diablos, Gata, en qué líos te metes —suspiró Clay recordando todos los problemas que le había causado a bordo del barco.

## CAPÍTULO 16

El coche se había detenido hacía un momento pero nadie parecía tener mucha prisa por acercarse a su interior para comprobar cómo estaban las muchachas, Cat trató de moverse, revolviéndose en la maloliente tela que la asfixiaba con su asqueroso aroma, si no pensara que era una locura, estaría por apostar a que aquello era un saco donde metían el carbón. La incertidumbre de lo que estaba ocurriendo empezó a hacer mella en ella, llamó a Ammy insistentemente sin obtener respuesta hasta que oyó nuevamente voces procedentes del exterior seguido de risas antes de que la portezuela del coche se abriera y escuchara los relinchos de los caballos antes de ser izada y subida al hombro huesudo de uno de los hombres.

Durante todo el tiempo, Cat lanzó patadas, se debatió con los brazos apresados en aquella tela, chillando y revolviéndose.

—¡Malditos hijos de puta! —gritó la chica enfadada por no poder hacer nada—. ¡¿Dónde está mi amiga?! ¡Si le toquéis un solo pelo os comeré las entrañas! ¡Bastardos! ¡Cobardes!

—Haz que se calle de una maldita vez, o juro por dios que la ahogaré y al diablo con el viejo —farfulló uno de ellos.

Como respuesta, Cat se sintió vapuleada y colgada aún más cabeza abajo, la sangre empezaba a llegarle a la cabeza, tiñéndole las mejillas.

—¡Me las vais a pagar! —jadeó ella volviendo a emprender la pelea solo para terminar sin aliento cuando se sintió alzada para caer después de golpe contra el duro suelo, dejando escapar un quejido. Casi al mismo tiempo, oyó

otro golpe a su lado y un quejido gemelo al suyo.

—¿Ammy? ¿Ammy estás bien? —preguntó Cat con el corazón encogido, la sangre se le agolpaba en los oídos, incapaz de escuchar nada—. ¡Desgraciados! ¡Si le habéis hecho algo, me las pagareis!

—Vaya, vaya... pero mira que tenemos aquí.

Cat palideció al escuchar aquella conocida voz, todo su cuerpo se puso en tensión y su mente volvió en el tiempo al momento en que aquella navaja se había hundido en su vientre.

—Tienes más vidas que un gato, mi querida Cat.

Casi al instante sintió como le arrebataban la tela que la había cubierto y se encontró a los pies del malnacido de Earl Watson. Echando un rápido vistazo a su alrededor, se topó con el otro bulto del que sobresalía la falda del vestido y los zapatos de Ammy, desesperada se lanzó hacia ella, tironeando frenética de la tela mientras lanzaba miradas furiosas a los tres hombres que estaban allí de pie.

—Ruega por que no le haya pasado nada a la dama, viejo asqueroso —masculló Cat entre dientes haciendo a un lado la tela para liberar la cabeza de Ammy. La rubia cabellera de la muchacha se había escapado de su recogido, cayéndole ahora en mechones desiguales sobre un marfileño rostro manchado de hollín—. ¿Ammy? Ammy, contéstame.

La muchacha reaccionó con un quejido, permitiendo a Cat dejar escapar el aire que no sabía ni que había estado reteniendo, ayudando a su amiga a incorporarse, se mantuvo en todo momento delante de ella.

—¿Qué ha pasado? —susurró la rubia llevándose la mano a la cabeza, antes de abrir los ojos de par en par al ver a aquellos hombres. Un instintivo grito surgió de su garganta—. ¡Oh, dios mío! ¡Oh, dios mío!

—Shhh, está bien, estos imbéciles no van a hacerte daño —le prometió Cat y empezó a ponerse en pie, pero Ammy le aferró la mano,

impidiéndoselo.

—No. Cat, es peligroso —negó la chica con pavor.

Cat se mordió una maldición y fulminó al hombre que en medio de los otros dos. Aquellos ojillos maliciosos no hacían si no darle escalofríos y traer a su memoria recuerdos de una niñez que prefería olvidar.

—¿No quedaste conforme con el trabajo que vienes a rematarlo, rata inmunda? —escupió Cat fulminando al hombre con la mirada.

Él chasqueó la lengua y se permitió examinar a Cat de arriba abajo.

—Aquello fue un desafortunado accidente, Cat —le aseguró con fingida zalamería—. Sé que sabes que fue así.

La chica alzó la barbilla con orgullo.

—Lo único que sé es que has intentado matarme, pedazo de escoria —aseguró ella con voz venenosa—. Pero dios es demasiado misericordioso y permitió que tuviese la oportunidad de volver a ver tu decrepita cara para poder escupir en ella.

—Quien nace ramera... no puede llegar a ser otra cosa que ramera —respondió él con voz divertida—. Mírate, vestida como una dama e incapaz de decir una palabra amable que no resulte malsonante.

—No soy una dama, algo por lo que deberías estar contento, ya que fuiste tú quien hizo de mí lo que soy, viejo asqueroso —escupió ella sin pensárselo dos veces. Él era gran culpable de la vida que había tenido en las calles, una vida de miseria, de vivir con el miedo a no saber si estaría viva al día siguiente o si iba a encontrar algo que llevarse a la boca, miedo de que aquel maldito Lord hubiese muerto, o si estaba todavía vivo, la reconociese y diese con sus huesos en la cárcel. Aquel hombre la había hecho tener miedo hasta de su sombra.

Cat entrecerró los ojos y echó un rápido vistazo a los dos secuaces que lo acompañaban, al tiempo que recorría rápidamente lo que parecía ser una vieja

fábrica abandonada con algunas ventanas tapiadas y un fuerte olor a hollín, el techo solo eran vigas quemadas.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó. No podía tratarse de simple casualidad el que aquellos hombres las hubiesen cogido a ambas.

—No ha sido difícil después de descubrir a quien estás calentando la cama, querida —respondió el viejo, y la recorrió con una mirada lasciva—. Has apuntado bastante alto, palomita, pero por lo que veo no te está yendo nada mal. Tu amante ha estado rastreando los bajos fondos en busca de alguien que hubiese visto el asalto, incluso ofreció una jugosa recompensa.

Al decir esto, sus secuaces se rieron y Cat entrecerró los ojos aún más.

—Eres escoria, Earl —masculló Cat entrecerrando los ojos—. No vas a obtener ni un solo centavo de mí, antes me lanzaré yo misma al Támesis, pero no sin haberte arrancado primero los ojos.

—¡Catherine! —jadeó Ammy llamando su atención.

Cat se volvió inmediatamente a ella por si le había ocurrido algo, pero la dama se había sentado y la estaba amonestando con un dedo.

—Cuida tu lenguaje, querida.

—Ammy, este no es el momento adecuado para hacer hincapié en mis modales —le respondió Cat poniendo los ojos en blanco antes de volverse hacia los tres hombres—. Estos no son caballeros, son escoria, cerdos de la más baja ralea.

—Tsh, tsh, tsh —chasqueó el viejo con una divertida sonrisa—. La señorita tiene razón, Cat, querida. Esa no es la manera de hablarle al hombre que te sacó de los problemas, enseñándote a vivir en las calles.

Cat dio un paso adelante furiosa.

—Querrás decir el hombre que me molía a palos si no robaba la cuota del día o no seguía al pie de la letra sus instrucciones —respondió ella con fiereza—. Solo has sido y eres escoria, Earl Watson, una maldita boñiga de

caballo.

El hombre hizo una seña a sus dos acompañantes antes de volverse hacia Cat y empezar a acortar la distancia entre ellos.

—Cat, Cat, Cat, que desagradecida eres, mi muchacha —chasqueó caminando hacia ella—. Después de que te libré de acabar durmiendo en la calle, te puse un techo bajo el que abrigarte.

Cat entrecerró los ojos y retrocedió obligando a Ammy a incorporarse.

—Levántate —le dijo tirando de ella, mientras su mirada seguía puesta en el viejo—. Si das un solo paso más, Earl, no dudaré en arrancarte los ojos.

—Veo que es imposible llegar a un acuerdo contigo, ratoncito —le dijo, utilizando el apelativo que le había puesto estando en las calles, haciendo que ella se tensara, sus ojos adquiriendo un brillo aún más asesino—, quizás tu amiguita resulte ser más cooperadora.

Cat echó un rápido vistazo a los hombres que empezaban a rodearlas por los flancos y volviéndose tomó un trozo de madera del suelo y se puso delante de Ammy esgrimiendo la improvisada arma.

—Dad un paso más y por dios que será lo único que hagáis en vuestra maldita vida —clamó ella en voz alta.

—Haced caso a la señora, caballeros —se oyó una nueva voz masculina procedente de una de las zonas en penumbra de la derruida fábrica.

Cat volvió la mirada rápidamente hacia la zona de la que había provenido la voz, tratando de ver a través de la penumbra.

—¿Por qué será que siempre la encontramos metida en algún lío, Gata?

Cat jadeó al reconocer esa segunda voz procedente del lado contrario de donde vino la primera, y su mirada pronto dio con el primero de a bordo del Valhala.

—Señor Clay —jadeó ella con sorpresa, entonces se volvió hacia el otro lado para ver aparecer al enorme hombre con aspecto rudo y no pudo si no

quedárselo mirando sin poder creerse que fuese él—. ¿Señor Gibbs?

—Ni en tierra puede alejarse de los problemas, ¿eh, Gata? —le aseguró el hombre avanzando hacia las muchachas, al igual que hacía Clay, mientras los otros dos hombres empezaban a dudar al ver la corpulencia y la cara de malas pulgas de los recién llegados.

—Le juro por lo más sagrado que esta vez yo no he tenido nada que ver — aseguró ella empezando a relajarse ahora que habían llegado los refuerzos.

—Me cuesta creerlo —aseguró Clay mirando de reojo a la otra dama—. ¿Y ésta quién es?

—Un poco de respeto, señor Clay —pidió Cat volviéndose hacia su amiga, quien estaba mirando alucinada a los dos hombretones—. La dama es amiga mía.

—Mis disculpas, miladi —dijo Clay inclinando la cabeza hacia Ammy, quien fue incapaz de responder, estaba demasiado pasmada.

—¿Qué significa esto? —bramó Earl mirando con rabia a la muchacha.

Cat se irguió y le dedicó una mirada que pretendía ser absolutamente insultante.

—Ya te lo dije, Earl, no hago tratos de ninguna clase con escoria como tú.

El hombre apretó sus amarillentos dientes y entrecerró los ojos antes de empezar a retroceder, era indudable que se veía en inferioridad de condiciones y no quería poner su pellejo en problemas.

—Esto no se quedará así, pequeña furcia —el hombre que respondía al nombre de Earl escupió al suelo, su mirada era puro odio cuando miró a Cat—. Disfruta mientras puedas, Cat, no te durará mucho...

Con aquello, el viejo empezó a retroceder llamando a sus hombres con un gesto de la barbilla, los cuales no dudaron en correr hacia el viejo.

—Cobardes —masculló Gibbs mirando a los tunantes huir con el rabo entre las piernas.

Clay se volvió entonces hacia Cat, quien tenía el pelo revuelto, la cara manchada de hollín y las mejillas enrojecidas.

—¿Les ha hecho algo?

Cat volvió la mirada hacia el hombre y negó con la cabeza, entonces se volvió y fue atender a Ammy, quien seguía mirando a Gibbs como si se tratase del hombre del saco.

—Vamos, volvamos a casa —le dijo Cat tomando a la chica del brazo para instarla a caminar, pero Ammy parecía estar clavada al suelo—. ¿Ammy?

—¿Qui... quienes... son?

Cat suspiró y tiró con más fuerza de su amiga, haciéndola trastabillar.

—Son... amigos —respondió ella sin mirar a los hombres, mientras echaba un vistazo a su alrededor y buscaba una salida, finalmente se volvió hacia Clay, quien le devolvió la mirada y sin decir nada, echó a caminar.

—¿Amigos? —preguntó Ammy, la cual parecía incapaz de escapar del shock—. ¿Tienes amigos así?

—Ya te dije que no era lo que parecía, Ammy —respondió Cat en apenas un susurro antes de tirar nuevamente de ella, conduciéndola detrás de Clay hacia el exterior.

—Oh, cielo, cualquier cosa que me hayas contado, ante esto palidece —aseguró la dama mirando a su alrededor, y pasándose una mano por la cabeza—. Nos han secuestrado... dios mío, nos han metido en un coche y nos han secuestrado...

—Sí, lo siento —continuó Cat esquivando las maderas del suelo—. Me temo que era a mí a quien estaba buscando ese mequetrefe.

—¿Lo sabe el capitán? —preguntó Gibbs que venía cerrando la retaguardia.

Cat apenas se volvió sobre el hombro.

—¿Se lo dirá usted, Señor Gibbs?



—¿Tiene alguna maldita idea de lo que habría podido ocurrirles si no llegamos a seguir las?

Cat suspiró profundamente.

—Aunque no me crea, Gibbs, le juro que esta vez, yo no he hecho nada para que intentasen secuestrarme —musitó Cat con un profundo suspiro—. Nada en absoluto.

Cat respiró profundamente alejando el viciado olor del humo y del hollín que había en el interior de la vieja fábrica, como había supuesto, se trataba de un viejo edificio consumido por un incendio hacía ya varios años situado a las afueras de la ciudad.

—¿Cómo volvemos a casa? —preguntó Ammy, quien a estas alturas ya empezaba a pensar con claridad a pesar de todo lo ocurrido. Debía de ser una de las pocas damas capaces de soportar algo como aquello.

—Demasiado lejos para ir caminando —aceptó Cat mirando a su alrededor, hasta que los relinchos de los caballos le llamaron la atención, del otro lado de las ruinas, había un pequeño coche de alquiler con un hombrecillo enjuto y encogido sobre el pescante que se estaba tomando un buen trago de licor. La mujer se volvió hacia los dos hombres dispuesta a preguntar, pero ellos ya habían empezado a caminar hacia el coche, suspirando tomó la mano de su amiga y tiró una vez más de ella—. Imagino que volveremos en coche.

—¿Estás segura que son amigos? —preguntó nuevamente Ammy en voz baja—. Parecen piratas.

—Son los hombres del Valhala, el barco de Rainer —respondió Cat y respiró profundamente—. Así que, sí, estoy segura.

Ammy imitó el gesto de su amiga y suspirando se recogió las faldas.

—Bien, en ese caso, será mejor que volvamos —respondió la muchacha—. Tal parece que el prestamista tendrá que esperar.

Cat miró a la muchacha y luego a los dos hombres y rogó al cielo por la estupidez que estaba a punto de hacer.

—Rainer me matará por esto, si no lo hacen ellos primero —masculló Cat recogiendo sus propias faldas y corriendo hacia los hombres, hasta detenerse entre ellos—. Caballeros, necesitaría un último favor...

Los dos hombres se quedaron mirándola como si le hubiese salido una segunda cabeza, pero eso fue hasta que llegó Ammy y añadió.

—Sí, necesitaríamos que nos escoltaran a una casa de empeños —aseguró la muchacha con su mejor sonrisa.

Los hombres pasaron su mirada de Cat a la muchacha. Finalmente Gibbs se volvió hacia Cat con una ceja arqueada.

—¿Casa de empeño? ¿Ya ha desvalijado la casa del capitán, Gata?

—En realidad, ni siquiera he empezado —respondió Cat con ironía, entonces se llevó las manos a las caderas—. Necesitamos ir a esa casa de empeños, Señor Gibbs, es realmente importante.

—¿Y dónde está esa bendita casa de empeños? —preguntó Clay frotándose la cabeza.

Cat sonrió con inocencia y miró a su amiga, quien puso la misma expresión.

—En Neal Street —dijeron las dos damas al mismo tiempo.

La expresión que apareció en el rostro de los dos hombres informó a Cat de lo contento que iba a estar Rainer con ella cuando se enterara de todo lo que había ocurrido esa mañana. Ni modo, de perdidos, al río, y el Támesis era lo suficientemente profundo y sucio como para que nunca se encontrara su cuerpo si él decidía asesinarla.

—Si mi madre me ve llegar así a casa, me matará —aseguró Ammy haciendo una mueca al ver la suciedad impresa en su vestido—. No

conseguiría llegar a mi habitación sin que me detuviese *La Sargento*.

Cat echó un vistazo a su amiga y sonrió, *La sargento* era su ama de llaves, una mujer bajita y rolliza capaz de dar órdenes como el mejor general de un ejército.

—Créeme... no serías la única que no llegaría viva a su dormitorio — aseguró Cat con un profundo suspiro—. Que digo... ni siquiera sé si sobreviviré a los próximos días, cuando su señoría se entere, me hará colgar del palo mayor del Valhala.

—Vamos, vamos —respondió Ammy ondeando su mano como para restarle importancia—. Eres su prometida, sólo tienes que coquetear un poco y caerá rendido a tus pies.

Cat miró a su amiga como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Caería fulminado, más bien, por todos los problemas que dice que le ocasiono —resopló Cat—. Y con un demonio, el de hoy no ha sido culpa mía.

—¿Crees que esos dos caballeros nos guardarán el secreto? —preguntó apretando el bolsito de tela donde tenía el camafeo que el Señor Gibbs había recuperado del prestamista sin nada más que una breve charla—. Si alguien se entera de que he estado saliendo por las noches, a mis padres les dará una apoplejía.

—¿No te preocupa más tu reputación? —sugirió Cat señalando lo obvio, Ammy sí era una dama.

Ammy puso los brazos en jarras como tantas veces antes cuando Cat señalaba lo obvio.

—Empiezo a pensar que no valoras nuestra amistad, Catherine —le respondió la muchacha con firmeza—. Me da lo mismo lo que diga la sociedad sobre mí, yo sé quién soy y eso es todo lo que me importa.

Cat quiso discutir, pero sabía que no ganaría nada. Ammy todavía veía las

cosas de color de rosa, había sido protegida y amada por su familia, nunca había tenido que ver lo diferente que eran sus mundos en primera persona y Cat rogaba que su amiga nunca tuviese que experimentarlo en carne propia.

—Vamos, entraremos por las cocinas, a estas horas sólo está la cocinera y con un poco de suerte, las mujeres de la casa ni siquiera se habrán levantado todavía —aseguró Cat tirando de ella hacia la parte posterior de la casa.

Cat abrió la puerta de manera sigilosa, apenas una rendija, lo suficiente para examinar rápidamente la cocina antes de abrir la puerta por completo y hacer una señal a Ammy para que entrase, la cocinera, una mujer alta y delgada, removía en aquellos momentos una olla de espaldas a ellas mientras tarareaba una improvisada melodía. Haciéndole una señal a Ammy para que se mantuviese en silencio, atravesaron raudas la habitación para salir al pasillo que comunicaba con las dependencias de los criados y salía un poco más allá al vestíbulo principal, las muchachas habían abandonado ya el pasillo y estaban cruzando el vestíbulo en dirección a las escaleras cuando un audible carraspeo sonó a sus espaldas y se quedaron quietas como estatuas, paradas en mitad de la sala.

—Déjeme adivinar, querida —Cat maldijo interiormente cuando oyó la voz de Noah—. Se han aburrido de la frivolidad de Londres y han decidido ponerse a limpiar... ¿Chimeneas?

Cat respiró profundamente ante la mirada avergonzada de Ammy y se volvió, enderezándose para enfrentarse con el duque. Con una graciosa reverencia, le dijo.

—Su gracia, ¿cuánto pedís por mantener este encuentro en secreto?

Noah se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Un baile, madame —entonces miró también a Ammy y añadió—. De ambas. Seré sin duda el hombre más envidiado de toda la sociedad.

Cat parpadeó un par de veces.

—¿Un baile? —preguntó sin acabar de entender.

—La fiesta de los Castlereah es mañana por la noche —asintió Noah mirando a Cat, examinando su aspecto con ojo crítico—. Rainer acaba de confirmarme que asistirá al evento.

Cat se encogió graciosamente de hombros.

—Que su señoría haya decidido asistir, no quiere decir que yo vaya, milord —le respondió Cat con sencillez.

Noah sonrió de una manera peculiar, Cat habría podido jurar que vio cierto cariño en su mirada en ese momento.

—Lo hará, mi querida niña —aseguró el lord con un firme asentimiento—, y no dudo en añadir que será el centro de todas las miradas.

—No quiero asistir a ninguna fiesta —aseguró Cat con firmeza, había algo que no le gustaba en todo aquello.

Noah se limitó a encogerse de hombros.

—Eso tendrá que decírselo a su... prometido —respondió con una amplia sonrisa al ver la mirada de disgusto en el rostro de Cat.

—Ambos sabemos cuál es mi posición, milord —respondió Cat y extendió la mano señalando a su amiga, que seguía callada como una tumba—. Puede hablar con toda libertad delante de Lady Balston, ella está al tanto de todo.

Aquello si pareció sorprender a Noah, pero se limitó a mirar a Cat y sacudir la cabeza.

—Querida, deberías entender que cuando a un hombre se le mete algo en la cabeza, hay muy pocas probabilidades de poder sacárselo —respondió de forma enigmática y finalmente señaló hacia la biblioteca—. Rainer está en la biblioteca, le sugeriría subir y asearse cuanto antes, a menos que tenga una explicación convincente para vuestro actual aspecto.

Cat entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Qué pide por este favor?

Noah sonrió a su pesar, aquella muchacha era tan desconfiada como él mismo.

—Ya se lo he dicho, miladi —aseguró excusándose con una reverencia—. Las veré a ambas en la fiesta de mañana por la noche. Señoras.

Ammy correspondió con una reverencia instintiva mientras Cat permanecía durante un breve segundo allí de pie cociéndose a fuego lento.

—Vamos a lavarnos —dijo entonces volviéndose en redondo hacia Ammy—. Te dejaré algo de ropa para que puedas volver a casa y cambiarte.

Ammy no dijo nada, simplemente subió tras su amiga.

Noah entró en la biblioteca y cerró la puerta a sus espaldas antes de dirigirse hacia Rainer quien estaba revisando unos papeles tras el escritorio.

—He oído voces, ¿ya regresaron mi madre y mi hermana? —preguntó sin levantar la vista de los papeles que tenía frente a sí.

Noah dudó unos instantes finalmente negó con la cabeza, decidiendo guardarle el secreto a la muchacha, ella parecía haber estado bien al igual que la otra dama.

—No, estaba hablando con una de tus sirvientas —respondió sin mentir del todo, pues aquello era lo que había estado haciendo escasos minutos antes de que llegaran las muchachas, desalentando a una insistente y descarada muchacha—. Algunas mujeres parecen no entender cuando les dices que no.

Rainer levantó la mirada y arqueó una ceja.

—¿Mis sirvientas también, Noah? —se burló Rainer—. Te agradecería que dejases los corazones de mi servicio enteros, espero mantener el mismo nivel de servicio en mi casa.

—Lo siento, mi querido muchacho, pero mis gustos están un poco más por encima de las siervas —aseguró haciendo un mohín—. Creo que no me he acostado con una de mis doncellas desde que era un muchacho y aquella de

enormes pechos me arrastró a su cama.

Rainer se echó a reír y cruzó los brazos sobre la mesa.

—¿No has pensado en buscar esposa? —sugirió Rainer no por primera vez. Su amigo siempre había sido el más serio de los dos, formal, para algunos incluso aburrido. Noah había perdido a sus padres siendo apenas un muchacho, teniendo que encargarse de un ducado a medias dilapidado y un jovenzuelo inexperto que necesitaba de una mano firme y disciplina como era el caso de su hermano Ryss. Había tenido que madurar a pasos agigantados, pero su carácter serio y su paciencia a la hora de hacer negocios lo había llevado a levantar su fortuna y mantener un privilegiado puesto entre los más allegados al rey. Una distinción que Noah llevaba en el más estrecho de los secretos, cosa que le había granjeado la gratitud y el respeto del monarca—. Ellwood necesita una duquesa.

Noah resopló como siempre que Rain sacaba el tema.

—Que estés dispuesto a desposarte con esa pequeña gatita tuya, no quiere decir que los demás también hayamos perdido la cabeza —le recordó Noah con cierta sorna.

Ahora fue el turno de Rainer de suspirar.

—Estás decidido, ¿eh?

—Creo que ella podría ser una perfecta condesa.

Ahora fue el turno de Noah de echarse a reír.

—Oh, vamos, Rain —se reía Noah—, esa muchacha tuya será una joya en la cama, pero tiene una lengua y unos modales que distan mucho de hacerla una perfecta condesa. Si la quieres, no la dejes escapar, muchacho, pero no intentes justificar tus actos con un argumento tan débil, no conmigo, al menos.

—Ella es diferente a todo lo que he conocido, Noah —aceptó el hombre con aspecto meditabundo—. Sé que es ella, tiene que ser ella.

—Has caído, mi muchacho —le aseguró el duque—. Te has enamorado irremediablemente de esa ratera, Rain.

Rainer no lo negó, esa era la verdad, aquella problemática y respondona hembra se había colado en su corazón y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

—Bueno, sin duda ella será una esposa poco común —aceptó Noah tratando de quitarle importancia al asunto—. Me complacerá mucho invitarla a Ellwood.

Rainer miró a su amigo con gratitud, sabía que con el apoyo de Noah, Cat sería aceptada inmediatamente.

—¿Ya le has comunicado las buenas noticias? —sugirió Noah.

—Esperaba poder hacerlo esta noche —respondió echándose hacia atrás en la silla—. Voy a llevarla a Vauxhall a ver los fuegos.

—Um... sin duda eso podrá suavizarte el camino —aceptó Noah.

Rainer alzó la mirada y esbozó una mueca en respuesta.

—Ya lo veremos.

Noah decidió cambiar de tema y le habló sobre su reciente encuentro con su ex amante. Lady Ashton parecía no haber captado todavía el significado de un rechazo y por lo que el mismo Rainer le había confirmado a Noah, tenía ayuda directa de la propia hermana del lord.

—Tal parece que tu hermana se ha convertido en una firme defensora de la dama en cuestión —comentó Noah jugueteando con las invitaciones que había recibido Rainer—. No me sorprendería encontrarla en la fiesta de mañana... ¿Estás seguro de que llevar a Catherine es lo más adecuado?

—El rumor de que estoy «prometido» parece haberse extendido como la pólvora —aceptó Rainer con una mueca—. Mi supuesta prometida, no deja de repetirme que sólo es mi amante, mi madre si bien no me ha presionado todavía, ha dejado muy clara su postura y mi hermana está de parte de mi ex amante...



—Nunca te han preocupado los rumores.

—Y no me preocupan —aceptó con la verdad—. Pero no quiero que esto haga daño a Cat, ya ha padecido suficiente en su vida.

Noah no respondió, pero en lo más profundo respetaba a Rainer por comprometerse con la mujer. La muchacha podía resultar realmente engañosa algunas veces, había algo en ella que la hacía verse por momentos como algo más que una simple ratera y eso empezaba a inquietarlo. ¿Quién era realmente Catherine Avery? Quizás hubiese llegado el momento de empezar a indagar un poco en el pasado de la muchacha. Por el bien de Rainer, esperaba no encontrarse con nada raro.

—¿Has averiguado algo sobre el medallón que protegió con tanto celo cuando la atacaron?

Rainer negó con la cabeza.

—Dice que es una reliquia familiar y lo cierto es que la creo —aceptó Rainer sin rodeos—. Catherine creció en un hospicio, tenía cuatro años cuando la abandonaron. No recuerda nada anterior a esa época.

—Interesante —aceptó Noah.

Rainer esbozó una ligera sonrisa.

—Conozco esa mirada, Noah —le aseguró Rainer—. Pero me he adelantado a ti, ya estoy tras la pista.

Noah pareció impresionado.

—Me has impresionado —aseguró el hombre—. Pensé que era el único que veía en ella algo más de lo que hay.

—No sé explicarlo, pero Cat parece dos personas distintas, sus modales, su forma de caminar... no es algo que se aprenda en las calles, ni en un hospicio, por muy buenos modales que te enseñen... eso se enseña desde la cuna.

—Si tenía cuatro años cuando ingresó en el hospicio, existe un periodo

anterior en el que ella debió de ser criada de una forma especial, educada me arriesgaría a decir —aseguró Noah frotándose la barbilla y miró a Rainer—. Sabes, siempre me han gustado los desafíos.

—Y a mí los misterios —aseguró Rainer mirando al hombre con mirada cómplice.

Si había algo en el pasado de Catherine que debiesen saber, entre los dos iban a sacarlo a la luz.

## CAPÍTULO 17

Cat y Ammy se habían atrincherado en el dormitorio de la primera tras pedir a la doncella de Cat que les subiese agua tibia y paños para poder asearse, afortunadamente, la doncella era una muchacha discreta, celosa de su ama que cumplía cada uno de sus deseos sin rechistar. Las muchachas hablaban sobre el baile que Noah había comentado que se celebraría la noche siguiente. Rainer no había dicho nada al respecto y Cat no sabía que pensar, ni siquiera tenía un vestido adecuado para un baile, entre unas cosas y otras, había ido posponiendo su visita a la modista. Y para ser sincera consigo misma, tampoco deseaba asistir a fiesta alguna.

—¿Sabes algo de ese baile que ha mencionado Lambrick? —preguntó Cat extendiendo un vestido de tarde sobre la cama, uno de los que Milly le había arreglado para adaptarlo a su figura.

—Es uno de los bailes más importantes de la temporada —aseguró la muchacha terminando de secarse con un paño—. Prácticamente toda la aristocracia y cualquiera que sea lo suficientemente importante para recibir una invitación estarán allí. Lord Brightmore no te ha dicho nada sobre ello.

—He estado intentando evitar los bailes y las fiestas de sociedad tanto como he podido —aseguró Cat haciendo una mueca—. Lo cual, teniendo en cuenta que apenas he pisado Londres desde que volví con Rainer hace solamente tres semanas, es un buen record.

—Te pasaste casi dos semanas en la cama, eso no cuenta —le recordó Ammy terminando su aseo.

Cat se llevó la mano inconscientemente al lugar en el que tenía la rosada cicatriz y se estremeció ante lo fácil que les había resultado secuestrarla.

—Ese hombre que nos secuestró, fue el mismo que te atacó la noche en que nos ayudaste, ¿no es así? —preguntó Ammy caminando hacia su amiga.

Cat la miró por encima del hombro y asintió lentamente.

—Erl Watson es la escoria dentro de su gremio —murmuró ella con voz baja, dura—, él no respeta a nadie, no se detiene en pensar en mutilar y asesinar si eso lo beneficia de alguna manera, es un ser despreciable...

—Catherine, tal vez sí deberías hablar con Rainer y explicarle lo sucedido —le dijo Ammy visiblemente preocupada—, ese hombre todavía está ahí fuera, en algún sitio.

Cat volvió la mirada hacia su amiga y arqueó una ceja en respuesta.

—¿Y qué le digo exactamente? Sí, Rain, ¿sabes? Iba a acompañar a Ammy Balston a uno de los peores prestamistas de la ciudad, pero antes de que pudiéramos tomar un coche que nos llevara a Neal Street, nos secuestraron y nos llevaron a una fábrica abandonada de las afueras, de las que salimos vivas gracias a la oportuna intervención de dos de tus hombres del Valhala. Los cuales, deja que te diga, fueron en nuestro lugar a ver a ese prestamista para recuperar unas joyas que la doncella de Ammy había llevado por petición de ella —terminó con una buena carga de ironía—. Sí, ya puedo ver los titulares en los periódicos de mañana... «Mujer asesinada por su amante. Esa era la única manera de que no causara problemas, declaró él».

—Por supuesto que no puedes decirle eso —se escandalizó Ammy, entonces suspiró—. Pero ese hombre es peligroso, Cat.

—Lo sé —aceptó ella volviendo al vestidor de dónde sacó otro vestido de mañana en color azul para su amiga—. Espero te sirva, tú eres más pequeña que yo.

—Cualquier cosa será mejor que estar llena de hollín —aseguró la

muchacha encargándose del vestido—. Pero hay que hacer algo, no es seguro que ese hombre siga rondando por ahí.

Cat suspiró profundamente y se volvió para tomar el vestido y empezar a vestirse.

—Sí, tendré que pensar en algo —aceptó la muchacha, preguntándose si lo mejor y más rápido no sería decirle a Rainer lo que había ocurrido y que él tomase el asusto en sus manos. No, pensó Cat, no podía exponerse a que él fuese herido.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? —pidió Ammy dándole la espalda del vestido para que se lo abotonara.

Cat la asistió mientras pensaba en las palabras de Noah.

—No estoy segura de querer asistir a ningún baile, ni siquiera tengo un vestido adecuado para ello —farfulló ella con fastidio—. ¿Por qué la gente está empeñada a ir a fiestas?

—Para ver y ser vista, querida —le aseguró Ammy dándose la vuelta—. Todo es cuestión de ver y ser vista. La temporada es un mercado o eso dice mi madre.

—No creo que esté muy equivocada al respecto —aseguró Cat dejándose caer con pesadez sobre el asiento de su tocador—. Quizás Lambrick sólo estuviese gastándonos una broma...

—Sigue soñando, querida, pero te advierto que el despertar será un poco brusco —aseguró Ammy atusándose el pelo ante el espejo del tocador desde donde encontró los ojos de Cat—. Tal vez ya es hora de que te compadezcas un poco menos de ti misma y empieces a disfrutar la posición que te ha tocado en la vida.

—¿La de puta?

—¡Catherine Avery! —la amonestó Ammy apuntándola con un dedo—. Que no vuelva a oír de tus labios tal horrible palabra.

Cat resopló.

—Lamento si la verdad hiere tus dulces oídos, Ammy, pero esa es la realidad. Le pongas el nombre que le pongas, soy la querida del Conde de Kenway.

—Eres su prometida —rezongó la muchacha alzando la barbilla—. El propio conde te presentó a mi hermana y a mí de esa manera, así que, mientras él no diga lo contrario, yo te consideraré la futura condesa de Kenway.

—Estás loca —aseguró Cat negando con la cabeza—. Has perdido la cabeza por completo.

—Y tú, mi querida amiga, deberías confiar un poco más en ti misma y en tus posibilidades —le aseguró posando ambas manos sobre los hombros femeninos—. Eres hermosa, una joya que cualquier hombre desearía conservar para siempre.

Cat la miró a través del espejo y le sonrió, apretándole la mano en agradecimiento. Había ocasiones en las que ella también necesitaba que alguien la animase.

—En cuanto al vestido de fiesta... yo tengo algunos que ya no utilizo, están algo pasados de moda, pero con unos pocos arreglos, y adaptándolos a tu figura, estoy segura de que quedarán espléndidos —aseguró Ammy inclinándose hasta quedar rostro con rostro—. Y conozco a la mujer que podrá arreglártelos y dejarlos como una auténtica y nueva creación parisina.

—Si pronuncias el nombre de Madame Michaels, te pegaré con mi cepillo —aseguró la muchacha haciendo una mueca.

Ammy se rió.

—No, no, no... en realidad se trata de una pariente de mi doncella —aceptó Ammy con un ligero encogimiento de hombros—. Ella se ha quedado sin trabajo y es muy buena costurera, así que de vez en cuando le damos algo

que hacer.

Cat se la quedó mirando durante unos segundos a través del espejo, entonces se volvió hacia ella.

—Eres una de las pocas personas que conozco que se preocupa tanto por la gente y nada por las clases sociales —aseguró con suavidad—. Eres una gran mujer, Ammy y una buena amiga.

Ella sonrió.

—La mejor —se rió y tiró de Cat para que se pusiera en pie—. ¿Todavía no te habías percatado?

Las dos muchachas se echaron a reír antes de terminar de vestirse y acicalarse para dejar el dormitorio. Cat acababa de cerrar la puerta y estaba examinando el contenido de su *ridículo* cuando oyó la voz de la hermana de Rainer procedente del final del corredor. Con cada paso su voz se hacía más nítida hasta que finalmente la escuchó con claridad junto con la de Lady Freija, la cual tenía una mirada de reprobación absoluta en su rostro.

—No puede estar diciéndolo en serio, madre, Rainer no puede llevar a esa mujerzuela al Baile de los Castlereah, sería humillante —aseguró ella con un aspaviento.

—¿Qué tiene de humillante que se presente con Catherine? Ella tiene los mismos derechos que podría haber tenido Elisabeth en su momento, quizás incluso más.

—¡Elisabeth es una dama no una ramera de puerto! —exclamó Brianna con testarudez—. ¿Sabéis dónde se dice que la encontró madre? En el puerto. Una ramera del puerto, una mujerzuela cualquiera que vaya usted a saber qué clase de lechos ha estado calentando.

—Brianna, ya basta —la atajó Lady Freija—, no quiero saber nada de lo que te hayan podido contar. Catherine está en esta casa porque tu hermano así lo quiere, así que respeta sus deseos y guárdate tus maliciosos comentarios

para quien quiera escucharlos.

—¡Usted también, madre! ¿Pero qué os ha hecho esa ramera a todos que ninguno sois capaces de verla tal y como es? —exclamó la mujer, haciendo un claro berrinche—. Mi hija está en esta misma casa, madre, viviendo bajo el mismo techo que esa ramera y no pienso consentirlo.

—No metas a Helia en esto, Brianna —la previno Lady Freija y su tono de voz no admitía discusión—. No quiero que mi nieta se envenene de la misma manera que te estás envenenando tú. Te desconozco hija, realmente te desconozco.

—Y yo os desconozco a todos vosotros, madre —aseguró la mujer pareciendo absolutamente ultrajada—. No entiendo como todos podéis ponerlos de parte de la puta de mi hermano.

—Por si todavía no os lo han dicho, Lady Brianna, tengo un nombre y no es tan insultante como el que acaba de darme.

Las dos mujeres se volvieron con sorpresa hacia el pasillo en donde se encontraron con Cat acompañada de Ammy. El rostro de la hermana de Rainer palideció un poco y luego adquirió un tono de profundo rubor al ver que habían escuchado su diatriba.

—Catherine... —pidió Lady Freija, sabiendo que la muchacha había escuchado lo dicho por su hija—. Ignore sus berrinches.

—Con gusto lo haría, miladi, si no fuese porque cada vez que vuestra hija abre la boca es únicamente para soltar sapos y culebras sobre mi persona —respondió Cat y caminó hacia la mujer, quien parecía estar echando fuego por los ojos—. Y se equivoca en su blanco, Lady Brianna, es a su hermano al que tendría que reclamar, no a mí.

El leve pinchazo de ardor que atravesó su mejilla motivó sendos jadeos de sorpresa por parte de las dos mujeres que había acompañándolas, Cat se llevó la mano a la mejilla y respirando profundamente entrecerró los ojos y levantó



la mano para devolverle la bofetada a su oponente.

La cara de sorpresa que puso la muchacha casi hizo sonreír a Cat. Tal parecía que la mujer nunca se había topado con alguien que le devolviese lo que cosechaba. Su rostro empezó a congestionarse, la incredulidad dio paso a la rabia y tomando la falda del vestido en un puñado se volvió dispuesta a dirigirse de nuevo hacia las escaleras, su mirada era puro veneno al igual que sus ojos cuando habló por encima del hombro.

—Brianna... —la llamó Lady Freija con un profundo suspiro.

—No, madre, se acabó, no permitiré que esa furcia contamine más esta casa —aseguró y bajó con decisión las escaleras.

Freija resopló nuevamente y tras echarle una mirada de disculpas a Cat bajó tras su hija. Las dos muchachas siguieron a las damas cuando empezaron a oír la voz de Brianna en la planta baja, hablando en gritos y la voz de Rainer en respuesta.

Ammy se volvió a Cat y le examinó la mejilla colorada por la bofetada de la mujer.

—La única que se ha estado comportando como una verdulera ha sido ella, Cat —le aseguró Ammy volviéndose hacia la escalera.

Ambas se miraron y se apresuraron en descender llegando a ver a Rainer saliendo tras su hermana desde la biblioteca.

—Quiero que la eches de esta casa —clamaba Brianna en voz en grito, señalando insistentemente hacia la escalera—. Llévatela donde sea, devuélvela al burdel de dónde la hayas sacado, pero expúlsala de esta casa, Rainer o te juro por dios que me iré yo, hermano. No quiero una puta viviendo bajo el mismo techo que mi hija, tu sobrina. ¡Y menos a una zorra que se ha atrevido a pegarme!

Cat apretó los labios tratando de contenerse, porque lo que realmente deseaba era echarle las manos a la cabeza y arrancarle cada uno de sus pelos.

—No fui yo la que dio la primera bofetada, miladi —la voz de Cat llegó firme pero suave desde las escaleras, Rainer se volvió hacia allí e intercambió una mirada dura y severa con Cat, para luego fijarse en Ammy, la cual seguía al lado de Cat.

—Echa a esa ramera de esta casa, Rainer —insistió su hermana en el mismo instante en que Noah atravesaba el umbral de la biblioteca.

—Brianna, no sé si eres consciente del escándalo que estás propiciando delante de todo el mundo —respondió Rainer con voz fría, letal—, quizás deberías haberlo hecho en medio de un salón de baile, de ese modo podrías airear mi vida ante más público.

La mujer tuvo que morderse la lengua, pues no tenía respuesta ante aquello.

Rainer se volvió entonces hacia las escaleras y caminó hasta detenerse a sus pies y tender la mano hacia la mujer que lo observaba en completo silencio.

—Catherine, por favor... —le pidió manteniendo la mano extendida.

Cat intercambió una mirada con Ammy, quien asintió e instó a su amiga a bajar las escaleras. Tan pronto estuvo al alcance de Rainer, le tendió con recelo su mano, la cual él tomó para conducir a la muchacha frente a su hermana.

—Te rogaría, Brianna, que a partir de este momento contuvieses tu lengua y muestres el debido respeto cuando te dirijas a Catherine. Mi prometida — declaró Rainer apretando la mano de Cat cuando esta oyó la palabra prometida y se volvió a Rainer frunciendo el ceño—. Si no eres capaz de respetar a la mujer que será mi esposa, me sentiré profundamente apesadumbrado, pero deberé pedirte que abandones esta casa.

Brianna jadeó, sumándose al propio jadeo de Cat, quien había empezado a palidecer.

—No puedes estar hablando en serio... —balbuceó su hermana.

—No me estás haciendo ningún favor con esto, Rain, todo el mundo aquí reunido sabe perfectamente quien soy y cuál es mi lugar en esta casa —aseguró Cat tratando de soltarse—. No me importa lo que diga de mí, yo sé quién soy y si vuelve a pegarme, se lo devolveré una vez más.

Rainer se volvió hacia Cat, su rostro era una máscara de autodomínio y decisión.

—Preferiría que no —aseguró él con un deje de ironía—. Empezarás a comportarte como lo que eres, una dama y mi prometida.

—Has perdido el juicio... —aseguró Cat mirándole pasmada, entonces se volvió hacia Noah quien permanecía de brazos cruzados y con una satisfecha sonrisa en los labios—. Dígaselo usted, Lambrick, no puede hacerlo.

—Me temo que eso no es algo que pueda decidir usted, querida —le respondió Noah con diversión.

—Con un demonio que no puedo —respondió ella dando una patadita en el suelo.

—Cat, tu lenguaje... —le recordó Ammy quien había bajado también y permanecía a los pies de las escaleras.

—¿Es que habéis perdido todos el juicio? —jadeó ella y se volvió a Rainer, quien la miraba con absoluta tranquilidad—. No voy a casarme contigo.

—Lo harás —aseguró él con un deje divertido en su voz—. Es lo mejor para ambos. Mañana en la noche anunciaremos nuestro compromiso en la fiesta de los Castlereaah, será una forma rápida de acallar las habladurías y cualquier posible escándalo.

—¡No puedes casarte con ella! —terqueó Brianna, realmente angustiada—. Por amor de dios, Rainer, piensa lo que vas a hacer... destrozará a Elisabeth.

Ahora fue Noah el que bufó.

—Dudo que nada de lo que hagas pueda si no molestar a la dulce Elisabeth —en la voz de Noah había pura ironía.

—No me casaré con usted, Lord Brightmore —negó Cat con efusividad—. No está bien, por el amor de dios...

—No hay nada más que hablar, Catherine —le respondió Rainer llevándose la mano que todavía retenía de ella a sus labios—. La decisión está tomada.

—¡Con un demonio que lo está! —exclamó ella con un jadeo, retirando su mano de golpe—. No puedes casarte conmigo... no... no puedes.

—Querida, soy Conde, puedo hacer lo que yo quiera y al diablo los demás —le aseguró mirándola con una intensidad que la hacía derretirse—. Sugiero que empieces a buscar un vestido adecuado para el baile de mañana por que todas las miradas estarán centradas en nosotros.

Cat jadeó a punto de decir algo, pero las palabras se le atascaron en los labios. Rainer sonrió profundamente, le dedicó una reverencia y tras excusarse con las damas se volvió con Noah hacia la biblioteca.

—¡Con un demonio! —estalló Cat—. ¡Si me obligas a continuar con esta farsa, iré en harapos!

Rainer se volvió en el instante en que cruzaba el umbral de la biblioteca, su mirada era puro ardor cuando la posó sobre Cat robándole el aliento.

—Sin duda una decisión con la que estaré profundamente emocionado, mi querida —le respondió antes de entrar en la habitación cerrando la puerta tras él.

—Tal parece que después de todo, sí vas a ir a ese baile, querida amiga —le respondió Ammy tratando de contener una risita, sus ojos brillaban de ilusión por su amiga, le había parecido tan romántico.

—Ruego a dios que Rainer se dé cuenta de la locura que está cometiendo

antes de que sea demasiado tarde —respondió Brianna mirando a Cat con una mirada de desprecio, recorriéndola de los pies a la cabeza—. Estará convirtiendo a una fulana en Condesa de Kenway.

—¡Brianna! —clamó Lady Freija con gesto enfadado.

—No madre —negó la mujer con la cabeza—. Si ella se queda en esta casa, me marcharé. Tan pronto llegue Asgard, mi hija y yo nos iremos.

—Estás cometiendo un grave error, Brianna —le aseguró Lady Freija con pesar—. Tu hermano...

—Mi hermano piensa únicamente con la entropierna, al igual que todos los hombres —masculló la mujer, y dio media vuelta para subir de nuevo por las escaleras con gesto decidido.

Ante el incómodo silencio que siguió, Cat se volvió hacia Lady Freija.

—Madame, yo...

Freija negó con la cabeza y tomó las manos de Cat entre las suyas.

—No hay nada que decir, querida —le aseguró con una tierna sonrisa—. Mi hijo ha tomado una decisión y si esos son sus deseos, estaré feliz de acatarlos. Ahora, disculpadme... pensé que los días de lidiar con los hijos ya habían pasado, pero está claro que no.

La dama ascendió por la escalera tras su hija, dispuesta a zanjar aquella discusión de una vez y por todas.

—Deberíamos irnos ya, el tiempo apremia —Ammy frotó el brazo de Cat dedicándole una cálida sonrisa al ver la mirada derrotada de su amiga—. Vamos, conseguiremos que seas la dama más hermosa de toda la velada.

Cat miró a Ammy y negó con la cabeza.

—Haría falta un milagro para eso, Ammy —le aseguró Cat.

La muchacha sonrió.

—En ese caso, es bueno que me tengas a mí a tu lado.

Sin decir una palabra más, la muchacha tomó a su amiga del brazo y tras

coger sus cosas de manos del siempre pendiente mayordomo, salieron a la calle.

Noah observó con cierta diversión como Rainer se tomaba de un solo trago el licor que se había servido, para volver a rellenar el vaso.

—Me gusta tu forma de dar noticias —le dijo Noah distrayéndolo de su intento de emborracharse—. Tu prometida parecía haber sido picada por un nido de abejas.

—Al diablo con todo —clamó antes de beberse el segundo vaso de golpe—. La quiero, y por dios que será mía.

Noah suspiró y caminó hacia su amigo quitándole el vaso de las manos.

—En ese caso, será mejor que dejes de beber y empieces a buscar algo que decirle al viejo, no va a caber en sí de gozo cuando sepa que te vas a desposar con una... ratera a la que has conocido en el puerto... y que se coló de polizón en tu barco —aseguró Noah dándole unas palmaditas en la espalda—. Realmente, su problema de gota dejará de ser una preocupación.

Rainer lo fulminó con la mirada, lo que hizo que Noah se riese aún más.

—Empezaré a indagar con los datos que me has dado —respondió entre sonrisas—. Y descubriremos quien es en realidad tu palomita.

Ammy tenía suficiente ropa para vestir a todo un hospicio y aun así regalarla a la caridad. Si bien la muchacha era un poquito más baja que Cat, ambas poseían el mismo talle y no fue difícil encontrar en medio de todo aquel revuelo de telas, tres posibles vestidos que podrían arreglarse para adaptarse a un evento como el de la noche siguiente.

—Sin duda el dorado es el que mejor te iría, está un poco anticuado pero Reene hace maravillas y estoy segura que podrá hacer algo para adaptarlo a tu figura y convertirlo en el último grito en París —aseguró Ammy mirando

las telas con ojo crítico—. Aunque el azul tornasolado también te quedaría bien... ¡Nos llevaremos los dos!

Cat acarició ambas telas distraída, eran tan suaves y hermosas, jamás había tenido nada como aquello hasta que conoció a Rainer, ni en sus más salvajes sueños había podido pensar que alguna vez podría vestir esos trapos, ella, una simple ratera, ¿cómo podía él querer desposarla? La sola idea era risible.

—Esto es una locura —murmuró ella apartándose de la cama en la que Ammy había extendido los vestidos para ir hacia la ventana, donde se quedó mirando hacia el exterior—, él no puede casarse conmigo. Yo no pertenezco a su mundo... soy... soy una ladrona... no soy para él.

Ammy contempló a su amiga durante un instante, Cat se veía tan triste y desolada. Dejando los vestidos a un lado, caminó hacia ella la consoló.

—Le amas, Cat —le dijo sin más rodeos atrayendo la mirada de su amiga—. Sólo hay que mirarte a la cara cuando él aparece en una habitación, tu rostro se ilumina al igual que sus ojos, y apostarí a que no eres la única que se siente así.

Cat negó con la cabeza. Había intentado con todas sus fuerzas mantener su corazón bajo llave, pero aquel hombre la había conquistado y se había enamorado irremediamente de él. Pero ella era consciente de la realidad, de lo que la gente a su alrededor preferían ignorar... Él era un noble y ella, ella solo era una pobre desgraciada.

—No funcionará, Ammy... —negó ella, una solitaria lágrima resbalando por su mejilla—. Yo no soy una dama, ni podré serlo nunca...

—Querida... una dama no se hace en la cuna, una dama se cultiva a lo largo del camino —le aseguró Ammy con profunda convicción.

—Ya es demasiado tarde para eso —negó ella.

Ammy negó con la cabeza.

—Nunca es demasiado tarde, querida —le aseguró su amiga abrazándola—. Jamás es demasiado tarde para alcanzar aquello que se está destinado a ser. Y tú, mi querida Catherine, estás destinada a grandes cosas.

Cat no pudo si no reír ante la seguridad de su amiga, se secó la díscola lágrima de su mejilla y miró a la muchacha a los ojos.

—¿Cómo por ejemplo?

Ammy sonrió.

—Conseguir que de eso, surja el mejor vestido que se haya visto en la Temporada londinense —le aseguró ella con un guiño—. Lo que te convertirá en la dama más exquisita y deseada de la velada.

Cat se echó a reír sin poder evitarlo, a veces las ocurrencias de su amiga eran de lo más divertidas.

—Sólo tú podrías conseguir algo así.

Ammy asintió.

—Que no te quepa la menor duda —asintió con una absoluta firmeza haciendo que las dos chicas rompieran a reír abrazadas y girando por toda la habitación hasta caer mareadas y seguir riendo sobre las alfombras que enmoquetaban el suelo.



## CAPÍTULO 18

Cat había estado examinando con ojo crítico las manos de la costurera cuando esta insertaba los alfileres en la tela, para tomar las medidas exactas de la muchacha. Ammy había entrado directamente en la pequeña tienda situada en una de las calles laterales del mercado. Apenas era un cuarto con varias telas sobre un pequeño mostrador y una trastienda donde elaboraba y cosía los encargos que le hacían, aunque, como le había comentado Ammy, la mujer se dedicaba a hacer pequeños arreglos ya que su clientela no era de alto poder adquisitivo.

—Ahora, no os mováis —susurró la modista, cuya ronca voz contrastaba estrepitosamente con sus bruscos modales—. Ajustaremos la falda a esta altura y le meteremos al talle, de este modo.

Cat examinó el trabajo de la mujer con ojo crítico y frunció el ceño, si seguía ciñendo aquella maldita cinta de raso debajo de sus pechos, causaría un desbordamiento.

—¿Y si no lo ajustáis tanto? —sugirió la muchacha echando un rápido vistazo a una de las blusas que estaba mirando Ammy—. Temo que no pueda respirar y mucho menos hacer una reverencia sin que me salten los pechos, algo que podría resultar un verdadero problema, si entendéis lo que quiero decir.

—Deja de protestar, Cat —le dijo Ammy desde el otro lado de la habitación—. Reene sabe muy bien como realzar los atributos femeninos sin que se desborden.

—Habrá que rehacer las mangas —musitó la modista mirando con ojo crítico el viejo corte del vestido—, y unos listones oliva serían perfectos.

—Y guantes a juego —asintió Ammy con una amplia sonrisa—. En verde oliva... creo que tengo un par de ese tono.

—Unas pocas puntadas, unos listones aquí y aquí y una t nica entallada y cerrada bajo los pechos en brocado verde oliva... —la modista asintió para sí misma y dej  a Cat con los brazos extendidos mientras iba a uno de los cajones y sacó un par de rollos de tela de un tono parecido a los listones. Tras compararlos con el tono de los listones, se decidió por uno y sacó tela suficiente para hacer una prueba—. Perfecto.

—Oh, s ... absolutamente encantador —aseguró Ammy dejando lo que estaba haciendo para ir a mirar de cerca el resultado—. Sabía que podrías hacerlo, Reene.

—Me halaga usted, miladi —aseguró ella con un tenue rubor cubriendo sus mejillas—. Pero lo cierto es que la dama tiene una figura envidiable, cualquier cosa se adapta perfectamente a ella.

— Lo ves? —Ammy sonrió mirando a Cat—. Te dije que ibas a ser la más hermosa de toda la fiesta.

—Yo preferiría pasar desapercibida —aseguró Cat, quien cada vez tenía menos ganas de asistir a esa bendita celebración.

—Tonterías, no puedes perd rtela —aseguró Ammy tomando sus manos en las de ella—. Y debes estar radiante —entonces se volvió hacia la mujer—.  Podr is tenerlo para mañana al mediodía a más tardar, Reene?

—Har  mi mejor esfuerzo, Lady Balston.

—Perfecto —asintió Ammy satisfecha, entonces espero a que la costurera retirara todos los alfileres del cuerpo de su amiga—. Ahora solamente nos falta un par de detalles, y conozco el lugar perfecto para ello.

Ammy arrastró a Cat de una tienda a otra durante buena parte de la tarde,

entraron a tomar un refrigerio en un saloncito de té y finalmente se detuvieron en una pequeña tienda, una de las mejores de Londres, según había indicado la muchacha, para adquirir unos complementos para el vestido de Cat y unos bordados que había encargado la propia Ammy algunos días atrás.

—¿Podemos irnos ya? —murmuró Cat pegada a Ammy—. Me duelen los pies, estoy cansada y quiero volver a casa.

—Sólo unos minutos más, querida —le dijo Ammy palmeándole la mano como si fuese una niña—. Tengo que recoger los bordados para mi madre y quiero que nos enseñe de nuevo ese broche de perlas y plumas dorado, es perfecto para el vestido.

—¡Estás loca! —alzó la voz, pero pronto volvió a bajarla—. Con lo que cuesta esa baratija, yo como un mes.

Ammy se rió al escuchar el comentario de Cat y sacudió la cabeza.

—No eres tú quien va a pagarlo, querida —le aseguró con diversión—. Lo hará tu prometido.

—No lo quiero, Ammy —negó Cat refunfuñando—. Y no es mi prometido, con un demonio.

—Catherine, ese vocabulario —la amonestó—. ¿Tengo que lavarte la boca con jabón?

Farfullando una respuesta en voz baja dejó a la muchacha por imposible y centró su atención en unos abanicos de madreperla y brocado.

—Aquí está su encargo, Lady Balston —salió nuevamente la dependienta de la trastienda, su mirada se desvió un instante hacia Cat antes de indicarle con una sonrisa—. Esos abanicos acaban de llegar de París, son unas piezas exclusivísimas.

—Son hermosos —respondió ella admirando un abanico de marfil con bordados en blanco e incrustaciones doradas.

Ammy echó un vistazo por encima del hombro y sonrió al ver la manera en que Cat miraba el abanico, como mujer sabía perfectamente cuando alguien se enamoraba de algo.

—Creo que iría perfecto para el vestido, querida —le aseguró Ammy antes de volverse y señalar el broche que les había mostrado anteriormente—. También nos llevaremos el broche de perlas y plumas, Señorita Millton.

—Por supuesto, miladi —asintió la mujer, totalmente encantada de haber colocado esa tarde artículos tan costosos—. ¿Debo ponerlo todo a cuenta de su señor padre, miladi?

Cat se volvió entonces con el abanico y se acercó a Ammy, dejando la pieza sobre la mesa junto al broche y las zapatillas de baile que había adquirido y miró a su amiga, quien asintió con una amplia sonrisa.

—Sólo el encargo de mi madre, Señorita Millton —respondió Ammy echando un disimulado vistazo a su alrededor, consciente de las dos mujeres que llevaban un buen rato admirando unas telas y echándoles miradas furtivas—. Los otros artículos deberá cargarlos a la cuenta del Conde de Kenway.

—¿A la cuenta de Milord? —la mujer no pudo evitar su sorpresa, su mirada fue rauda hacia Cat quien fingía estar absolutamente concentrada en el abanico que acaba de adquirir.

—Eso he dicho, Señorita Millton —asintió Ammy con una afable sonrisa, mientras echaba un vistazo rápido a las mujeres que se habían vuelto a mirar a Cat con renovado interés—. ¿Le supone algún problema?

—En absoluto, miladi —negó la mujer inmediatamente—. Se los empaquetaré ya mismo.

—Se lo agradezco, Señorita Millton —aseguró Ammy examinando unos encajes que había encima del mostrador mientras la dama hacía los paquetes—. Creo que no se nos queda nada, ¿verdad?

Cat alzó la mirada hacia ella y se encogió de hombros.

—Diría que hemos comprado más de lo que necesitamos —aseguró en voz baja.

—Tonterías —negó Ammy haciendo a un lado la respuesta con un gesto de la mano—. Una dama nunca, jamás, habrá comprado demasiado.

—Eso díselo a Rainer cuando vea el recibo de la cuenta —farfulló Cat mirando a su alrededor con aprensión—. Si has terminado, me gustaría irme, tal parece que la gente no tiene mejor cosa que hacer que vigilar cada uno de nuestros movimientos.

Ammy se encogió de hombros con coquetería.

—Déjalas que se cuezan en su propia curiosidad, eso aumentará la expectación y el misterio —le dijo la muchacha con simpatía, y señaló a una de las dos mujeres—. Esas dos damas son unas chismosas increíbles, en cuanto salgamos por la puerta se pondrán a interrogar a la Señorita Millton sobre quién eres, estoy segura.

—Ammy, eso no me consuela —aseguró Cat con obvia incomodidad.

—Aquí están sus paquetes, Lady Balston —habló de nuevo la mujer, y entonces miró a Cat con ojo crítico y con una espléndida y curiosa sonrisa acercó también los otros—. Y los suyos... miladi.

—Gracias, señorita Millton —asintió Ammy tomando los paquetes de Cat para entregárselos a la muchacha, y tomar finalmente el suyo—. Que tenga muy buenas tardes.

—Lo mismo para ustedes, madame —aseguró la mujer, la cual incluso estiró el cuello cuando las muchachas se dirigía a la puerta.

—Si sigue así, se romperá el cuello —vaticinó Ammy con una risita, antes de que Cat la hiciese callar.

—Shhh —la amonestó Cat a punto de traspasar el umbral de la puerta, cuando se encontró de frente con la última persona que esperaba ver en aquel momento. A juzgar por la mirada de sorpresa que surgió en la mirada de la

dama, no era la única.

—Vaya, qué pequeña puede resultar la ciudad en algunas ocasiones.

Cat alzó la barbilla y se preparó mentalmente para el inesperado encuentro, frente a ella estaba Lady Elisabeth Ashton, la antigua amante de Rainer y buena amiga de la familia, tal y como había comprobado.

—Lady Ashton —se adelantó Ammy, con un frío y educado saludo.

—Lady Balston —la saludó la mujer con tibia ligereza, su mirada fue a los paquetes que llevaban ambas—. Veo que han estado de compras.

—Así es —aseguró Ammy con profunda satisfacción y voz melosa e inocente al añadir—. No podíamos dejar nada al azar para el baile de mañana a la noche, usted sabe.

La mujer echó un rápido vistazo a Cat pero mantuvo su sonrisa.

—Por supuesto, ¿asistirán a la velada? —su mirada se desvió de nuevo hacia Cat, quien estaba empezando a cocerse a fuego lento.

—Es de cumplida obligación hacerlo. Lady Castlereah ha sido sumamente adorable al extender la invitación a mi padre —aseguró Ammy con educación, sin perderse el intercambio de las dos mujeres—. No me permitiría faltar por nada en el mundo.

—Como bien ha dicho, Lady Baston, es una cumplida obligación —ahora fue Cat la que respondió y tomando a su amiga del brazo tiró de ella en dirección a la puerta—. Si nos disculpa, Señora Ashton, debemos partir.

Antes de que la dama pudiera hacer alguna objeción al trato protocolario que había utilizado Cat, la muchacha tiró de Ammy con ella y salieron a la calle dejando a la mujer plantada.

—Vaya... y eso es nada más y nada menos que educación —musitó Elisabeth con una amplia sonrisa en los labios, pensando en lo fácil que sería que Rainer se cansase de aquella mujer—. Buenas tardes, Señorita Millton. Señora Barrows, Lady Cronwell —saludó a las damas presentes en la tienda

antes de dirigirse al mostrador—. ¿Le ha llegado ya lo que le encargué?

—Sí, sí, recién lo terminé esta misma mañana —aseguró la mujer, todavía sorprendida por el intercambio de miradas de las damas y el hecho de que se conocieran, pues todo el mundo sabía que Lady Ashton era la amante del Conde de Kenway... o lo había sido hasta ahora.

—Buenas tardes, Lady Ashton —le devolvió el saludo una de las dos mujeres, las cuales eran conocidas como las más chismosas de Londres. Elisabeth sonrió interiormente ante la oportunidad que se le presentaba para desacreditar a su rival.

—Madame, ¿qué tal su señor esposo? He oído que ha estado enfermo, deseo de corazón que tenga una pronta recuperación —aseguró Lizzy preparando el terreno para su próximo movimiento.

Tras una agotadora jornada de compras, Cat volvió a casa con varios paquetes bajo el brazo, apenas había atravesado la puerta de la calle cuando el mayordomo salió a su encuentro, tomando de sus brazos los paquetes que ella cargaba y entregándoselos a una de las doncellas que en aquellos momentos pasaba por el recibidor con instrucciones de llevarlos a las habitaciones de la mujer.

—¿A su habitación, madame? —preguntó la doncella queriendo cerciorarse.

—Sí, por favor —asintió Cat mientras se sacaba los guantes y el pequeño sombrero—. Déjalos sobre la cama.

—Sí, madame —respondió la muchacha con una reverencia antes de apresurarse hacia el piso de arriba.

—Madame, milord pidió que os enviase a sus habitaciones tan pronto llegase de la calle.

Cat terminó de sacarse el último dedo de los guantes y miró al mayordomo

con el ceño fruncido.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada de lo que haya sido informado, madame —respondió el mayordomo con su habitual aplomo.

Ella asintió.

—Gracias, Grayson —asintió ella, dejando sus cosas en manos del mayordomo para seguidamente recogerse las faldas y dirigirse al piso de arriba.

Entró a su habitación para comprobar que la doncella había dejado sus cosas donde se le había indicado y esperó a que ésta volviese a bajar antes de dirigirse al final del corredor y llamar suavemente a la puerta. Al instante esta se abrió dando paso al ballet, un joven muchacho de no más de catorce o quince años al que Cat había visto en un par de ocasiones.

—Madame —la saludó el muchacho con una leve reverencia al tiempo que abría la puerta por completo y se hacía a un lado—. Milord me pidió que la hiciese pasar en cuanto llegase. Con vuestra venia.

—Propio —murmuró Cat, quien no acaba de acostumbrarse a toda aquella ceremonia y protocolo.

Cat asintió y pasó al recibidor, observando como el muchacho hacía una nueva reverencia antes de marcharse de la habitación cerrando la puerta tras él.

—¿Cat?

Volviéndose en dirección al dormitorio principal, abandonó el recibidor.

—Grayson me ha dicho que querías verme —respondió ella entrando en el territorio masculino, encontrándose a su amante tomando un baño—. No sabía que estabas bañándote, puedo volver después.

Rainer echó la cabeza atrás y se rió suavemente, era todo un espectáculo ver a un hombre como él metido en aquella cuba de agua caliente, el húmedo



pelo negro cayéndole suelto sobre los anchos hombros mientras se pasaba un paño por el pecho, limpiando los rastros de jabón, su torso asomaba ligeramente por encima del agua al igual que sus rodillas, sus fuertes brazos descansaban al borde de la tina y Cat todavía podía ver el calor del vapor manando del agua. Rainer extendió su brazo derecho hacia ella, volviéndose a mirarla.

—No tengo nada que no hayas visto anteriormente, querida mía —le dijo en tono jocoso—. ¿Te importaría?

Cat miró el paño que él había pasado de una mano a otra y ahora le tendía a modo de ofrecimiento.

Lamiéndose los labios, Cat se acercó lentamente hacia él, la tela de la falda de su vestido crujiendo al compás de sus pasos, el ruedo mojándose cuando entró en contacto con el agua que bañaba el suelo alrededor de la tina.

—Quizás debieras desnudarte tú también, vas a mojar te el vestido —le sugirió él, su mirada recorriéndola sin pudor alguno—. Desnúdate para mí, Cat.

Ella se estremeció ante el erótico tono de su voz, pronto sus pechos se tensaron contra la tela de la blusa, revelando la sombra de sus pezones, su entrepierna empezó a pulsar de anticipación, humedeciéndose... ¡Ese maldito hombre podía enardecerla con tan solo una maldita frase! ¡Con una mirada!

Dejándose caer de rodillas sobre el mojado suelo sin importar le la falda de su vestido, tomó el paño que él le tendía y lo enjabonó antes de deslizarlo por los amplios hombros, frotando enérgicamente haciéndole reír de nuevo.

—Suave, amor, suave —se reía él.

—Si querías a alguien que te asistiera en el baño, podrías habérselo pedido a tu ballet, o alguna de las doncellas de la planta baja, estoy segura que no se negarían —respondió ella deslizando el paño sobre sus pectorales, maravillándose de la sensación de los músculos masculinos bajo su tacto,

como se tensaban y relajaban, la manera en que se formaban sus planos.

—¿Y perderme la oportunidad de verte furiosa por los celos? —rió, tal parecía que todo aquel asunto le estaba resultando de lo más divertido.

Cat jadeó y lanzó el paño al agua y se llevó las manos en jarra a las caderas.

—¡Yo no estoy celosa!

Rainer sonrió ampliamente ante la rápida e indignada defensa femenina, y sin poder contenerse por más tiempo, la cogió por debajo de los brazos, arrastrándola sin miramientos adentro de la bañera con él.

—¡Rain! ¡Rain, no! ¡Mi vestido! —clamó ella, jadeando al ver como su ropa se empapaba y se hacía cada vez más pesada, pegándose a su cuerpo mientras él la rodeaba con sus brazos, reteniéndola dentro de la bañera con él. Sus ojos azul claro chispeaban de diversión mientras la miraban—. ¡Eres un demonio, Rainer Brightmore!

Rainer echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada, dejando que ella le aporrease sin efectividad con sus pequeñas manos en el pecho.

—Ah, mi pequeña gata, incluso mojada y hecha una furia, eres hermosa —le aseguró acercándose a su boca, rozándola con los labios, persuadiéndola con la promesa de un beso—. Un tesoro en realidad.

Cat chapoteó tratando de moverse sobre su regazo, pero todo lo que consiguió fue enviar más agua al suelo y que su trasero entrase en contacto directo con su evidente erección.

—¿Has disfrutado de tu paseo? —le susurró él al oído, soplándole en el cuello.

—Ammy me arrastró por medio Londres para comprar chucherías para ese maldito baile —respondió ella moviendo su trasero contra la dura erección en un intento de escapar de aquella estrecha intimidad solo para dejar escapar un gritito cuando Rainer la volcó aún más adentro de la bañera, para enfrentarse

ahora con su mirada, momento que ella aprovechó para clavarle un dedo en el pecho—. ¿Cómo has podido decirles que soy tu prometida? ¿Por qué continuar con esta estúpida pantomima? Ambos sabemos que eso nunca va a pasar, yo... yo no puedo casarme contigo, Rainer... no puedo.

Rainer la abrazó más estrechamente, su mirada encontrando la de la muchacha.

—Puedes y lo harás.

Antes de que Cat pudiese objetar al respecto, Rainer tomó posesión de su boca, saqueándola, robándole el aliento y la cordura hasta que en lo único que pudo pensar era en el sabor de sus besos y lo bien que se sentía en sus brazos.

—No puedo... —murmuró ella con un suspiro cuando él dejó sus labios para descender con un reguero de besos por su cuello, abriendo un botón después de otro, dejando al descubierto la cremosidad de su piel y la chemise que ahora se pegaba a sus senos dejándole ver el cuerpo femenino que tanto deseaba.

—Puedes, Cat... solo tú... solo... tú.

Sus ojos siguieron el sendero que abrían sus manos, la boca se le secaba por saborear la piel que iba quedando al descubierto poco a poco, el cuerpo de mujer que se iba rebelando en sus brazos despertando a la pasión.

—¿Por qué llevas tanta ropa encima? —gruñó él mordisqueando la piel que daba inicio al valle de sus senos, sus hábiles dedos deshaciendo con velocidad asombrosa cada una de las ataduras, de los botones y lazos que envolvían aquel precioso regalo—. Llevas demasiada ropa, Cat, quiero verte desnuda contra mi piel.

—Llevo la... misma... ropa... que siem... siempre —musitó ella entre jadeos, arqueándose hacia la húmeda y abrasadora boca que lamía y mordisqueaba su piel.

—Es demasiada —gruñó él nuevamente tironeando del lazo que mantenía

unidas sus enaguas y la falda a su cintura.

—Rain —jadeó ella cuando él tomó posesión de uno de sus pechos, succionando el pezón en su boca a través de la ropa durante una agónica eternidad.

Rainer la deseaba, anhelaba tomar su cuerpo, recorrerlo con sus manos y su boca, hundirse en la miel entre sus muslos y degustarla hasta saciar el hambre que cada vez se hacía más grande, el deseo que solo ella había despertado en él con tal ferocidad.

En un ágil movimiento se levantó de la tina con ella en brazos, permitiendo que las mojadas prendas resbalaran por sus caderas dejándola solo con la chemise y las medias que no hacían sino realzar su figura.

—Preciosa —murmuró dejándola en el suelo frente a él, tomándose un momento para mirarla, saboreando con anticipación el templo de pasión que ofrecía el cuerpo femenino—. Eres la cosa más hermosa que he visto en mi vida, amor.

Cat se estremeció, pero no estaba segura si se debía a las palabras de su amante, a la ternura que había oído en su voz o al deseo que azotaba su cuerpo. Sus ojos dorados aprovecharon entonces para empaparse de la visión del cuerpo masculino, maravillándose de la fuerza y el poder que aquel hombre tenía sobre ella y su voluntad, sabiendo de antemano que si él ahora mismo le pidiese cualquier cosa, accedería sin más. Se había convertido en una esclava de su deseo, del hombre que se exhibía orgulloso ante ella, el único que hacía que se sintiese especial en sus brazos, aquel al que sin remedio había entregado su corazón.

¿Podía acaso una mujer ser más estúpida? Se había enamorado de él, de su carcelero, del hombre que la había sacado de la ruindad de las calles para introducirla en un mundo para el que no estaba segura de estar preparada, un mundo en el que ella no era más que una simple plebeya, una insignificante

muchacha que deambulaba por las callejuelas buscando que llevarse a la boca sin que ello la matase. Se había enamorado de él, pero sabía que nada bueno podría salir de ello.

Sin pensárselo dos veces, extendió los brazos hacia él, rodeándole el cuello, obligándole a bajar la cabeza para tomar su boca, un ruego silencioso para que la hiciera olvidarse de todo.

—Solo ámame —susurró ella contra su boca—, por favor, Rain, solo ámame.

Rainer la rodeó con sus brazos, pegando su cuerpo al de ella, bebiendo de su boca como un hombre sediento, sus manos aferraron la húmeda tela pegada a su cuerpo y tiró de ella deslizándola sobre su cuerpo hasta quitársela por completo, ya solo había piel contra piel entre ellos, tal y como debía ser. Lentamente la guió hacia la cama, depositándola en el centro de la misma, el edredón pronto captó la humedad de su espalda mientras más gotas resbalaban de su pelo cayendo sobre los senos femeninos, el plano vientre, bajando a la unión de sus muslos. Su mirada se detuvo un instante en los rizos oscuros que guardaban la entrada de su sexo, la boca se le hizo agua, deseaba saborearla, deseaba poder gravarse su sabor para siempre pero no deseaba asustarla, hasta ahora no había sido si no un amante tierno, cuidadoso, él había sido el primero para ella y tenía la intención de ser el único.

Lamiéndose los labios, dejó que su mirada la recorriera, sus ojos dorados brillaban con más intensidad que nunca, velados por el deseo y la pasión que se incrementaba cada vez más entre ellos, sus manos acariciaron los costados, sus senos, jugaron con las duras perlas en que se habían convertido sus pezones, su boca encontró su ombligo y siguió descendiendo, besándola, lamiéndola, acariciándola con la nariz, buscando la meta deseada.

Cat jadeó y se sobresaltó al sentir el cálido aliento masculino soplando la

ardiente carne entre sus piernas, la vergüenza acudió rauda tiñendo sus mejillas, haciéndola reaccionar con pudor, pero su amante tenía otros planes.

—¿Rain? —susurró ella, la duda clara en su voz.

Sus ojos azules se encontraron con los de ella, verlo allí, arrodillado entre sus piernas, con el rostro a escasos centímetros de su sexo debería haberla hecho querer morir de vergüenza, pero todo en lo que podía pensar era en el hambre que reflejaban sus ojos, en la silenciosa petición que había en su rostro.

—Será bueno, te lo prometo —murmuró un instante antes de que su boca descendiera sobre su ardiente sexo, destrozando el último fragmento de cordura de Cat.

Rainer deslizó los brazos por debajo de las piernas femeninas, anclándolas sobre sus hombros dejándola totalmente expuesta a él y a su lujuriosa boca. Su lengua la lamió una y otra vez, recogiendo los jugos que goteaban de su sexo, encontrando la perla oculta entre sus pliegues para acariciarla al mismo tiempo consiguiendo nuevos gemidos femeninos, un sonido que estimulaba su propio apetito, haciéndolo desear más. Trabajó en ella con hambre y dedicación, dándose un verdadero festín entre sus piernas hasta que el cuerpo femenino se tensó y con un grito de liberación se corrió en su boca.

—Oh... dios...

La oyó jadear, haciendo que sus labios se estiraran en una satisfecha sonrisa masculina antes de dar un par de últimos lametones y sustituir la boca por su hambriento sexo. Con una suave y contundente embestida entró en ella, apretando los dientes para no correrse de inmediato al sentir aquella apretada vaina a su alrededor, sus piernas se cerraron por encima de sus caderas, alrededor de su cintura mientras empezaba a montarla suavemente, disfrutando de cada fricción, de cada gemido y de la desinhibida respuesta del cuerpo femenino, acariciando uno de sus pechos, succionando el pezón del

otro en su boca aumentando el placer femenino hasta que todo lo que pudo hacer fue moverse, dentro y fuera, cada vez más rápido, más profundo, hasta que una vez más sus músculos internos se contrajeron en un nuevo orgasmo que desencadenó el suyo propio y por primera vez, se permitió correrse dentro, deseaba llenarla, marcarla como nadie había hecho, como nadie más lo haría.

Agotado y saciado, se dejó caer a un lado, atrayéndola contra él, abrazándola estrechamente hasta que ni siquiera el aire podría pasar entre ellos, dejando pasar el tiempo mientras ambos trataban de recuperar el aliento.

—No... no puedo hacerlo Rain —musitó entonces ella, su rostro oculto contra el cuello masculino—, no puedo casarme contigo. Tú y yo pertenecemos a mundos distintos, no puedes pedirme que me comprometa contigo.

—Puedo y lo haré, Catherine —respondió abrazándola más estrechamente, volviendo el rostro hacia ella, mirándola—. Te amo, mi gata ladrona, no voy a permitir que nada ni nadie te separe de mi lado.

Cat cerró los ojos con fuerza, saboreando sus palabras y doliéndose por su significado.

—Tu familia nunca lo aceptará —negó ella—. Lady Freija es muy amable, y Lord Ragnar... pero sé que cuando me miran, ven realmente lo que soy, no una futura condesa... y Brianna... tu hermana me odia, Rainer.

—Mi hermana puede ocuparse de sus asuntos —aseguró él acunando a su amante—. Esta noche tenía pensado en llevarte a Vauxhall... pero no quiero dejar la cama, ni a ti.

Cat recibió su beso con un suspiro, entonces lo miró mientras él le apartaba el pelo de la cara.

—Confía en mí —le pidió con calidez—, te prometo que todo irá bien.

—Vas a anunciar el compromiso —ella lo dio por hecho.

—Sí.

Ella suspiró.

—Y después, nos iremos una temporada a Kenway Manor —la sorprendió con aquella noticia—. Los dos solos.

Los dos solos. Cat abrazó a Rainer deseando que aquellas palabras fuesen solamente verdad.



## CAPÍTULO 19

El día transcurrió en un ajetreado ir y venir para los sirvientes de la casa, los cuales tenían que hacerse cargo de la histeria colectiva que parecía hacer presa a las mujeres cuando se trataba de asistir a un evento de una importancia tal como la de aquella noche. Cat había escuchado en más de una ocasión la alterada voz de Brianna clamando por su doncella, o hablando con Lady Freija sobre algún asunto trivial como el que no encontrase una de sus zapatillas, o prefiriese guardar dieta para no engordar ni un gramo y poder entrar en el vestido.

Cat por su parte, había pasado gran parte del día con Rainer, el conde se había encerrado en la biblioteca con mor de huir de la psicosis femenina, y Cat había aprovechado aquel retiro para acomodarse en el sofá y leer todo lo que había caído en sus manos haciéndole compañía en un bendito silencio. Rainer a menudo se la había quedado mirando para comentarle lo extraño que le resultaba que ella no estuviese también correteando como una gallina sin cabeza de un lado para otro, la respuesta de Cat lo había hecho reír:

—Demasiados pollos sin cabeza están ya aleteando por la casa, como para que tenga que salir yo también a imitarlos —le había dicho con un ligero encogimiento de hombros antes de volver a concentrarse en su libro.

Una ligera llamada a la puerta los hizo alzar la mirada de sus respectivos quehaceres volviéndose para ver a Grayson asomándose por la puerta con un amplio paquete marrón en sus manos.

—Ruego me disculpe, milord —entró el mayordomo—. Pero han traído

esto para madame.

Cat dejó el libro a un lado y se levantó, para ir a buscar el paquete.

—Debe de ser mi vestido —murmuró la muchacha tomando el paquete de manos del mayordomo y sonriéndole le dio las gracias—. Gracias, Grayson.

—Estoy para servirlos, madame —aceptó el mayordomo con su habitual formalidad, ofreciendo una reverencia antes de retirarse.

Cat se volvió con el paquete hacia el sofá, y empezó a desatar el cordón que lo mantenía unido hasta que topó con la más sorprendente de las creaciones. Era impensable que aquello hubiese podido salir de un viejo vestido de baile, sacándolo de su envoltorio lo estiró acariciando la tela, admirando los bordados que la costurera había aplicado a modo de adorno, era algo sencillo y todavía enormemente elegante.

—Qué hermoso —musitó sorprendida y encantada al mismo tiempo. Puede que no tuviese la menor gana de asistir a aquel baile, pero habiendo sufrido tantas carencias a lo largo de su vida, el contar con un vestido nuevo era como un regalo. Sin poder evitarlo, se volvió hacia Rainer con la tela en las manos y una sonrisa de felicidad, el hombre la había estado contemplando fascinado, maravillándose como ella podía emocionarse por algo tan sencillo como un simple vestido—. Mira, ¿no es una belleza? Y lo ha hecho a partir de un viejo vestido de baile.

—Es muy bonito, cariño —aceptó Rainer.

—Lo que me recuerda —murmuró ella dándose golpecitos en la barbilla con un dedo—. Que tienes una cuenta abierta en la modista con los recibos del vestido y un par de complementos... chucherías como tú le llamas.

Rainer asintió con un ligero encogimiento de hombros.

—Está bien —aceptó nuevamente, su mirada seguía puesta en la mujer que sonreía admirando su nuevo vestido, estaba realmente fascinado por ella—. Si te gusta más el trabajo de esa mujer, puedes encargar tu vestidor a ella,

que lo cargue en la cuenta, después me pasaré a saldarla. Deberías encargarte también la confección de un traje para montar, lo necesitarás una vez volvamos de Kenway Manor.

Cat alzó la mirada y se encontró con la de Raine.

—¿Para qué?

Raine sonrió.

—Siempre tienes preguntas para todo.

Cat se encogió de hombros.

—¿Sabes montar, Cat?

Cat le echó una sensual mirada que lo hizo ponerse inmediatamente duro. Su pequeña coqueta.

—El hospicio no tenía realmente caballerizas, milord —le respondió ella con cierta irónica diversión.

—En ese caso, te enseñaré —aceptó mirándola de la misma manera que él la había mirado, haciéndola sonrojar—. Será una de las cosas que hagamos en el campo.

Cat dejó el libro a un lado y volvió a envolver el vestido antes de levantarse.

—Prometo ser una alumna aplicada —aseguró ella con una sonrisa tomando el paquete en sus brazos antes de acercarse a Raine y robarle un beso—. Esperemos que los pollos sin cabeza hayan dejado de correr y Milly esté libre para ayudarme... Rain, ¿de veras tenemos que ir a esa fiesta?

Raine la atrajo por la cintura, sentándola en sus piernas.

—¿Preferirías que diésemos una fiesta aquí en casa para celebrar nuestro compromiso?

Cat chasqueó la lengua y trató de soltarse y bajar al suelo.

—Preferiría que te olvidases del asunto del compromiso, no me casaré contigo —negó ella como si aquello fuera todo.

—Ya te lo he dicho, cariño, yo siempre consigo lo que quiero —le aseguró dejándola ir—. Y lo que quiero es a ti.

—En tu cama... bien, ya me tienes. ¿Por qué tienes que complicarlo todo con una boda?

Rainer sonrió a su pesar, aquella muchacha podía ser muy testaruda cuando se lo proponía.

—Te deseo como esposa, querida Cat —le aseguró por enésima vez—. Solamente ve haciéndote a la idea, querida. Esta noche, anunciaré nuestro compromiso.

Cat suspiró y puso los ojos en blanco.

—Espero sepas lo que estás haciendo, Rain, de veras lo espero —aseguró ella con un suspiro mientras se dirigía a la puerta.

La noche llegó demasiado deprisa para el sosiego de Cat, vestida como una princesa y peinada a la última moda sorprendió a todos los miembros de la casa al descender por la escalera para reunirse con Rainer, el cual se veía elegante y guapísimo. En ese momento Cat fue terriblemente consciente del poder aristocrático de Rainer, manaba por cada uno de sus poros y ella empezó a sentirse como una pequeña hormiga a su lado, como una mota de polvo que podría ensuciar todo aquel esplendor si la realidad de quien era salía a la luz.

—Estás hermosísima, amor —le dijo tomando su enguantada mano para llevársela a los labios nada más la tuvo ante él.

Cat correspondió con una leve reverencia a su galanteo y aceptó el brazo que le ofrecía, mientras recibía una mirada fulminante de Brianna y una sonrisa apreciativa de Lady Freija, quien se veía hermosísima en un traje de noche color rojo sangre del brazo de su apuesto marido. Rainer se parecía mucho a su madre, pero los rasgos y el porte sin duda habían sido heredados

de su padre. Lord Ragnar se veía absolutamente apuesto e impresionantemente joven para tener un hijo de la edad de Rainer.

Brianna se volvió hacia una de las doncellas.

—Asegúrate de echar un vistazo a Helia cada hora —la instruyó en vigilar a su pequeña hija. Cat ni siquiera la había visto en todo el tiempo que llevaba en la casa, tenía curiosidad por saber cómo sería la sobrina de Rainer, pero su madre parecía tener otra opinión.

—Querida, estás deslumbrante —la agasajó Lady Freija.

—Serás la envidia de todos los hombres esta noche, hijo —le dijo Ragnar a Rainer.

Él sonrió y miró con deseo a Cat.

—Así lo espero, padre.

El coche con el emblema familiar los llevó atravesando la ciudad a una hermosa y enorme casa en la que varios lacayos vestidos con librea se encargaban de recibir a los invitados, Cat nunca había visto tal colorido ni derroche de riquezas antes, mujeres ataviadas con hermosos vestidos y exquisitas joyas se lucían bajo las luces de los candiles saludándose entre ellas mientras iban del brazo de sus maridos y acompañantes hacia la entrada principal. Cuando el carruaje se detuvo Cat realmente pensó con aprensión que ella no pertenecía a aquel mundo, podía estar vestida para aparentarlo, dios sabía que el trabajo que la Sra. Reene había hecho con ese viejo vestido de baile era un hermoso milagro, pero aquello no evitaba que en su interior no fuese más que una simple ratera. Ragnar bajó primero, ayudando a su esposa e hija a descender del carruaje, Rainer estaba a punto de seguirlo hasta que notó la temblorosa mano de Cat sobre su brazo y la vio negar con la cabeza.

—No quiero ir —negó ella con lastimero susurro—. Yo no pertenezco a ese mundo, Rain... no quiero avergonzarte.

El angustioso tono en su voz y la sinceridad en sus ojos lo humillaron profundamente, tomando su mano entre las suyas, buscó su mirada.

—Jamás vas a avergonzarme, Catherine Avery —le aseguró con toda la sinceridad de su corazón—. Sé quién eres aquí —le rozó el seno señalando su corazón—, y eso es todo lo que necesito. Si tengo que dejar esta maldita ciudad e irme a vivir al campo para poder tenerte, lo haré... Es a ti a quien quiero, Cat, lo demás... me da exactamente igual.

Cat se mordió el labio. No quería que Rainer le dijera eso, no quería que la amase, no podía permitirse conservar ese amor... ¿Por qué tenía que ser tan cruel el destino?

—Sólo será esta noche, cariño —le aseguró Rainer apretando su mano—. Mañana nos iremos a Kenway Manor, estaremos en la campiña inglesa, lejos de todo este bullicio.

Ella asintió y respiró profundamente.

—Espero que no te arrepientas de lo que vas a hacer esta noche, Rain —le aseguró soltando su mano para recoger su bolso.

Rainer le sonrió.

—Mi único arrepentimiento, sería dejarte ir mi amor —le aseguró besando su mano antes de descender del coche para luego ayudarla a ella a bajar.

Cat odiaba ser el centro de atención, pero fue consciente desde el mismo instante que puso los pies en el suelo, que aquella noche no iba a quedarle otra que apretar los dientes y aparentar ser algo que no era, solo esperaba poder hacerlo, poder recordar todas las lecciones que le había impartido la Hermana Caroline y que Ammy había repasado.

—No dejes que lo avergüence —rogó en voz baja antes de tomar su mano y caminar de su brazo hacia la entrada principal.

Un jovial matrimonio los recibió a la entrada de la casa, comunicándoles a Lord Ragnar y Lady Freija su ilusión de que hubiesen podido asistir a su

fiesta, la mujer incluso intercambió un par de palabras con Brianna antes de dirigirse a Rainer con una estudiada reverencia y mirar con ojo crítico a Cat para luego alzar la mirada aparentemente satisfecha.

—Lord Kenway, nos honra con su presencia, milord —aseguró la dama tendiéndole la mano.

—El honor es todo mío, Vizcondesa —respondió Rainer besando la mano de la mujer—. Castlereah.

—Bienvenido, Kenway —respondió aunque su mirada estaba puesta sobre Cat, una mirada de curiosidad y lujuria a partes iguales—. ¿Y esta encantadora dama que os acompaña?

El hombre tomó la mano de Cat para besarle los nudillos, reteniéndola más de lo permitido. Rainer acercó a la muchacha a él como advertencia y se volvió a sus anfitriones.

—Esta encantadora dama ha tenido la amabilidad de apiadarse de mí y aceptar mi proposición —les dijo sin dejar de mirar a Cat con cierta posesión, de modo que no les quedase duda alguna de que hablaba en serio—. Lord Castlereah, Lady Castlereah, permitidme presentaros a Madame Catherine Avery de Sommerset, mi prometida.

La sorpresa en los ojos del matrimonio no pasó desapercibida para Cat, quien inclinó levemente su cabeza a modo de saludo.

—Vaya, esto sí que ha sido una verdadera y maravillosa sorpresa —se apresuró a decir Lady Catlereah, en su voz parecía existir genuina felicidad—. Es un placer conoceros, querida.

—El placer es mío, Vizcondesa —respondió la muchacha.

—Bueno, bueno, si lo tuyo no es tener suerte, Kenway —aseguró el marido de la mujer con diversión, antes de inclinarse nuevamente hacia Cat y deseársela felicidad—. Es una magnífica noticia, os deseo felicidad, madame.

—Gracias, milord —murmuró ella deseando que se la tragase la tierra.

—Por favor, pasen a dentro —los instó la Vizcondesa—. Y diviértanse.

Con una última reverencia, la pareja pasó al interior mientras los anfitriones los miraban desde su posición.

—Esto sí que ha sido una sorpresa, ¿de dónde crees que la habrá sacado? —preguntó el Vizconde en voz baja a su mujer.

—Madame Avery—repitió la mujer y negó con la cabeza—, no recuerdo a ningún Avery en Sommerset. Pero tal parece que el conde ha encontrado un pequeño diamante oculto en el anodino condado, la muchacha es hermosísima.

—Querida, creo que ya tienes tu cotilleo para la noche —le respondió el hombre con diversión antes de volverse a la siguiente pareja.

Cat examinaba todo tratando de no quedarse con la boca abierta, el salón era hermosísimo, había varias mesas con viandas y músicos tocando unas exquisitas piezas, Rainer saludó a algunos conocidos mientras se iban abriendo paso hacia una esquina en la que vio a Lord Lambrick acompañado de un hombre joven, el cual tenía una profunda semejanza con él

—El cielo nos sonrío esta noche al haber dejado que uno de sus ángeles hayan bajado a la tierra —la saludó Lambrick haciéndole un previo guiño a Rainer—. Madame, estáis bellísima.

—Su gracia —respondió Cat correspondiendo a su saludo, entonces su mirada pasó al muchacho, el cual debía de ser más o menos de su edad y que la miraba con la boca abierta.

—Ryss, cierra la boca antes de que te entren moscas —le dijo Rainer con cierta ironía.

—Madame, permítame presentarle al tunante de mi hermano —dijo Noah dándole una palmada en la espalda al joven—. Madame Avery es la prometida de Rainer.

El muchacho tragó saliva y parpadeó varias veces antes de tomar la mano



de Cat con suavidad y llevársela a los labios.

—Es un placer conoceros al fin, madame —respondió el joven volviéndose entonces a Rainer—. Noah se quedó corto al describirla, Rain.

Rainer sonrió orgulloso y miró a Cat.

—Es un pequeño regalo que no cambiaría por nada en el mundo —aseguró comiéndosela con la mirada.

Noah esbozó una sonrisa y tomó la mano de Cat en la que colgaba su tarjeta de baile.

—Espero me concedáis el primer baile, madame —le dijo Noah con una amplia sonrisa, antes de echar un vistazo a Rainer quien se mordió un comentario soez hacia su amigo.

Cat miró a Rainer como pidiendo auxilio.

—Solo uno, el resto de la noche eres toda mía —le aseguró con dulzura.

Ryss empezó a quejarse de la injusticia de ser el hermano menor y Cat sonrió, prometiéndole que también le concedería un baile.

—Usted si que sabe como comprender a un corazón desvalido, madame —aseguró Ryss con su genuino encanto. El joven cayó inmediatamente bien a Cat, era sincero y divertido y no se parecía a Noah en nada más que en el físico.

Los músicos terminaron la última pieza y empezaron una nueva, oportunidad que aprovechó Noah para solicitar a Cat su mano y conducirla al centro de la sala de baile.

—Debería advertirle que hace muchísimo tiempo que no bailo, su gracia —murmuró ella cuando Noah la sacó a la pista de baile.

—No se preocupe, yo detesto bailar —aseguró el duque con una amplia sonrisa antes de hacer la reverencia que daba inicio al baile.

Cat no pudo si no asombrarse de su respuesta antes de que fuese apartada durante unos pasos para luego volver a juntarse con él tal y como dictaban los

pasos del baile.

—¿No le gusta bailar y me ha pedido el primer baile? —se burló ella—. Es un tanto extraño, Lambrick.

—Puede llamarme Noah, madame —le aseguró tomando su mano para dar una vuelta a su alrededor antes de separarse para volver a juntarse—. Creo que se lo ha ganado, hacía años que no veía a mi amigo tan enamorado.

Cat no respondió, no podía, aprovechó el nuevo paso de baile y ejecutó su papel con otra pareja antes de que volvieran a juntarse en el medio.

—Y me atrevería a asegurar que tampoco es indiferente para usted.

—Se está inmiscuyendo en temas demasiado delicados, Lambrick.

Noah sonrió y la hizo girar a ella.

—Rainer es un buen hombre, Catherine —le aseguró Noah y señaló con un ligero gesto de la barbilla hacia un lado de la sala—. Pero de ella no puedo decir lo mismo.

Cat se volvió hacia donde él le había señalado y vio a Lady Elisabeth hermosísima en blanco y dorado, como un bello ángel hablando con Rainer.

—Pensaba que no era más que una sucia rata callejera para usted, milord —le espetó ella volviendo a reunirse con él.

Noah sonrió y le echó un buen vistazo de modo descarado.

—Ciertamente, es mucho más de lo que parece a simple vista, querida —aseguró él con suavidad—. Y Rainer ha sido lo suficientemente inteligente para mirar mucho más allá de una cara sucia.

—¿Eso es una disculpa? —preguntó ella ejecutando el último de los pasos.

—¿Si lo fuese la aceptaría?

Cat guardó silencio y recorrió el pasillo de parejas como correspondía antes de colocarse en su lugar y finalmente ejecutar el paso junto a Noah.

—Usted también es mucho más de lo que quiere aparentar —le respondió ella con una inocente sonrisa cuando terminó la música—. Es incluso más

insufrible.

Con una última reverencia, Cat tomó el brazo de Noah quien reía sin disimulo mientras la acompañaba de nuevo hacia Rainer, quien todavía estaba en compañía de Lady Elisabeth.

—Rainer, tu prometida es una mujer encantadora —declaró Noah lo suficientemente alto para que lo oyese Elisabeth y las parejas que pudiesen estar a su alrededor—. Mi querida Catherine, sé que Rainer no podría haber elegido mejor. Os deseo felicidad a ambos.

—Gracias, Noah —aceptó Rainer poniendo los ojos en blanco.

—Sois muy amable, milord —aseguró Cat dejando el brazo de Noah para reunirse con Rainer, interponiéndose a propósito entre él y la otra mujer—. Lady Elisabeth, estáis encantadora con ese vestido.

—Madame, debo deciros lo mismo —aceptó la mujer toda dulzura, aunque sus ojos reflejaban exactamente la auténtica realidad—. Lucís muy hermosa.

Cat esbozó una engañosa sonrisa y se volvió a Rainer.

—¿Has visto a Ammy? Me comentó que también asistiría —respondió ella mirando a su alrededor, para encontrarse con algunas miradas que o bien la saludaban o se giraban de inmediato por miedo a ser cogidas in fraganti.

—He visto al Doctor Balston hace unos momentos con su esposa —comentó Noah echando un vistazo a su alrededor para finalmente avisar—. Allí está, y sí, está con sus dos encantadoras hijas. Deberíamos ir a saludarles.

—Cierto —aceptó Rainer agradeciendo esa salida para librarse de la incómoda presencia de la mujer—. Elisabeth, que te diviertas en la fiesta.

La mujer realizó una suave reverencia y se acercó a Rainer con una modosa mirada.

—Recuerda que me has prometido un baile, querido —le dijo ella acariciándole la manga de la chaqueta.

Cat reaccionó sin pensar y con una suave sonrisa, se interpuso nuevamente entre los dos, tomando el brazo del hombre y dedicándole la más beatífica de las miradas.

—Temo, querida, que mi prometido tiene todos los bailes comprometidos conmigo —le respondió ella con toda dulzura, incluso pareciendo compungida—. Pero estoy segura de que no tendrá problemas para llenar su cartón de baile. Ahora, si nos disculpa... hay unos amigos a los que tenemos que saludar.

Rainer no estaba seguro de poder contenerse las ganas de reír cuando vio el rostro desenchajado de su antigua amante ante la manera tan eficaz en que su rival se la había sacado de encima. Tomando el brazo de su prometida, y echándole un vistazo a Noah, quien parecía tener el mismo problema para contenerse que él, cruzaron el salón para saludar al matrimonio Balston.

Ammy sonrió nada más ver a Cat y ejecutó una perfecta reverencia cuando los hombres las saludaron a su madre y a las dos hermanas.

—Estás radiante, querida —le aseguró dándole un beso en la mejilla, mostrando claramente su cariño por la muchacha y su aceptación.

—Madame Avery—la saludó el Doctor Balston—. Me alegro de verla completamente recuperada.

Cat sonrió sin entender y buscó a Rainer para que la orientase. Él le acarició la mejilla y señaló al médico.

—El buen doctor fue quien te atendió cuando te asaltaron, amor —le explicó.

Cat miró al hombre sorprendida, no había tenido idea de que él había sido el médico que la había atendido cuando el viejo Earl la había acuchillado. Y a juzgar por la expresión de Ammy, ella tampoco.

—La atendisteis vos, ¿padre? —se sorprendió Ammy.

El médico sonrió con un asentimiento.

—El mundo es un pañuelo —aseguró el hombre mirando con amor a su hija—. No me di cuenta que tu nueva amiga era la muchacha a la que atendí hace unas semanas, y por lo que he oído vuestra futura esposa, Milord. Felicidades a ambos.

—Felicidades —les deseó también la madre de Ammy.

—Gracias —asintió Rainer, satisfecho por cómo estaba trascurriendo la noche.

Las dos parejas y Lambrick pasaron buena parte de la noche en compañía, conversando y charlando, cuando no se tomaban un momento para disfrutar del baile. En varias ocasiones, Rainer y Cat se vieron abordados por antiguos compañeros y conocidos del conde que se acercaban a interesarse por su abuelo y los felicitaban a ambos por su compromiso, confirmando así los rumores que parecían haberse extendido por la sala con respecto a la nueva dama que acompañaba a Rainer. Los comentarios giraron también alrededor de Lady Elisabeth, su presencia allí y el previo encuentro de las dos mujeres, de las que había surgido una clara vencedora, así como también a la misteriosa Lady Catherine Avery de Sommerset. Cat tuvo que contener una carcajada en varias ocasiones cuando se acercaban a ella y a Rainer y decían haber conocido a un tío lejano suyo, haber sido amigo íntimo de su «difunto» padre... tal parecía que a la alta sociedad poco le importaban los verdaderos hechos, todos ellos se movían por el oportunismo y la apariencia.

Tras una copiosa cena en la que los anfitriones quisieron brindar por los futuros novios, y varios bailes, Cat terminó la noche con los pies doloridos y tan cansada que se habría dormido pegada a Rainer si fuese posible dormir de pie.

—Catherine parece estar cansada, Rainer —le había dicho Lady Freija, quien había visto la excusa perfecta para poder retirarse por fin. Habiéndose criado en aquel mundo, ella no echaba de menos las fiestas y sí su pacífica

vida—. Quizás deberíamos retirarnos ya.

Rainer miró a su prometida y asintió cuando Cat prácticamente le suplicó con la mirada.

—Nos despediremos de nuestros anfitriones y partiremos —aceptó Rainer—. Mañana tenemos un largo día por delante.

—¿Entonces es definitivo? —preguntó Ragnar a su hijo.

Rainer asintió.

—No puedo permanecer más tiempo en la ciudad y mucho menos ahora. Ya conoces al viejo, ese hombre tiene conocimiento de lo que ocurre en las Indias Occidentales antes incluso de que las noticias lleguen a nosotros —aseguró Rainer con diversión—. Debo hablar con él, y Cat se merece también un poco de tranquilidad, ambos nos la merecemos, nos quedaremos un par de semanas en Kenway Manor.

Ragnar asintió palmeando el hombro a su hijo, aceptando su decisión.

—Tu hermano y el marido de tu hermana seguramente lleguen la próxima semana —le informó el hombre.

Rainer asintió.

—Dile a Daven que lo veré a la vuelta, y por favor, pídele disculpas a mi cuñado, pero no quiero a Brianna en mi hogar si va a continuar insultando a mi prometida —aseguró con dureza.

—Rainer, eso no es necesario... —intervino Cat, sintiéndose culpable por lo que ocurría.

—No, Cat —negó él sin dejarla hablar—. Eres mi prometida, mi futura esposa, Brianna tendrá que aceptarlo le guste o no.

—No os preocupéis, hija —le dijo Ragnar dirigiéndose a ella—. Rainer tiene razón, Brianna se ha estado comportando últimamente como una niña mimada, me avergüenza decirlo, pero así ha sido. En cuanto llegue su marido, se hará cargo del asunto como le corresponde.

Cat se mordió el labio pero no dijo nada más.

Lady Freija tomó entonces su mano haciendo que alzara la mirada hacia ella y asintió.

—Todo irá bien, no tenéis nada de qué preocuparos —le aseguró apretando su mano con cariño—. Sólo disfrutad de vuestra estancia en Kenway Manor, sé que os encantará y no permitáis que os intimide el viejo conde, ladra mucho pero no muerde.

Cat asintió con una sonrisa.

—Lo haré, gracias —sonrió a la mujer, quien siempre se había comportado con ella con cariño.

Rainer tomó la mano de su prometida y llamó su atención.

—Nos despediremos de nuestros anfitriones y volveremos a casa.

Cat asintió y caminó con Rainer a través de la sala.

Tras despedirse del matrimonio y de la familia del Doctor Balston, quien también optó por retirarse en ese momento, Cat puso rápidamente en antecedentes a Ammy sobre su partida.

—No dejes de escribirme —le dijo Ammy abrazándola—. Te sentará bien un cambio de aires.

—Te echaré de menos —aseguró Cat abrazando a su amiga.

Ammy se rió.

—Nos veremos antes de que te des cuenta, y tendré toda clase de chismes para contarte —le aseguró la muchacha con simpatía.

El viaje de regreso pasó casi como en una nube para Cat, estaba tan agotada que se durmió en el viaje, haciendo caso omiso a los comentarios de Brianna, que hablaba sobre la fiesta, sobre como todo el mundo le había preguntado por la prometida de su hermano y de donde la había sacado, y no dejaba de decir lo abochornada que se había sentido durante toda la velada. Lady Elisabeth, al parecer, había preferido desaparecer a mitad de la velada,

y se quejaba de que ni siquiera la había saludado.

—Brinna —le dijo su hermano recogiendo a su dormida prometida—. Cállate de una maldita vez, estoy harto de oír tus comentarios. Cat será mi esposa, tu cuñada, así que ve haciéndote a la idea.

Cat se despertó tiempo después cuando Rainer la dejaba sobre la cama, se frotó los ojos y le sonrió al verlo allí.

—¿Vas a ofrecerte como mi doncella? —le respondió ella somnolienta.

Él le besó la punta de la nariz.

—Dudo que puedas hacer otra cosa que dormir sobre mí —aseguró con cierta diversión.

—Estoy cansada —aceptó ella dejando que él la desnudara con manos expertas, dejándola solo con la camisola y las medias, habiendo desaparecido incluso el corsé.

—Vamos, métete en la cama —se la abrió y la ayudó a meterse entre las sábanas.

—¿Te quedarás conmigo? —lo retuvo ella tirando de su manga.

Rainer sonrió y asintió. Tras desnudarse, se metió en la cama con ella y la abrazó hasta que ambos se rindieron al sueño.



## CAPÍTULO 20

Inglaterra, tan lejos de su hogar y todavía viva. Dimitri se aferraba a ese pensamiento cuando el barco entró en el canal para dirigirse a puerto, desde que se había encontrado con Nikolai semanas atrás no había podido dejar de pensar si no se trataría todo de una absurda coincidencia, había pasado demasiado tiempo y las esperanzas se habían ido agotando con el paso de los años, encontrarlas con vida sería prácticamente un milagro. Echando mano al bolsillo interior de su chaqueta volvió a echar un vistazo a la miniatura en la que aparecía la imagen de su tía, su tío y la hija de estos siendo apenas un bebé, ensimismado en sus pensamientos no se percató de su presencia hasta que le golpearon la espalda de un contundente manotazo.

—Por fin tierra firme, amigo —le aseguró el jovial caballero de cabellos rubios y ojos azul cielo que había conocido a bordo del barco en su escala en Francia y con el que había hecho amistad. Daven Solheimsen era un hombre fornido, un poco más alto que el propio Dimitri y con un profundo acento europeo que hacía rechinar su rudimentario inglés. El joven había estado comerciando aquí y allá antes de embarcarse con destino a Inglaterra, en donde le había contado lo estaría esperando su familia—. Vaya, eso sí es una verdadera belleza —silbó mirando por encima del hombro el retrato que examinaba Mitia—. Es una mujer muy hermosa. ¿Es por ella que venís a esta islucha?

Mitia cerró la miniatura y volvió a guardarla en el interior de su bolsillo.

—Por ella y el bebé que lleva en brazos, sí —aceptó echando un vistazo al

perfil que se veía ya de tierra—. Desaparecieron hace años y no se ha vuelto a saber nada más de ellas.

El hombre se rascó la cabeza e hizo un ruido afirmativo.

—¿Y espera encontrarlas aquí?

Mitia asintió.

—Unos días antes de embarcarme me encontré con un buen amigo y me juró y perjuró que había ido en el mismo barco que una mujer que era exactamente igual a la del retrato —aseguró el muchacho—. No estaba muy seguro, pero la mujer habría vuelto a Londres en el mismo barco.

El joven pareció interesado.

—¿Un viaje de ida y vuelta? —se frotó el mentón pensativo—. No suele haber muchos capitanes en el puerto que permitan tal cosa, mucho menos con una dama...

Mitia suspiró. Si lo que le había dicho su camarada era cierto, tal parecía que aquella mujer había llegado al barco como polizón y no estaba en muy buenas relaciones con la tripulación, parecía que solo el capitán la veía con buenos ojos. Nikolai había parecido bastante seguro de que la mujer no era la amante del capitán, pero como ambos sabían... demasiados días en el mar y una mujer bien dispuesta, no eran temas opuestos.

—Quizás ella no ya no sea una dama —respondió apretando los dientes al pensar en su prima y en lo cruel que había sido el destino con su familia, si la encontraba, estaba dispuesto a llevársela de vuelta con él fuese ella lo que fuese—. Pero sigue siendo mi familia y ha estado desaparecida durante más de dieciocho años. Hay un anciano que no quiere dejar este maldito mundo sin saber si sigue con vida o está muerta.

—¿Tiene alguna pista de donde podría estar?

Mitia se frotó la ceja con un dedo de manera pensativa, Nikolai había regresado de Londres en una misión diplomática, su camarada le había dado

el nombre del barco en confidencia, pero no podía compartir esa información pues no estaba seguro de si aquello pudiera comprometer el papel del Consejero Imperial. Finalmente sacudió la cabeza.

—Sólo que el barco en cuestión debió regresar hará cosa de un mes —respondió cuidándose mucho de decir el nombre—. Buscaré una posada en la que quedarme y empezaré a indagar desde ahí.

—Buena suerte con ello —le deseó el hombre con buen ánimo—. Espero que consiga llevar a cabo su empresa.

—Así lo espero —aceptó Mitia despidiéndose con un apretón de manos del hombre que se dirigió a su camarote a recoger su equipaje. Ya pronto atracarían en tierra.

Cat tenía muchas cosas por las que sentirse agradecida a Rainer, pero sin duda, el regalo que más valoraba era Kenway Manor. El enorme mausoleo perdido en mitad de la campiña inglesa había resultado ser un pedazo de cielo para la muchacha. Solo habían pasado cinco días desde que habían llegado, pero el sol había salido cada uno de ellos llenándolo todo de luz incluso en pleno mes de Diciembre, pronto llegarían las navidades y muy posiblemente con ellas la nieve. Ella estaba nerviosa ante la perspectiva de aquellas fechas, serían las primeras navidades que celebraría en muchísimo tiempo y en esta ocasión no tendría que pasar esas fechas sola.

El viejo conde había resultado ser todo lo que la madre de Rainer había vaticinado y un poco más, aquel viejo tunante era capaz de comandar a todo un ejército con un solo grito pero había sido incapaz de callar a la indómita mujer que había acompañado a su nieto a su hogar, Cat hizo una mueca al recordar el recibimiento que le había dado el anciano cuando la había visto acompañando a Rainer. La habitación había estado completamente en penumbra, las cortinas habían estado echadas y hacía un calor enfermizo y

asfixiante en aquellas cuatro paredes cuando entraron, Mortimer Brightmore, Cuarto Conde de Kenway se encontraba recluido en una cama de cuatro postes, una menuda figura engullida en la inmensidad de las sábanas. Cat había llegado a pensar que el hombre se estaba muriendo, hasta que oyó a Rainer chasqueando la lengua y lo vio dirigirse a la ventana para descorrer las cortinas una a una y abrirlas de modo que entrase un poco el aire.

—¿Qué es lo que intentas hacer? ¿Matarme? —se había quejado el anciano con una voz asombrosamente fuerte.

Rainer se llevó las manos a las caderas y observó al anciano desde una de las ventanas, con el pelo atado descuidadamente en una coleta y la ropa arrugada por el viaje, le recordó al mismo hombre que había conocido en el Valhala.

—Si no se ha muerto cuando vino a verlo mi señora madre, no creo que vaya a hacerlo ahora, milord —le aseguró Rainer volviendo al lado de Cat, rodeando a la muchacha por la cintura—. No se permitiría abandonar este mundo sin asegurarse que tenga descendencia para continuar con el linaje.

El hombre refunfuñó pero se incorporó en la cama, frunciendo el ceño al verla a ella.

—No me digas que te has traído contigo a esa ramerilla de tres al cuarto que tienes alojada en Londres —le soltó el hombre indicando con un dedo huesudo a Cat—. Si estás pensando en casarte con ella, pierdes el tiempo. Fóllatela todo lo que quieras, pero no la dejes preñada.

Cat jadeó ante la brusquedad del anciano y se tensó bajo el contacto de Rainer el cual no le dio importancia a la retórica del viejo.

—Y cierra la boca, muchacha estúpida —le dijo entonces a ella—. Las de tu clase únicamente servís para una cosa, deberías sentirte orgullosa de que sea un hombre joven y con poder el que te monte.

Cat ahora sí que se quedó lívida y con la boca abierta, sus labios se

movieron espasmódicamente antes de oír el nuevo ataque del anciano.

—Ya, ya... vete a la cocina y pica alguna cosa mientras yo hablo con mi nieto sobre cosas más importantes, cosas que una cabecita hueca como la tuya no entenderían —aseguró el viejo.

—Señor, no creo que ese sea...

—¡Con un demonio! —estalló Cat encontrando por fin las palabras.

Entonces el hombre aplaudió con efusividad.

—Vaya, la cosa mejora, también tiene una lengua viperina.

—¡Lengua viperina es la suya, viejo cascarrabias! —clamó Cat sin cortarse un pelo, hasta el punto que abandonó el lado de Rainer para acudir al del hombre—. ¿Se cree que por vivir en este mausoleo y ostentar un título nobiliario todos los demás somos parte de un estercolero? Pues conmigo se equivoca usted, caballero. Vuelva a llamarme ramera y le juro que le meteré esa botella de linimento por el gaznate.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el hombre abriendo desmesuradamente los ojos, mirando a la muchacha sin palabras.

Rainer puso los ojos en blanco y se acercó para acompañar a Cat.

—Abuelo, dejad que os presente a Madame Catherine Avery, mi prometida —respondió Rainer con un suspiro.

Para sorpresa de la muchacha, el hombre se echó a reír, sus carcajadas resonaban en la amplia habitación.

—Rainer, ahora sí que has perdido por completo la cabeza, hijo —le aseguró el hombre entre carcajadas—. ¿De dónde la has sacado? ¿De un mercado?

—En realidad... se coló como polizón en mi barco, milord —confesó él mirando a Cat—. Como habéis de suponer, no podía permitirme dejar marchar una dama tan... intensa.

—Oh, intensa, estoy seguro de que sí —se reía el hombre, hasta que por

fin pudo calmarse un poco—. Por todos los infiernos que esto sí ha sido inesperado, tu madre se quedó corta al describir a la fierecilla.

—¿Lady Freija os habló de mí? —preguntó Cat anonadada.

—No lo tomes a mal, querida —continuó el hombre examinándola ahora con ojo crítico—. Mi hija es tan inteligente como su difunta madre, tenía miedo que yo pudiera decir algo que hiciera que le hiciese huir espantada... aunque debo decir que ni de lejos esperaba lo que he encontrado. Eres muy ocurrente.

—Está claro que no tanto como usted —respondió Cat entrecerrando los ojos.

—¿Podríamos esperar que se levante de la cama y nos acompañe con un refrigerio, abuelo? —sugirió Rainer mirando al hombre.

El hombre se lo quedó mirando durante unos instantes.

—¿Tan mal están las cosas?

Rainer se encogió de hombros y señaló a su acompañante.

—Podría necesitar de vuestra persuasión para convencer a mi prometida de que nos casemos.

—¡Que me aspen! —exclamó el hombre y miró a la muchacha de arriba abajo—. Imagino que sabrás que es el actual Conde de Kenway, ¿no es así, jovencita?

Cat puso los ojos en blanco y fulminó a Rainer con la mirada.

—Sé perfectamente quien es este tunante, milord —respondió ella con pesadez—. Es él quien parece olvidar quien soy yo.

—¿Y eso sería? —preguntó el hombre con interés.

—La mujer a la que amo —respondió Rainer con una amplia sonrisa.

Cat resopló, era imposible dialogar con este hombre.

—Tal parece que tenemos una novia reticente —murmuró el hombre mirándola con intensidad—. ¿Estás preñada querida?

—¡No! —negó sonrojándose. Hacía una semana había tenido su periodo.

—¿Y qué esperas para preñarla? —le soltó el anciano a Rainer.

—Esto no está pasando —aseguró Cat alzando las manos en alto, se volvió en redondo y empezó a caminar hacia la puerta—. Rainer, te esperaré fuera.

—De acuerdo, amor —le respondió él con cierta diversión, entonces vio como ella cerraba la puerta y se volvió hacia el anciano—. ¿Y bien?

—Es muy hermosa —aceptó el hombre haciendo a un lado las mantas de la cama—. Y tiene agallas. ¿Dónde la has encontrado?

—Como ya dije, se coló de polizón en mi barco —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Lo demás... fue un cúmulo de acontecimientos.

—Sin duda es divertida —aseguró el hombre deslizándose de la cama totalmente vestido—. Y que lengua tiene, por dios, tu hermana debe haber quedado escandalizada.

—Brianna ha sido un poco... intransigente estos días —aceptó Rainer.

—No puedo suponer el por qué —le respondió con absoluta ironía antes de tomar su bastón y enderezarse con esfuerzo—. Vayamos pues a ver que más cualidades tiene tu futura condesa.

Rainer puso los ojos en blanco y acompañó al hombre.

—¿Preparada para vuestra primera lección de monta, madame?

La voz de Rainer la sacó de sus pensamientos devolviéndola al presente, cuando se giró se encontró al hombre llevando de la rienda a una bonita yegua ruana que la miraba con sus dulces ojillos antes de resoplar y sacudir sus crines de color canela. Como hipnotizada por la yegua, caminó hacia ella extendiendo la mano hacia su hocico, haciendo que el animal le diera un ligero topetazo. Cat se rió.

—Parece que le gustas —aseguró acariciando el cuello del manso animal.

—¿Cómo se llama? —preguntó mirando a Rainer con una sonrisa.

—Canela —respondió Rainer acariciando a la yegua—. Mi madre no tiene mucho arte para poner nombre a los animales.

—Pues a mí me parece que le queda precioso.

Rainer la ayudó a montar en la yegua y la llevó de las riendas mientras ella se iba acostumbrando al caballo, una vez más le sorprendió la postura erguida que había adoptado instintivamente.

—¿Nunca antes habías montado? —quiso cerciorarse.

—No, no que yo recuerde —sonrió ella acariciando el cuello de la yegua—. Pero es algo a lo que podría acostumbrarme.

Cat estuvo montando durante algo más de una hora hasta que por fin fue capaz de ir ella sola al paso, sonriendo y sintiéndose orgullosa de sus proezas.

—¿Qué te parece si para celebrarlo nos vamos de picnic? —le sugirió Rainer ayudándola a bajar de la yegua, demorándose con ella en sus brazos.

Cat alzó la mirada al cielo que se había empezado a encapotar.

—¿No se irá a poner a llover de un momento a otro? —preguntó ella mirando al cielo.

—Allí donde vamos, no nos mojaremos —le prometió Rainer.

Sonriendo ella aceptó, quería disfrutar de este tiempo los dos solos, atesorar esos recuerdos como los más hermosos de su vida.

—Como digas, milord —sonrió ella.

Rainer cumplió con su promesa cuando varias horas después vieron el agua del inmediato chaparrón resbalar por los cristales del invernadero. Sentados en una manta en el suelo, con una cesta de mimbre y unos platillos fríos, disfrutaron de su mutua compañía.

—No quisiera volver a Londres —murmuró ella recostándose entre los brazos de Rainer—. Quisiera quedarme siempre aquí.

—Sin duda, eso haría las delicias del viejo —aseguró Rainer con una



risita.

Ella puso los ojos en blanco. Aquel hombre era un tunante incorregible.

—Lord Brightmore sería feliz con perseguir a Agnes todo el día —aseguró Cat sin poder evitar recordar los retozos del viejo conde con su ama de llaves.

—Nunca verás que Agnes se queje —aseguró Rainer suspirando—. Debemos ir pensando en una fecha para la boda... cuanto antes mejor, estoy cansado de irme a mi dormitorio al llegar la mañana.

Cat se incorporó y se volvió hacia él.

—¿Cuándo vas a entender que no puedo casarme contigo?

—¿Cuando vas a entender tú que me da igual lo que digas? —le respondió jugando con sus dedos—. Podría conseguir un permiso especial y casarnos en unas pocas semanas.

Cat dejó escapar un suspiro.

—Esto no va a funcionar, Rain. Tú y yo somos muy distintos, te cansarás de mí...

Rainer la abrazó y la dejó caer sobre el hueco de su brazo para poder mirarla a la cara.

—Te quiero, pequeña mía, no me tomes por un niño que no sabe lo que quiere —la amonestó—. Te amo, Cat y haré todo lo que esté en mi mano para que te quedes a mi lado... hasta secuestrarte si es necesario.

Cat le acarició el rostro y le besó los labios.

—Te amo tanto que me da miedo, Rain —le confesó ella abrazándose a él—. No quiero que te arrepientas por mi culpa.

—Mi único arrepentimiento sería si llego a dejarte ir, pequeña gata —le aseguró apoderándose de su boca—. Cásate conmigo, mi gata ladrona, deja que por una vez sea yo el que cuide de ti.

Cat suspiró en sus labios y asintió, que dios la perdonara, pero amaba demasiado a ese hombre como para alejarse de él.

Llevaban dos apacibles y maravillosas semanas en el campo cuando Rainer recibió una nota de Noah en el que lo instaba a regresar rápidamente a Londres, decía haber descubierto algo sobre el pasado de Cat y pedí que trajese a la muchacha con él.

*«Es urgente que vuelvas a Londres, ha ocurrido algo importante, tu gata no es ni por asomo lo que crees que es».*

*Noah*

Con aquella extraña misiva en las manos, Rainer decidió poner fin a su estancia, prometiéndole al anciano que volverían con toda la familia para pasar la navidad en su compañía. Apenas había dado tiempo a la muchacha a acostumbrarse a la idea de la repentina partida, en un momento estaban disfrutando de la soledad del campo y al siguiente volvía a estar en Londres.

Cat se había levantado temprano, Rainer se había marchado en algún momento de la madrugada y no espera encontrarle en el desayuno, hacía ya tres días que habían regresado, y durante ese tiempo siempre había seguido la misma rutina, así que no había motivo para hacer tiempo o esperarle. Dándose los últimos retoques delante del tocador, bajó al salón a dar cuenta de su desayuno solo para encontrarse con una niña de unos seis años de pie al final de las escaleras apretando una muñeca contra su pecho. Sus rizos negros y sus ojos azules eran preciosos y su carita de ángel, la pequeña se parecía enormemente a su tío.

—Hola —la saludó Cat con una sonrisa—. ¿Y quién eres tú, bonita?

La niña no dijo ni una sola palabra, se quedó mirando a la muchacha y apretó con más fuerza la muñeca contra ella.

—Yo me llamo Cat —le dijo agachándose frente a ella y señaló su

muñeca—. Es muy bonita. ¿Tiene nombre?

La niña miró la muñeca y asintió, Cat sonrió nuevamente.

—¿Y cómo se llama?

—Alana —respondió una voz dulce e infantil.

—Alana, es un nombre muy bonito —aseguró Cat admirando la muñeca.

—Helia, ¿qué haces molestando a madame? —apareció la señora Winney.

—No me estaba molestando, Señora Winney —aseguró Cat con una sonrisa—. Así que te llamas Helia.

—Es la sobrina de milord, madame.

Cat asintió.

—¿Quiere que le sirvan ya el desayuno?

—¿No se ha levantado nadie todavía?

—Solo el señor conde, y ha salido muy temprano —le comunicó el ama de llaves.

—En ese caso, sí, por favor —aceptó Cat y volvió a acuclillarse junto a la niña—. ¿Y tú? ¿Quieres desayunar?

La niña se pegó entonces a las faldas del ama de llaves y la miró con curiosidad.

—Helia es una niña muy tímida —se disculpó el ama de llaves.

—Ya veo —sonrió Cat—. Bueno, tal parece que tendré que desayunar yo sola.

—En seguida ordenaré que le sirvan, madame —dijo el ama de llaves, llevándose a la niña, que se giró hacia atrás mirándola con sus preciosos ojos azules.

Rainer no podía evitar darle vueltas al asunto que lo había traído tan precipitadamente a Londres, de pie junto al escritorio de la biblioteca de Lambrick, escuchaba las últimas novedades que habían llegado a oídos de su

amigo, incluso ahora, tres días después de que Noah le hubiese hecho partícipe de sus descubrimientos, era incapaz de creérselo, realmente el destino de aquella muchacha nunca debía haber sido vagar por las calles de Londres.

Y ahora, parecía que había alguien más, un hombre desconocido había estado recorriendo el puerto haciendo preguntas, llevando con él una miniatura que según los hombres del Valhala eran el vivo retrato de su prometida.

—¿Alguna idea de quién es? ¿Qué sabemos de él? ¿De dónde ha salido?

Noah se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es que se ha estado paseando por el puerto con una pintura en la que aparece una mujer que podría ser la gemela de tu prometida —respondió el duque con un ligero encogimiento de hombros—. Tal parece que también se acercó por el Valhala, el Señor Clay la reconoció enseguida y trató de indagar más sobre el asunto, pero el hombre no era de muchas palabras, se limitó a decir que era un familiar... sea verdad o no... lo cierto es que esa muchacha tuya es mucho más de lo que decía ser.

Noah sacó los documentos que había conseguido gracias a un detective.

—La señorita Catherine Avery llegó al hospicio de St. Avery a las afueras de Londres en la primavera de 1798, los registros la anotaron como una niña de unos cuatro años con lo que tu gatita tiene unos veintiún años —continuó Noah—. Entre sus pertenencias destacaba el medallón que tanto codicia. Los escritos de la época no son demasiado precisos, pero coincidencia o no, en aquellos años se anotó también una interesante suma de dinero que fue donada al hospicio. A los diecisiete, consta el primer contrato por el que le pagaban un chelín como sirvienta en la casa de nuestro querido Lord Baltimore. A partir de ese momento, no hay más registros en el hospicio, dado que tu muchachita lo dejó.

—Ese hijo puta de Baltimore trató de abusar de ella, y huyó —respondió Rainer recordando lo que le había contado Cat—. Después de eso terminó en las calles...

—Bajo el ala de uno de los mayores rateros y más peligrosos del gremio, Earl Anthony Watson —asintió Noah y esbozó una ladina sonrisa al responderle—. Y esto te va a encantar. Una de las monjas del hospicio, la que se hizo cargo de la pequeña Catherine, dijo que la niña que recogieron había estado hablando durante un tiempo en un idioma extranjero, que al dirigirse a ellas y bajo su instrucción sólo hablaba inglés, pero que cuando estaba sola, la oían parlotear en un idioma extranjero.

Aquello sorprendió a Rainer.

—¿No podría ser algo inventado por una niña de cuatro años?

Noah asintió.

—Eso pensé, por otro lado es indudable que tu prometida ha sido educada desde la cuna, así que quizás no era realmente algo inventado. Lo que nos lleva al extranjero que ha estado buscando por el puerto a una mujer que debió haber llegado a Londres en un barco hará cosa de un mes o más.

Rainer dejó escapar una maldición.

—Nada de esto tiene sentido —aseguró el conde pasándose una mano por el pelo—. Hay que encontrar a ese hombre, es la única forma en la que podremos sacar algo en claro.

—Estoy en ello —le aseguró su amigo—. Cambiando de tema, había otra cosa más por la que te he hecho venir hoy, se trata de Elisabeth...

Rainer dejó escapar un profundo suspiro y asintió, preguntándose si su ex amante terminaría alguna vez de traerle problemas.

## CAPÍTULO 21

Rainer acababa de dejar los guantes y el sombrero en manos de su mayordomo, la conversación que acababa de tener con Noah no hacía sino ensombrecer su humor, parecía que en unos pocos días el mundo hubiese dado un giro completo y lo que había estado bien ahora era un completo desastre.

—¿Catherine? —preguntó, sabiendo que la muchacha posiblemente ya se habría levantado.

—En la biblioteca, milord —respondió el mayordomo.

—Gracias, Grayson, eso es todo —lo despidió él.

El mayordomo hizo una reverencia y volvió a sus deberes mientras Rainer cruzaba el recibidor en un par de zancadas y abría la puerta de la biblioteca para encontrarse a Cat acurrucada a un lado de la biblioteca, disfrutando del fuego que ya había sido prendido en el hogar y el libro que estaba leyendo.

—Buenos días, cariño —la saludó con una sonrisa—. Estáis hermosísima esta mañana.

Cat le devolvió la sonrisa, dejando el libro a un lado y bajando los pies al suelo, cuando él se inclinó sobre ella y depositó un casto beso en sus labios.

—Te estaba esperando —dijo ella.

Rainer asintió y se volvió hacia el escritorio donde ya había sido dejada la correspondencia sobre una bandeja de plata.

—Ammy va a acompañarme a la modista, quisiera que me confeccionase un traje de montar para la ciudad —continuó, ahora con cierta timidez—. Me

gustaría continuar mis clases de equitación... si crees que podrías seguir enseñándome.

Rainer se volvió hacia ella, comiéndosela con la mirada, especialmente el atractivo escote en forma de corazón que dejaba ver una generosa porción de sus encantadores pechos.

—Nada me daría más placer, querida mía —aceptó con una amplia sonrisa recorriendo el cuerpo de su amante con una sensual mirada—. Encarga todo lo que necesites y cárgalo a mi cuenta.

—Eres demasiado generoso —le aseguró ella negando con la cabeza—. Y el dinero no compra la felicidad, Rain.

—No, es verdad, pero ayuda —aseguró con una amplia sonrisa que la hizo reír.

Cat sacudió la cabeza y miró todos los sobres abiertos.

—¿Más invitaciones a fiestas? —preguntó caminando hacia él.

—Eso parece —aceptó repasando cada una de ellas—. Pronto tendremos que celebrar nosotros una y anunciar oficialmente nuestro compromiso, por no hablar de fijar fecha para la boda.

Cat no respondió, había llegado a entender que no ganaba nada negándose a ello, estaba enamorada de él y no había mayor deseo que el poder ser su esposa. Había intentado hacerle entrar en razón sin éxito, Rainer se negaba a ver las diferencias que ella si veía entre ellos, aquellas que antes o después repercutirían de una manera o de otra en la vida del hombre. Suspirando interiormente, posó la mano sobre su brazo y se alzó sobre la punta de los pies para depositar un beso en su mejilla.

—Como quieras, querido —le respondió antes de dar la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

Rainer se la quedó mirando durante un instante, entonces la llamó.

—¿Cat?

—¿Sí?

—¿Qué recuerdas de tu pasado? ¿Recuerdas a tu madre? ¿Un padre? ¿Hermanos?

La pregunta sorprendió a la muchacha, quien negó con la cabeza.

—Tenía cuatro años cuando me dejaron en el hospicio —respondió ella—. Mis recuerdos anteriores a eso, no son demasiado claros. Apenas recuerdo como era mi madre, aunque sí recuerdo un aroma en especial, uno a flores... creo que a jazmín. Ese aroma siempre me trae buenos recuerdos, pero no consigo focalizar en uno en concreto. ¿Por qué este repentino interés por mi pasado?

Rainer negó con la cabeza.

—Pura curiosidad, amor, pura curiosidad —respondió él con un encogimiento de hombros—. Disfruta de tu paseo.

Cat vaciló durante un instante, pero finalmente le dedicó una reverencia y se marchó.

La mañana se presentaba luminosa a pesar de que Diciembre había llegado ya a la ciudad, las fiestas navideñas estaban ya a la vuelta de la esquina como señalaban los adornos que empezaban a llenar las calles, Lady Elisabeth Ashwin había escogido aquella precisa mañana para retomar sus paseos por Hyde Park, del brazo de Lord Baltimore y escoltados por su doncella personal, coqueteaba discretamente con el hombre, sin importarle lo más mínimo la dulce y cándida jovencita con la que se había casado. Se rumoreaba que la muchacha estaba aterrorizada de él, y a juzgar por el interés que parecía estar manifestando en su escote, parecía que el rumor de que solía deleitarse en camas ajenas, no era exagerado.

—Ha sido toda una sorpresa encontrarla paseando sola... aunque una muy grata, debo añadir —le aseguró él inclinándose demasiado sobre ella,



llevándose en un exagerado gesto de galantería sus dedos a los labios—. Tal parece que Kenway ha perdido el gusto por lo bello y se ha conseguido un nuevo pastelito.

Ella se rió con delicadeza.

—Temo que las apariencias engañan, milord —aseguró ella abanicándose con el sedoso abanico pintado a mano.

El hombre se llevó la mano libre a su bigote, mesándose.

—¿No le parece bella, madame?

La mujer se rió suavemente.

—Si cree que un cristal encontrado en medio de la basura es hermoso, incluso después de pulirlo, imagino que sí —respondió ella, con fingida candidez—. Me temo que Lord Kenway ha pecado en esta ocasión de inocencia con su...prometida.

—¿Qué quiere decir, señora mía? —preguntó intrigado, sabiendo muy bien que la mujer debía estar consumida por los celos por haberse visto relegada.

Sus espesas pestañas enmarcaban unos hermosos ojos, aleteando con demasiada inocencia, una emoción que no hacía si no verse ridícula en aquel rostro de querubín.

—No quisiera ser yo la que esparza rumores —murmuró ella en voz baja, acercándose a él, tocándole el brazo con el abanico mientras fingía estar vigilante de que nadie los escuchase—. Por favor, no diga que esto que le voy a contar ha salido de mis labios, me moriría de vergüenza... además, ni siquiera estoy segura de que sea verdad, pero... se comenta que la encontré en... ya sabe... el puerto... y se encaprichó de ella.

El hombre arqueó sus tupidas cejas en un gesto de incredulidad. Había visto a la muchacha del brazo del conde algunas semanas atrás paseando por el parque, algo en ella se le había hecho conocido, pero no podía tratarse de la

misma doncella.

—Interesante —murmuró en voz baja, imitando su tono—. La verdad es que me recuerda un poco a alguien.

Aquello pareció sorprender a la mujer.

—¿A quién milord?

El hombre chasqueó la lengua y ondeó la mano en un movimiento, restándole importancia.

—Es una tontería —negó, su mirada volviendo de nuevo al pronunciado escote femenino—. Hace algunos años, mi difunta primera esposa contrató a una muchachita, la muy ladina casi me mata dejándome inconsciente, y estoy seguro que incluso me robó. La muchachita que iba del brazo del conde me recordó por un instante a ella, pero es imposible, no puede ser la misma.

Aquello pareció interesar lo suficiente a Elisabeth quien se arrimó más al hombre, acariciando su brazo con los senos.

—No me sorprendería si fuese alguien de la misma calaña, milord —aseguró ella haciendo rodar ya su mente, al tiempo que deslizaba su mano sobre el brazo masculino con coquetería—. Pero, cuénteme más, qué fue de ella?

Cat había hablado largamente con su amiga de las idílicas semanas que había pasado con Rainer en Kenway Manor, así como de la repentina insistencia en volver a Londres, el conde había justificado la premura por regresar a un asunto de negocios, pero ya no estaba tan segura. Rain había estado muy raro los últimos días, el día que regresaron, nada más llegar a casa, la había dejado con el mayordomo y había vuelto a subir al coche para ir a ver al duque, a su regreso, la había mirado de forma extraña, o así le había parecido antes de que se reuniese con ella en la cama y la hiciese olvidar de la mejor manera que conocía.

—Deberías dejar de pensar en ello —la voz de su amiga la devolvió al presente—. Estoy segura de que no se trata de nada grave, quizás solo sean asuntos de negocios.

—Quizás —aceptó Cat, pero no estaba convencida de ello.

—Ahora lo que debes hacer, es concentrarte en el ajuar para tu boda.

Cat se volvió hacia Ammy con gesto derrotado.

—No hablemos de bodas, por favor —le pidió ella, tomando las manos de su amiga en las de ella—. Hoy no, ahora no...

—Cat...

—¿Es usted la Señora Catherine Avery?

Ambas mujeres se volvieron hacia la inesperada voz infantil que surgió a sus espaldas. Un niño de unos cinco años, sucio y con la ropa manchada se frotaba la nariz mientras se rascaba una cadera.

—Yo soy Catherine Avery.

El niño asintió.

—Un hombre me pidió que os diese un mensaje.

Las dos mujeres se miraron sorprendidas por el inesperado asalto a sus personas en plena calle por un niño de tan corta edad.

—¿Y bien? —se impacientó Ammy—. ¿Cuál es?

El niño se sorbió la nariz y miró a Cat.

—Quiere que se presente usted dentro de tres días, a media noche en la fábrica abandonada que hay a las afueras de la ciudad —respondió el niño sin pestañear—. Sola, sin acompañantes y que lleve consigo dos mil libras. Me hizo prometer que le diría a usted, que si no se presenta, contará quien es realmente y de dónde procede y arruinará la reputación del Conde de Kenway.

Cat jadeó sin poder articular palabra, Ammy en cambio estaba más despierta, pues agarró al niño por la sucia camisa y lo amenazó.

—¿Quién te ha dado ese recado, mocoso? ¡Contesta!

—Un señor con ropas caras —respondió el niño asustado por el arranque de la muchacha.

Cat negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Un lord?

—No sé quién es, señorita —respondió el niño tratando de soltarse de Ammy—. Pero vestía bien, como ustedes.

—Esto no tiene ningún sentido —negó Cat mirando a Ammy, que soltó al mocoso el cual salió corriendo.

—¿Quién ha podido descubrirlo? —preguntó Ammy mirando al niño que escapaba a toda velocidad.

Cat negó con la cabeza, ¿por qué estaba ocurriéndole todo esto ahora?

—No lo sé —negó ella con la cabeza, su mente solo parecía tener una dirección para un posible culpable—. El único que sabe algo sobre mí y podría hacerme algún daño es el imbécil de Earl, pero él no encaja con la descripción de un hombre rico.

—Tienes que decírselo a Rainer, Cat —aseguró Ammy asustada—. No puedes ir allí tu sola.

—No tengo elección —respondió ella con angustia—. Tengo que descubrir quién está detrás de todo esto, pero mi dios, ¿de dónde voy a sacar tanto dinero?

Los repentinos sucesos de la mañana la hicieron abandonar su mañana de compras, Ammy insistió una y otra vez mientras la acompañaba de vuelta que debería hablar con Rainer sobre lo que le había comunicado ese niño, no podía enfrentarse sola a algo como aquello, ni siquiera sabía realmente con quien se estaba enfrentando.

Cat se sacó los guantes nada más entrar en la casa, Grayson, el

mayordomo la recibió con la misma ceremonia de siempre y la puso al corriente de la reciente llegada de Lord Daven, el hermano de Rainer.

—¿Tenemos visita? —preguntó ella al mayordomo cuando oyó risas y voces procedentes de la biblioteca.

—Hace unos minutos que llegó a casa Lord Daven, madame —le informó el mayordomo tomando los guantes, la sombrilla y el sombrero de la chica en sus manos.

—¿El hermano de Rainer? —preguntó ella recordando el nombre del hombre.

—Sí, madame —asintió el mayordomo—. ¿Desea que comunique a milord vuestro regreso?

—No, no —negó ella—. No es necesario, me reuniré con ellos en la biblioteca.

—Como desee.

Cat sonrió al mayordomo y caminó hacia la biblioteca, la puerta estaba parcialmente abierta dejando escapar las voces de los hombres y mujeres que se habían reunido en su interior.

—¿Pero como no se te ocurrió venir directamente aquí? —le decía Rainer cuando Cat se asomó a la biblioteca.

—Tenía unas cosas que hacer, me pareció más prudente cumplir primero con todos mis recados antes de instalarme definitivamente, hermanito —aseguró con una amplia sonrisa.

Freija entonces se volvió hacia la puerta y vio a Cat, sonriendo fue a buscarla.

—Querida, que bueno que has regresado —la recibió la mujer.

Rainer se iluminó al verla y no dudó en palmear la espalda de su hermano para llamar su atención.

—Daven, quiero que conozcas a tu futura cuñada...

El hermano de Rainer quedó atónito por las palabras de Rainer, pero su sorpresa fue aún mayor cuando posó los ojos en la dama.

—Catherine, querida... —la tomó Rainer de la mano—. Deja que te presente al más pequeño de la familia, mi hermano Daven. Dave, ella es Catherine Avery, mi prometida.

Parpadeando para alejar la sorpresa, tomó la mano de Cat y se la llevó a los labios.

—Es un inmenso placer conocerla, miladi —entonces se volvió hacia Rainer y lo miró con una obvia señal de advertencia que tomó por sorpresa a su hermano—. Tu prometida es exquisita, Rain... y se parece muchísimo a alguien que he visto en un retrato.

Aquello si sorprendió a Rainer y a Cat.

—Eso sí es una novedad —se metió Brianna de por medio, quien estaba sujetando a Helia en su regazo. La niña sonrió a Cat antes de refugiarse en su madre.

—¿Son celos eso que detecto, hermanita? —continuó Daven tratando de quitarle hierro al asunto.

La mujer se dedicó a resoplar haciendo sonreír a su hermano.

—Como si tú supieras lo que es eso —le soltó Brianna, entonces siguió monopolizando al hombre.

Cat sonrió a Rainer y miró a Lady Freija.

—Mientras los hombres hablan de sus cosas, que os parece si vamos a cambiarnos para la cena —sugirió la mujer, para dejar a los hombres solos.

La chica asintió y con una leve inclinación se excusó ante los hombres para salir de la sala acompañada de Lady Freija. Rainer esperó a que las mujeres abandonaran la biblioteca para finalmente volverse a su hermano con el ceño fruncido.

—De acuerdo, Daven, ¿qué está pasando aquí? —preguntó sin más

rodeos.

El hombre se frotó la mandíbula y miró a su hermano.

—Fue en el viaje de vuelta, en el barco, un hombre de nombre Dimitri —explicó chasqueando la lengua—, pero es demasiada casualidad, es imposible que sean la misma persona.

—¿Quién es ese Dimitri?

Dave asintió hacia su padre, quien hizo la pregunta.

—Lo único que sé, es que el hombre llevaba una miniatura con una foto en la que había una mujer si no idéntica, muy parecida a tu prometida, un hombre y un bebé —respondió él haciendo una mueca—, y tan bizarro y extraño como parece, estoy por apostar que la mujer que acaba de abandonarnos tiene algo que ver con ellos.

Ragnar volvió la mirada hacia su hijo mayor.

—¿Tiene algo de esto sentido para ti, hijo?

Rainer dudó, todo aquello empezaba a parecer un enredo de proporciones épicas y con todo, lo que había averiguado Noah... ¿Era posible que Cat tuviese algo que ver con esa persona?

—Alguien ha estado paseándose por el puerto haciendo preguntas, llevando una miniatura como la que acaba de mencionar Daven, y sí, buscaban a una mujer muy parecida a Catherine.

Daven se mesó el mentón.

—Puede que sea él —aceptó Daven—. No es un mal tipo y bebe como un marinero, pero si no se trata de una coincidencia y tu prometida es la misma mujer de ese retrato, ese hombre es definitivamente su familia, Rain. Si no recuerdo mal, la pareja que estaba en el retrato eran sus tíos y la bebé, sería su prima y la mujer desapareció con la niña hace veintiún años.

Ragnar miró a su primogénito con una obvia pregunta en el rostro.

—¿Qué opinas, hijo?

Tras tomarse unos instantes para pensar, asintió.

—Parece una locura, pero podría ser verdad —aseguró él. Su mirada azul se encontró con la de su hermano—. ¿Crees que podrías averiguar donde se hospeda?

—Seguramente en alguna de las posadas del puerto, o de las afueras — asintió con firmeza—. Lo investigaré.

—Bien.

—¿Se lo dirás?

Rainer alzó la mirada hacia su progenitor y asintió.

—Si sucede que es realmente pariente suyo, tiene derecho a saberlo — aceptó él, dejó el vaso de whisky que había estado reteniendo hasta entonces sobre el aparador—, pero antes, quiero saber quién es realmente ese hombre, de dónde ha salido y por qué tiene esa miniatura en su poder.

Asintiendo de acuerdo a su hermano, Daven alzó su propio whisky a modo de confirmación y le dedicó un silencioso brindis.



## CAPÍTULO 22

La llegada de Daven supuso un cambio en la casa de Rainer, el joven unos años mayor que Cat era una compañía divertida y amena, con su sonrisa y un par de palabras era capaz de camelar a cualquiera de las mujeres de la familia, y ella no había sido una excepción. Desde el instante en que Rainer la había presentado como su prometida, el más joven de los Brightmore la acogió bajo su ala, protegiéndola de las pullas de Brianna quien pese a haber temperado su carácter con la llegada de su marido, seguía mirando a Cat con desconfianza. Ella había disfrutado de su compañía en sus salidas a Vauxhall, donde Rainer había querido llevarla para que pudiese ver los benditos fuegos artificiales y escuchar la música que tocaban en aquel lugar. Los días fueron pasando uno tras otros, pero no por ello disminuyó la ansiedad de la muchacha ante el aviso que le había sido entregado, Ammy le había hecho jurarle que no asistiría a aquel encuentro, incluso la había amenazado con contarle ella misma a Rainer el mensaje que había recibido, pero Cat no era de las que se amilanaban, no cuando por su causa podían perjudicar a otras personas.

Aludiendo un dolor de cabeza, aquella noche se retiró temprano. Rainer la había acompañado, quedándose a hacerle compañía durante un rato, hasta que ella lo echó asegurándole que estaría bien en cuanto durmiera unas cuantas horas.

Por segunda vez en el tiempo que llevaba en aquella casa de Londres, Cat se vistió y salió de su dormitorio a hurtadillas. El pasillo estaba en penumbra,

sus pasos apenas hacían ruido y poco a poco se fue deslizando hacia la escalera, desde donde vio luz en la biblioteca. Pegándose a la pared se llevó una mano al corazón con temor, si Rainer estaba todavía despierto y la veía, jamás daría llegado a su cita y solo dios sabía el problema que aquello podría ocasionarle a la familia que tan amablemente la había acogido. Conteniendo el aliento volvió a mirar hacia el piso inferior, y dándose toda la prisa de la que era capaz, descendió rápidamente la escalera, atravesó el vestíbulo y probó la cerradura de la puerta. Estaba cerrada.

Maldiciendo en voz baja, volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia el salón donde probó cada una de las ventanas hasta que una de ellas cedió a sus esfuerzos. Echando una última mirada hacia atrás, se recogió las faldas y se subió al alfeizar, deslizándose a través de la ventana hacia la calle.

Poco sabía ella que la miembro más joven de la casa, había abandonado su cama y había estado deambulando con su muñeca entre los brazos cuando la había visto deslizándose furtivamente por la casa para desaparecer en el salón. La pequeña Helia había seguido a Cat en silencio cuando atravesó la casa, viéndola probar primero la puerta para luego entrar en el salón, pero cuando la niña llegó, la habitación estaba vacía y el frío de la noche se colaba por la ventana abierta.

Arrastrando una silla hasta la ventana, Helia se subió a tiempo de ver una figura encapuchada desapareciendo por la calle.

Apretando con fuerza la muñeca en sus brazos, bajó del asiento y salió del salón, dirigiéndose hacia la puerta de la biblioteca, de la cual salía luz y se oía un suave murmullo. La puerta estaba abierta, con lo que solo tuvo que empujarla lentamente para entrar ganándose una sorprendida mirada de sus dos tíos, que estaban sentados en el sofá con unos vasos en las manos.

—¿Ey? ¿Qué haces levantada a estas horas, cariñito? —se levantó Daven, dejando el vaso a un lado para salir al encuentro de su pequeña sobrina, quien

alzó los brazos para que la cogiera.

Rainer al verlos juntos no pudo dejar de maravillarse ante el parecido que la pequeña tenía con su hermano Daven, parecían dos gotas de agua.

—Deberías estar en la cama como toda una señorita —se acercó Rainer con una sonrisa. Adoraba a su sobrina y hasta ahora no había pensado en lo que sería sostener a un hijo propio en brazos, a un hijo suyo y de Cat.

—¿Han vuelto a entrar los monstruos en tu habitación? —le preguntó Daven, quien tenía mucha más confianza con la niña, ya que la veía mucho más a menudo que Rainer, quien apenas veía a su sobrina una o dos veces al año.

La niña negó con la cabeza y extendió su mano hacia la puerta abierta.

—Se fue por la ventana —murmuró con su vocecilla infantil.

—¿Los monstruos se escaparon por tu ventana? —se rió Daven—. Espero que tuviesen alas, o se habrán llevado un buen porrazo.

La niña frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, ella se fue por la ventana, la princesa —respondió la niña como si pensase que su tío era tonto. En cierto modo, a aquella edad, todos los niños creían que los adultos eran tontos.

—¿Ahora también hay una princesa? —preguntó Rainer sonriendo a la niña—. Será mejor que vuelvas a tu cama, cariño, o tu madre empezará a gritar otra vez.

—Y hemos tenido gritos de ella más que suficientes para lo que nos queda de vida —aceptó Daven cargando a la niña al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Mañana seguiremos hablando de ello.

—De acuerdo —aceptó él con un ligero asentimiento y siguió su camino.

Pasaba bien de la medianoche cuando Cat llegó a la fábrica abandonada, había hecho que el cochero que la trajo la esperara a un buen trecho del

camino, previniendo así el marcharse rápidamente en caso de necesidad. El lugar estaba oscuro como la boca del lobo, el olor a hollín seguía impregnado en aquellas paredes calcinadas, lentamente entró por la arcada principal echando un rápido vistazo a su alrededor, un par de candiles iluminaban una parte de la construcción, tragando saliva, aguzó la vista para tratar de ver por dónde camina y entró más adentro. El corazón le latía en los oídos mientras su respiración aumentaba cada vez más y más, aumentando su nerviosismo.

—Sé que estás ahí, pedazo gusano —llamó entonces en voz alta, segura de que tenía que tratarse de Earl Watson—. Sal ahora.

Un ruido procedente de la zona iluminada captó su atención, y sorprendida vio como una figura envuelta en una capa oscura entraba en la luz hasta que pudo comprobar por sí misma que no se trataba de Earl Watson, si no del bastardo a cuya casa había entrado a trabajar por primera vez siendo una niña y que había intentado abusar de ella.

—Usted... —musitó ella, realmente sorprendida y un poco asustada.

El hombre no había cambiado en lo más mínimo, podía tener alguna que otra arruga más en su cara, pero su aspecto redondo y su cuerpo grande eran los mismos que Cat recordaba sofocándola.

—Sin duda el tiempo ha sido benévolo contigo, muchacha —respondió el hombre caminando hacia Cat, en sus manos llevaba un bastón—. No puedo decir lo sorprendido que me quedé cuando te vi brevemente durante uno de vuestros paseos por Hyde Park, admito que llegué incluso a convencerme de que no podíais ser tú... no una dama tan refinada.

—¿Qué quiere? —preguntó retrocediendo, todavía demasiado sorprendida por aquel extraño giro en los acontecimientos.

—Ah, veo pues que no lo niegas.

Ella entrecerró los ojos e irguió su espalda pero no respondió, momento que él aprovechó para mirarla con lujuria, sus ojos deslizándose por su figura.

—Hace algunos años, entró a mi casa a trabajar una apetitosa muchachita que pensó que podía rechazar los favores de su señor, y no contenta con eso, me dejó inconsciente y casi muero por ello —continuó él, dejando perfectamente claro que sabía quién era ella.

Cat lo miró de arriba abajo con mirada insultante y añadió.

—No le veo agonizando ni mucho menos.

El hombre se rió.

—Ingeniosa, sin duda —aseguró el hombre estirando la mano hacia ella—. El caso es que cuando volví a verte, supe que teníamos cosas pendientes... y que debía ser resarcido por aquel desafortunado accidente.

Ella negó con la cabeza. ¿Qué tenía aquello que ver con el mensaje que le habían dado? ¿Se estaría refiriendo a lo que había pasado aquella vez cuando había intentado abusar de ella?

—No hay nada pendiente que desee saldar con usted, milord —respondió ella dando un nuevo paso atrás—. Si me habéis citado para esto, sabed que perdéis el tiempo... ni siquiera he traído el dinero conmigo.

El hombre sonrió con lujuria, lamiéndose los labios.

—No necesito realmente el dinero, eso ha sido idea de ella —respondió con sus ojillos tan juntos mirándola, su lengua lamiéndose el labio inferior. Cat quería vomitar.

—¿Ella? —preguntó Cat sin entender.

—¡Basta de charla! —clamó entonces él y se lanzó sobre la mujer.

En su prisa por dar media vuelta y escapar, Cat tropezó cayendo al suelo donde aquel despreciable hombre la inmovilizó y trató de arrancarle la capa mientras sus labios buscaban la boca de la chica y sus manos apretaban sus carnes.

Se debatió como una gata, luchando, arañando y pegando, solo para recibir una sonora bofetada que hizo que se le nublara la vista y le zumbaran los

oídos durante un instante. Una de sus manos se arrastró entonces por el sucio suelo hasta que sus dedos notaron algo de acero y lo rodearon. Sin pensárselo dos veces lo alzó y golpeó al hombre con fuerza con ello, de inmediato el asaltante se convirtió en un peso muerto sobre ella que dejó escapar un quejido. Jadeante y sin aire, con los oídos zumbándole y el sabor de la sangre todavía en su boca se escurrió de debajo del hombre, gateando, arrastrándose por el sucio suelo con tal de escapar de él.

Él yacía inmóvil en el suelo, no se movía y Cat era incapaz de hacer nada por acercarse al hombre, ni siquiera podía moverse.

Entonces se oyeron unos aplausos, el eco intensificó el sonido y de entre las sombras apareció una figura menuda encapuchada.

—Me ha ahorrado el tener que hacerlo yo —respondió una voz femenina, en un tono suave y meloso que Cat había aprendido a conocer.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando la mujer se quitó la capucha de la capa dejando a la vista su pelo rubio y sus maliciosos ojos azules. La mujer caminó hacia ella, pasando al lado del hombre inmóvil y le propinó un puntapié que arrancó un nuevo gemido del hombre, Cat respiró al ver que no lo había matado mientras la mujer hacía una mueca.

—Es una verdadera lástima, hubiese sido mucho mejor si lo hubiese matado —respondió la dama, y haciendo a un lado su capa levantó una mano enguantada que aferraba un arma de fuego.

Cat abrió los ojos atónita.

—¿Qué... qué piensa hacer?

La mujer le dedicó una beatífica sonrisa y entonces su rostro mudó a uno de completa frialdad y disparó al hombre que yacía en el suelo.

El ruido de la pólvora reverberó en la destartalada estructura, haciendo que Cat diese un grito y mirara aterrada a aquella mujer que dejaba caer el arma al suelo, a un lado y se volvía hacia Cat con una mirada diabólica.

—Tenías que aparecer justamente ahora... —respondió la mujer caminando ahora hacia ella—, tenías que abrirte de piernas para él y robarme aquello que me ha llevado casi dos años conseguir... sólo por eso debería matarte. Lo has estropeado todo, pequeña furcia... pero no importa, esto lo solucionará todo... Rainer se dará cuenta de que había estado durmiendo con una asesina y que ha cometido un error y yo estaré allí, esperándole con los brazos abiertos... siempre solícita y continuaré con mi plan hasta el final...

—Está loca —aseguró Cat incapaz de quitarle la mirada de encima—. Es una demente...

—No, querida —negó la mujer con una mirada divertida—. Ni mucho menos... todo forma parte de un cuidadoso plan... Y ahora que me he librado de ese maldito baboso, será muy fácil acercarme a la estúpida y miedosa viuda. Sí. El pobre tonto descubrió que la prometida del Conde de Kenway era ni más ni menos que la furcia que casi lo había matado, llevado por la ira, decidió citarla y lo mató para que no pudiese hablar...

Cat apretó los dientes y continuó retrocediendo.

—No se saldrá con la suya —negó ella entrecerrando los ojos, buscando una rápida alternativa para escapar de aquella loca.

—Lamento desilusionarte, querida... pero siempre, me salgo con la mía —aseguró y haciendo a un lado la capa, descubrió un cuchillo de cocina que había traído en todo momento oculto en la otra mano—. A tí, por supuesto, te encontrarán también muerta... un duelo entre amantes, que salió mal.

—Me temo, miladi, que no puedo permitir tal cosa.

Ambas mujeres se volvieron al escuchar la nueva voz masculina que surgió de entre las sombras, casi al mismo tiempo la guardia armada entró llenando el lugar, apuntando a Elisabeth con los fusiles, mientras otros portaban candiles para iluminar el camino. Poco a poco el hombre que había hablado salió de entre las sombras, vestido completamente de negro y con

una pistola de duelo en sus manos.

—Elisabeth Ashton, o mejor dicho, Elisabeth Renard, queda arrestada en el nombre del Rey por conspiración y espionaje contra la corona.

Cat jadeó al ver al hombre que conocía tan bien.

—¿Lambrick? —jadeó ella.

Noah no quitó la mirada de la mujer a la que estaba apuntando hasta que los guardias le pusieron las manos encima, la mujer gritaba y gritaba proclamando su inocencia, maldiciendo y escupiendo con un marcado acento que no había tenido hasta el momento.

—Llévósla —ordenó él antes de enfundar el arma en el cinto y caminar hacia Cat, quien lo miraba asombrada.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó ella con un gemido, de repente sus piernas parecían no poder sostenerla.

Noah le sonrió y se apresuró a rodearle la cintura cuando la vio trastabillar, su pulgar enguantado recorrió el labio partido con una mueca antes de instar a la muchacha a moverse.

—Temo que sea una historia demasiado larga y que no puedo revelarte, cariño —le aseguró apretándola suavemente contra él para caminar hacia los guardias—, una que para tí no solo no ha terminado... si no que no ha hecho más que empezar.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender.

—Hay alguien que quiere verla, miladi —le respondió con suavidad—. Vamos, ya es hora de que las cosas empiecen a aclararse.

La mañana amaneció cubierta de niebla, Rainer había sido incapaz de pegar ojo en toda la noche, se la había pasado dando vueltas en la cama, había pensado en visitar a su prometida pero finalmente lo había pensado mejor, Cat no había parecido sentirse bien la noche anterior, lo menos que



podía hacer era permitirle descansar. Tras lavarse y vestirse, bajó al comedor para encontrarse a prácticamente toda la familia desayunando, algo bastante inusual dado que ninguno de ellos era dado a madrugar.

—Buenos días —saludó al entrar y besó a su madre en la mejilla y a su hermana, quien parecía bastante radiante ahora que su marido, Asgard había regresado.

—Buenos días, querido —lo besó a su vez Lady Freija—. ¿Qué tal has dormido?

—Por su aspecto yo diría que no ha pegado ojo —respondió Daven con un guiño cómplice—. ¿Tu prometida sigue descansando?

Rainer lo fulminó con la mirada de camino a su asiento en la cabecera de la mesa.

—Imagino que sí, no la he visto todavía —respondió tomando asiento, permitiendo que una de las doncellas le sirviera el desayuno.

—Es extraño que no se haya levantado ya, Catherine suele madrugar —aseguró Freija.

—La princesa se marchó anoche por la ventana —murmuró Helia sorprendiendo a todos. Sentada entre su padre y su madre jugaba distraída con su muñeca.

—¿Pero no eran los monstruos los que habían salido por la ventana, Heli? —le sonrió Daven.

Ella sacudió la cabeza y señaló una de las ventanas laterales.

—La princesa salió ayer noche por ahí —aseguró ella y se volvió hacia su madre—. Ella no llevaba camisón, ¿las personas mayores duermen sin camisón?

Rainer frunció el ceño y un mal presentimiento empezó a recorrerlo.

—Cariño, ¿a qué princesa te estás refiriendo? —le preguntó Lady Freija que parecía haberse hecho eco de los miedos de su hijo.

—La tía Cathie —dijo ella mirando a su abuela antes de tomar la tostada que tenía en su plato y darle un mordisco.

Rainer estaba dejando ya su asiento cuando entró Grayson por la puerta, su rostro más serio que de costumbre.

—Milord, disculpe que le interrumpa —respondió el mayordomo—. Pero Lady Balston está aquí, ha preguntado por madame Catherine, pero su doncella dice que no está en su dormitorio.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia la niña, Rainer dejó su asiento y se dirigió hacia ella, acuclillándose a su lado.

—Helia, cariño, ¿viste a tía Cat salir ayer por esa ventana?

La niña asintió efusivamente.

—Sí, ella salió por la ventana —aseguró la niña.

Soltando una maldición, Rainer echó a correr hacia la puerta acompañado del sonido de varias sillas arrastrándose por el suelo.

Ammy alzó la mirada hacia la puerta del salón cuando oyó el estruendo de pasos, se había estado retorciendo las manos y su nerviosismo pareció aumentar cuando vio a Rainer y reconoció la mirada preocupada en su rostro.

—Oh, dios, dígame que no lo ha hecho —pidió la muchacha abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿A dónde ha ido Catherine, Ammy? —preguntó Rainer yendo directamente hacia la muchacha.

—Ella... ella recibió un mensaje hace unos tres días, le pidieron que se citara con alguien en la fábrica abandonada a partir de la media noche —respondió ella angustiada—. Me lo juró, me dijo que no iba a ir.

—Pues claramente, ha mentido —añadió Daven mirando con curiosidad a la muchacha. No había tenido el placer de serle presentada.

—Vamos a la biblioteca, allí podrás contarme todo —le pidió Rainer tratando de contener su nerviosismo.

Estaba a punto de entrar en la habitación cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo, Rainer se quedó inmóvil al igual que los demás cuando Grayson se apresuró a abrir la puerta y acto seguido entró Noah, quien se encontró con cuatro pares de ojos clavados en él.

—Um... ¿Llego en mal momento? —preguntó con el sombrero y los guantes en una mano.

—Catherine ha desaparecido —respondió Rainer caminando hacia él.

—Ah, es eso —respondió Noah respirando de nuevo, y le entregó los guantes y el sombrero, junto con su capa al mayordomo—. Ella está bien, no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? —respondió Rainer sin entender nada—. ¿Es que sabes dónde está?

Noah asintió y posando la mano en el hombro de Rainer lo instó a dirigirse hacia la biblioteca.

—Eso es por lo que estoy aquí, tengo algo que contarte... entre otras cosas —aseguró echando un rápido vistazo a Ammy y Daven—. Creo que vosotros dos también debéis escucharlo, sobre todo usted, Lady Balston.

—¿Dónde está Catherine? —Rainer se detuvo, negándose a dar un paso más hasta que su amigo se explicara.

—Ella está bien, Rainer —le aseguró Noah mirándole con sus ojos azules—. En estos momentos, ella está con su majestad.

—¿Con el Rey? —preguntó Daven boquiabierto.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Noah? —susurró Rainer, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo.

—Entremos y os lo explicaré todo.

Rainer iba ya por su tercer trago cuando Daven le quitó el vaso de las manos ganándose una mirada fulminante de su parte, nada de lo que estaba

diciendo Noah tenía sentido, y con todo las cosas parecían ir encajando poco a poco en su sitio. Ammy les había contado lo que sabía acerca de la clandestina reunión a la que habría asistido Catherine y como las habían abordado en plena calle para darle a la muchacha el mensaje, Noah había continuado entonces explicando lo que había ocurrido la abandonada fábrica.

—Pero, ¿cómo? —preguntaba Ammy—. ¿Cómo es posible que supiera quien era ella y no haya hecho nada hasta ahora? Ay señor, mi madre habló con ella en alguna ocasión.

—No había pruebas en su contra, solamente conjeturas —aseguró Noah mirando a Rainer, a él ya lo había puesto al corriente sobre sus sospechas con la dama apenas unas semanas atrás, cuando empezó a hacerse evidente que el hombre se había enamorado de su nueva amante—. Sólo recientemente han capturado a alguien que ha declarado que ella era una espía y ha aportado las pruebas suficientes para poder apresarla.

—¿Y qué tiene que ver Cat en todo esto? —respondió Ammy negando con la cabeza—. ¿Por qué la han llevado ante su majestad?

Noah suspiró y se volvió hacia Rainer, quien lo miraba con cierta intensidad.

—Era ella, después de todo, sí era ella —respondió Rainer leyendo la confirmación en los ojos de Noah.

El duque asintió.

—Nuestras sospechas iban bien encaminadas, amigo mío —aceptó Noah y después a Daven.

—¿Era ella? ¿La mujer que estaba buscando Dimitri?

Noah asintió y miró al hermano pequeño de Rainer.

—¿Tienes idea de quién es realmente ese joven, Daven?

El joven se encogió de hombros y miró a su hermano antes de volverse hacia Noah.

—Todo lo que sé, es que no es inglés. A juzgar por su acento, me atrevería a apostar por Prusia o Polonia, pero fui incapaz de encontrarlo. Había estado en una posada cerca del puerto, pero apenas tres o cuatro días después desapareció.

—Casi —respondió Noah con una escasa sonrisa—. Dimitri Voselev es uno de los allegados al Zar Alejandro I de Rusia, tan allegado que el Duque Voselev es su tío y pariente lejano del Zar, pero pariente al fin y al cabo.

El rostro de Daven empezó a perder color cuando las implicaciones de lo que estaba diciendo Noah penetraron en su mente.

—Quieres decir...

—Que nuestra Cat —miró a Rainer al decir aquello—, es nada más y nada menos que una de las duquesas del imperio ruso, su padre era el hermano mayor del tío del joven, Ekatherina Malilina Lelyushenko Romanov es una heredera imperial.

—Tienes que estar bromeando —aseguró Rainer incapaz de aceptar aquello.

—Ojalá —respondió Noah con un profundo suspiro—. Había sido más fácil de afrontar y explicar a nuestro monarca, como una princesa rusa ha terminado viviendo en las calles de Londres sin tener la menor idea de sus orígenes.

—Ekatherina... —musitó Ammy tan atónita como los hombres.

—Es la versión rusa del nombre de Catherine —respondió Daven—. Quizás un intento de pasar desapercibida...

—Pero ella se crió en un hospicio —repuso Ammy recordando lo que Cat le había contado.

—El hospicio de St. Avery acogió a una niña de cuatro años junto con una enorme suma de dinero, que presumimos se entregó para su manutención —respondió Noah—. No sé sabe que pasó antes, sólo se podemos especular.

—¿Es posible que los padres de Catherine estén con vida? —preguntó Ammy.

Noah negó con la cabeza.

—El duque falleció en el atentado que se perpetró contra su familia. Todavía es un misterio como pudieron escapar su esposa y la bebé que llevaba con ella en aquellos momentos —respondió Noah, repitiendo lo que había contado Dimitri ante él mismo y su majestad—. Y no hay ningún motivo para suponer que la duquesa haya sobrevivido cuando su hija fue ingresada en el hospicio.

—Quiero verla —dijo Rainer, importándole más bien poco todo lo que estaba ocurriendo, su única preocupación era Catherine.

—Podrás verla... más adelante —le dijo Noah eligiendo bien sus palabras—. Su majestad ha querido alojar a los duques en palacio, con motivo de mantener todo este escabroso suceso en secreto, al menos por el momento.

—¡Con un demonio! ¡Es mi prometida, Noah! Quiero verla —se ofuscó Rainer.

Noah no se inmutó.

—Catherine necesita tiempo para enfrentarse a todo esto, Rainer —fue la respuesta de Noah—. Dimitri ha pedido que se la mantenga alejada de todo y todos al menos dos o tres días, para tener tiempo de explicarle todo... en estos momentos, es toda su familia.

Rainer se levantó como un rayo y lanzó el vaso contra el hogar.

—Es mi mujer... y no descansaré hasta tenerla de nuevo a mi lado —le dijo con voz firme, entre los apretados dientes.

Y lo haría, aunque para ello tuviese que presentarse él mismo en el palacio y robársela.

## CAPÍTULO 23

Cat estaba a punto de volverse loca. No había otra manera de explicar todo lo que había ocurrido en los últimos tres días. Desde que Lord Lambrick la había sacado de aquella fábrica abandonada y la había conducido para su sorpresa a palacio, todo había ido de cabeza a una velocidad vertiginosa. La despierta ladronzuela que callejeaba y robaba para sobrevivir en las calles de Londres y que había terminado en prisión acusada por un robo que ni siquiera había perpetrado, no era más que un error fatal del destino, ella jamás debía haber estado en Inglaterra, jamás debería haber pasado hambre o añorado a su familia, su verdadero hogar estaba muy lejos de este húmedo país, en una tierra extraña de la que solo había oído en libros, donde la nieve lo cubría todo y su vida hubiese sido completamente distinta.

—Ekatherina —repitió en voz alta su nombre, tratando que le sonara, que al menos le resultase familiar, pero no lo conseguía. Para ella no tenía significado alguno—. Katja.

Katja. Así era como la había llamado aquel hombre que había pasado los tres últimos días con ella, hablándole de sus padres, de su tío, un hombre ya anciano que no había descansado durante todos aquellos años desde su desaparición en buscarla. Su tío la había estado buscando. Dimitri, Mitia como había pedido que le llamara, le había enseñado una pintura en miniatura en la que aparecían sus padres y ella siendo un bebé. La mujer que la sostenía en su regazo, aquella dama de dulce mirada era su madre y ella ni siquiera podía recordarla. En ocasiones, después de mirar detenidamente la pintura,

creía tener la noción de un pelo como aquel oliendo a Jazmín, de una suave voz cantándole una nana en un idioma que no conocía y que sin embargo había llegado a recordar alguna que otra frase. El parecido entre ambas era notable, realmente podrían pasar por gemelas.

—Todo esto es una locura —musitó dejando a un lado la pintura de su familia para levantarse del diván en el que había estado sentada y pasearse de arriba para abajo y de abajo para arriba cavilando sobre los recientes descubrimientos de su vida.

Mitia había insistido en vestirla acorde a su posición, una posición que Cat no deseaba, que no entendía y que él se había empeñado en afirmar una y otra vez que era la suya. Así que en un abrir y cerrar de ojos había terminado envuelta en sedas y joyas, su vestidor contenía más trajes y vestidos de los que podría ponerse en toda una vida, todos ellos confeccionados con un estilo muy particular inspirado en la corte Rusa, a la que al parecer pertenecía.

Ella, Catherine Avery, una aristócrata. La sola idea le daba risa.

Sacudiendo la cabeza ante una idea tan absurda, cruzó la habitación hacia el recibidor donde tiró del cordón para llamar a los lacayos, tal y como le habían explicado. Al instante, la puerta se abrió y un lacayo ataviado con la librea real se inclinó ante ella.

—¿En qué puedo servirlos, alteza?

Cat casi rechina los dientes al oírse llamar de esa manera.

—Papel y pluma. Y alguien que lleve una nota —respondió ella decidida a salir de aquel encierro—. Llame también al Príncipe Voselev, dígame que deseo verle.

—Sí, alteza.

—¡Y por el amor de dios, deje de llamarme alteza! —clamó crispada cogiendo por sorpresa al lacayo, que pegó un saltito—. Vamos, daos prisa.

—Sí, su al... miladi —se corrigió a tiempo y salió disparado por la puerta.



Cat se llevó las manos a la cabeza y suspiró, empezaba a tener una buena jaqueca.

Ammy se encontró con su madre a mitad de camino, acababa de arreglar las flores de los jarrones del salón y se dirigía a arreglar cualquier otra cosa con tal de mantenerse ocupada cuando vio a su progenitora mirando con el ceño fruncido un pequeño sobre.

—¿Ocurre algo, madre?

La mujer negó con la cabeza y alzó la mirada sorprendida.

—No estoy segura —respondió ella y tendió la misiva a su hija—. Uno de los lacayos de palacio, acaba de dejar esta misiva... para ti.

Ammy parpadeó varias veces antes de tomar la carta como si fuese una serpiente venenosa.

—¿Una carta de la Corte? —preguntó sin entender nada, su mirada tan sorprendida como la de su propia madre—. Pero si yo no conozco a nadie en la Corte, jamás he estado allí.

La mujer encogió sus gráciles hombros y miró el sobre.

—¿Y si lo abres de modo que podamos salir de dudas? —le sugirió con el mismo nerviosismo que su hija.

Ammy asintió y volvió el papel para romper el lacre sin sello y desplegar la carta. Un papel perfumado y de primerísima calidad contenía una letra apretada y apresurada que poco a poco empezó a leer, empapándose de sus letras y sofocándose con cada frase que leía, hasta el punto que empezó a abanicarse con la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Qué dice? —quiso saber su madre, preocupada al ver su expresión.

Ammy se llevó la mano a la boca y empezó a reírse con delicia, entonces abrazó a su madre y dio vueltas con ella, antes de girar sobre sus talones,

recogerse las faldas del vestido y correr hacia las escaleras.

—¡Necesito agua para el baño! ¡Y sales! —clamó la muchacha mientras subía llamando a gritos a su doncella—. Prepárame el vestido azul real con bordados blancos. ¡Oh, dios, bendito seas!

—¡Ammy! —la llamó su madre apresurándose al pie de las escaleras, sin saber que había ocurrido a su hija—. ¿Ammy? ¿Qué ocurre?

Ammy se volvió en la cima de las escaleras y alzó los brazos.

—¡Me voy a la Corte, madre! ¡Me están esperando! —clamó antes de volverse y volar por el pasillo en dirección a su dormitorio.

Una de las puertas situadas al otro lado del recibidor se abrió dejando salir al Doctor Balston con una mirada extrañada en su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó, pues había escuchado los gritos de su hija—. ¿Qué le pasa a Ammy?

—Ay, querido. Ojalá lo supiera —respondió la mujer negando con la cabeza—. Ha llegado un siervo con la librea de la Corte con una misiva para Ammy.

—¿Para Ammy? ¿Pero qué locura estás diciendo?

La mujer se limitó a señalar escaleras arriba.

—Ninguna locura, habla con tu hija y que te lo aclare, yo, necesito mis sales —aseguró la mujer dando media vuelta para ir a buscar su reconstituyente.

Los vestidos estaban esparcidos sobre la cama, las medias por los suelos y el cofre de joyas abierto sobre el tocador, mientras Ammy y su doncella pululaban por la habitación preparándolo todo, sus ojos brillaban de diversión y no paraba de reírse y dar gracias al señor.

—¡Oh, esto es increíble! ¡Increíble! —canturreaba mientras elegía los listones y las enaguas.

—¿Ammy? —oyó la voz de su padre.

—Ocúpate de eso y que tengan la tina con el agua lista —le avisó a la doncella antes de salir hacia su recibidor.

—¿Ammy? ¿Qué demonios...?

—Papá, necesito que me acompañes, así que ve arreglándote —le soltó la muchacha ya de entrada.

—¿De qué estás hablando? ¿Acompañarte a donde?

—A la Corte —le dijo Ammy empujándolo de nuevo hacia la puerta—. Vamos, vamos... date prisa, no puedo hacer esperar a Catherine todo el día.

—¿Catherine?

—Sí, papá, eso he dicho —respondió la muchacha dándole un beso en la mejilla antes de echarlo de nuevo—. Ponte guapo.

—Amm... —trató de preguntar algo más pero su hija ya le había cerrado la puerta en las narices.

Suspirando, optó por lo único que podía hacer, arreglarse para acompañar a la loca de su hija.

El coche se había detenido frente a la puerta principal de la casa que el Rey utilizaba como sede principal, el Doctor Balston se apeó para ayudar a continuación a descender a su primogénita y encaminarse a la puerta de entrada. No bien entraron y comunicaron el motivo de su visita, el chambelán hizo una reverencia y le pidió a Lady Balston que por favor lo siguiera, mientras invitaba al doctor a esperar en una sala adyacente.

—Ve, todo irá bien —le dijo el doctor que cada vez estaba más atónito por lo que estaba pasando.

Con un ligero asentimiento Ammy acompañó al chambelán a lo largo de unos pasillos que llevaban a la zona privada de la casa, donde la dejó ante las puertas de un recibidor.

—Permítame un momento —le pidió el hombre antes de llamar

delicadamente a la puerta y entrar a continuación cerrando tras él.

El hombre se apresuró a cruzar el recibidor hasta la sala de estar adyacente a la habitación en donde Cat se entretenía mirando por una de las ventanas.

—¿Su alteza? —carraspeó el hombre.

Cat se volvió de inmediato, su mirada recorrió al hombre antes de acercarse a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cat mirando al hombre.

—Lady Balston ha llegado, alteza —le respondió el hombre con total formalismo.

El rostro de Cat se iluminó.

—Hágala pasar, a que espera —ordenó Cat enviando una oración de gratitud a dios por la pronta respuesta de su amiga.

—Sí, alteza —el hombre ejecutó una reverencia antes de volver sobre sus pasos para ir en busca de la mujer.

Cat era incapaz de quedarse quieta y empezó a pasearse nuevamente de un lado a otro, la cola de su vestido barriendo el suelo tras ella mientras se retorció las manos con la mirada puesta en la entrada a sus habitaciones. Entonces, apareció nuevamente el lacayo acompañado de Ammy, la cual estaba guapísima vestida con un traje azul real con aplicaciones blancas.

—Su alteza, Ekaterina Malini...

—Sí, sí, sí... —lo acotó Cat evitando que el hombre empezara con el discurso de siempre—. Ya nos conocemos, olvídense de las presentaciones... retírese.

—Como deseéis, princesa.

Cat puso los ojos en blanco y Ammy contuvo una sonrisa mientras se volvía para ver desaparecer al pobre lacayo.

—Creo que lo has ofendido, querida —le dijo Ammy en tono jocos—o—. El pobre hombre se había hinchado como un pavo real para hacer las

presentaciones.

—¡Al demonio con las presentaciones! —chilló Cat antes de correr hacia su amiga y abrazarla—. Dios mío, Ammy, todo esto es una locura. Menos mal que has venido.

—¿Esperabas realmente que fuese a dejar a mi mejor amiga sola en un sitio como este? —se rió ella abrazando a Cat, quien se estremecía—. Por amor de dios, mujer, estás temblando.

—No puedo evitarlo, todo esto... me supera —aseguró mirando a su amiga a los ojos—. ¿Cómo está Rain? ¿Lo has visto? El imbécil de Lambrick me trajo aquí y no he vuelto a saber nada de ninguno.

Ammy enganchó a Cat del brazo y la acompañó al sofá para obligarla a sentarse.

—Lord Brightmore está desesperado, como todos, en realidad —aseguró Ammy tomando las manos de la muchacha—. Lambrick apareció hace tres días en casa de Rainer y nos contó todo lo que había ocurrido. Ninguno podíamos dar crédito a lo que nos había contado, dijeron que estabas en palacio, con un familiar...

Cat asintió.

—Sé que esto no tiene ningún sentido, ni siquiera lo tiene para mí y he intentado entender todo lo que Mitia me ha explicado —ella negó y bajó la cabeza para volver a mirar a Ammy con desesperación—. Mis padres ni siquiera eran ingleses... yo ni siquiera soy inglesa, ¿te lo puedes creer? Mi familia... mi primo y un tío... el hermano de mi difunto padre. Él me ha estado buscando durante todos estos años, Ammy. Él me ha estado buscando. Y yo... yo... mi verdadero nombre es Ekaterina y ni siquiera recuerdo que nunca me hubiesen llamado así, yo... Mitia dice que soy la única heredera de mi padre, que su título me pertenece. Pero yo no quiero ningún título, no quiero ser noble... mi familia es de Rusia, Ammy, soy una noble rusa, ¿tú le

ves algún sentido? Yo no, ninguno. Esto es una locura.

Ammy se rió, la abrazó para tranquilizarla y detener su verborrea. Finalmente se separó, tomándola de las manos para verla bien.

—Bueno, sin duda estás vestida como una princesa, y que corte... me encanta, no había visto nada igual ni siquiera en los modelos de París —aseguró admirando el precioso traje de Cat.

—Dimitri se encargó de dar instrucciones a una costurera de palacio y... oh, no lo sé... él solo se ha encargado de todo —respondió ella haciendo un aspaviento con la mano—. Me llevaron ante el Rey... y allí estaba Dimitri... entonces me dieron estas habitaciones y Mitia me ha estado visitando regularmente para hablarme de cosas de las que ni siquiera entiendo. ¡Es todo una absoluta locura, Ammy!

—Ya, ya, cálmate o necesitaremos las sales —le pidió su amiga sorprendida por el estado de nerviosismo de Cat—. Rainer ha estado muy preocupado por ti, no nos han permitido a nadie visitarte, si no es porque me enviaste la carta...

Cat asintió.

—Yo misma he estado tan aturdida que apenas he sido consciente del paso de los días —aseguró Cat recostándose contra el asiento—. Demonios, yo no quiero nada de esto, sólo necesito volver a casa... volver con Rain. Oh, Ammy... tenías razón, he sido tan estúpida, pero tan estúpida. ¿Por qué no acepté casarme con él desde el principio? No puedo concebir mi vida sin él.

Ammy puso los ojos en blanco.

—Ay, querida —se rió la muchacha con cierta diversión, entonces le acarició el rostro y sonrió—. Sólo había que mirarte a los ojos para ver como se iluminan cuando estás con él.

Cat le devolvió la sonrisa, estaba a punto de decirle lo mucho que lo echaba de menos cuando llamaron a la puerta que dividía sus aposentos del

vestidor principal y acto seguido entró Dimitri con una bandeja con pastelillos y té. El hombre se quedó un poco sorprendido al ver que la muchacha no estaba sola.

—Oh, discúlpame, Katja, no sabía que teníais visita —su inglés era perfectamente claro, pero matizado por un profundo acento.

Cat le sonrió y lo invitó a entrar.

—Pasa, por favor —lo invitó ella con suavidad, entonces se volvió hacia Ammy y señaló a Dimitri—. Lady Ammy Balston, te presento al príncipe Dimitri Voselev. Mitia es mi primo y carcelero... a partes iguales.

El hombre chasqueó la lengua, dejando la bandeja sobre la mesa situada ante ambas muchachas y se inclinó en una reverencia ante Ammy, para luego tomar su mano y saludarla como correspondía.

—Mi prima exagera en sus afectos, miladi —le aseguró besándole los nudillos—. Es un verdadero placer conoceros.

—El placer es mío, su alteza —asintió Ammy con un bonito rubor cubriendo sus mejillas.

—¿Té, señoras? —sugirió Mitia, tan encantador como siempre.

Cat suspiró, miró a su amiga y recurrió a sus buenos modales.

—Dimitri es de la opinión de que han estado matándome de hambre, por eso se aparece cada pocas horas con té y pastelillos —murmuró antes de volverse hacia el hombre—, cuando a mí, todo lo que me interesa saber es cuando podré marcharme de aquí.

Dimitri dirigió a su prima una encantadora sonrisa al tiempo que servía el té como había hecho los días anteriores.

—Herirá la amabilidad de su majestad, miladi —le aseguró tendiéndole una taza de té, para seguidamente hacer lo mismo con su acompañante.

Cat aceptó la taza, sus ojos rodaron ante la más que repetida excusa.

—Le estoy muy agradecida a su majestad por el gesto que ha tenido para

conmigo, pero quiero volver a casa... —respondió ella con tozudez—. Con mi prometido.

Tomando uno de los pastelillos, se lo llevó a la boca y asintió.

—Ah, sí. Lord Brightmore, Conde de Kenway —repitió su nombre como si fuese lo hubiese memorizado—. Lambrick me habló de él.

La paciencia de Cat se agotaba a pasos agigantados, su deseo de dejar todo aquello atrás rivalizaba con fuerza con el deseo de conocer más detalles de su familia. Pero por encima de todas las cosas, quería ver a Rainer, necesitaba sentir sus brazos sosteniéndola, protegiéndola de toda aquella locura.

—Mitia... —insistió Cat, dejando claro que nada que le dijera podría sosegar su ansiedad. Sólo deseaba marcharse de aquella nueva jaula dorada en la que había ido a caer ahora.

—Katja... —le habló mirándola a los ojos—. Hace menos de tres días que te he encontrado, pequeña. No puedes hacerte una idea de lo que significa, no sólo para mí, si no para nuestro tío. Él ha consagrado toda su vida a buscarte a tí y a tu madre, ya no es un hombre joven. Sé que la noticia de que estás con vida y bien, le devolverá la salud. Es tu familia, mi querida.

Ella se mordió el labio inferior. La sola idea de que alguien se había preocupado por ella, que había consagrado su vida a buscarla. Si no fuese por el retrato de sus padres, su parecido con la mujer que la trajo al mundo y el medallón que conservaba, la prueba que no dejaba lugar a dudas a juicio de Dimitri sobre quien era ella, Cat habría pensado que todo aquello no era más que otra pantomima más que añadir a la larga lista de desastres en el que se había convertido su vida.

—Mi nombre es Cat —respondió dejando la taza sobre la mesilla auxiliar, frotándose el entrecejo con los dedos—. No recuerdo que nadie me llamase antes de otra forma, yo siempre he sido Catherine... Cathie. Cat —ella sacudió la cabeza y alzó la mirada para encontrarse con la del hombre—. ¿Y



si todo esto es una equivocación? ¿Y si no soy quien pensáis que soy?

Dimitri posó los dedos suavemente sobre la mano de la muchacha.

—No hay errores, Katja —le aseguró con absoluta convicción—. Pero es tuya la decisión, así como mío el debe de hacer que te sean restaurados todos tus derechos de nacimiento. Nuestro tío no se conformará con nada menos.

Ella no respondió, habían discutido suficiente sobre el asunto los últimos tres días.

—Milord tiene razón, Cat —intervino Ammy, quien hasta el momento se había mantenido en silencio—. Es lo justo, ya has pasado por suficiente sin tener por qué, te mereces un pequeño resarcimiento.

Cat suspiró y negó con la cabeza.

—Yo todo lo que quiero es volver a casa —respondió mirando a su amiga—. ¿Es eso mucho pedir?

Dimitri dejó escapar un nuevo suspiro, esta vez, con más profundidad.

—¿Y dónde está según tú esa casa, Katja? —le dijo Dimitri mirándola con intensidad.

Ella alzó la mirada hasta encontrarse una vez más con la suya. No hubo vacilación en su respuesta.

—Mi casa está donde esté Rainer —respondió con una esperanzada sonrisa—. Si todavía quiere casarse conmigo, claro.

—Creo que eso es lo que ha estado intentando hacerte comprender los últimos meses —se rió Ammy y Cat se sonrojó—. Pero tú te empeñabas en decirle que no.

Cat se sonrojó.

—Rainer te adora, Cat —le aseguró su amiga—. Siempre querrá casarse contigo.

Las horas pasaron rápidamente, Cat continuó hablando con Ammy y escuchando como Dimitri les contaba a ambas más historias sobre la familia

de la muchacha. Para cuando Ammy se despidió, pues había dejado a su padre solo y sin noticias demasiado tiempo, la muchacha no dudo en infundirle valor a su amiga.

—Se fuerte, querida —le susurró al oído mientras se fundían en un abrazo—. Pronto vendrá a por ti, aunque tenga que asaltar el solo el palacio.

Cat la miró horrorizada.

—Espero que no.

Ammy se rió y se volvió tendiéndole la mano a Mitia.

—Ha sido un placer conoceros, alteza.

—Llámeme Mitia, por favor —pidió el hombre besando su mano—. Y gracias por cuidar tan bien de mi prima. No podría estar más agradecido por la amistad que le profesáis.

La dama se sonrojó en respuesta, hizo una ligera reverencia y se marchó, dejándolos a los dos nuevamente solos.

—Tenéis una amiga muy hermosa —aseguró Mitia cuando la muchacha salió por la puerta.

Cat lo miró de lado y sonrió.

—Oh, no es sólo hermosa, Mitia —le respondió ella—. Además también es inteligente.

—Peligrosa combinación, prima —le aseguró él sonriéndole en respuesta—. Peligrosa, combinación.

Rainer había perdido la cuenta de las veces que había recorrido aquella sala de espera, una habitación privada en las estancias privadas del Rey. Durante los tres últimos días no había hecho si no discutir con Noah hasta el punto de llegar casi a los puños, la desesperación no hacía juego con su sombrío humor, como tampoco lo hacía el hecho de que el monarca hubiese decidido mantenerlo alejado de su prometida.

—¡Con qué derecho! —había clamado él ante Noah en una de sus muchas discusiones—. ¡Es mi prometida, con un demonio!

—Su majestad solamente está tratando de mantener una buena relación con los duques, a escasas semanas de la furtiva partida del consejero imperial lo último que se necesita es un escándalo de esta magnitud —contestó Noah, siempre con un tono de voz tranquilo—. Todo esto ha resultado ser mucho más grande de lo que ninguno habíamos pensado en un principio, Rainer, estamos hablando de una aristócrata del Imperio Ruso, pariente del Zar.

—Como si es la mismísima Reina de Saba, quiero verla —acotó.

Y aquello era el fin del asunto.

Dos días después de aquello, había llegado una misiva real a casa del conde, en el que le pedía que se presentara en una audiencia con el Rey y allí estaba, esperando desde hacía más de una hora a ser atendido.

—Su excelencia —le informó un lacayo, indicándole con un gesto que podía pasar—, su majestad os recibirá ahora.

Con una mirada fulminante al hombre, pasó junto a él y penetró en los salones privados del rey.

—Ah, Conde Kenway —lo recibió el monarca. El príncipe regente no era más alto que Rainer y de un solo vistazo podía verse que le gustaba el lujo—. Lamento haberle hecho esperar, los preparativos de la fiesta anual de palacio me han absorbido por completo.

Rainer hizo una reverencia ante el regente y miró de reojo al hombre que permanecía en la sala con el monarca.

—Lo entiendo, su majestad —respondió Rainer con sencillez.

El hombre asintió y gesticuló hacia su acompañante.

—Creo menester presentarle al Príncipe Dimitri Voselev —continuó el monarca, señalando al joven rubio de ojos claros que le dedicó un profundo asentimiento de cabeza—. Es el primo de vuestra... prometida, si bien se me

ha informado.

Rainer asintió correspondiendo al mudo saludo del hombre antes de responder al rey.

—Así es, majestad, Lady Catherine es mi prometida —aceptó Rainer.

El regente no se molestó en volverse hacia uno de sus pares, parecía mucho más interesado en la fuente de frutas y en el racimo de uvas que estaba desgranando.

—¿Debo suponer que está al tanto de los últimos sucesos?

Rainer se obligó a mantener la calma.

—Sí, majestad. El Duque de Ellwood ha tenido a bien ponerme al corriente.

El monarca asintió con la cabeza, como si fuese la respuesta que esperaba.

—Bien, bien, eso facilita las cosas.

Dimitri, quien había estado observando disimuladamente al recién llegado, se volvió hacia el monarca británico.

—¿Majestad?

—Tranquilizaos, Conde, todo va bien —el rey despachó sus palabras con un gesto de la mano.

El príncipe se adelantó entonces haciendo una reverencia ante el monarca.

—Si su majestad me permite, quisiera intercambiar impresiones con el conde.

—Por supuesto, Voselev, está en su derecho —aceptó el Rey con placidez.

Rainer se volvió hacia el hombre con aspecto osco.

Dimitri le sostuvo la mirada, esbozando una divertida sonrisa ante la obvia desconfianza del conde.

—No vengo con ánimo de presentar reclamos, milord, más bien al contrario, le debo un profundo agradecimiento por haber cuidado de mi prima Ekatherina —aceptó el hombre, a pesar de poseer un fuerte acento, su inglés

era impecable—. Se había cometido un atentado imperdonable contra nuestra casa, por muchos años la creímos perdida hasta ahora.

Rainer alzó el mentón.

—Perdone mi desconfianza, pero cómo está seguro de que es ella.

Dimitri asintió ante la desconfianza del conde.

—Además de ser el vivo retrato de su madre, su alteza lleva consigo el medallón que perteneció a nuestra tía, un regalo hecho por el mismo Emperador de todas las Rusias —explicó Dimitri—. Esa joya ha estado perdida desde el instante en que el carruaje en el que viajaban sus señorías fue atacado y sus ocupantes masacrados. Debo admitir que ignoramos como es que mi tía consiguió alcanzar Inglaterra con un bebé menor de un año, pero lo cierto es que lo hizo.

Rainer frunció el ceño.

—¿Esa mujer? ¿Se sabe algo de ella?

Antes de que Dimitri pudiera contestar al conde, el monarca arrancó una de las uvas y tras mirarla detenidamente, ofreció él mismo esa información.

—Hasta donde se ha podido averiguar, los restos de la Condesa Lelyushenko descansan en una de las tumbas de una pequeña capilla a las afueras de Londres —declaró el monarca—. La mujer murió de una neumonía. Fue cuidada y entregada al seno de dios en sus últimos momentos por las monjas del Convento en el que se refugió con su pequeña hija. Hay registros que prueban esos sucesos, así como el testimonio de la Madre Superiora en su propio lecho de muerte.

—Entiendo —aceptó Rainer, pensando en Cat, en cómo debería haber sido su vida si su madre siguiese con vida.

Dimitri caminó ahora hacia Rainer, acortando las distancias entre ambos.

—He sabido que se ha estado interesando por mi prima —habló ahora Dimitri—, que ha preguntado por ella e incluso ha exigido verla.

Rainer lo miró, sus ojos azules brillando desafiantes.

—Es mi prometida —declaró con pasión.

Dimitri asintió.

—Sí, lo sé. Ella no ha dejado de repetírmelo en los últimos días.

Rainer sonrió interiormente por ello.

—Espero que comprenda que este asunto tan delicado debía ser tratado en la más estricta privacidad —aseguró mirando al monarca de refilón—. Por el bien de nuestros dos países y las posibles consecuencias de un descubrimiento de esta magnitud. Ekatherina es la heredera legítima de su padre, Duquesa de Darmstadt y pariente de nuestro Emperador.

Rainer empezó a erizarse.

—Sepa perdonar mi arrogancia, alteza, pero en estos momentos todo lo que me interesa es ver a mi prometida y llevarla a casa.

El monarca, quien había estado dando cuenta del racimo de uvas, alzó la mirada en dirección al conde.

—¿Creé apropiado tener a una dama de su alcurnia en su casa, Lord Kenway? —le recordó el Rey con jocosidad.

La insinuación en las palabras del rey eran claras.

—Si lo que le preocupa es la reputación de la dama majestad, mi familia está en esa misma casa —aseguró Rainer con firmeza—. Mi madre ha estado velando por las buenas maneras en mi hogar.

—No es eso lo que se ha oído al respecto, milord... pero puedo entenderlo dada la equivocación... y la pronta boda, espero —la advertencia del monarca era obvia, su mirada fue directa a Dimitri, para advertirle en caso de que se le ocurriera protestar.

—Tan pronto corran las amonestaciones, su majestad —aceptó Rainer agradeciendo el apoyo del monarca—. Mi prometida viajará a Kenway Manor con mi madre y permanecerá allí hasta que se celebre la boda.

—Bien, eso me complace —aseguró el monarca hinchándose como un pavo—. Haremos público el anuncio en la fiesta de Navidad de la Corte.

—Como deseéis, majestad —a Rainer no le quedó más remedio que aceptar, ahora sólo esperaba que Catherine no pusiese el grito en el cielo por ello—. Majestad, si me permitís el atrevimiento...

—Sí, sí, sí —anunció el monarca haciendo un aspaviento con la mano, para acercarse a una mesa, coger una campanilla y tocarla. Al instante la puerta se abrió entrando un lacayo vestido con la librea de palacio—. Id a buscar a su alteza Ekatherina, decidle que deseo su compañía.

—Sí, majestad —asintió el lacayo antes de volver raudo a cumplir el mandado de su rey.

—Deberemos anunciar también la buena noticia de haber hallado a su alteza sana y salva —empezó a divagar el Rey antes de volverse hacia Dimitri—. ¿Quizás algo que me haga quedar como un soberano justo y preocupado de su pueblo?

Mitia tuvo que morderse la lengua para no decir realmente lo que estaba pensando, la aristocracia, y más aún la realeza, era igual en todos los países.

—Por supuesto, su majestad, será tenida muy en cuenta y se ensalzará su inestimable ayuda a la hora de haber dado con el paradero de su alteza —aseguró Dimitri con una profunda reverencia.

Rainer miró al hombre con disimulo. A él no había pasado por alto el sarcasmo impreso en su voz y no podía culparlo, porque él mismo sentía ganas de vomitar ante tal acceso de oportunismo.

—¿Puedo saber cuál es la versión que piensan aportar sobre el asunto?

Dimitri miró a Rainer y asintió.

—La mejor mentira es siempre una basada en la verdad —aseguró él—. Mi prima llegó a Inglaterra con su señora madre huyendo de un atentado que acabó con la vida de su familia. Una vez aquí, la dama enfermó y falleció

dejando a la niña al cuidado de las monjas, con las que se crió y educó.

—La muchacha ha estado como dama de compañía de la anciana Vizcondesa de Sherwood durante los últimos años, hasta que se descubrió su identidad... —terminó el Rey con aspecto más que satisfecho—. Imagino que usted, Kenway, como todo aristócrata, se ha fijado en su belleza en uno de esos bailes de temporada... y ahora que la buena mujer ha pasado a mejor vida, se ha sentido en la obligación de dar cobijo a la dama, proponiéndole matrimonio para proteger su buen nombre.

Rainer podía leer una amenaza cuando la oía y la de su monarca era absolutamente clara. «*Mi palabra, es ley*».

—Ha sido inevitable, majestad —respondió Rainer como se esperaba de él—. No podía dejar a una muchacha tan hermosa y buena, desprotegida. Estoy ansioso por hacerla mi Condesa.

—Ah, Kenway, Inglaterra necesita más nobles como usted—aseguró el rey con una ligera sonrisa.

En ese momento hubo una llamada a la puerta, y acto seguido apareció el mismo lacayo para hacer la presentación.

—Su majestad, su alteza está aquí.

—Hacedla pasar —dijo el monarca poniéndose en pie.

Cat pasó junto al hombre que la había avisado y se enderezó rezando por no caerse redonda al suelo cuando estuviese ante su majestad. Había coincidido en días anteriores con el monarca, y aunque le había parecido un hombre agradable, no dejaba de ser un hombre poderoso, demasiado poderoso.

Tomando la falda de su vestido a un lado para que no le estorbare, hizo una profunda reverencia nada más entrar.

—Su majestad —se inclinó ella, sin levantar la mirada.

Rainer contuvo el aliento cuando la vio, estaba más hermosa que nunca



vestida en seda dorada con un lujoso vestido a la moda de la corte imperial a la que al parecer pertenecía, el pelo negro recogido en un complicado peinado adornado de estrellas doradas. Era la viva imagen del refinamiento y con todo seguía teniendo ese toque de rebeldía al mirar entre sus tupidas pestañas a su alrededor, buscando una salida alternativa en caso de necesidad.

—Levántese, Ekatherina —le dijo el Rey—, le he hecho llamar porque hay alguien que ha pedido verla.

Cat se levantó entonces, su mirada ascendió lentamente, con un rápido vistazo encontró a Mitia, a su majestad el Rey y al hombre que había estado esperando ver desde que la habían traído a palacio. Sus labios se entreabrieron para dejar escapar un jadeo de felicidad y sin pararse a pensar en las formas, corrió directamente a los brazos de su amado.

—¡Maldito seáis, Rainer Brightmore! —clamó ella abrazándose con fuerza a él, sus lágrimas corriendo por las mejillas—. ¿Por qué has tardado tanto?

Rainer la abrazó a su vez, permitiéndose dejar escapar la tensión y el miedo a no verla que llevaba reteniendo varios días.

—Lo siento, amor —le susurró acariciándole el pelo, bebiendo de su inconfundible aroma—. He venido tan pronto como me lo han permitido.

Un ligero y forzado carraspeo llamó la atención de los amantes, obligándolos a separarse y volverse a su interlocutor. Cat se aferró de la mano de Rainer y alzó la mirada hacia el monarca que los miraba a ambos con una enorme sonrisa en el rostro.

—Le decía hace un momento a su prometido, querida, que anunciaremos el compromiso y la próxima boda en la fiesta anual de la Corte —dijo el Rey sin dejar lugar a una negativa—. Les veremos de nuevo entonces, si lo queréis así.

Cat asintió y se inclinó graciosamente.

—Sí, majestad —aceptó ella con los ojos brillantes—. Así lo deseo.

—Perfecto entonces —aceptó el monarca y tras mirarlos a ambos caminó hacia la puerta—. Nos veremos en la noche del baile.

Los tres hicieron una reverencia ante la salida del Rey, entonces Dimitri se acercó a ellos.

—¿Ya puedo volver a casa? —preguntó Cat mirando a Dimitri y luego a Rainer—. ¿Podemos irnos?

—Nos iremos a casa, amor —asintió Rainer besándola en la frente.

Cat sonrió y se volvió a Dimitri.

—Mitia, es lo que deseo —le dijo ella mirando a los ojos a su primo.

—Lo sé, querida —le aseguró antes de abrazarla—. Y no pediría menos para ti.

—Gracias —Cat le devolvió el abrazo, entonces lo besó en la mejilla—. Te quedarás al menos hasta el baile...

—Puedes apostar que no me marcharé de aquí hasta verte casada —le aseguró Mitia haciéndola reír—. Nuestro tío me cortaría el pescuezo si no lo hago.

Ella se echó a reír y Rainer la abrazó.

—Entonces, ¿te casarás conmigo, mi gata ladrona? —le propuso nuevamente Rainer.

Cat le sonrió mirándole con todo el amor que contenían sus ojos dorados.

—Sí, Rainer —le susurró ella en respuesta junto a sus labios—. Nada, ni nadie, van a poder separarme de ti.

# EPÍLOGO

## A

La recepción del regente se celebró una semana después, toda la aristocracia de la ciudad se dio cita allí para asistir a la fiesta más importante de la temporada y muchos fueron los que se sorprendieron al descubrir que la invitada principal era una heredera del Imperio Ruso, la cual se había prometido en matrimonio con el Conde de Kenway.

La boda se celebró a las dos semanas, Cat brillaba con luz propia en medio de los invitados, sonriendo y compartiendo con los amigos y la nueva familia que había recuperado después de tanto tiempo.

Rainer quiso hacerle un regalo de Luna de Miel y preparó el Valhala para que pudiese reunirse con su tío, el cual había mandado aviso a Mitia de que salía con dirección a Paris, para alojarse en la casa que siempre tenían allí.

—¿Piensas colarte otra vez de polizón? —la sorprendió Rainer bajando por la escalerilla con una radiante sonrisa, para tomar a su esposa de la cintura y atraerla hacia él para un beso.

Cat se echó a reír y negó con la cabeza.

—Sería correr un enorme riesgo —aseguró ella en complicidad—. Me han dicho que el capitán del barco es un hombre rudo, que lanzaría por la borda a un polizón si lo encontrase, aunque sabe, milord... tengo la sensación de que yo podría ganarme su perdón.

—¿Qué podría utilizar una dama como usted contra un hombre tan

aguerrido?

Ella rió y le susurró al oído.

—El encanto de una gata y la pasión de una ladrona.

Sonriendo tomó a la muchacha en brazos y se volvió hacia el barco.

—Señor Clay, el Valhala queda en sus manos —respondió él—. En cuanto esté listo, zarpemos.

Los dos hombres que habían subido tras el capitán se quedaron mirando a la pareja.

—Quién lo iba a decir, ¿eh? —comentó Clay viendo a la pareja desaparecer en el interior del barco

—Y que lo digas... —sonrió Gibbs añadiendo—. Parece que nuestra Gata conoce bien su oficio...

—¿Oficio?—preguntó Clay

—Robar... —aseguró empujando a su amigo hacia cubierta—. Vamos, no tengo ganas de escuchar lo que hacen...

—Rotwell, juraría que ella ha empezado a caerte bien... —se reía el otro marinero.

—No digas tonterías... —se fue hablando con él—. Esa gata me mordió una vez...

—Le llamaste ladrona... —sonreía el otro.

—Y qué crees que era... —refunfuñaba

—Cierto, estaba robando, pero... —sonreía el otro.

—Pero nada... —sonrió él.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de los hombres y echándose a reír continuaron con sus tareas.

---

[\[1\]](#) Hasta la vista, amigo mío. En Ruso.

[2] Es el nombre que se le da a la parte del río Támesis que está sujeto a las mareas. Es un tramo de agua de poco menos de 160 KM de largo.

[3] Buen viaje y hasta la vista, Capitán. En ruso.

[4] Hasta la vista. En ruso.